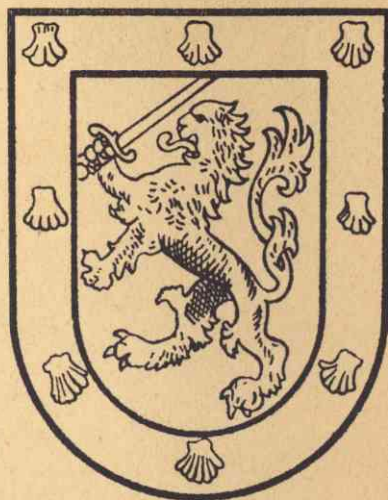


R I C A R D O A . L A T C H A M

ESTAMPAS DEL NUEVO EXTREMO

Antología de Santiago. 1541-1941



S A N T I A G O D E C H I L E

12 DE FEBRERO DE
MCMXLI

*Este libro se publica auspiciado
por el Alcalde de Santiago
Don RAFAEL PACHECO.*

PROLOGO

EL ALMA DE LA CIUDAD

Este libro antológico se publica en homenaje del IV centenario de Santiago que se celebra el 12 de febrero de 1941. Pretende reunir el testimonio de los diversos escritores que se han ocupado en su descripción desde los primitivos e ingenuos cronistas hasta los más modernos evocadores de su alma colectiva. Porque, como se ha dicho, las ciudades no existen sólo en la geografía sino también en el espíritu. Y este Santiago del Nuevo Extremo, como pocas ciudades de América, ha tenido una fisonomía singular que, en las páginas siguientes, revelará algunos de sus secretos a través de cuatro siglos de acontecimientos que turbaron, a veces, la calma de sus días, pero que nunca derrumbaron el soporte granítico de su voluntad de pervivencia.

A poco de fundada sobre cimientos de inconsistente base, tuvo que resistir el ataque de los fieros batallones indígenas de Michimalongo que redujeron a ruinas y a cenizas los ranchos pajizos de los conquistadores. El domingo 11 de septiembre de 1541 fué uno de los días más azarosos que ha visto nuestra capital desde su fundación precaria. Tenaz y desesperada defensa opusieron los cincuenta hombres que había en Santiago y al lado de los cuales no se hallaba Valdivia por encontrarse en el sur haciendo un escarmiento entre las inquietas tribus del Cachapoal.

El denuedo de los españoles y la calidad acerada de su magno capitán Pedro de Valdivia, lograron de nuevo erigir sobre los escombros

otra fundación que fué asentada esta vez por la más tremenda represión que nunca soñaron los soliviantados indios de la tierra.

Aquí es cuando Valdivia, en memorable carta al Emperador Carlos V, le dice que vió «las orejas al lobo» y cuenta que todos «cavábamos, arábamos y sembrábamos en su tiempo» para significar la pujanza de sus esfuerzos en una de las extremidades de la tierra con muy poca esperanza de recibir refuerzos y vituallas del Perú.

Pocos han penetrado en el alma desmesurada de Valdivia y aun ciertos escritores santiaguinos de prosapia le han negado lo que constituye su más perdurable virtud: la perseverancia heroica que logró animar y encender los ánimos de los rudos compañeros de guerra y de trabajos.

Pero Valdivia no era solamente un capitán sagaz, de buen sentido y de una estructura moral superior a Francisco Pizarro y a Diego de Almagro, cuyas violencias y desafueros no reprodujo en Chile, sino que también se distinguió como un hombre de letras cuyos testimonios escritos acerca de sus andanzas y fundaciones poseen la áspera calidad de los poemas épicos y la castiza raíz de los cronistas de más castellano linaje.

Entramos a la historia de Chile por el pórtico de sus cartas, genuinas expresiones de un alma atormentada por la fiebre de poblar y de dar al Rey de España tierras, súbditos y riquezas. Y en Valdivia se junta, además, la improvisada genialidad de los grandes capitanes al tentar los aventureros del Perú con el cebo de imaginarias riquezas para lo cual distrajo de los exiguos caudales de sus compañeros el oro con que fabricó las estriberas, las guarniciones, los vasos y las «herraduras hechizas». Este engaño magistral es uno de los tantos rasgos de astucia de que está llena la noble existencia de Valdivia: fundador, poblador, animador y descriptor de las incomparables bondades de Santiago, de su clima y de su cautivador paisaje.

En las cartas de Valdivia hallamos los primeros elementos literarios y descriptivos del animado retablo de la vida santiaguina en la Conquista. Todos sus continuadores, los licenciados y capitanes, los clérigos y obispos, los oidores y militares, los cronistas prolijos y mila-

greros, los viajeros ponderadores y los costumbristas locales exaltan siempre lo que Fray Reginaldo de Lizárraga en su *Descripción y Población de las Indias* califica, al pintar la región de nuestra capital, como *tierra apacible y fértil*.

Sabrosa ciudad fué esta de Santiago del Nuevo Extremo que desde los días azarosos de las dilatadas guerras araucanas sirvió muchas veces de asilo y de alivio para los denodados tercios que sin someterse nunca, más de una vez vieron malogrados sus ímpetus en la tierra que el Padre Diego Rosales bautizó con el prodigioso nombre de Flandes Indiano. Más que una villa morosa y propensa a las disciplinas del entendimiento, Santiago fué por más de un siglo una ciudad campamento que sirve de punto de entrada y salida a los periódicos tercios del Rey que se sangraban entre las malocas y los sobresaltos bélicos de los promaucaes.

A causa de esto quizá todo lo que a ella se refiere por este tiempo no deja de tener un sabor de gesta y de combate, un disonante acento de guerra bronca en que la trompa de Marte se adelanta a los sonos virgilianos y al estilo cortesano muelle y relajado que advertimos en las producciones intelectuales del Virreinato.

Por decenios Santiago dista mucho de ser más que un villorrio donde la vida tumultuosa está ausente. Los hombres vivían afuera, unos en la guerra de Arauco, otros en sus encomiendas. Desde 1541 hasta 1551 hubo unos años en que los vecinos dormían con el arma debajo del brazo, y temerosos de la repetición del asalto del 11 de septiembre. Pero después vino un apaciguamiento cuando se restablecieron las relaciones con el Perú y los alrededores de la ciudad se vieron pacificados por la acción punitiva de los conquistadores.

Periódicamente la capital era animada por los refuerzos que llegaban del Perú y seguían su camino hacia esa región que tuvo el nombre común de la «Frontera», donde vidas, haciendas y fundaciones no conocieron, por tres siglos, el sosiego a la prosperidad prolongada.

Uno que otro testimonio de conquistador nos ha quedado de la segunda mitad del siglo XVI y de los primeros años del siglo XVII. Don Pedro Mariño de Lovera, cuya imaginación tuvo a veces contor-

nos tartarinescos, ha dejado de Santiago una relación en que pondera «el admirable temple y clemencia del cielo» lo que va a constituir en adelante un lugar común de todos cuantos se deleitan en alabar el clima nuestro que, al parecer, con los años no va a demostrar tales excelencias.

Desde muy temprano Santiago fué ciudad de temblores y se podría, en pequeño, hacer la antología de todos los fieros sacudones que espantan a sus religiosos moradores muy adictos a atribuir a castigo del cielo estos periódicos sismos que el soldado cronista Alonso Góngora Marmolejo capta en los lejanos días de la Conquista. Con anterioridad al terremoto memorable de 1647, que ha sido tema de vastos comentarios desde Fray Gaspar de Villarroel hasta Miguel Luis Amunátegui y Daniel Riquelme, se anota uno el 15 de marzo de 1575 por Góngora y Marmolejo y otro el 16 de diciembre de 1575 por Pedro Mariño de Lovera.

Los temblores dieron fértil estímulo a la imaginación de beatas y de clérigos. En su clima desmesurado de milagrería y de prodigio surgieron innumerables leyendas y designios providenciales que encandilaron de asombro a mulatas y a dueñas, entre consejas y recados de variado linaje. El aspecto material de los terremotos determinó cambios fundamentales arquitectónicos y el aspecto psicológico enriqueció las supersticiones y cultos con las versiones australes del Señor de los Milagros limeño que tuvo aquí su reproducción en el Señor de Mayo que inspiró unas hermosas y cándidas páginas al Padre Miguel de Olivares.

El temblor ha sido siempre una cosa típicamente santiaguina así como ha provocado en el Perú una verdadera y peregrina literatura. Durante los años más floridos de la Colonia hubo, como lo ha recordado Vicuña Mackenna, en los patios de la capital el llamado «rancho de los temblores» destinado a cobijar bajo sus rústicas quinchas a los asustados y devotos moradores de las casonas historiadas y que tuvo, en tiempos más modernos, una original resurrección bajo la forma del invento descomunal de un excéntrico amigo nuestro que descubrió lo que el llamaba pintorescamente «la temblorera».

Si Santiago fué siempre una ciudad clerical y crédula que en pleno siglo diecinueve vivió pendiente de los designios de la beata que pronosticó el advenimiento de las tinieblas para el 14 ó 15 de agosto de 1873, no lo fué menos una capital cuya psicología debió considerables aspectos de sus variadas milagrerías a la repetición periódica de sismos de un recio y devastador calibre.

Cuenta un historiador que cuando hacía un intenso calor seco en el verano santiaguino, nadie se acostaba sin tomar precauciones contra un sacudón de tierra que casi siempre sobrevenía.

Y esto lo hemos visto repetirse en otra ciudad de supersticioso ambiente, en la Serena, donde, cuando pequeños, se nos decía que en las noches que titilaban fuertemente las estrellas era casi segura la llegada de un remezón.

La capital nuestra nunca estuvo asentada sobre un terreno firme. La naturaleza no se mostró benigna en este aspecto. Son periódicas las reconstrucciones de Santiago, cuyos enemigos mortales fueron los terremotos y las frecuentes salidas del Río Mapocho que anegaba sus calles y ponía en peligro la vida de los pacatos vecinos encomendados y tributarios.

Quizá sea esta razón, aparte de cierta fiebre innovadora en las construcciones, lo que imposibilitó entre nosotros la supervivencia de edificios representativos de los primeros tiempos y lo que ha contribuído también a no dejar en pie testimonios de la arquitectura colonial.

Pasaron muchos años, quizá más de un siglo, antes que Santiago tomara una fisonomía de ciudad medianamente rica. Antes, el espectáculo de sus calles era de una rusticidad lamentable y evocaba el de un campamento agitado por los niños, los perros y los animales, dueños absolutos de todo y enemigos empeñosos del Cabildo que deseaba ordenar el tránsito.

Mucho ponderan los cronistas la variedad de los mantenimientos y la riqueza y hermosura de las aguas que riegan la ciudad y sus contornos en los días de la Conquista. Las acequias de Santiago tenían, según Mariño de Lovera, sus orillas hechas vergeles de arrayán, albahacas, rosas y otras yerbas y flores. El Padre Alonso de Ovalle

encantóse con las aguas deleitosas de esta tierra y ponderó sus excelencias con muestras de una sensibilidad agudísima. Alonso González de Nájera destaca la abundancia de aguas, pero también señala la carencia de fuentes, por lo que se bebía la del río, que según él, por venir de las nieves, causaba «mal de orina».

Santiago de Tesillo se asombra de «las prolijas lluvias» y el Padre Diego de Rosales la califica como una ciudad de «mucha nobleza y calidad», pero amenazada en los inviernos por «los enfados del lodo».

Pero, a pesar de las maravillas del clima, de la abundancia de mantenimientos y de otras ventajas que tuvo esta comarca, la pobreza de Chile fué por mucho tiempo uno de los factores más importantes del estacionamiento de la vida de su capital. Esta fama llegó al Perú y motivó lo que Jorge Guillermo Leguía cuenta en uno de sus ensayos: a Chile se iba casi como a un castigo y se decía en el Virreinato *tantos años de Chile* como podía hoy decirse tantos años de prisión o de destierro.

Nuestra tierra no tuvo la riqueza y la civilización autóctona del Perú y por lo tanto el contraste que advirtieron los conquistadores, acostumbrados a los sacos y a las empresas de pillaje con los enormes tesoros del Inca, fué causa de que se nos diera desde temprano fama de un país bravío. Por algo decía González de Nájera que Santiago se hallaba deslustrado a fines del siglo XVI por haber «sustentado con su sangre y vidas aquella cansada y prolija guerra». Agréguese a esto que los esfuerzos exigidos por Valdivia y sus sucesores a los denodados conquistadores fueron de tal magnitud que honran, en realidad, a esos hombres, cuya voluntad de establecer una vida regular en tierras tan ásperas merece un reconocimiento de la posteridad.

Aquí estaba todo por hacerse, al revés del Perú donde hubo una herencia fabulosa de los Incas: caminos, riquezas, ciudades, cultura, sistemas de regadío, obras de arte de soberana calidad. Aquí había que prescindir de las comodidades y molicias de la civilización. Aparte de la comida, que era abundantísima, lo demás debía de traerse desde el Perú con un recargo en los precios que encarecía considerablemente el costo de la vida.

Pasaron muchos años, más de un siglo, para que Santiago tomara los contornos de una gran ciudad. Por sus calles, animadas por los *tianguéz* o mercados indígenas, que evocaban aún escenas de el Cuzco o de Cajamarca, solían también pasar los batallones que se comía el Flandes Indiano, la epopeya austral que, en algunos momentos, llegó a amenazar la estabilidad misma de la fundación hecha por Valdivia cuando Lautaro y sus mocetones avanzaron sobre el centro de Chile.

Los soldados extremeños, castellanos viejos y nuevos, leoneses, y andaluces que vinieron a la Conquista tuvieron que transformarse en mineros, agricultores y artesanos, merced al impulso vigoroso del fundador, cuyas normas impusieron a la naciente Capitanía General un ritmo creador y lleno de improvisaciones geniales que es una prueba más de que Chile es un país construido en lucha permanente del hombre con la naturaleza.

La economía de la Conquista se resintió también de las sangrías que hizo Valdivia y prosiguieron sus sucesores sobre los caudales de los encomenderos. Así, laboriosamente y a todo costo, se hizo posible sustentar la empresa guerrera de Arauco mientras los *reales situados* venían a entonar un poco la existencia lánguida de estos olvidados y tesoneros colonos australes. Santiago, cuya alma fué recia como los robles y algarrobos de la tierra, llegó a los comienzos del siglo XVII con ese deslustre y pérdida que asombra al autor del *Desengaño y Reparación de las Guerras de Chile*. Sus campos no tenían las vastas poblaciones indígenas que los animaban en 1541 y sus casas no pasaban de trescientas, con «calles muy anchas y derechas».

Pero de todo el esfuerzo anónimo y tesonero de los conquistadores, ensombrecido también por muchos crímenes y horrores sin cuento, quedaba un espíritu de fortaleza que daría un sello peculiar a nuestra nacionalidad y nos realzaría, más tarde, en América con el lustre de empresas singulares y de victorias esforzadas.

Valdivia le vió las orejas al lobo y puso su cazurrería fina en las exterioridades cortesananas que disimulaban su voluntad de poderío. Por algo le dijo a los señores encomenderos, haciéndose del rogar muy cucamente, cuando éstos le ofrecieron el nombramiento anormal de

Gobernador, estas palabras de estirpe quijotesca: «*Uno piensa el bayo y otro el que lo ensilla*».

Su aceptación fué el primer pronunciamiento chileno y con él vino a vigorizarse la Conquista tan mal comprendida por algunos y tan superficialmente narrada por otros. A Valdivia le debemos la permanencia de una decisión creadora y si es verdad que amó más que la estabilidad santiaguina su sed de fundaciones sureñas, no lo podemos olvidar tampoco en su calidad de padre indiscutido y pródigo de la nacionalidad chilena.

Todo el siglo XVI transcurre en un Santiago macilento de pobreza, privado de los halagos de la vida cómoda, sacudido por la inquietud bélica, pendiente de las noticias del Perú y de los descalabros de Arauco. Pero también al transformar al guerrero oscuro, al ferrado capitán y al aventurero goloso en hombres de provecho y de calidad, operó aquí, en las extremidades australes del mundo, uno de los milagros más suntuosos de que era capaz el genio ibérico. De los mismos amores de Valdivia y de la conversión de su concubina en la esposa legítima de Rodrigo de Quiroga brota un milagro de estabilización y de sociabilidad perdurable. Esos hombres de hierro que animaron el campamento de la fundación y dieron la prosperidad a las ásperas riberas del Mapocho con sus actividades agrícolas constituyen uno de los fundamentos de la chilenidad. Y a esa maravillosa evolución de sus hábitos y costumbres debió Chile y, en particular, Santiago, la fama que hemos visto ratificada por tantos testimonios desde el Obispo Lizárraga hasta el detallista Padre Diego de Rosales.

El tiempo, que todo lo transforma, dentro de las peculiaridades del santiaguinismo, de esencia y estirpe complicada, cambió el vigor y la osadía de sus fundadores en otra esencia más maleable y que buscó dentro de los más diestros arbitrios la solución de sus problemas y dificultades.

Los hombres que todo lo dieron en el siglo XVI se cambiaron, más tarde, por los remolones y muelles santiaguinos de la época colonial que siempre rehuyeron las responsabilidades y cargaron a la parte del Rey su porción en los gastos de las mejoras urbanas. Quedaba ya poco

del alma generosa y brava de los Valdivia, los Alderete, los Villagra, los Aguirre, que murieron pobres y que no conocieron los halagos sensuales del descanso. Se había operado una revolución profunda en los espíritus y a medida que la ciudad ganaba en estabilidad próspera y en grandeza de edificios y fundaciones conventuales, se perdía el temple primerizo de los santiaguinos.

Del Santiago pajizo, con casas rodeadas de corrales, con techos de totora y cercos de quincha aborigen, se iba a la nueva ciudad que describieron los jesuitas Diego Rosales y Alonso de Ovalle en el siglo XVII.

La mayor seguridad en la vida, la estabilidad de las comunicaciones periódicas con el Perú, las ayudas reales y el crecimiento de la población fueron causas de que Santiago evolucionara a un rango más cortesano en que el lustre y blasón de sus moradores quiso tener expresiones heráldicas y arrostos de un lujo que después se hizo tradicional y fuera parte muy principal en el escándalo de los obispos moralistas y de los oidores que intentaron reformar las costumbresuntuosas.

Santiago botaba poco a poco las armaduras de hierro y cambiaba los petos y escudos por las cogullas y las garnachas. De los capitanes famosos y de los encomenderos audaces se había pasado a los presuntuosos oidores, a los frailes alborotadores y a los letrados ergotistas y petulantes.

EL APOGEO DE LA COLONIA

No se ha definido bien cuando comienza propiamente la Colonia y deja de valer la designación de Conquista que se da al período heroico de la fundación de Chile y del establecimiento de sus primeras ciudades y villas. Pero indudablemente que la Colonia propiamente tal puede abarcar a los años que van comprendidos desde la época en que nuestra capital se comienza a reponer del efecto desastroso de las levas y sangrías frecuentes que la abrumaron por todo el siglo XVI. El establecimiento de la Real Audiencia fué otro de los sucesos pri-

mordiales que determinaron un cambio en la fisonomía de la capital chilena. El ensayo hecho en el siglo XVI de establecer la Audiencia en Concepción fué malogrado y por eso mismo resultó motivo de gran júbilo para la naciente colonia que su restablecimiento se hiciera en Santiago el año 1609. Según Vicuña Mackenna los oidores «fueron el primer vástago del árbol genealógico de la aristocracia de Chile».

Desde esta época data quizá la manía de los litigios que en Chile pasó a ser crónica y una manifestación característica de la psicología criolla. Con la Real Audiencia evolucionaron las costumbres hacia modelos y estímulos de señorío. La sencillez patriarcal de las maneras y la justicia de tejas abajo que se hacía con la tutela sabia de los alcaldes se convirtió en un espíritu soberbio que acrecentó el sentido de los linajes y sobreestimó la calidad de las togas y garnachas curialescas.

La propiedad también se resintió de este cambio jurídico que realizó los valores territoriales y abrió camino a la interminable serie de litigios de tierras que en Chile han llegado a ser seculares. La Real Audiencia, como lo observó ese delicioso escritor de costumbres que es el Obispo quiteño don Gaspar de Villarroel, pasó a llevarse todos los poderes por delante y absorbió, como ninguna otra fuerza colonial, el rango y las fortunas.

Los oidores creyéronse tanto o más que los Presidentes y los Obispos. Desde la llegada de la Real Audiencia agudizáronse entre nosotros las querellas de preeminencia y las disputas sobre sitaliales y prerrogativas de que han quedado rezagados ecos en muchas costumbres de nuestros tiempos republicanos como lo apunta en su sabroso libro *El año del Centenario* Carlos Morla Lynch al contarnos un agravio de Monseñor Sibilia tocante a la categoría de su asiento en las honras fúnebres del Presidente don Elías Fernández Albano. Ya en tiempos de Villarroel los oidores tuvieron que resignarse a padecer una linda humillación de parte de este discreto prelado que no consintió en retirar su sitalia y obligó a los togados a soportar la repetición de una comedia muy fría que se representó en el cementerio de la Merced para la Natividad de Nuestra Señora.

Los miembros de la Real Audiencia transformaron a la sociedad

militar y encomendera en una sociedad urbana de mayor calidad y rango. Con ellos el lujo y las complicaciones de la vida pasaron a desplazar la sencillez idílica de las costumbres y la ciudad campamento comenzó a empinar sus campanarios al cielo a la vez que alzó los primeros mojinetes de la prestancia arquitectónica del coloniaje. Vida y costumbres recibieron un impulso de riqueza y de ostentación. Se vieron los primeros coches que daban tumbos por las calles polvorosas de Santiago y los atuendos de la existencia civil conocieron las complicadas rúbricas del estiramiento cortesano y de los saludos cabalísticos.

Muchos de los hábitos modernos y de las seculares gravedades santiaguinas tienen su remoto origen en la Real Audiencia, cifra y compendio de lo más granado y orgulloso de la villa del Nuevo Extremo.

Se ha dicho que el lujo fué introducido a Chile por el Gobernador don Gabriel Cano de Aponte, que llegó a Santiago en 1717. Tal afirmación se ha sustentado en algunas ligeras observaciones del historiador eclesiástico don Ignacio Víctor Eyzaguirre. Pero muy pronto se desvanecen estas ponderaciones si leemos a los cronistas jesuíticos Diego de Rosales y Alonso de Ovalle, quienes, a la par de Miguel de Olivares, anotan ya la costumbre criolla de *echárselo todo encima* o sea ostentar lo más que se puede en vestimenta, tocados y fiestas religiosas y profanas.

Cano de Aponte desarrolló sus hábitos cortesanos y hasta gozó de cierta fama de *galantuomo* que antes había solo expresado aquí, entre cogullas, mitras y espadines, el altivo y alborotador don Francisco de Meneses, cuyas demasías reveló con pluma moralizante Fray Juan de Jesús María al compararlo a los peores modelos de la antigüedad por sus «ventas, cohechos y baraterías»...

Junto con afincarse en Chile la manía de los pleitos y los alborotos eclesiásticos y seculares, producto genuino de la mentalidad mestiza americana, la capital comenzó a desenvolver uno de sus mayores prestigios: el de ciudad devota y linajuda. Por algo se ha dicho que Santiago es el escenario de las fiestas y rogativas permanentes. Y por lo mismo no sería superfluo añadir que esta villa del Nuevo Extremo, llamada

por algún viajero la rival de Lima, tuvo, como ella, comunes orígenes levíticos.

Desde los tiempos del fundador cuando se estableció la Ermita de Monserrat, a través de los cuatro siglos de su vida, Santiago ha sustentado toda clase de templos, beaterios, conventos, fundaciones piadosas, casas de recogidas, monasterios, claustros, ermitas, casas de ejercicios y de retiro, seminarios y demás sitios donde el culto se ha manifestado en todas las formas laboriosas y artísticas que tiene la pompa católica.

Por el lado de los españoles se heredó la afición a establecer misas, censos y capellanías que estaban destinadas a la inmortalidad y a la gloria. Muchos querían purgar así, de un modo piadoso, las ligerezas de una vida pecadora o las complacencias terrenales del mundo, del demonio y de lo otro... según el jesuita de marras.

A la religión supersticiosa y milagrera de los peninsulares se agregaba la instintiva credulidad de los mulatos y negros, la deformada piedad de los indios y mestizos y la afición a lo sobrenatural de todos que aparece en el retablo de la vida colonial unida a los peores momentos de la existencia temporal de los santiaguinos o sea cuando los temblores, sequías, daños y salidas del río fomentaban el estupendo venero místico de la raza. Pero, con todo, y pese a los que puedan escandalizarse de este aserto, nuestra tierra ha sido de las menos místicas del mundo y a través de cuatrocientos años sólo ha producido dos espíritus verdaderos empapados de sobrenaturalidad: el Padre Manuel de Lacunza y Díaz, en la Colonia, autor de *La Venida del Mesías en Gloria y Majestad*; y el Obispo don Rafael Fernández Concha en el siglo pasado, quien escribió una sobresaliente *Teología Mística*.

Esto no quiere decir que Santiago no esté animado a través de los años por la turba multa de milagros y milagrerías atribuidas con bastante diligencia a sus muchos patronos y a los beatos y santos que se han querido levantar aquí en competencia con los numerosos autóctonos que ha prodigado el Perú, como el famoso Martín de Porres, el Arzobispo Santo Toribio de Mogrovejo, Santa Rosa de Lima y el celebradísimo Padre Guatemala. Aquí nos hemos contentado con un beato

Pedro Bardesi en la Colonia y con el más moderno Fray Andrés Filomeno García, de la Recolectión Franciscana, que aún aguarda en Roma su ascensión a los altares.

Sin embargo, los anales de la credulidad santiaguina están llenos de las hazañas sobrenaturales más impresionantes desde la iluminada monja Sor Ursula Suárez, la endemoniada Carmen Marín, aparecida en 1838, hasta muchas fundadoras y beatas modernas que sudan sangre o exhiben las llagas del Señor en prodigiosos estigmas celestiales.

La propia Iglesia ha sido parca en estos entusiasmos y en tiempos del Arzobispo Valdivieso hubo que rechazar el vuelo milagroso de la estampa que dió origen al templo de ese nombre desde la Plaza de Armas hasta el monacal y recoleto barrio de la Cañadilla, propicio a la existencia sagrada de los obispos como Alday, Marán y Martínez de Aldunate.

Santiago tiene como patrono cuatro veces secular al Apóstol Santiago que según algunos cronistas descendió de los cielos y abatió a los indios con su flamígera espada que había reposado un tiempo de segar cabezas de infieles y de moros y que en estos actuales ha vuelto a recuperar su actividad para arrasar cristianos en la Madre Patria.

En su víspera y día se efectuaba el paseo del estandarte real con pompa y estruendo que difundía la animación por las calles con gran asistencia del vecindario distinguido, clero y corporaciones.

Pero los santos patronos de Santiago tenían una genealogía calamitosa como que fué siempre ésta una ciudad mecida por los temblores y azotada por epidemias tan de cuidado como el temido *malcito* y el más familiar garrotazo o influenza española. Esto es sin contar las visitas de la *peste* o del más moderno cólera, de origen asiático, que conturbó los ánimos de los habitantes del Mapocho en las postrimerías del siglo pasado.

Pero a siete vicios, siete virtudes. San Saturnino era el patrono de los temblores; San Antonio de los turbiones y avenidas del río; San Sebastián de la peste; San Lázaro de la sarna, que aquí llamaban vulgarmente *caracha*, como lo recuerda don José Pérez García; San Lu-

cas Evangelista de la langosta; y además se veneraba a la Visitación de Nuestra Señora y a Santa Isabel, patrona de las lluvias.

Las rogativas y procesiones fueron en Santiago antiguo uno de los más dilectos temas de la devoción local y el propio Cabildo se ocupó en sacar andas de algún santo milagroso en los años de sequía espantosa o de algún público flagelo.

La más devota procesión de Santiago antiguo fué la del señor de mayo que instituyeron los Agustinos y que ha sido reemplazada por el fervor católico moderno con la espectacular procesión de la Virgen del Carmen, patrona del Ejército y que es una réplica chilena de la famosísima Virgen del Pilar de Zaragoza, entre cuyos privilegios está el de ostentar el bastón de Capitán General del ejército español.

Ya lo dijo el obispo don Gaspar de Villarroel «que contra los terremotos son las procesiones muy importantes».

Desde entonces ha temblado bastante en este confín del mundo y a través de la historia religiosa de la capital no ha sido poca la importancia que estos sismos han tenido en innumerables rogativas y fiestas piadosas. El Cardenal Baronio instituyó el sagrado trisagio de donde sale la muy conocida oración de *Santus Deus, Santus Fortis, Santus Immortalis miserere nostri*, cuya forma chilena ha sido y es tan socorrida de la gente católica en los momentos azarosos de los temblores.

La religiosidad santiaguina creó los innumerables conventos y conventillos de que tanto se enorgulleció esta ciudad levítica hasta hace poco. Había claustros, como el de las Monjas Agustinas, donde, al decir del Padre Rosales, hubo entre monjas y criadas más de seiscientas personas. Y seguían otros que se ven descritos en las páginas antológicas que siguen a este prólogo y que tuvieron un esplendor notable y especialidades distintas sobre todo en el ramo de los dulces y de las confituras.

Los claustros eran ciudadelas de Dios que tenían muchos puntos de contacto con el mundo por obra y gracia de las legas y recaderas de las monjas, de los mulatos chismosos y acarreadores al estilo del famoso Callana que ha inmortalizado en nuestro siglo XIX la pluma de Alberto Blest Gana. Las monjas de calidad se recogían a medias del

mundo, porque tenían contacto con él a través de sus copiosas servidumbres y de los dimes y diretes que llevaban y traían éstas en sus periódicas incursiones por la ciudad.

El orgullo santiaguino puso en las dotes de las monjas mucho del prestigio de los rangos y linajes. Las muchachas que no se casaban, las que se sentían atraídas por los claustros o las que se quedaban *para vestir santos* eran quienes alimentaban las *vocaciones* y alababan al Señor entre novenas, villancicos y pías distracciones.

A medida que el poder se concentra en las familias de los oidores y de los encomenderos se pone también un especial interés en prolongar las ramificaciones de la vida colonial en los prósperos y crecientes claustros. Entre los hombres, como dijo Vivcuña Mackenna, se era abogado o campesino, huaso o doctor. Pero nunca faltaba el cura y la monja, porque las cogullas y las tocas exhibían un complemento de estas formas de los oficios criollos. Los hombres eran soldados, campesinos o doctores; las mujeres eran casaderas y rezadoras. Unas iban a aumentar las proles, los caudales y los linajes; otras iban a incrementar la pléyade de las vírgenes del Señor.

Así como hubo familias de militares y de oidores hubo otras que se extinguieron porque fueron familias levíticas, cuyos vástagos viéronse devorados por los conventos, los seminarios y los claustros.

De todo este aspecto de Santiago nos han quedado preciosos testimonios literarios en el siglo XVII y en el siglo XVIII. Desde el preclaro obispo Villarroel que narró con pluma incomparable los horrores del terremoto del 13 de mayo de 1647 que lo desatentó y que pinta después los primores de la devoción santiaguina hasta el último de los cronistas coloniales, don Vicente Carvallo y Goyeneche, que se detiene prolijamente en la narración de todas las particularidades de los claustros.

Hay en este libro muchos testimonios y muestras de la piedad santiaguina, pero ninguno supera en el esmero de la forma literaria y en la precisión castellana del estilo al Padre Alonso de Ovalle, verdadero analista de la Tebaida santiaguina con todas las fiestas reli-

giosas y los animados cuadros de las cofradías de indios, negros, mulatos y castellanos.

Con Ovalle surgen vistosas viñetas de claustro, fantásticas consejas de milagros y conversiones, gustosos escenarios de primitivo encanto que nada tienen que envidiar a las páginas peruanas de Garcilaso Inca, del cronista Calancha, de Fray Juan Meléndez o de Fray Diego de Córdoba y Salinas, analistas certeros de las milagrerías y devociones peruleras.

Diego de Rosales confirma en su magnífica historia todo lo que cuenta Ovalle y lo lleva por caminos de mayor objetividad histórica. Por algo puede decirse que es el historiador sinóptico de más envergadura del coloniaje. La visión del Santiago devoto, de procesiones, rogativas, fiestas religiosas, se completa con las páginas excelentes que aquí insertamos de Pedro Pascual de Córdoba y Figueroa, que llamó a la capital *la ciudad deleitosa a la vista*, de Fray Juan de Jesús María, escandalizado censor del violento don Francisco de Meneses, de Felipe Gómez de Vidaurre, de José Pérez García, de Manuel de Lacunza y de Vicente Carvallo y Goyeneche.

Todos abundan en la ponderación de la que definió Gómez de Vidaurre, repitiendo conceptos de Diego de Rosales, como *la ciudad en forma de ajedrez*. Del mismo modo encomian la riqueza de sus templos e iglesias, de sus casas y primeros palacios que corresponden a la profunda transformación urbana que señala el siglo XVIII que es hijo próspero de una revolución económica provocada por el auge del comercio del trigo con el Perú a raíz de un terremoto que asoló sus campiñas y del que ha dejado una referencia muy curiosa el Doctor don Miguel de Feyjóo en su *Relación Descriptiva de la Ciudad y Provincia de Trujillo del Perú*, publicada en 1763. A esta causa de riqueza santiaguina se siguió el mayor impulso dado al comercio por el Cabo de Hornos, del cual Chile obtuvo grandes ganancias y una mayor suma de mercaderías importadas y de caudales. Este período de transformación económica lo sitúa Vicuña Mackenna entre los años 1687 y 1712 y a él se debió un cambio radical en las costumbres, en el aspecto de las ciudades, en el menaje de las casas y en el lujo y comodidad de los

habitantes que pasaron a conocer las carrozas y furlones, las calesas y calesines de fábrica europea.

El apogeo de la vida civil tuvo también en Santiago algunas individualidades de recio temple. Así el siglo XVI destacó a la poderosa estampa de Francisco de Aguirre, nuestro primer hereje, vinculado lo mismo a Santiago que a Copiapó, a La Serena y a Tucumán, que a todas esas partes llevó sus desvelos y licencias de fundador y adelantado. El siglo XVII, en cambio, llenó a Santiago con los crímenes y los amores de doña Catalina de los Ríos y Lisperguer, compleja y violenta imagen de encomendera feudal, de mujer amorosa y amiga del poder que buscó sus complicidades en los claustros y en el apoyo de los oidores, que sobornó y ensangrentó su tálamo hasta merecer el anatema del obispo don Blas de Salcedo, símbolo de la ordenación moral hispánica contra las licencias y demasías mestizas de una hembra amiga de exorcismos, de zahumerios y hechizos en que se mezclaban las supersticiones de los brujos tradicionales de Talagante y de los esclavos herederos de los negros congos y de Guinea, que alimentaron, como nadie, el subconsciente freudiano de la Colonia con sus erotismos concentrados y sus pasiones recalentadas por la castidad externa de las costumbres. El siglo XVII tuvo también al alborotado y discutido don Francisco de Meneses, autor de la idea de la alternativa, donde se destaca un germen de criollismo por el estilo del que tuvo en sus sermones pronunciados en la corte de Felipe IV el poco comprendido y admirable obispo quiteño Fray Gaspar de Villarroel cuyos *Dos Cuchillos* forman la peana de todo el edificio jurídico colonial.

Meneses, como la Quintrala, representan los instintos de vida frente a la cautela y a la paçatería criolla. Una es como en el caso ibérico de La Celestina, la voluntad de vivir contra las imposiciones aún vigentes del medioevo. Es como un germen renacentista contra esa gran edad media prolongada aquí por la gran noche de rezos y de llantos del coloniaje. El otro es la rebeldía acriollada, la apetencia de vitalidad que constriñó el cinturón de castidad de obispos, frailes, inquisidores y magistrados gazmoños. Más tarde, el siglo XVIII, con su aporte vizcaíno y navarro, levanta otra figura legendaria que el pueblo, gran

creador de mitos colectivos, sabe animar y extender a través del tiempo. Nos referimos al Corregidor don Luis de Zañartu, que ha merecido hasta romances de ciego y de cordel, como los que reproduce en su *Historia del Puente de Cal y Canto*, Justo Abel Rosales.

La Quintrala está del pelo
Sin bajar ni subir
Y Zañartu mira al Cielo
Sin entrar ni salir.

Zañartu es el orgullo hecho drama. Orgullo del linaje, orgullo del gesto, orgullo de la pervivencia en fundaciones piadosas como el Monasterio del Carmen de San Rafael o sea el Carmen Bajo en oposición al antiguo de Santa Teresa en el alto de la Alameda. Orgullo de su poder regenerador ya que se declara un perseguidor público de vagos, de borrachos y de truhanes y con levas en que reclutó la hez de Santiago hizo el milagro de la construcción del Puente de Cal y Canto, monumento de la arquitectura colonial.

Estas individualidades poderosas son muy santiaguinas y revelan algo así como el reverso de la mansedumbre y del aborregamiento colectivos.

Forman como adelantados o precursores en la legión innumerable de los que fueron incomprendidos en la ciudad y merecieron dictados de locura o de singularidad genial y extravagante. Se llegó a decir *es un Zañartu* por un hombre tesorero o constante en sus empresas y decidido en sus realizaciones. Muchos tipos extraordinarios produjo Santiago, pero creemos que la cifra y medida de sus arquetipos seculares son La Quintrala, Meneses y Zañartu.

Todos se salen de sí y llenan su tiempo. Unos con sus turbulencias o apetencias vitales. Otros con sus rebeldías donde también vemos algunos de los particularismos peninsulares y el temple vizcaíno en el caso del Corregidor.

La vida colonial tuvo una serie de hitos que dejaron huella en s ánimos de los moradores de Santiago y que sirvieron, como se ha

observado ya, para señalar otras tantas cosas trascendentales de su evolución. Así se habló del año del terremoto grande (1647), del año de la expulsión de los jesuítas (1767) y del año de la venida grande del río Mapocho (1783).

Estos sucesos fueron otros tantos sacudones dados a la que Vicuña Mackenna en su intuitiva *Historia de Santiago* llama la «encogida, beata y asustadiza sociedad colonial» Primero fué un terremoto sin precedentes que en un momento derrumbó todos los templos y casas que enorgullecían a los moradores de esta nueva extremidad que aprisionaba el costillar de los Andes y parecía precipitar sobre las ondas no siempre quietas del Pacífico.

Después fué la expulsión de una orden religiosa que se vinculó a lo más hondo de la sociabilidad colonial y que apareció unida a cuanto fuera aquí una demostración de cultura y de progreso material. Porque los jesuítas fueron terratenientes, industriales, artistas, escritores, bodegueros, despenseros, arquitectos y cuanto se pudo ser en la Colonia. Con ellos surgieron los mayores cronistas y con ellos se fueron los hombres de ciencia y de letras de mayor vuelo que había en el siglo XVIII al ser expulsados, como dieron gallarda muestra el abate Molina, Gómez de Vidaurre, Olivares y Lacunza.

Los jesuítas habían establecido la técnica de la captación y de la seducción mundanas sobre los moldes militares de los *Ejercicios Espirituales* de su fundador, San Ignacio de Loyola. En este libro insigne desde el punto de vista ascético y aun humano como derrotero espiritual de una táctica de incalculables repercusiones en el mundo moderno, los jesuítas pusieron el modelo que les sirvió para tener, entre nosotros, una de las influencias más poderosas de que hay memoria tanto en lo espiritual como en lo temporal.

Así desde los primeros años de la Colonia ellos supieron identificarse con la porción más selecta de los vástagos de los encomenderos y señores criollos. Desde sus aulas surgió el impulso magnífico que se puede apreciar leyendo sus *cartas anuas* que son el código vigoroso de su empuje y aun de sus limitaciones que han merecido tantos reparos.

Hay que colocarse, por un momento, en el ambiente de 1767

para darse cuenta de las raigambres de todo orden que este instituto ignaciano, como se le ha llamado, tenía entre nosotros. La salida violenta de los jesuitas fué como un golpe tremendo dado en la sensibilidad religiosa de Santiago. Hijos, hermanos, parientes, amigos, medio mundo estaba de un modo y otro allegado a la vasta urdimbre de los intereses temporales y espirituales de la Compañía. En sus claustros había decenas de hombres de estudio, de ascetas, de espíritus prácticos y de empresa, de tipos humanos del linaje más contradictorio que representaban algo así como la espuma del saber y del sentir colonial. Por eso esté acontecimiento ha quedado en la memoria de los santiaguinos como una de las más transformadoras experiencias que hiciera a costa de los llamados *teatinos* el espíritu innovador y dominado por el despotismo ilustrado de Carlos III.

A partir de ese tiempo se nota una decadencia de los estudios literarios y un evidente desmedro de la enseñanza en determinados aspectos. Fué quizá el celo de su poderío económico una de las razones de mayor aliento que tuvo en vista el monarca borbónico para decidirse a dar un paso tan trascendental en el rumbo de sus negocios americanos.

No por haber salido los jesuitas perdió Santiago su aspecto beato y encogido que alimentaron a raíz de su expulsión las demás órdenes religiosas y las decadentes comunidades antiguas, cuya relajación de costumbres y pérdida de la vida en común dentro de los claustros no tuvo en Chile los caracteres de licencia y de escándalo que advirtieron en Quito y en Lima, Jorge Juan y Ulloa en sus *Noticias Secretas de América*.

El siglo dieciocho, en otros aspectos, fué el siglo de los viajeros. En sus comienzos se quebrantó un poco la severidad de los monarcas españoles para permitir la llegada a estas colonias de ultramar de los geógrafos y matemáticos destacados por Francia e Inglaterra para el estudio de unas regiones que, en más de una ocasión, despertaron su codicia.

De esos viajeros ha quedado algún testimonio en lo que respecta a nuestra capital. Uno es de 1741, época en que John Byron, abuelo del

Lord romántico, conoció Santiago como prisionero de los españoles por haber naufragado en el sur del país. Pintó los fandangos, toros y penitentes de una ciudad que le endulzó singularmente su cautiverio del que salió bien librado y con una alta idea de las hermosas santiaquinas, a pesar de que estimó muy grande la extravagancia que tenían éstas para vestirse.

En 1743 describen: Santiago Jorge Juan y Antonio Ulloa y también rindieron tributo al que se iba haciendo un lugar común de cronistas y viajeros: el clima de la capital y la belleza de sus mujeres.

A fines del siglo XVIII, en 1795, estuvo entre nosotros Jorge Vancouver, inglés mojigato que llegó a asustarse de cierta licencia en los modos de nuestras abuelas que no llegaron, sin embargo, en su insolencia hasta darle un pellizco en una procesión como le ocurrió a John Byron.

Estos viajeros asistieron al apogeo y a las postrimerías del siglo XVIII. En esa época ya comenzaban a gozar de más consideración entre nosotros los extranjeros y a relajarse las prohibiciones violentas que reiteraban cada cierto tiempo los monarcas españoles para impedir la infiltración de ideas o de costumbres peligrosas para la unidad del poderío peninsular.

Nos despedimos de la Colonia en nuestras evocaciones con un aire de fronda galante, alegre y ligero como las modas francesas que habían asentado su pie en la corte de Felipe V y que habían logrado llegar hasta las extremidades mismas del planeta.

LA INDEPENDENCIA Y EL SIGLO DIECINUEVE

La época de la Independencia tiene en Santiago un gran aire de familia con Lima en algunos aspectos que hace decir al viajero francés Julián Mellet que esta capital es un trasunto de la del Rimac.

En este tiempo aparece una institución que es como un anticipo de la patria y de la libertad, con sus cabildos abiertos, sus asambleas deliberantes y sus motines en que se dice ¡Junta queremos!

Es el café que reúne a jugar a los trucos o a beber en torno de rudimentarias mesas a las tertulias que reemplazan a las antiguas de las trastiendas de los comerciantes en sebo y charqui, abuelos de los oligarcas actuales. El café, con su prestigio moratinesco, da la sensación de una mayoría de edad. Es un areópago en pequeño que se anima en torno a la plaza, mientras afuera los mirones y los obsequiosos vagos acechan a los jugadores y recogen, sin disimulo, los puchos de los fumadores. Los primeros cafés fueron conocidos poco antes de 1808 y concentraban el interés de los parroquianos en los populares *trucos*, antecesores del billar moderno que se introdujo en el año 1814 según Zapiola.

Había dos cafés de notoriedad en los días de la Independencia: uno estaba en los altos de un edificio que ocupa el sitio del actual Portal Fernández Concha; y el otro se hallaba situado en la Calle de Ahumada. Este era el café de don Francisco Barrios, español de cuño antiguo.

En estos cafés se jugaba toda suerte de juegos de la época desde el democrático *monte* hasta la malilla, mediator, primera y béciga.

En sus acogedoras mesillas y en sus animados corrillos se comentaban las últimas nuevas llegadas por el *cajón del Rey*, especie de gaceta de las novedades europeas de esos días, se hacían pronósticos y se hablaba de todos los chismes en que la lengua de los santiaguinos ha sido desde entonces hasta ahora fertilísima.

También se veían pasar las buenas mozas, se oían los gritos y riñas de los vendedores de la plaza, que era como un mercado indígena, se hacían pronósticos sobre las carreras de caballos a la chilena y acerca de las clamorosas riñas de gallos santiaguinos. Todo eso y algo más fué el café, en cuyos mesones recibió el bautismo el siglo diecinueve.

Los burócratas, los clérigos, los conspiradores, los estudiantes, los enamorados y los desocupados son algunos de los tipos que animan los cafés de Santiago y viven pendientes de los casos y cosas de la capital.

Santiago, por este tiempo, había recibido un impulso de ciudad grande que venía de la doble acción de uno de los mayores hombres de estado de la Colonia, don Ambrosio O'Higgins, y de la llegada a

estas tierras, por obra providencial, del afamado arquitecto italiano don Joaquín Toesca.

Las casas se habían empinado desde su chata mediocridad hasta ciertas pretensiones que realzaban los mojonetes, algunos altos y altillos y una media docena de palacios auténticos en que la piedra del Cerro Blanco y la cal de Polpaico se habían mezclado en un contubernio eficaz.

La Moneda ya erguía su mole magistral y había de esperar muchos años, hasta 1848, para ser la morada de los Presidentes de Chile y un sitio de aislamiento que ha influido con su cantería poderosa para alejar a los mandatarios de las inquietudes y de los anhelos populares.

El Consulado, las Cajas Reales, la Catedral, la Merced, Santo Domingo, el Palacio del Conde de la Conquista, la casona de los Morandé, la casa del Corregidor Zañartu en la Plazuela de la Merced eran, entre otras construcciones, algunos de los adelantos de esta ciudad tan tacaña al decir de muchos de sus mejores analistas.

Los Presidentes heredaron la casa de los gobernadores reales en la Plaza de Armas. Los obispos, al otro costado de la plaza, exhibieron un rango del que dejó muestras el costoso mobiliario del Ilustrísimo Don José Santiago Rodríguez Zorrilla.

De este Santiago de la Independencia dan testimonio las páginas imperecederas de don Vicente Pérez Rosales, las de don José Zapiola, que es tan metódico en los detalles como lo fué con el Madrid del siglo XIX don Ramón de Mesonero Romanos y las de varios viajeros ingleses y franceses de los cuales hemos extraído las muestras que luego verá el lector de Basilio Hall, Gabriel Laford de Lucy, Julián Mellet, Samuel Haigh, Samuel Johnston y María Graham. No están aquí todos los viajeros del siglo diecinueve sino los más característicos. Se podría quizá hacer otro libro con los que se conocen más comúnmente y con los que esperan todavía a un traductor. Estos ingleses y franceses se encantan con Santiago y su sociabilidad que hallan más distinguida que la de Valparaíso, cuyo ambiente era más comercial y menos refinado. Algunos llegan a alabar sus rectas y limpias calles que eran regadas por los derrames de las acequias y por la abundante agua

que se extraía del Mapocho, a veces tan raquíptico como el Manzanares que motivara algunas letrillas satíricas.

Rico de plantas de pies
y de agua menguado y pobre.

El Mapocho apenas ha sido motejado de *río camaleón* por la constante mudanza del color de sus aguas que, a través de la sensibilidad del Padre Ovalle son «más claras y limpias que un cristal».

Durante todo el período de la Independencia, Santiago, que recién proscribía *el faldellín*, según el testimonio de Pérez Rosales, fué una ciudad alegre e ingenua donde el noble y el marqués se mezclaban democráticamente en las peleas de gallos aunque después no se reconocieran en la calle. Por algo los señorones santiaguinos habían expulsado poco antes del paseo del Tajamar a un comerciante de *medio pelo* que se tomó la licencia de *alternar*, vestido a lo petimetre, con los empinados señorones que exhibían allí sus estiradas estampas.

Las carreras de caballos de la Pampilla y del llano de Portales eran otros de los entretenimientos de la capital y, en cierto modo, fueron los gérmenes del moderno furor hípico en que vemos la patente influencia de las modas británicas introducidas aquí por la imitación de nuestros *dandys*.

Por primera vez se encuentra, a fines del siglo diecinueve, una descripción de una carrera de caballos a la moderna en la novela *Laura Duverne* de Enrique Montt, publicada en 1883.

Hay cierta cosa sana y familiar en los tiempos de la Patria Vieja que han sabido reproducir algunos costumbristas. En aquellos momentos la vida de Santiago alcanza sus características más definidas a través de la renovación evidente de las modas, de las maneras y de los entusiasmos.

Con la libertad salió el pueblo a la calle, pero sin perder todavía su carácter de comparsa o de coro que siguió a los caudillos efímeros o miró con indiferencia la sucesión de las facciones en el poder.

Las primeras representaciones teatrales, el auge de las *chinganas*,

las batallas aéreas de las comisiones, los paseos campestres a los frutillares de Renca, a los pintorescos alrededores o cerros de la capital y algunas escasas corridas de toros constituían los motivos de diversión de ese tiempo. De todo ello han dejado holgada muestra algunas páginas de Blest Gana, de Zapiola, de Pérez Rosales, de María Graham y de Vicuña Mackenna. La Reconquista Española derribó por un tiempo este nuevo estilo de vida. Los españoles fueron recibidos con entusiasmo por muchos de los señorones santiaguinos, que, en el fondo de sus corazones, admiraban todavía al Rey de España y no aceptaban las novedades impías del constitucionalismo liberal que impusieron temporalmente los próceres ilustrados.

Santiago pasó por la Independencia a través de inquietudes, de motines y de padecimientos que dejaron honda huella en el ajusticiamiento de Figueroa, en las depredaciones de San Bruno y de los Talaveras, en la exaltación sucesiva de los Larraines o de la *Casa Otomana* y de los Carreras, tribu ejemplar y patricia, en los chismes sobre Marcó del Pont, llamado *su señoría maricon*, y en las atrayentes aventuras de Manuel Rodríguez, verdadero centauro de la imaginación popular y el más auténtico caudillo de la chilenidad fantasiosa y legendaria.

El éxodo a Mendoza, los júbilos posteriores de Chacabuco y de Maipo, la libertad definitiva lograda por obra de los genios mancomunados de O'Higgins y de San Martín son otras tantas páginas épicas de nuestro pasado.

En seguida, viene el impulso fuerte y malogrado de O'Higgins, dictador progresista que sentía en sus venas como un rebrote criollo del despotismo ilustrado de los enciclopedistas del tiempo de Carlos III y del vigor emprendedor del Virrey, su padre, que fuera vejado y calificado de *buhonero* por la estolidez de algunos retardatarios y linajudos chapetones. Ambos O'Higgins, el padre y el hijo, demostraron en Santiago que en su sangre bullía la energía y el dinamismo más constructivos. Ellos fueron, entre los hombres de gobierno, los más honestos y decisivos animadores del adelanto local y nacional.

La época de O'Higgins ha quedado descrita en las tantas veces citadas páginas de María Graham, que visitó nuestra capital en 1822.

Poco después, el ímpetu oligárquico de la fronda aristocrática santiaguina tumbó al *huacho*, al enemigo jurado de los linajes, al que derribó de los altivos mojinetes los escudos nobiliarios que, en su mayoría, eran comprados con las onzas producidas por los sebos y los cordobanes de las haciendas. Muchos extranjeros comenzaron a incorporarse a las familias santiaguinas y a difundir ideas nuevas y conceptos más tolerantes. A estos extranjeros se debe un mayor pulimiento en las maneras sociales y el avance de los hábitos de higiene que en la Colonia fueron controlados por el *protomedicato* y por los curanderos y *meicas* de dilatada prosapia mestiza.

Los ingleses nos enseñaron a comer con corrección así como los franceses nos enseñaron a pensar bien y más tarde a escribir.

Pero no había muerto todo el pasado de tres siglos que revivía en muy curiosos aspectos y se defendía con todo el poder de sus ancestrales energías.

De este tiempo data la transformación cívica operada por la patria que reemplaza los festivales religiosos y las graves ceremonias de los oidores y de los doctores de la Real Universidad de San Felipe por otros en que lo militar tiene su auge en muchas expresiones de fervor civil.

O'Higgins visita personalmente el teatro donde tiene un palco y estimula la curiosidad del público por algunas rudimentarias comedias y piezas patrióticas en que los asistentes se hacían parte en las representaciones con chistes y juegos de palabras que interrumpían escandalosamente las escenas y los parlamentos.

Las bandas de músicos de los batallones salían a las calles y difundían el entusiasmo patriótico tocando piezas marciales o marchas que encantaban a los vecinos y alborotaban los niños. Algunos ciudadanos de pro llegaron a alquilar las bandas en días de santo o de cumpleaños.

Con posterioridad a O'Higgins viene el período tormentoso de los pipiolos del que nos han quedado descripciones curiosísimas en algunas páginas de Daniel Barros Grez, de Vicuña Mackenna y en las memorias del oficial de marina inglés Longeville Vowell, que aquí no reproducimos por abundar en lo mismo que otras plumas.

En los días pipiolo tuvo su auge el memorable *Parral de Gómez*, en la calle de Duarte, bajo cuyas enramadas se estrenaron más tarde las ponderadas *Petorquinas*, flor y nata del canto y del baile criollos.

Cerca del Parral de Gómez se hallaba *El Nogal*, no menos acreditado por sus excelencias de *chingana*. En estos, como en otros sitios, herederos de Ña Rutal y de Ña Teresa Plaza, se congregaban los amigos de la música criolla que, a juicio de Zapiola, llegó con su fama más allá de los Andes. La *zamba* era, por estos días, el baile que gozaba de mayor crédito.

Hubo una época prolongada de alarmas, de conspiraciones, de motines, de cuarteladas, de zozobras que acabaron por ahogarse bajo la represión feroz de Portales con el entronizamiento en el poder de los conservadores después de la traición de Ochagavía y de la batalla de Lircay.

Con el reinado conservador vino un curioso retorno a las costumbres patriarcales y en algunos aspectos se restauró la *hora de queda*. Todas las ordenanzas policiales y los bandos dados por los intendentes, herederos de los antiguos corregidores, tuvieron como objetivo reprimir la alegría natural del pueblo y domar sus instintos bajo muchos pretextos que tenían la finalidad común de aplastar todo intento revolucionario.

Don José Victorino Lastarria escribió un notabilísimo ensayo de costumbres, con fuertes pinceladas críticas a lo Larra, que aquí reproducimos, con el título de *Situación moral de Santiago en 1868*.

En él se hace un estudio detallado de las diversas leyes y bandos que podaron el alegre carácter santiaguino y lo apocaron considerablemente hasta merecer la fama adusta y lóbrega que él conquistó. Por algo Darío dijo a fines de siglo que si Lima era la gracia, Santiago era la fuerza. El peluconismo obró considerablemente en el modo de ser de los santiaguinos. Las razones de orden público de los gobiernos, amenazados por muchas conspiraciones y cuartelazos que se prolongaron hasta los días del decenio de Montt, tuvieron su innegable repercusión en las costumbres.

Sin embargo, en tiempo de los pelucones vino el auge de la Calle de las Ramadas, donde estuvo la célebre Filarmónica de don Diego Portales y en cuyos salones que animó el ministro pelucón se oyeron los cantos y se admiraron los bailes de las disputadas Petorquinas, abuelas de la moderna Chamorro y de las hermanas Orellana.

En 1830 se prohibió en las calles el juego de naipes y se acabó con la famosa *chueca* que se jugaba en los lugares públicos como la Cañada y de la que nos dejó una regular descripción el costumbrista Barros Grez. Pero los intendentes pelucones no sólo se ensañaron con la *chueca* sino que con los trompos, pelotas, tabas y dados. Al mismo tiempo ahuyentaron la costumbre de poner en las calles los asientos de artes.

Estas cosas poco se han dicho porque, en general, nuestros historiadores han tendido a magnificar estos períodos sin penetrar a fondo en aquellos aspectos psicológicos que advierte cualquier observador desprejuiciado y que no tiende a escribir libros panegíricos o apologéticos del pasado.

Santiago volvió, con el reinado conservador, a redoblar sus prácticas piadosas y a ver revivir muchas de las costumbres coloniales como las de los *aspados* y *penitentes*, lóbregas estampas de horror y de sangre que están captadas por don Antonio Iñiguez Vicuña en sus escenas de 1848.

Los *nazarenos*, remozados a fin de siglo y a comienzos de este por el pintoresco Cura de San Miguel, don Miguel León Prado, a quien mucho conocimos, eran uno de los rezagos más formidables de los disciplinantes que describió el Padre Ovalle. Pero eran gente peligrosa, porque entre ellos y al lado de los penitentes legítimos, se mezclaban los más diestros ladrones que se aprovechaban de andar encapuchados para hacer de las suyas y robar a moros y a cristianos. Los *nazarenos*, como los aguadores o aguateros, como los serenos que servían a los vecinos para traer confesor, sacramentos, médico, sangrador y pedir algo en las boticas y bodegones, eran las estampas más genuinas de un Santiago en que los hábitos coloniales se defendían del avance implacable de las innovaciones. Las ordenanzas de serenos son uno de los documentos más sabrosos de nuestro siglo diecinueve.

Estos tipos son antepasados de los que alcanzamos a conocer en nuestros años juveniles de los tortilleros, de los heladeros, de los vendedores de leche de burra, de los moteros, de los fruteros y de los actuales que tanto asombran a los turistas: los vendedores de perros y los compradores de ropa usada.

Muchos de ellos quedan más adelante retratados por algunas de las mejores plumas nacionales.

Santiago no tuvo, como Lima, la institución tutelar de la *mataperrada* que ha inspirado escenas traviesas al escritor José Galvez en *Una Lima que se va* y en las *Estampas Limeñas*. Pero hubo algo parecido de que da cuenta Vicuña Mackenna. La *mataperrada* santiaguina tuvo su auge en el siglo diecinueve y se prolongó en toda clase de bromas que han llegado hasta hoy bajo la forma salvaje de los llamados por teléfono. Los *capotes* que se gastaban en los colegios, las hazñasas correrías y andanzas de los *cimarreros*, los carteles pintorescos de matronas que se mudaban de sitio y daban punto a mal entendidos jocosísimos, los avisos de defunciones que se transmitían a las empresas fúnebres y que no correspondían a una realidad y los falsos encargos pedidos a las tiendas, fueron muestras de la malicia santiaguina que llegó hasta la época en que el exceso de automóviles desalojó de la calle a los muchachos y en que nuevos hábitos y costumbres mataron las licencias antiguas.

José Joaquín Vallejo, Crescente Errázuriz, Antonio Iñiguez Vicuña, Daniel Barros Grez, Vicente Reyces, Javier Vial Solar, Moisés Vargas en sus poco conocidos y recomendables *Lances de Noche Buena*, Vicuña Mackenna en algunas páginas olvidadas, Ramón Subercaseaux, Abdón Cifuentes, Justo Abel Rosales y, a fines de siglo, el divertido Daniel Riquelme, constituyen algunos de los certeros analistas del Santiago del siglo diecinueve, cuyo ámbito novelesco mereció la ciclópea e inigualada creación novelesca de Alberto Blest Gana.

Santiago conoció muchas transformaciones en el siglo pasado. Una de ellas fué la aparición de los palacios modernos que en 1886 y en 1890 respectivamente provocaron la admiración de Rubén Darío y de Teodoro Child, gruñón periodista yanqui este último.

Primero los alcances mineros de Chañarcillo y de Tamaya, los éxitos fabulosos de la plata y el descubrimiento de las minas de carbón crearon la fortuna legendaria de los Cousiño y la construcción del palacio que empujó más a Santiago. De entonces también data el surgimiento del tipo tan actual del gestor administrativo.

Tales sucesos y otros prósperos de nuestra economía dieron aliento a la edificación y realzaron, por muchos años, a la Alameda de las Delicias, heredera de la antañona Cañada.

No había hacendado de pro ni minero enriquecido ni senador con posibilidades presidenciales ni plutócrata ensoberbecido que no edificara allí su mansión. Eran casas grandes y pesadas, revestidas de estucos y decoraciones, construídas con ayuda frecuente de los arquitectos aficionados que desde antiguo en Santiago dañaron la estética urbana y a fin de siglo imitaron los palacios franceses del Boulevard Saint Germain.

Vino la época de los yesos a granel, de las imitaciones moriscas como la conocida Alhambra, de las enormes construcciones en las calles centrales y en algunas laterales de la Alameda, como la Avenida del Ejército Libertador y la Calle Dieciocho, que tiene cierto encanto parisiense y algunos edificios de noble apariencia.

Una expresiva pintura de estas casas y casonas santiaguinas nos dejó la amena pluma de Carlos Silva Vildósola, minucioso analista de los palacios de la capital en un artículo que más adelante se reproduce.

Hubo dos palacios santiaguinos que gozaron de una celebridad legendaria: uno fué la Quinta Meiggs, levantada por el riquísimo ingeniero norteamericano de ese apellido y donde se dió un baile improvisado el 7 de septiembre de 1866; y el otro es el Palacio Cousiño, situado en la Calle Dieciocho, que hasta hoy, para suerte de la ciudad, no ha sido demolido.

El primero tuvo un rapsoda entusiasta en Vicuña Mackenna. El segundo no ha merecido descripción digna de él, salvo la del yanqui Teodoro Child que critica en sus dueños la afición a imitar lo extran-

jero en vez de inspirar los motivos arquitectónicos y decorativos en cosas de la tierra.

El Palacio Cousiño permaneció muchos años cerrado porque sus dueños se ausentaron a Europa donde llevaron una existencia de lujos y de refinamiento. Nos ha contado una dama que al regreso de uno de los viajes de doña Isidora Goyenechea de Cousiño, su afamada propietaria, dió una fiesta a las *jeunes filles* de Santiago en los jardines de la mansión que fué un primor. Los decorados e interiores del Palacio Cousiño son de gran calidad y en el último tiempo han merecido la curiosidad de los hombres públicos con el objeto de que pudieran ser adquiridos por el gobierno.

Hubo otros palacios de gran prestancia: el Palacio Edwards, situado en el actual Club de Septiembre, el Palacio Urmeneta, que destruyó la devastadora piqueta de las innovaciones, y el palacio que fué de don Maximiano Errázuriz, situado en la Alameda entre las calles de Dieciocho y Castro, actualmente habitado por don Agustín Edwards.

La tacañería tradicional de los santiaguinos de la Colonia había sido superada por los hombres del siglo diecinueve. Las riquezas adquiridas en la minería, y en la industria salitrera destacaron una mentalidad más adicta a la opulencia. El minero es hombre amigo de gastar, al revés del agricultor que es cicatero y avaro.

Este boato de los palacios imitados de las mansiones francesas o inglesas, metas de los rastacueros y trasplantados que describieron Alberto del Solar y Alberto Blest Gana, se evidenció en unos instantes memorables de la vida santiaguina, cuando el centenario de la Independencia agotó las posibilidades de alojamiento en la capital e hizo indispensable el concurso de los ricachones para que el gobierno no quedara en vergüenza ante las copiosas embajadas de las más orgullosas monarquías y de las repúblicas hermanas.

Esta sociedad preciosista, cuyos salones ha retratado Luis Orrego Luco y cuyos apuros en los días del Centenario narró con galicista pluma Carlos Morla Lynch en una obra que citamos, no ha tenido,

por desgracia, ningún novelista de la capacidad creadora de Alberto Blest Gana.

Luis Orrego Luco en *Casa Grande*, novela representativa del Santiago sacudido por la fiebre de la bolsa y de las especulaciones de 1908, tiene algunas escenas de interiores que entregan muchos secretos y discreteos de los salones cursis de la plutocracia. Todo este tiempo es eminentemente desmesurado y se resiente del mal gusto terrible que tenían los muebles, los complicados trajes y toaletas y los adefesios artísticos estilo Luis XV que tanto emocionaron a una generación.

La novela santiaguina de crítica social ha sido relativamente pobre en producciones de calidad. Después de Orrego Luco, Juan Barros realizó un acertado esbozo de sátira en *El Zapato Chino*, que pinta a la sociedad católica educada en San Ignacio, colegio tradicional de los Jesuitas, pero no tiene ningún trozo descriptivo que pueda insertarse en este libro. Inés Echeverría de Larraín, mujer excepcional por su cultura y su ingenio volteriano, ha continuado la tradición de Blest Gana en la autopsia de algunos tipos santiaguinos y en la revelación de ciertos interiores donde se agitan las últimas centellas del pasado colonial. Iris evocó *la hora de queda* y sacudió hace unos veinte años, la modorra de la capital con sus inusitados artículos de costumbres y con algunos cuentos de afrancesada prosa. Su *Vispera de boda*, aquí reproducida, muestra uno de los aspectos más curiosos de esta escritora que en sus memorias deja los anales más importantes de la sociabilidad chilena en medio siglo.

Después de Daniel Riquelme, gran escritor santiaguino de costumbres, su liviano cetro solo ha sido heredado por Joaquín Díaz Garcés, el único entre nuestros artistas que ha sabido penetrar en el alma colonial sin alardes de erudición para captar los mejores acentos de la *Santa Colonia* en sus cuentos del *Pacífico Magazine*, que hasta hoy no han tenido la suerte de verse reunidos en un volumen que los salve de la dispersión. Díaz Garcés tenía muchas de las virtudes que hicieron famoso al limeño don Ricardo Palma, más el don novelesco que logró perfilar tipos y costumbres con una maestría legítima de narrador y de humorista.

Hemos seleccionado para este libro dos episodios admirables de su pluma: uno que sintetiza el miedo secular de los santiaguinos y otro que reproduce el estupor de nuestros antepasados ante las primeras campanadas dadas por el sonoro reloj de los Jesuítas. Aquí vive lo mejor de un ingenio malogrado cuando aún podía esperarse mucho de su fuerza creadora.

Pasarán otros santiaguinos por esta antología y muchos también que no siendo de la capital han sabido acechar sus secretos o asimilar la cosa insobornable y apicarada que es la médula y la esencia de su genio.

Emilio Rodríguez Mendoza nos devuelve la imagen sabrosa de la Antonina Tapia, abuela de dulceros y tía de las infinitas imitadoras que se llamaban a sí mismas las «genuinas herederas» de sus ollas y pailas. Mariano Latorre, máximo intérprete del campo nacional, nos muestra algunos rincones de barrio pobre, los pehuenes florecidos en la ciudad y los genuinos tipos del heladero y de la vendedora de leche de burra. Francisco Prieto del Río, erudito sacerdote, a través de un estilo laberíntico y curialesco, cuenta como los antepasados adoraban al Niño Dios de las Capuchinas que con su alcancía golpeó en los portones ferrados y abrió las bolsas de la gente piadosa y obtuvo de los puesteros del mercado lo necesario para proveer al sustento de las monjas.

Eduardo Barrios sorprende un momento de intimidad en la Calle Esmeralda, heredera de los secretos y de las remoliendas de la Calle de las Ramadas, restaurada en su prístina pureza aquí por Sady Zañartu, fino conocedor de las calles viejas y de los recovecos coloniales.

El aspecto popular de Santiago, la aparición de esa cosa violenta que es el proletariado urbano pertenece a otro grupo de escritores que arrancan de Joaquín Edwards Bello que con *El Roto* presenta el rostro de la capital desgarrado por el hambre, la miseria y el abandono.

Con estos libros y estos hombres alborea una nueva sensibilidad.

LOS TIEMPOS MODERNOS

Haríamos otro libro si nos dejáramos arrastrar por el entusiasmo de resumir todo lo que sugieren las muchas páginas aquí colectadas.

Con la aparición del naturalismo, la interpretación de la capital asumió nuevos aspectos que ahondan en la miseria humana y en los sórdidos ambientes que el convencionalismo anterior rehusaba analizar.

Augusto Thompson, más conocido como Augusto D'Halmar, ofrece la primicia del descubrimiento de este medio en la novela santiaguina *Juana Lucero*, publicada en 1902. Corresponde este tipo femenino al de una célebre cortesana que se llamaba Hortensia Lucero, que fué retratada también por Emilio Rodríguez Mendoza en las columnas del diario radical *La Ley* con el convencional nombre de Margarita Gautier.

Llevar una mujer pública hasta una obra novelesca significaba una revolución en las costumbres literarias. Ese tema había permanecido *tabú* para los pulcros escritores románticos y apenas había merecido alusiones veladas del realismo temperado de Blest Gana.

Sin embargo, la vida santiaguina fué rica en hembras de nombra-día que ejercieron el amor pública o clandestinamente. Este asunto es digno de un estudio particular, pero aquí no tiene más que un carácter alusivo.

Las antiguas *tapadas* o *lusitanas* de que hablan los sínodos diocesanos de los Obispos Carrasco y Alday, celebrado el último en 1763, dan los primeros indicios de la prostitución sombría que ejercieron esas mujeres en las noches de las corridas de toros. En las tardes de fiestas públicas las busconas, envueltas en mantos que las convertían en remedos de las *tapadas* limeñas, provocaban sus actividades escandalosas con gran indignación de los prelados y capellanes de esa época.

Posteriormente prosperó el tipo de las criollas que en la sombra culpable sirvieron de queridas o de *entrettenidas* a los hipócritas señores y a los jovenzuelos verdes del siglo diecinueve. Un escándalo de proporciones que conmovió a Santiago, sirvió para levantar el velo del convencionalismo sobre estas mujeres de placer. Fué este el asesinato

de Sara Bell cometido por Matta Pérez, apuesto petimetre que gozaba de renombre en los círculos elegantes del Club de la Unión. La leyenda tomó a Sara Bell hasta el extremo que mereció figurar en los versos populares y en un folleto con la historia del crimen de gran circulación.

En Sara Bell, mujer de la clase media, había como un símbolo de la entrega de ésta a las apetencias sensuales de los señoritos al estilo de Matta Pérez. Por esto, la credulidad pública dió contornos vastos a la fuga de Matta Pérez, de quien se dijo que había huído disfrazado de sacerdote o que había cruzado la cordillera metido en una jaba para muebles donde hizo un respiradero.

Los antiguos lupanares se hallaban en la Calle del Ojo Seco y en algunas cuadras de la tradicional calle de las Ramadas. De ahí emigraron a diversos barrios; sobre todo al famoso que tiene la calle Ricantén, a las calles de Eleuterio Ramírez, de Santa Cruz y de García Reyes. En esta última hubo muchas mujeres francesas, las primeras de las cuales llegaron a la capital en 1912. Las casas de mancebía han sido evocadas por muchos escritores santiaguinos influidos por el naturalismo de Maupassant y de Zola. Después de la Lucero hubo regentas de gran destino literario como la célebre María Luisa, de la Calle Eleuterio Ramírez, llamada hasta 1900 Calle Carrascal.

Esta famosa mujer tenía autógrafos de escritores y de políticos y mereció que se ocupara en ella Lautaro Yankas en la novela *La Bestia Hombre*, muy influenciada por lecturas de autores rusos.

La famosa calle lupanaria de Camilo Henríquez se llamó primero calle El Juramento y antes que tuviera su nombre actual, calle El Peligro.

Los menesteres bajos de estos sitios de perdición estuvieron, por muchos años, entregados a los chinos que abundaban en la capital. Eran estos dueños de muchas casas de prostitución, restaurantes y hospederías de indefinible moralidad.

Hubo otra calle de lance, que se llamó calle de los Rojas, después calle San Carlos y, por último, calle Tarapacá.

En estos sitios dominaban, con prestancia casi animal, los famosos

matones de barrio, los guapos criollos que evocaban a los chulos de Madrid con sus pendencias tremendas y sus inesperadas agresiones.

Otras calles de mal vivir que, con el tiempo, han alejado sus precedentes impuros son la calle de San Antonio, donde aún por las noches pululan las busconas, y la calle de la Ceniza, verdadero refugio de las pecadoras.

Los chinos que había en la calle San Antonio, a comienzo de siglo, cobraban cincuenta centavos por una cama mal oliente. Al atardecer iban a esas covachas y figones numerosas mujeres de manto que eran muy solicitadas por una verdadera colmena de admiradores y clientes.

En la calle de la Ceniza hubo unos cantores afeminados que hasta hoy son recordados por los santiaguinos viejos. Eran los afamados Bartolo Ponce y Emiliano Zúñiga. Cuando murió Bartolo Ponce, en 1900, se le hizo un gran entierro al que asistieron numerosos dueños de casas de mala vida, chinos y prostitutas que solidarizaron en un duelo colectivo del gremio malero.

Los coches de cajón cobraron entonces diez centavos por llevar al Cementerio al afligido concurso de los bajos fondos.

Más tarde, se hizo notable un chino Allú, que tuvo un hotel escandaloso en la calle San Diego y gozó de la protección de algunas autoridades municipales.

En Santiago prosperaron dueñas de lenocinios y de casas de cita, que fueron la última forma evolucionada de las primitivas *tapadas*, cuyo prestigio se confundió con la amistad de presidentes y de altos políticos.

Entre ellas merece un recuerdo la castiza Doña Jesús Cedrón, en cuya morada existió un salón con pájaros disecados y en las paredes retratos de Isidoro y Federico Errázuriz, de Balmaceda y hasta del pulcro don Carlos Walker Martínez.

La Cedrón, cuyas amistades fueron incontables, mereció ser cantada en versos que aun conserva uno de los sobrevivientes de esos magníficos y bohemios tiempos. A su lado brilló la Chepa Avilés, especie de recadera del amor y precursora de muchas celebridades de la vida galante.

Ascendiendo por las categorías de este mundo equívoco, se encuentra la Adelita o sea la notable cortesana llamada Adela Cucirá, a quien protegió primero un presidente cuando era profesora en la Provincia de Aconcagua y no extendía su nombradía y ringorango posteriores.

La Adelita mereció entrar en los episodios de una novela mala de Tomás Gatica Martínez que revelaba secretos de alcoba e intimidades de la vida licenciosa de ciertos copetones. Cuando murió la Cucirá, Joaquín Edwards Bello la despidió con un responso lírico en que lloraba la bohemia de los tiempos de Vicho Balmaceda, de los coches de posta y de los reservados de la galería San Carlos.

Desde Daniel Riquelme, sibarita del antiguo régimen, hasta Joaquín Edwards Bello, Santiago había dado un buen salto en el perfeccionamiento del mundo de los placeres. Sin embargo, el brioso escritor naturalista causó un escándalo atronador al revelar la vida de los bajos fondos en su difundido libro *El Roto*, publicado en 1920.

El Barrio Estación, cuya miseria señala esta novela, no es hoy sombra de lo que fuera en los últimos años del siglo diecinueve cuando esplendía en su seno el Hotel del Sur que retrata con sus costumbres Julio Vicuña Cifuentes en sus añoranzas del año 1884.

Esta fama se hallaba realzada por ser la Estación Alameda la única a donde llegaban los trenes del puerto y del sur y por tener en sus vecindades hoteles de importancia como el Melossi, el Alameda y el del Sur, en cuyas alcobas se perdieron innumerables doncellas.

El Portal Edwards gozó de gran predilección de los trasnochadores y tarambanas por el bullicioso Casino de Bonzi que lo animaba, como un hervidero y donde se hizo célebre La Bella Carmela con una canción que tenía estas estrofas arrabaleras:

*Quisiera ser perla fina
de tus lúcidos aretes.*

No muy lejos estaba y sigue en su mismo sitio, el Teatro Politeama donde se exhibió una compañía de liliputienses que conmovieron a Santiago en las proximidades del terremoto de 1906.

Ahí vimos, siendo muchachos, la película de más largo metraje que se ha exhibido en la capital. Se llamaba *Saturnino Farandola*, tenía cuarenta tambores o rollos y duraba desde las tres de la tarde hasta pasadas las nueve de la noche.

Estas y otras atracciones hicieron del Barrio Estación un centro de vida multisonora con olores y sabores muy particulares y un encanto bohemio de picante localismo.

Por eso, en nuestra literatura novelesca ha merecido que en él se desarrollen dos libros de gran éxito: *El Roto*, de Joaquín Edwards Bello, y *La Viuda del Conventillo* de Alberto Romero. Con menos colorido lo describen también Fernando Santiván en *El Crisol* y Carlos Sepúlveda Leyton en *La Fábrica*.

Lo canallesco y folletinero de ese barrio lo interpreta asombrosamente Acevedo Hernández en un agua fuerte que reproducimos más adelante.

El autor de estas anotaciones cinematográficas no puede resistir el nostálgico regusto que siente por un pedazo de Santiago, donde vivió un lustro. Pero ya el Barrio Estación, con tener hoy una cosa de suburbio de Madrid o de Barcelona, no es sino un reflejo desmirriado de lo que fué en los días del crimen de Beckert o del esplendor de la Bella Carmela en el alborotado Casino del Portal.

La calle Borja, de ese suburbio, se ha inmortalizado en *El Roto*, así como la primitiva Alameda de Matucana fué motivo de curiosidad para la multiforme imaginación de Vicuña Mackenna que la recordó en el final de su entretenidísimo libro *De Valparaíso a Santiago*.

A medida que avanzamos en este siglo, los escritores de la capital se trasladan a los escenarios del medio pelo, de la gente *venida a menos* y de los rotos del conventillo. Un finísimo artista, que acendra su prosa hasta el martirio, González Vera, ha dignificado los escenarios humildes en su excelente novela *Vidas Mínimas*, donde la vida del suburbio está enaltecida por una sensibilidad maravillosa,

Carlos Sepúlveda Leyton hizo, en los últimos años, una novela santiaguina que resume sus recuerdos moceriles. En *Hijuna* aparece el Barrio del Matadero en los tiempos patriarcales de don Miguel León

Prado, con su cortejo de huasos y de cuadrinos que celebran el Cuasimodo en competencia con el que era orgullo de la Parroquia de San Isidro, donde se juntaban hasta doscientos jinetes a caballo para la corrida de Cristo. También surgen en esta obra los primeros signos de la rebelión social al producirse la huelga revolucionaria de 1905, en que el pueblo pide la liberación de los derechos al ganado argentino.

Poco más queda en la evocación literaria moderna de Santiago. Eugenio González en *Hombres* describe un grandioso mítin obrero con las vocingleras reivindicaciones de las masas pujantes, Nicomedes Guzmán se asoma a los andrajos del arrabal proletario y exalta las vidas oscuras con unción y fe en el porvenir de sus organizaciones. Juan Godoy, el más interesante de los escritores novísimos, cierra este ciclo con *Angurrientos*, donde la vida popular cobra un colorido y un acento de buena estirpe estilística de que da muestra la emocionante pelea de gallos que da remate a esta antología.

Y la poesía civil se entona con la *Oda de Invierno al Río Mapocho* de Pablo Neruda, cuya fina voz se identifica con el dolor que arrastran las riberas pobladas de niños vagos y exalta la esperanza de un mejor destino colectivo. Con esto habría que cerrar este ya largo prólogo en que no está ni en compendio lo que sugiere y hace añorar la capital en sus cuatro siglos de existencia.

No están todos los que han escrito sobre Santiago, pero, con seguridad, es poco lo que se ha escapado a una innegable acuciosidad en un antiguo buscador de las cosas que se lleva el remolino de la transformación recibida por sus calles desde 1928 hasta hoy.

Las obras públicas monumentales, el Barrio Cívico, la edificación de poblaciones residenciales enormes en Providencia, en Los Leones y en Ñuñoa son cosas que ya no pertenecen a la vieja alma de la capital. Con este monstruoso vértigo de creación han muerto muchos de los tipos y costumbres que aquí tendrán un testimonio para los que vengan más tarde.

Santiago toma, día a día, aire de ciudad europea. El cine, la radio, los espectáculos deportivos, el hálito cosmopolita de las grandes urbes mecanizadas se abren paso junto a las explosiones iracundas de las

masas que piden su lugar bajo el sol. Esta es ya otra cosa, como decía un viejo doctor santiaguino. El color local huye, los postreros edificios de adobe se desmoronan bajo la piqueta de los albañiles, las antañonas tertulias y los salones señoriales parecen cosa muy remota. Y la vida sigue su curso y lo que ayer no más hacía llorar, hoy muchas veces hace reír.

Santiago pasa también a perder su individualismo y a pulir sus aristas peluconas entre el colectivismo de los nuevos tiempos que tienen su expresión en los edificios de departamentos.

El amor, el placer, el dolor, todo se standardiza. Y por este ancho camino, dentro de algunos lustros, habremos perdido hasta el modo de andar del Santiago antiguo.

Al correr cuatro siglos de nuestra variada e intensa vida desde que el fundador cimentó sus esperanzas junto al río camaleón, hemos visto toda una evolución política y social que para algunos es signo de esperanzados alborozos y para otros, los menos, el aviso ineluctable de las decadencias irreparables. Pero, para todos, el sabor de estas páginas tendrá algo que los identifique: su santiaguinismo auténtico, flor y lustre de nuestros orígenes.

EL SIGLO XVI

EL CAMPAMENTO DE PAJA Y BARRO

Pedro de Valdivia.

Por el mes de abril del año de 1539 me dió el Marqués la provisión, y llegué a este valle de Mapocho por el fin del de 1540. Luego procuré de venir a hablar a los caciques de la tierra, y con la diligencia que puse en corrérselas, creyendo éramos cantidad de cristianos, vinieron los más de paz y nos sirvieron cinco o seis meses bien, y esto hicieron por no perder sus comidas, que las tenían en el campo, y en este tiempo nos hicieron nuestras casas de madera y paja con la traza que les dí, en un sitio donde fundé esta cibdad de Santiago del Nuevo Estremo, en nombre de V.M., en este dicho valle, como llegué, a los 24 de hebrero de 1541.

Fundada, y comenzando a poner alguna orden en la tierra, con recelo que los indios habían de hacer lo que han siempre acostumbrado en recogiendo sus comidas, que es alzarse, y conociéndoseles bien en el aviso que tenían de nos contar a todos; y como nos vieron asentar, pareciéndoles pocos, habiendo visto los muchos con que el Adelantado se volvió, creyendo que de temor dellos, esperaron estos días a ver si hacíamos lo mesmo, y viendo que no, determinaron hacérnoslo hacer por fuerza o matarnos; y para poder-

nos defender y ofenderlos, en lo que proveí primeramente fué en tener mucho aviso en la vela, y en encerrar toda la comida posible, porque, ya que hiciesen ruindad, ésta no nos faltase; y así hice recoger tanta, que nos bastara para dos años y más, porque había en cantidad.

(Carta al Emperador Carlos V del 4 de septiembre de 1545).

LOS TRABAJOS DEL FUNDADOR

Pedro de Valdivia.

Luego tove noticia que se hacía junta de toda la tierra en dos partes para venir a hacernos la guerra, y yo con noventa hombres fuí a dar en la mayor, dexando a mi teniente para la guardia de la cibdad con cincuenta, los treinta de caballo. Y en tanto que yo andaba con los unos, los otros vinieron sobre ella, y pelearon todo un día en peso con los cristianos, y le mataron XXIII caballos y cuatro cristianos, y quemaron toda la cibdad, y comida, y la ropa, y cuanta hacienda teníamos, que no quedamos sino con los andrajos que teníamos para la guerra y con las armas que a cuesta traíamos, y dos porquezuelas y un cochinillo y una polla y un pollo y hasta dos almuerzas de trigo, y al fin, al venir de la noche, cobraron tanto ánimo los cristianos con el que su caudillo les ponía, que, con estar todos heridos, favoreciéndolos señor Sanctiago, que fueron los indios desbaratados, y mataron dellos grande cantidad; y otro día me hizo saber el capitán Monroy la victoria sangrienta con pérdida de lo que teníamos y quema de la cibdad. Y en esto comienzan la guerra de veras, como nos la hicieron, no queriendo sembrar, manteniéndose de unas cebolletas y una simiente menuda como avena, que da una yerba, y otras legumbres que produce de suyo esta tierra sin lo sembrar y en abundancia, que con ésto y algún maicejo que sembraban entre las sierras podían pasar (como pasaron),

Como vi las orejas al lobo, parecióme, para perseverar en la tierra y perpetuarla a V.M., habíamos de comer del trabajo de nuestras manos, como en la primera edad, procuré de darme a sembrar, y

hice de la gente que tenía dos partes, y todos cavábamos, arábamos y sembrábamos en su tiempo, estando siempre armados y los caballos ensillados de día, y una noche hacía cuerpo de guardia la mitad, y por sus cuartos velaban, y lo mesmo la otra; y hechas las sementeras, los unos atendían a la guardia dellas y de la cibdad de la manera dicha, y yo con la otra andaba a la continua ocho y diez leguas a la redonda della, deshaciendo las juntas de indios, dó sabía que estaban, que de todas partes nos tenían cercados, y con los cristianos y pecezuelas de nuestro servicio que truximos del Perú, reedifiqué la cibdad y hecimos nuestras casas, y sembrábamos para nos sustentar, y no fué poco hallar maíz para semilla, y se hobo con harto riesgo; y también hice sembrar las dos almuerzas de trigo, y dellas se cogieron aquel año doce hanegas, con que nos hemos simentado.

Como los indios vieron que nos disponíamos a sembrar, porque ellos no lo querían hacer, procuraban de nos destruir nuestras sementeras, por constreñirnos a que de necesidad desamparásemos la tierra.

Y como se me traslucían las necesidades en que la continua guerra nos había de poner, por prevenir a ellas y poder ser proveído en tanto que las podíamos sufrir, determiné enviar a las provincias del Perú al capitán Alonso de Monroy con cinco hombres, con los mejores caballos que tenía, que no pude darle más, y él se ofreció al peligro tan manifiesto por servir a V.M. y traerme remedio, que si Dios no, de otro no lo esperaba, atento que sabía que ninguna gente se movería a venir a esta tierra por la ruín fama della, si de acá no iba quien la truxese y llevase oro para comprar los hombres a peso dél; y porque por do había de pasar estaba la tierra de guerra y había grandes despoblados, habían de ir a la ligera a noche sin mesón, determiné para mover los ánimos de los soldados, llevando muestra de la tierra, enviar hasta siete mill pessos, que en tanto que estove en el valle de Canconagua entendiendo en el bergantín, los habían sacado los anaconcillas de los cristianos, que eran allí las minas, y me los dieron para el comun bien; y porque no llevasen carga los caballos, hice seis pares de estriberas para ellos y guarniciones para las espadas y un par de vasos en que bebiesen, y de los estribos de hierro y

guarniciones y de otro poco más que entre todos se buscó, les hice hacer herraduras hechizas a un herrero que truxe con su fragua, con que herraron muy bien los caballos, y llevó cada uno para el suyo otras cuatro y cient clavos, y echándoles la bendición los encomendé a Dios y envié, encargando a mi teniente se acordase siempre en el frangente que quedaba.

Fecho ésto, entendí en proveer a lo que nos convenía, y viendo la grand desvergüenza y pujanza que los indios tenían por la poca que en nosotros veían, y lo mucho que nos acosaban, matándonos cada día a las puertas de nuestras casas nuestros anaconcillas, que eran nuestra vida, y a los hijos de los cristianos; determiné hacer un cercado de estado y medio en alto, de mill y seiscientos pies en cuadro, que llevó doscientos mill adobes de a vara de largo y un palmo de alto, que a ellos y a él hicieron a fuerza de brazos los vasallos de V.M., y yo con ellos, y con nuestras armas a cuestras, trabajamos desde que lo comenzamos hasta que se acabó, sin descansar hora, y en habiendo grito de indios se acogían a él la gente menuda y bagaje, y allí estaba la comida poca que teníamos guardada, y los peones quedaban a la defensa, y los de caballos salíamos a correr el campo y pelear con los indios, y defender nuestras sementeras. Esto nos duró desde que la tierra se alzó, sin quitarnos una hora las armas de a cuestras, hasta que el capitán Monroy volvió a ella con el socorro, que pasó espacio de casi tres años.

Los trabajos de la guerra, invictísimo César, puédenlos pasar los hombres, porque loor es al soldado morir peleando; pero los de la hambre concurriendo con ellos, para los sufrir, más que hombres han de ser: pues tales se han mostrado los vasallos de V.M. en ambos, debaxo de mi protection, y yo de la de Dios y de V.M., por sustentarle esta tierra. Y hasta el último año destes tres que nos simentamos muy bien y tovimos harta comida, pasamos los dos primeros con extrema necesidad, y tanta que no la podría significar; y a muchos de los cristianos les era forzado ir un día a cabar cebolletas para se sustentar aquél y otros dos, y acabadas aquéllas, tornaba a lo mesmo, y las piezas todas de nuestro servicio y hijos con esto se man-

tenían, y carne no había ninguna; y el cristiano que alcanzaba cincuenta granos de maíz cada día, no se tenía en poco, y el que tenía un puño de trigo, no lo molía, para sacar el salvado. Y desta suerte hemos vivido, y toviéranse por muy contentos los soldados si con esta pasadía los dexara estar en sus casas; pero conveníame tener a la continua treinta o cuarenta de caballo por el campo, invierno y verano y acabadas las mochillas que llevaban, venían aquellos y iban otros. Y así andábamos como trasgos, y los indios nos llamaban *Cupais*, que así nombran a sus diablos, porque a todas las horas que nos venían a buscar, porque saben venir de noche a pelear, nos hallaban despiertos, armados y, si era menester, a caballo. Y fué tan grande el cuidado que en esto tove todo este tiempo, que con ser pocos nosotros y ellos muchos, los traía alcanzados de cuenta; y para que V.M. sepa no hemos tomado truchas a bragas enjutas, como dicen, basta esta breve relación.

(Carta al Emperador Carlos V del 4 de septiembre de 1545).

SEMBLANZA DE PEDRO DE VALDIVIA

Alonso de Góngora Marmolejo

Era Valdivia, cuando murió, de edad de cincuenta y seis años, natural de un lugar de Extremadura pequeño, llamado Castuera, de rostro alegre, la cabeza grande conforme al cuerpo, que se había hecho gordó, espaldudo, ancho de pecho, hombre de buen entendimiento, aunque de palabras no bien limadas, liberal, y hacía mercedes graciosamente. Después que fué señor rescibía gran contento en dar lo que tenía; era generoso en todas sus cosas, amigo de andar bien vestido y lustroso, y de los hombres que lo andaban, y de comer y beber bien; afable y humano con todos; más tenía dos cosas con que escurecía todas estas virtudes, que aborrecía a los hombres nobles, y de ordinario estaba amancebado con una mujer española, a lo cual fué dado. El cómo murió, y de la manera que dicho tengo, yo me informé de un príncipe y señor del valle de Chile en Santiago, que se llamaba don Alonso, y servía a Valdivia de guardarropa, y hablaba en lengua española, y de mucha razón, que estuvo presente a todo, y escapó en hábito de indio de guerra sin ser conocido, y aquella noche llegó a la casa fuerte de Arauco y dió nueva de todo lo sucedido a los que en ella estaban: los cuales se fueron a Concepción, que estaba de allí nueve leguas, ántes que los indios les cerrasen el camino.

(Historia de Chile desde el descubrimiento hasta el año 1575).

SANTIAGO EN 1595

Pedro Mariño de Lovera

El temple desta ciudad es qual puede desearse, está en treinta y dos grados y medio, en el cuarto clima hacia la parte del sur, y así tiene su invierno y verano como el de España, aunque en los meses es totalmente opuesto, pues en el que comienza el verano en Castilla comienza acá el invierno, y al contrario; de suerte que por Navidad cuando España es el mejor estalaje el que está más de cerca de la chimenea es acá gloria andar de huerta en huerta entre frutales, y pasear los campos verdes, y florestas deleitables que las hay en esta tierra con tantas ventajas, y con tanta fertilidad y abundancia de todas frutas que se hallan en Europa, y algunas otras naturales de la tierra que no se sabe en el mundo lugar donde haya tanta abundancia. De suerte que las camuesas que en España son de mayor gusto se echan acá a los puercos en gran suma porque las que los hombres comen son tanto mayores y mejores que no lo creerá quien no lo ha visto, y a este tenor van todas las cosas de mantenimientos deste reino, así de huertas, viñas y olivares, como de sementeras y ganados, todo lo qual anda a rodo sin que haya persona tan pobre que no tenga sobrado todo lo que es mantenimiento de su casa. Entre otras cosas que ayudan a edificar brevemente esta ciudad de Santiago no fué de menos comodidad la abundancia de maderas del valle que está en la ribera del grande río Maule donde hay robles de que se hacen navíos cuantos quieren y muchos cipreses, y laureles, y otras muchas especies de madera; y aún las acequias que se sacan del río y corren por la ciudad tienen sus orillas hechas vergeles de arrayán, albahaca

y rosas, y otras varias yerbas y flores; lo cual también se halla en los cerros, esteros, y collados, que todos están hechos unos jardines. Hay también miel de abejas sin cuidar della por ser silvestre, y sin género de cera en sus panales. Y entre otras cosas de notar de aqueste género hay unas matas de una vara de altura de tal calidad que cayendo en ellas el rocío a ciertos tiempos del año se sazona de manera que se vuelve en sal menuda; la cual sin más preparación sirve para los saleros, y aún la misma yerba después de seca si se pone al fuego toda la ceniza en que se resuelve es pura sal. Hay también por los campos grandes frutillares, que así se llaman, los que dan una fruta casi a manera de madroños, aunque en la cantidad algo mayor, y en el sabor más dulce, y delicado incomparablemente y así por excelencia se llama frutilla de Chile. Y si el lector gustare de rastrear algo de la fertilidad, y abundancia de esta tierra lo podrá coleccionar de que ahora cuarenta y cinco años no había género de ganado en todo Chile, y pasan de ochocientos mil las ovejas que hay solo en el distrito desta ciudad, y a este tenor es el número de las vacas, puercos, cabras y yeguas, y otros animales que hay en Castilla, y también de que acude con tal multiplico el beneficio de las sementeras que de una anega acontece cogerse más de ciento, y aún el autor dice que vió por sus ojos producirse alguna vez de solo un grano más de . . . espigas. Lo que es naranjas, limas, limones, cidras, hortalizas, y todo género de legumbres y flores, como lirios azucenas, claveles, y finalmente todo género de yerbas, flores y frutas de España excepto guindas, y cerezas (que no se han sembrado) todo se dá con grande abundancia y ventajas.

Luego que se fundó la ciudad se señaló primeramente sitios para monasterios y religiosos de todas órdenes mendicantes, que después con el tiempo han ido entrando, y fabricando casas, e iglesias de las mejores de las Indias, y también se fundó, andando el tiempo, un monasterio de monjas donde se conserva con mucha exacción la observancia. Verdad es que con haber cincuenta y cinco años que se conquistó esta tierra no ha crecido mucho el número de gente española pues los desta ciudad de Santiago con ser la cabeza del reino no pasan

de quinientos hombres habiéndose disminuido tanto los indios que apenas llegan los deste valle a siete mil en el año en que estamos que es el de mil quinientos y noventa y cinco, con haber hallado en él los españoles el año de cuarenta y uno pasados de cincuenta mil, y aún los deste sitio son los mejor librados; porque los de otras partes han ido y van con mayor disminución con las incesables guerras, ultra de los que murieron el año de noventa y noventa y uno de una peste de viruelas, y tabardillo, la cual fué general casi en toda la... corriendo la costa que se sigue desde Santa Marta y Cartagena hasta lo último que en Chile hay de descubierta; de lo que pudiera hacer grande historia, por haber sido enfermedad tan monstruosa y vehementemente, que apenas duraba dos meses enteros en un pueblo, porque era tanta la priesa con que derribaba personas en el lugar que entraba, que a pocos días no se hallaba persona en quien emplearse por estar ya todos o, convalécientes, o difuntos, sino eran las personas de las cualidades a quien ella no daba cuales eran los que pasaban de treinta y cinco años, y también los nacidos en España; porque en estos era tan cierta la seguridad de no tocarles este mal contagioso, cuanto en los nacidos en estas tierras como fuesen de corta edad era cierto no escaparse hombre, y así a mi parecer murió la tercera parte de la gente nacida en esta tierra; así de los españoles como de los indios, y aun pudiera alargarme algo más, como persona que a la sazón anduve casi cuatrocientas leguas, ocupado en la ayuda espiritual de los enfermos, para el cual ministerio iba dejando los pueblos como la misma pestilencia los iba dejando, y entrando en otros donde ella de nuevo entraba.

Así que no es tanto de maravillar el haberse disminuido mucho los indios cuanto el no crecer el número de los españoles en tierra tan apta y apacible para la vida humana cual se puede desear en todo el mundo, porque ultra de la abundancia de las cosas dichas hay otras muchas comodidades de las necesarias para la vida humana, como son los obrages de paños, jergas, bayetas y frazadas que aunque por no haberse comenzado a poner molinos de aceite no es el paño fino a causa de labrarse con manteca; todavía es pasadero; y también hay mu-

chas oficinas de curtiduría de donde se saca gran número de suelas, vaqueros cordobanes, y badanas que se llevan al Perú; y no menos ingenios de azúcar que abastecen toda la tierra, sin que sea menester casi cosa de fuera sino es alguna lencería, y sedas, pues todo lo demás puede suplirse con lo que la tierra llena de suyo; en la cual demás de las minas de oro hay otros muchos minerales en la cordillera de diversos metales, y lo que más convida a vivir en este reino, y en particular en esta ciudad de Santiago, es el admirable temple y clemencia del cielo; pues ni el calor llega a ser muy intenso ni el frío muy riguroso; y se vé por experiencia que todos los lugares que están hacia esta parte del polo austral no son tan fríos como los septentrionales ni aún las tierras, que están dentro de la tórrida zona desta parte...

(Crónica del Reino de Chile).

LOS SIGLOS XVII Y XVIII

LA CIUDAD DE LAS TRESCIENTAS CASAS

Alonso González de Nájera

La ciudad de Santiago, por otro nombre Mapocho, de un pequeño río que pasa junto a ella, cabeza de aquél reino o obispado, está setenta leguas más al Sur de la ciudad de La Serena, apartada de la mar quince leguas, junto al grande y fértil valle de Quillota, llamado otro tiempo, como ya se dijo, Nuevo Extremo. Sirvese del puerto de Valparaíso, que está a diez y ocho leguas della. Tiene su asiento en un muy grande y apacible llano, no muy apartada de la Cordillera Nevada. Está a grados treinta y cuatro y un cuarto. Fundóla asimismo don Pedro de Valdivia el año de mil y quinientos cuarenta y uno, que fué la primera que fundó.

El río Mapocho, que dije pasa por junto a ella a la parte del Norte, aunque pequeño, a tiempos toma licencia de extenderse por la mayor parte de sus calles, a causa de las nieves que se derriten en la vecina cordillera, de donde él deciende, y extiéndose lo que digo, por no habérsele hecho reparos que le obliguen a estar a raya. Riéganse con él sus campos o posesiones y huertas; y aunque abunda de tal agua aquella ciudad, carece de fuentes para beber, por lo que se sirven para ello de la del río, agua mal sana por venir de las nieves que ya dije, por lo que causa en algunos mal de orina. Puédese traer encañada una muy buena fuente de dos leguas de allí, y se deja por descuido, cosa que sería de grande utilidad a toda aquella ciudad, y aun de vista y adorno a su plaza.

Tiene esta ciudad muchas y muy buenas viñas, y por ello gran cosecha de excelentes vinos. Abunda de ganados de todos géneros;

la principal cosecha y granjería de aquella tierra, es el aprovechamiento de ellos, que es su sebo y cordobanes que llevan a Lima. Que man la carne según digo en las excelencias de aquel reino. Hay junto a aquella ciudad un fértil y espacioso valle de hasta legua y media de largo y un cuarto de ancho, que se cierra con puerta y llave. Los que en él depositan sus caballos, los tienen seguros de invierno y verano, y los sacan gordos y lozanos: comodidad harto importante y particular.

Tendrá la ciudad de Santiago trescientas casas, muchas muy buenas, al modo que allá se fabrican, como ya dije; calles muy anchas y derechas, que con su espaciosa y cuadrada plaza, donde está la iglesia catedral y casa de Ayuntamiento, la hacen muy vistosa. Tiene cuatro monasterios de frailes, dos de monjas y un colegio, que son, San Francisco, grande y suntuoso templo, que tiene su asiento en una muy apacible vega; Santo Domingo, que se reedifica de nuevo; San Agustín; Nuestra Señora de la Merced, y un colegio de la Compañía de Jesús, que también se reedifica, útil a la instrucción de la juventud. Los dos monasterios de monjas son de San Agustín y Santa Clara. Hay en todos muy buenos y ejemplares religiosos y de famosos púlpitos, y muchos muy antiguos en aquella tierra y hijos della.

Hay en aquella ciudad muchas y muy nobles casas de hijos y descendientes de conquistadores, aunque todos lo son agora, y soldados bien ejercitados de aquella guerra, las cuales no nombro como quisiera, por no hacer agravio a alguna que se me podría olvidar.

Aunque esta ciudad es la mejor y más ilustre población de aquél reino, está al presente muy deslustrada y perdida para lo que en otro tiempo solía ser; puesto que en sólo su jurisdicción tenía al principio ochenta mil indios en veinte y seis repartimientos, cosa que admira, considerando que al presente no tiene todo el reino la mitad entre todos los de paz y de guerra, por las razones que declaro adelante.

Ha dado tanta baja aquella ciudad por respecto del largo tiempo que ha sustentado con su hacienda, sangre y vidas aquella cansada y prolija guerra, y ha llegado a extremo, que unos por presunción, y otros por necesidad y embarazo de familias, entiendo que de-

jan de desampararla; y así se van entreteniendo como pueden, y sustentando con el tasado servicio de indios que les ha quedado; y si éstos, por pocos que son, les faltasen, perecerían miserablemente en aquel destierro.

(Desengaño y Reparación de la Guerra de Chile).

EL TERREMOTO DEL 13 DE MAYO DE 1647

Fray Gaspar de Villarroel

Acababa de rezar mis Ave Marías, y, al sentarme a cenar, comenzó el temblor. Salieron corriendo todos; fuí yo el último; y el penúltimo mi compañero, el Padre Luis de Lagos, quien asió de mí, al pasar de un callejón, no solo con porfía, sinó como con desacato; y fué su desacato tan dichoso que por él he quedado vivo.

Cayó sobre mí y sobre mi compañero gran parte del edificio; a los primeros adobes caímos los dos en el suelo; yo, la cabeza en tanto hueco que hizo un pedazo del umbral, cuanto bastó, para no moverse, sinó para no quebrarse. Los adobes de la pared de enfrente se desprendían, como si salieran de una bombardá; con ellos y con los del callejón, quedamos yo y mi compañero enterrados, sin oírseme otra palabra: ¡Javier! ¿Dónde está nuestra amistad? Entre tanto juntáronse en el patio mis criados todos; y cómo hacía tan obscuro, sin saber donde estaban, se salvaron todos en tan corto espacio, que después, con luz, aún no cabían en él. Un paje, convocando a los demás y arrancando la linterna del zaguán, vino a buscarme, cuando ya mi compañero y yo apenas podíamos respirar. El más afectuoso tiró del umbralejo, y, sino le aviso, me quita la vida, quitándome aquel reparo.

Descargáronme la cabeza, y viéndome hasta el hombro fuera de la ruina, mandé que me dejasen así, y acudiesen a mi compañero, temiendo lo que sucedió después: que acabase de caer lo que perdonó el temblor. Sacáronnos medio muertos al patio y nos trasladaron a la plaza, repitiéndose el temblor con mayor fuerza.

A las diez y media y medio cuarto más, comenzó el temblor de

tierra, tan sin prevención, ni amenaza, que se arruinaron en un momento los edificios todos, sin que hubiera más que un instante que pudiese hacer continuación entre el temblar y el caer; y con tal violencia que, caídas las casas y los templos, se vieron casas en que los cimientos, como si les hubieran fabricado minas, arrojaron las mismas piedras.

Duró el temblor recio, con un admirable ruido, como medio cuarto de hora; obscurecióse el cielo, estando bien alta la luna, con unas palpables tinieblas; ocasionáronlas el polvo y unas densas nubes, poniendo tan grande horror en los hombres, que aún los más cuerdos juzgaron que venían los preámbulos del juicio.

Reunido todo el pueblo en la plaza, pusimos en ella el Santísimo Sacramento que, en una caja de plata, vino del Convento de la Merced. Trajimos en procesión allí mismo, viniendo descalzos el Obispo y los religiosos, con grandes clamores y universales gemidos un devotísimo Crucifijo, que tienen los Agustinos; y que, caída la nave toda, quedó fijo en su Cruz; halláronle con la corona de espinas en la garganta, como dando a entender que le lastimaba una tan severa sentencia.

Trajeron los Padres de San Francisco la Imágen de Nuestra Señora del Socorro; viniéronse azotando dos religiosos, y de ellos un Lego, haciendo actos de contrición con tanto espíritu, y tan bien formado, que yo como aprendiz iba repitiendo lo que decía él. Movié mucho al pueblo este espectáculo; y aunque creció el arrepentimiento, no pudo decrecer el susto, porque temblaba la tierra cada rato; y, aunque no temíamos que cayera, temíamos que nos tragara, porque se abrieron en la plaza muchas grietas, y en los caminos tan hondas, que como conmovidos los abismos, rebozaron las sentinas, despidiendo aguas de mal olor, y grande suma de arena a diez y doce leguas de la mar.

Fué la conmoción tan universal y las demostraciones exteriores tales, que no sé que las haya habido otra vez mayores. Confesábanse a voces, aún los más sesudos. Puse cuarenta o cincuenta confesores, entre Clérigos y Frailes; repartimos por las calles muchos para

los enfermos y heridos. Di facultad a todos los Sacerdotes simples; y siendo tantos unos y otros, fueron las confesiones tantas y tan repetidas que embebimos la noche en ellas; y con estar yo herido en la cabeza, sin restañar la sangre, ni tener con que cubrir las heridas, estando en cuerpo, como salí, no dejé de confesar.

Descubrí el Santísimo Sacramento y anduve entre toda la gente con él; y a su asistencia crecían los gemidos y las lágrimas; y a la presencia de este gran Señor, a quien obedecen los vientos y los mares, se disolvieron las nubes, con cuya obscuridad en el miserable pueblo crecían los sustos. Amaneciéronse llorando y dando gritos, pasando lo que de la noche quedaba, los Oidores y yo, repartidos para el socorro de los miserables.

Y llegada la mañana el día catorce de mayo, se dijeron muchas misas y comulgó grande número del pueblo; lo cual terminado, pasando por entre las ruinas, entréme por mi sacristía a la Catedral; y estando caída la mitad, y la otra amenazando; y porque estando a la puerta un monte de lo que se había arruinado, para poder pasar, y para asegurar el huir, si nos temblase otra vez, porque en veinte días habrá temblado setenta veces, dejando la capa y el sombrero, abrí yo camino y comencé a cargar palos y piedras; haciendo luego lo mismo cuantos se hallaron en la plaza en esos momentos.

Es la Catedral obra tan prima y de tan excelente fábrica que, aunque hay otras más suntuosas no hay en las Indias otra que se pueda igualar, quedándonos en los términos de la arquitectura; tiene tres naves de piedra, y la del medio unos arcos hechos en forma tal que solo ellos se pudieron oponer a tan horrible temblor; cayeron las dos naves, saltaron seis estribos, rompiéronse las piedras, y como el temblor no las pudo desencajar, las hubo de partir; voló gran parte de ellas, como la bala en un cañón de crujía. Cayó un rico Sagrario y haciéndose mil pedazos, enterró el Santísimo Sacramento que solo con gran trabajo y peligro pudo ser sacado después de algunos días.

(Carta al Consejo de Indias en 9 de junio de 1647).

EL SITIAL DE LOS OBISPOS

Fray Gaspar de Villarroel

No hay Cédula Real (a lo menos no la he visto yo con haber trasegado un sin número de ellas) que trate del Sitial de los Obispos. Y tengo entendido, que por cosa tan asentada, como la Mitra, no ha habido ocasión de poder dudar. En reinos a trasmano, y que están más allá del mundo, se duda todo. Hiciéronse unas comedias en esta ciudad en el cementerio de la Merced. Convidaron a los señores de la Real Audiencia y a mí. Excuséme yo; y como era la fiesta del señor don Bernardino de Figueroa, Oidor de esta Real Audiencia, que con aparato real solemniza cada año la Natividad de Nuestra Señora, me pidió con encarecimiento, que asistiese a las comedias. Resistíme cuanto pude, y al fin me dejé vencer; y no faltó algún Oidor que tropezase en mi Sitial. Reprimieron todo lo posible en hablar en ello; pidieronme que esos días (porque eran tres los de las comedias) me asentase en una de sus sillas. Aceptélo, con condición que por lo menos en el primer día, aunque yo no había de estar en él, no había de retirarse mi Sitial; y que al día siguiente, teniendo el pueblo entendido, que en todo lugar sagrado era aquélla la forma de mi asiento, podrían mis criados retirarlo. Sentáronme consigo, prefiriéndome el Presidente, sin embargo, que aquella honra era expresamente contra una Cédula. Es del señor Rey Filipo Tercero, despachada en San Lorenzo a 25 de agosto de mil seiscientos veinte. Está en el Sumario de las Leyes de las Indias Occidentales, libro 2, y es la 13 del título 30, son éstas sus palabras: *Que estando el Audiencia en actos públicos, en cuerpo de Tribunal no se siente, ni entremeta con los Oidores per-*

sona alguna secular ni eclesiástica, aunque sea Prelado, o Titulado, sino sólo los ministros que actualmente residen en el Acuerdo.

El siguiente día se olvidaron mis criados de remover el Sitial: fuí temprano yo, entréme a esperar la Real Audiencia en la celda del Prelado: hacíase tarde; no venía, y ya a deshora me enviaron a decir, que tenían en el Acuerdo cierta ocupación, que la comedia se hiciese, y que yo la honrase. Todos, menos el Obispo, entendieron que la verdadera ocupación era el Sitial. Salí con los religiosos y clérigos, y viéndolo allí, no quise sentarme en él. Sentéme en la misma silla, donde el día antes. Vi la comedia; y representadas ya las dos primeras jornadas, entraron los señores de la Real Audiencia. Mandaron que la comedia se comenzase; entendió todo el pueblo, que había venido a sólo hacer aquel lance en el Prelado; y parece que lo dieron a entender, porque mandaron atropellar música, bailes y entremeses, porque anochecía ya; y en esta ciudad de Santiago es muy perjudicial el sereno. Estúvelo yo mucho, y desquitéme del hecho, con instarles mucho que había de repetirse un entremés muy frío. No les fué posible resistir mi importunación, y vieron a su despecho el entremés. Y somos tan vengativos los Prelados, que habiéndome molido la vez primera, viera yo del porte otra media docena de entremeses por dar ese mal rato a los Oidores. Ojalá en todos los Obispos fueran de este tamaño los desquites.

(Gobierno Eclesiástico Pacífico y Unión de los Dos Cuchillos Pontificio y Regio).

LA CONFESION DE DON FRANCISCO DE MENESES

Fray Juan de Jesús María

Siguióse a este suceso el de la confesión sacramental del Meneses. Era voz pública había muchos años que no la hacía, de que se hablaba con escándalo. En esta atención, el obispo mandó publicar fervorosamente aquellas censuras de que usa la Iglesia contra los que no cumplen con ella al tiempo que señala en sus mandamientos. No se sabe si el Meneses por hallarse comprendido formó escrúpulo, o le hizo de lo que el pueblo murmuraba de su divertida conciencia. Estimulado, finalmente, de estas agudas inflamaciones se fué al colegio de la Compañía de Jesús, entróse inopinadamente en la celda del padre provincial, Juan López, varón verdaderamente apostólico, y, sin otras anticipadas palabras, hincó la rodilla, diciendo tenía dos palabras de reconciliación.

El padre provincial, asombrado de aquella repentina novedad, levantó al Meneses y le apartó, advirtiéndole no podía confesarle, pues para hacerlo era preciso ajustar la conciencia y restituir tanta hacienda como se publicaba había adquirido injustamente y diese satisfacción a tantos agravios. De uno y otro le trajo a la memoria el prudente religioso todo lo que pudo prevenir según las noticias con que se hallaba. Salióse el Meneses de la celda diciendo "mucho caduca este santo viejo"; pero hizo otro día juntar en el mismo colegio diferentes sujetos de ella y de las otras religiones, varones doctos y grandes, donde, en una larga y difusa oración, sofisticamente justificó sus acciones, asegurando que solo un maestre de navío le había enviado un poco de chocolate tan malo que no le quiso recibir.

Allí se acordaron algunos de la junta de aquel Carvajal, tirano del Perú, que estando para hacerle cuartos en El Cuzco le persuadieron sus confesores descargase su conciencia y restituyese, a que respondió solo tenía escrúpulo de cuatro maravedís de rábanos que debía a una verdulera de Sevilla.

Así el Meneses se justificó, de manera que los religiosos dijeron "sanctus, sanctus" y que si no tenía pecado se fuese a comulgar. Disolvióse la junta y el Meneses buscó confesor a su modo, que le absolvió y remitió la cédula de confesión al eclesiástico.

(Memorias del Reino de Chile).

LA PLANTA DE SANTIAGO

Alonso de Ovalle

La planta de esta ciudad no reconoce ventaja a ninguna otra y la hace a muchas de las ciudades antiguas que he visto en Europa, porque está hecha a compás y cordel en forma de un juego de ajedrez, y lo que en este llamamos casas, que son los cuadros blancos y negros, llamamos allí cuadras, que corresponden a lo mismo que decimos en Europa islas, con esta diferencia, que estas son unas mayores que otras, unas triangulares, otras ovadas o redondas; pero las cuadras son todas de una misma hechura y tamaño, de suerte que no hay mayor que la otra y son perfectamente cuadradas; de donde se sigue que de cualquiera esquina en que un hombre se ponga, ve cuatro calles: una al oriente, otra al occidente y las otras dos a septentrión y mediodía, y por cualquiera de ellas tiene la vista libre, sin impedimento hasta salir al campo. Cada una de estas cuadras se divide en cuatro solares iguales, de los cuales se repartieron uno a cada vecino de los primeros fundadores y a algunos les cupo a dos; pero con el tiempo y la sucesión de los herederos se han ido dividiendo en menores y menores, de manera que se ven ya hoy en cada cuadro muchas casas y cada día se hacen nuevas divisiones.

Por la banda del norte baña a esta ciudad un alegre y apacible río, que lo es mientras no se moja, como lo hace algunos años cuando el invierno es muy riguroso y llueve, como suele porfiadamente, cuatro, ocho y tal vez doce y trece días sin cesar; que en estas ocasiones ha acontecido salir por la ciudad y hacer en ella muy grande daño, llevándose muchas casas, de que aún se ven hoy las ruinas en

algunas partes. Para esto han fabricado por aquella banda una fuerte muralla o tajamar donde quebrando su furia el río, echa por otro lado y deja libre la ciudad.

De este río se sangra por la parte del oriente un brazo o arroyo, el cual dividido en otros tantos cuantas son las cuadras que se cuentan de norte a sur, entra por todas ellas, de manera que a cada cuadra corresponde una acequia, la cual entrando por cada una de las orientales va atravesando por todas las que se le siguen a la hila y consiguientemente por todas las calles transversales, teniendo en estas sus puentes para que puedan entrar y salir las carretas que traen la provisión a la ciudad; con que no viene a haber en toda ella cuadra ni casa por donde no pase un brazo de agua muy copioso que barre y lleva toda la basura e inmundicias del lugar dejándolo muy limpio; de que también se sigue una gran facilidad en regar las calles cuando es necesario, sin que sean menester los carros y otros instrumentos que se usan en otras partes, porque no tienen sino sangrar la acequia por la calle, lo que basta para que salga un arroyuelo que la riega y alegra en el verano con gran comodidad, sin ningún gasto. Todas estas acequias desaguan al poniente y salen a regar mucha cantidad de huertas y viñas que están plantadas por aquella parte, y la agua que sobra pasa a regar los sembrados o vuelve a la madre, que es una gran comodidad para todos: no beben de esta agua que pasa por las casas, sino los caballos y demás animales domésticos, porque aunque de suyo es muy buena, como pasa por tantas partes, no va ya de provecho para la gente, y así la traen para esto del río o de los pozos, que la dan muy buena y muy fresca, y los que quieren beberla más regalada, se proveen de los manantiales y fuentes, que hay muchas en la vecindad y comarca regaladísimas y suavísimas.

(Histórica Relación del Reino de Chile).

PROCESIONES Y COFRADIAS

Alonso de Ovalle

Comienzan estas procesiones el Martes Santo, y da principio la Cofradía de los Morenos, que está fundada en el Colegio de nuestra Compañía (de que hablaremos cuando lleguemos a hablar de sus ministerios, como también de la que hace la cofradía de los indios, la mañana de la Resurrección). Síguese a esta procesión la que sale del insigne convento de San Agustín, en que está fundada la cofradía de los mulatos. Van todos con sus túnicas negras y sacan muchos y muy devotos pasos de la pasión, acompañados con mucha cera, y la música es de las mejores del lugar. El miércoles sale la procesión de la famosa cofradía de los Nazarenos, que se compone de españoles, maestros y oficiales de varias artes, y está fundada en el real convento de Nuestra Señora de la Merced, y es de las más ricas y más bien servidas que hay. Sale esta procesión, o por mejor decir, tres procesiones (porque cada uno de los tres trozos en que se divide pudiera por sí solo hacer una muy buena y bien cumplida, como en efecto lo es) llevando la primera la Verónica a la Catedral, donde espera para salir de allí al encuentro a la otra en que viene el Redentor de la vida con la cruz a cuestas, arrodillando con su peso. Cuando esta segunda, que es la mayor, llega a la plaza, sale la que estaba esperando en la Catedral al encuentro, y a cierta distancia, a vista de innumerable pueblo, llega la Verónica y hincando la rodilla a la imagen de Cristo (que es insigne) hace la representación de limpiarle el rostro y mostrar al pueblo la imagen que en él quedó estampada; y comenzando a marchar, aparece la tercera procesión, en que viene

San Juan mostrando a la Virgen Santísima aquel doloroso espectáculo, con que se viene a formar una procesión muy grande, con muchas hachas que llevan los cofrades, vestidos todos con sus túnicas coloradas, con gran silencio y devoción. No es menor la que causa otra representación, que así en este convento como en el de San Francisco se hace del despedimiento de Cristo y su Madre, que suele causar gran emoción y lágrimas, por la propiedad y perfección con que se representa. El Jueves Santo se hacen muy curiosos monumentos y se dan muchas limosnas; y aunque en las procesiones antecedentes y en los viernes y otros días de la cuaresma suele haber algunos disciplinantes, y se ven varias suertes de penitencias que cada uno hace conforme a su devoción; pero las procesiones que por antonomasia se llaman de sangre, son las de esta noche: sale la una de la Capilla de la Vera Cruz, que está en el convento de Nuestra Señora de la Merced y es solo de los vecinos encomenderos y de los caballeros, que van todos vestidos de túnicas negras, y el que saca el Cristo tiene la obligación, fuera de la colación que envía al predicador y cantores (que suele ser muy grande y de mucho gasto) de proveer quien vaya discurriendo por todas las procesiones para socorrer a los penitentes que se desangran y suelen desmayarse, con algún refresco, y otros tienen cuidado de ir cortando de las disciplinas algunas rosetas, porque suelen poner tantas, que se matan, y algunos he visto que, llevados de su indiscreto fervor, usan unos botones o abrojos sueltos, tan ásperos y agudos, que se abren las carnes, y si no hubiera providencia de irles a las manos, dudo que pudiesen algunos acabar la procesión. Delante de ésta van también otras dos, asimismo de sangre, una que sale de San Francisco y es de indios, y la más numerosa de disciplinantes de todas las demás. La otra sale de Santo Domingo, y es de morenos, y la una y la otra llevan sus insignias muy devotas y todas con muy buena música, grande orden y concierto, y son tan largas que gastan muchísimo tiempo en pasar por la iglesia, donde salen las comunidades con luces en las manos y con la música de sus casas a recibirlas, y fuera de la gente que va en ellas, es innumerable la que las acompaña y está repartida por los templos y calles.

El Viernes Santo salen otras dos procesiones de los dos conventos de Santo Domingo y San Francisco, y son entrambas de españolas. La de Santo Domingo se intitula de la Piedad, y há poco que se entabló, pero ha sido tan grande en sus principios que empareja con otras más antiguas; sacan en ésta las insignias de la pasión, tantos ángeles cuantas son ellas, aderezados todos con grande riqueza y perfección, y alumbran a cada uno dos de los cofrades con sus cirios y túnicas moradas. La otra procesión, que es de la Soledad y sale de San Francisco, es de las más antiguas y absolutamente ha sido siempre la mejor; alábase en ésta, sobre todo, el gran silencio, concierto y devoción con que todos van, sin que se sienta ni una palabra desde que sale hasta que vuelve a su casa. Antes de salir se hace el descendimiento de la Cruz delante de un innumerable pueblo que concurre a la Iglesia, bien capaz, y con todo esto no cabe la gente de pies; ha sido siempre esta una acción de grande ternura y devoción, por el gran silencio y atención con que está el pueblo a esta representación, sin que se oiga otra cosa que los golpes del martillo que dan los que la hacen, y los de los pechos con que la acompañan los fieles. Van saliendo por su orden las insignias, y cuando vuelve la procesión se hace en la Cañada otra representación de gran ternura, para la cual se ve allí enarbolada una cruz muy alta, que emparejando la imágen de la Virgen con ella, levanta los ojos y como quien echa de menos el sumo bien que de ella pendía, desenvolviendo un delicado lienzo que lleva en las manos, le aplica al rostro, como quien llora, y luego abriendo los brazos los enlaza en la cruz y arrodillándose a su pie, la besa una y otra vez y vuelve a abrazarla y hacer otras demostraciones de dolor y sentimiento, y todo esto con tan gran primor y destreza, que parece una persona viva, y como acompaña a esta acción la música que se canta a propósito del misterio, no es decible la emoción que causa en los fieles, que no caben, y unos encima de otros están a ver este paso.

El sábado después de la media noche y la mañana de Pascua se hacen otras cuatro procesiones: la principal sale de Santo Domingo y es de los caballeros y encomenderos, los cuales se visten para ella de

unas túnicas blancas de tela rica de plata o de raso u otro género de seda ricamente aderezada y para este día se ponen todos las cadenas y joyas más preciosas y los aderezos y galas más lucidas. Hácese el paso de la resurrección de noche en el claustro, y para esto se encienden, en todo él tantas luces que parece casi de día; sale la procesión muy solemne y lucida hay en ella muchos fuegos, música, danzas y otras alegrías; las calles todas por donde pasa están con arcos triunfales y colgaduras, y mientras ésta se detiene en la catedral en celebrar la misa y comuniones de los cofrades, que se hace con gran solemnidad; llega a la plaza para encontrarse con esta procesión; otra que sale de la Compañía de Jesús, la cual es la cofradía de los indios, que es la más antigua de aquel lugar, y sale muy lucida, con muchísimas hachas de cera blanca con que van alumbrando los indios y indias al Niño Jesús, vestido a su usanza, (que causa gran ternura y devoción) y otras insignias, andas y variedades de pendones, todo muy rica y curiosamente aderezado. Al mismo tiempo salen otras dos procesiones asimesmo de indios, de los conventos de San Francisco y de Nuestra Señora de la Merced, y otras de morenos del convento de Santo Domingo y todas con muy grande aparato de luces, insignias, pendones, danzas, música, cajas y clarines, que hacen aquella mañana muy alegre y para que lo sea al Resucitado, volviendo cada procesión a su casa, asisten a las misas cantadas y sermones y comulgan todos los cofrades y cofradas llevando en las manos sus hachas encendidas, y con esto dan a su Divina Magestad las buenas pascuas y juntamente a todo el cielo...

(Histórica Relación del Reino de Chile).

LAS FIESTAS DE LOS SANTIAGUINOS

Alonso de Ovalle

Los regocijos ordinarios y anuales que se hacen en las fiestas de San Juan y Santiago, de la Natividad de Nuestra Señora y otras, son también muy de ver. La víspera y día de Santiago, que es el patrón de la ciudad, saca el alférez real el estandarte de la conquista con las armas reales, con un lucidísimo y muy numeroso acompañamiento, porque tienen todos obligación de salir a esta acción, como se hace en otras partes. A estas fiestas generales se añaden entre año algunas particulares que se hacen en casamientos y bautismos de la gente más principal y poderosa, en que cada uno gasta conforme a su caudal (y no sé si diré mejor sobre lo que pueden llevar sus fuerzas, aunque veo que es este un achaque tan ordinario y comun en el mundo, que no hay para qué prohibirle a ninguno en particular). En las fiestas de toros que se hacen a estos particulares fines, suelen los que las hacen dar colación a la Real Audiencia, a los cabildos y otras personas de su obligación, en que se suelen hacer muy grandes gastos. Los que se hacen en los desposorios son mucho mayores, porque además de las galas y libreas, han dado en hacer ricos presentes a las novias a las primeras vistas después de hechas las capitulaciones, y yo los he visto hacer de mucho valor, como son de esclavas, vestidos, estrados y escritorios llenos de preseas y joyas de oro y piedras preciosas, perlas y otras curiosidades y regalos de mucha estima, que apreciadas valen muchos ducados; ni son menos los que se gastan en los banquetes y comidas, particularmente de algunos años a esta parte, en que han dado en contrahacer las frutas naturales y las alhajas, que sirven en los

aparadores, de manera que admira; y así no sale airoso del convite el que le hace, si tiene posible, contentándose con dar a la mesa todo género de aves y peces y los dulces ordinarios, si añade a todo esto los sobrepuestos de alcorzas, que se hacen de hermosos lazos y figuras, y las frutas y demás cosas contrahechas de lo natural; todo tan perfectamente acabado, con tanta curiosidad, primores y galanterías, que admira a los que más han visto. Siembran las mesas de algunas de estas frutas contrahechas y la alhajan de aguamaniles, jarros, tazas, alcarrazas, saleros, platos, cuchillos, cucharas y tenedores, todo hecho de alcorza salpicado de oro y plata, la primera acción que hacen en sentándose a la mesa es despejarla de estas alhajas, presentándolas los convidados, a quien gustan, porque las que sirven en el banquete son todas de plata.

Cuesta todo esto muchísimo, porque la azúcar viene del Perú y la manufactura de todas estas curiosidades es muy cara, los convidados muchos y fuera de la comida que se da el día de las bodas, dan otra los padrinos el día siguiente, sino mejor, en nada inferior. Esto es lo que no puede excusar ninguna de las personas de importancia que tiene algún caudal; que si quiere uno sobresalir entre los demás, haciendo fiestas públicas, como suelen, visto está cuanto crecerá el gasto. Antiguamente oí decir que había quien en semejantes fiestas hacía la costa a todos los aventureros del juego de la sortija, y que les daba a todos libreas de terciopelo, que aún en aquellos tiempos valía doblado más que ahora, y en los presentes no hacen esto, hacen otros gastos equivalentes y colaciones, fuegos y otras cosas de lucimiento, porque para una ocasión de estas nadie se tiene por menos rico que es la perdición de las repúblicas, porque como ninguno se tiene por menos que otro, aunque no sea su caudal, hacen reputación que no debieran, de quedar atrás y inferiores a los que más pueden...

(Histórica Relación del Reino de Chile).

LA CIUDAD DE LA MUCHA NOBLEZA Y CALIDAD

Diego de Rosales

La planta de la ciudad es de las más hermosas y bien trazadas que hay, porque en medio tiene una plaza muy capaz con su fuente, y las calles son todas de una misma grandeza y medida de veinte y cinco pies geométricos, y toda la planta de la ciudad dividida en cuadras con cordel, como los cuadros del ajedrez, y todas las cuadras son de una misma anchura, y tamaño de cuatrocientos pies geométricos, con que poniéndose en una esquina de calle se ven cuatro calles derechas, sin que salga ninguna casa un pie más que las otras, sino que todas están en policía y concierto con seis calzadas de piedra para andar en el invierno por las calles sin los enfados del lodo. Cada una destas cuadras se dividen en cuatro solares, que aunque están continuados y solo de cuadra a cuadra hay división de calle, tienen entre sí varias divisiones, porque fué necesario, para que hubiese sitios de vivienda para cada vecino, dividir entre dos o entre tres los solares de una cuadra y que cada uno hiciese su casa, huerta y corrales en el solar o solares que en la división le cupieron. Y después acá, como se ha multiplicado la gente, ha sido fuerza dividir más las cuadras y los solares para hacer más casas.

Los conventos y algunos que necesitan de mayor vivienda, tienen solares enteros, y en una calle que quedó muy anchurosa, que llaman la Cañada, y estaba fuera de la ciudad, se han acrecentado tanto las casas que ya está muy dentro.

Al principio se hicieron las casas de paja, que siempre se comienzan por poco, y la iglesia fué de lo mismo, pero después, como los cau-

dales crecieron y los ánimos se ensancharon, se edificaron casas muy curiosas, unas de piedra y otras de adobes, con portadas curiosas de ladrillos, acrecentándose cada día el adorno y ajuar de las casas con vistosas pinturas y mucho homenaje.

Hizo la iglesia mayor un templo suntuoso de tres naves, sobre vistosa arquería de piedra blanca de mampostería, y los conventos, con emulación y con deseo de que luciese en ellos el culto divino, los hicieron también de piedra de mampostería y otros de adobes, con enmaderaciones muy curiosas y mucha tablería y artesones, torres y adorno de iglesias, retablos y santos de bulto; de modo que a los cien años de la fundación parecía una ciudad muy antigua en la hermosura de los templos, curiosidad de las casas y lustre de la ciudad, cuando poco después vino un temblor, de que diremos más por extenso en su lugar, y derribó los templos, arrasó las casas y destruyó la ciudad, dejando solo exento de esta ruina, aunque mal tratado, el hermoso templo de San Francisco, para consuelo de todos.

Con la ocasión de este temblor se trató de si sería bien mudar la ciudad a otro sitio, ya que volvía a sus principios, y pareció que ninguno había de las conveniencias deste, con que se quedó en él y se ha vuelto a edificar de nuevo, que los sitios que escogieron los antiguos se ha experimentado siempre que son los mejores, y este escogió Valdivia, por las muchas utilidades que en él halló, y con razón, porque era un valle este que en aquel tiempo sustentaba ochenta mil indios y está en el comedio para toda la jurisdicción que corre desde Maule a Copiapó y tiene otras muchas utilidades.

Hizo regimiento Valdivia y puso los vecinos en forma de ciudad, eligiendo por primeros alcaldes a Francisco de Aguirre y a Juan de Abalos Xofré, y a la ciudad hizo cabeza de gobernación, con nombre de Nueva Extremadura, por ser él mismo de nación, extremeño. Y después con el tiempo se fué acrecentando el ilustre cabildo, de modo que consta de dos alcaldes, uno de vecinos, que tiene el primer voto y lugar, y otro de moradores, que tiene el segundo, un Alférez Real, un Alguacil mayor, un depositario general, seis regidores que se eligen cada año y son la mitad encomenderos y la mitad morado-

res, y los demás propietarios, que tienen comprada la vara para sí y sus descendientes, que reparten los meses del año entre sí; preside al cabildo el Corregidor, que es Maestro de Campo de Milicia que de ordinario hay en la ciudad y teniente de Capitán General, oficio muy honroso y de grande lustre y demás costa que provecho; pero nunca le faltan pretendientes de tanta autoridad y crédito. Elíjense cada año, para fuera de la ciudad, dos alcaldes de la Santa hermandad, cuando no le hay en propiedad, como ya le hay, y en los actos públicos tiene su lugar enfrente de la Real Audiencia el Cabildo y en él asiento los oficiales reales, contador y tesorero.

Habiendo formado la República Valdivia y puesto justicia, horca y cuchillo, repartió los pueblos de indios entre sesenta y cinco vecinos, a quienes dió encomiendas para premiar los servicios, trabajos y fatigas que habían pasado en la conquista y para que se animasen a pasarlos mayores en conservar lo ganado y ayudarle a adquirir más. Y como después, por estar los indios divididos entre tantos, tuviesen mucho y sintiesen notable agravio, hubo de reducir los repartimientos de sesenta y cinco a veinte y tres, aunque con sentimiento de los beneméritos, que cada uno pretendía ser igual en el premio como lo había sido en el trabajo, más como no puede uno que gobierna contentar a todos, acalló a los demás con buenas esperanzas de lo que en adelante fuese conquistando. Hubo después Corregidor y Justicia mayor en la ciudad de Santiago y en otros partidos que tuvieron títulos de Generales. Y después puso su Magestad una Real Cancillería, que primero estuvo en la ciudad de Concepción y después se pasó a la de Santiago, como se dirá en su lugar.

Hay demás de esto un comisario del Santo Oficio de la Inquisición, que de ordinario lo es una dignidad de la iglesia mayor, nombrado por el Santo Tribunal del Perú. Hay tribunal de la Santa Cruzada y tribunal de dos oficiales Reales, contador y tesorero, oficios preeminentes que los provee su Magestad.

A la fama de la riqueza de Chile vino con el Gobernador Valdivia mucha nobleza y después se han ido avecindando otras personas de mucha calidad en la ciudad de Santiago, de donde se esparcie-

ron por todo el Reino. Y aunque para decir la nobleza de todos los linajes y vecinos de la ciudad de Santiago era menester un gran volumen, contentaréme por ahora con nombrar los linajes que ennoblecen esta ilustre ciudad, que hoy es de las más lucidas de las Indias por la mucha nobleza y calidad de sus habitantes. Que como la hermosura del cuerpo se compone de todas sus partes juntas y bien proporcionadas, la hermosura y lustre de una ciudad se compone de lo lustroso de sus habitantes...

.....

Demás del lustre y ornamento que tiene esta ciudad con la representación de la persona Real en sus estrados, tiene la que el Ilustrísimo Obispo, su catedral y cabildo; comisario del Santo Oficio, que de ordinario lo es una dignidad y hasta ahora lo ha sido el Dean, y un Comisario de la Santa Cruzada, que es el mismo Dean, con su tesorero mayor, que lo provee su Majestad con muchas preeminencias. A los principios no hubo más que dos clérigos que vinieron con el Gobernador Valdivia, y al uno, que fué el Bachiller Rodrigo González, le envió título de Vicario de todo el Reino el Ilustrísimo Obispo de el Cuzco Don Juan Solano, a quien estaba sujeto este Reino de Chile en lo espiritual. Recibióse por Juez eclasiástico y vicario foráneo en catorce días del mes de diciembre de mil quinientos y cuarenta y siete, y juntamente por cura, que hasta entonces no le había habido asalariado. Y después, el año de mil y quinientos y sesenta y tres, el Emperador Carlos V, informado de su mucha virtud, celo de el bien de las almas, letras, nobleza y grandes servicios, le nombró por obispo de todo este Reino de Chile. Y su Santidad le envió sus bulas apostólicas y potestad para instituir en esta ciudad de Santiago iglesia catedral. Y así la instituyó con cuatro canónigos, Tesorero, maestro escuela, Chantre, Arcediano y Dean. No tiene capellanes, beneficiados, racioneros ni medias raciones; pero de la mesa capitular se saca salario para los clérigos que sirven esos oficios. Tiene más de cuarenta clérigos la iglesia, virtuosos, de buen ejemplo, y algunos de buenas letras, y como hay pocos premios para ellos, son pocos los letrados: que el premio da alas para estudiar y las quebranta la

falta de él. Tiene colegio seminario debajo de el título de el Angel de la guardia. Y la Compañía de Jesús tiene otro colegio convictorio debajo de el título de el Apóstol de el oriente S. Francisco Xavier, donde se crían los hijos de la nobleza de esta ciudad de Santiago en virtud, letras y recogimiento.

Viendo con el tiempo que el distrito del obispado era tan grande que tenía trescientas leguas de largo, y de ancho, por la provincia de Cuyo hasta la ciudad de la Punta, ciento y cincuenta, se dividió el año de mil y quinientos y sesenta y siete, en que se recibió por obispo de la Imperial, por bula de Pío Cuarto, el Ilustrísimo Don Fray Antonio de San Miguel, a quien le quedó por distrito desde Cauquenes a Chiloé, en que había nueve ciudades, y al obispo de Santiago desde Cauquenes a Copiapó de largo, y de ancho hasta la otra banda de la cordillera, donde hay tres ciudades: la de la Punta, San Juan, y Mendoza; y de esta banda las de Coquimbo y Santiago, cabeza de oro de las demás, en cuya ciudad están los Conventos de las Religiones que son cabezas de las Provincias, como el de Santo Domingo, que es cabeza de la provincia de Chile, de el Tucumán y Paraguay; el de San Francisco, cabeza de la provincia de la Santísima Trinidad; el de San Agustín y la Merced, cabezas de sus provincias, y el Colegio de la Compañía, que lo era de la Provincia de el Tucumán y Chile el tiempo que estuvieron juntas estas dos provincias, porque como la ciudad de Santiago fué desde sus principios tan noble y de tanto concurso en ella, pusieron las Provincias de todas las Religiones sus cabezas para que su resplandor las coronase, y comunemente las convocaciones de los capítulos son a ella, por las comodidades de los conventos y la abundancia de la tierra.

Asisten a estos conventos los Padres Maestros, Presentados y Padres de Provincia, las mejores capillas y los más señalados en virtud y letras, de que hay grande ejercicio y salen hombres eminentes, porque los ingenios de Santiago son muy vivos, despiertos y agudos, y en las cátedras lucen tanto como resplandecen en los púlpitos. En todas las Religiones se lee Arte y Teología para sus religiosos y algunos estudiantes seculares que por su afición se inclinan a oír más en

un convento que en otro. Y en la Compañía de Jesús hay universidad por bula perpetua de Su Santidad y facultad para dar grados, donde hay escuelas de niños, dos aulas de gramática, un curso de arte y tres lectores de Teología, dos de Escolástica y una de Moral, y el Rector del Colegio lo es de la Universidad. Aquí concurren de las demás ciudades a estudiar, aunque el concurso no es muy grande, por no darse aquí los premios a las letras, sino que vienen del consejo, y esos alcanzan a pocos, y como es tierra de guerra y los naturales de ella son altivos y generosos, se inclinan más a servir a su Rey en el ruido de las armas que ocuparse en el silencio de las letras.

Ilustran esta ciudad de Santiago los conventos de Monjas Agustinas de la advocación de la Concepción, que puede ser grande en cualquiera ciudad por su mucha religión y observancia, como se ha visto en muchas religiosas que han vivido y muerto con nombre de santas, y por el número tan grande de religiosas que sustenta de la gente más noble de la ciudad, que con monjas y criadas tiene más de seiscientas personas, que se encierra en el circuito de más de seis cuerdas. El otro es de Religiosas de Santa Clara, grandes por las personas que en ellos se dedican a nuestro Señor, aunque menores en número que el antecedente.

Aunque a los principios, cuando fundó la ciudad de Santiago el Gobernador D. Pedro de Valdivia, buscaban los españoles el sustento a punta de lanza por la resistencia de los indios, pero después que los pacificó fundaron estancias los españoles, cortijos y chacaras y con su industria, trabajo y ayuda de los indios, se fueron acrecentando los ganados y los frutos de la tierra, por su gran fertilidad, en tan grande abundancia que en pocos años hacían matanzas muy copiosas de todo género de ganado solo para sacar el sebo y corambre para proveer de él al Reino de el Petú, a donde envía todos los años más de treinta mil quintales de sebo y mucho más millares de cordobanes, badanas, suelas, jarcia para los navíos en grande abundancia, la más y la mejor que se gasta en el Perú, cuerda, estopa, pabilo, lino, hilo de acarreto, de zapatero y de cartas, volantines y cordeles, almen dras, cocos, lentejas, mostaza, cominos, anís, escorzonela, miel de abe-

jas, y ambar; muchos dulces de almendras, guindas, ciruelas, peras, escorzonela, sandía, calabaza, ají, tomates, cidra, naranja, limones, toronjas, zamboas, y otras muchas curiosidades de dulces que hacen las monjas, remedando de alcorza lo natural de las frutas, tan al vivo que equivocan la vista y engañan pensando que son frutas naturales, y hacen una mesa con todos los platos que se sirven en ella de alcorza tan propiamente que al gobernador don Martín de Moxica le aconteció ir a desdoblar la servilleta, sentándose a comer en el primer recibimiento que le hizo esta ciudad, y hallarla de alcorza tan al vivo que sus dobleces y disposición le engañaron, pareciéndole que era servilleta alomanisca, sucediéndole lo mismo con el cuchillo, con el pan y las aves que le sirvieron, y así mismo con las frutas y las limas, que queriendo exprimir una que estaba cortada en un plato que se le puso sobre una ave, se halló engañado, por ser la lima de alcorza. Tanto como esto es la propiedad con que remedan lo natural de las frutas...

(Historia General de el Reino de Chile. Flandes Indiano).

SANTIAGO EN EL SIGLO XVII

Santiago de Tesillo

Esta amenísima ciudad de Santiago, tiene su fundación al pie de la gran cordillera nevada, en un fertilísimo y agradable llano, y a la orilla de un río que sus antiguos naturales llamaron Mapuchu, cuya memoria está viva en nuestro tiempo y durará muchos siglos. Corre este río ordinariamente con moderada corriente, aunque muchas veces le hace, con exceso, caudaloso el golpe de las aguas que con el calor del verano derriten las nieves de aquella formidable cordillera, y tal vez en el invierno las prolijas lluvias y soberbias avenidas con que se hace un mar soberbísimo, y porque no se pierda su posteridad, se pasea por la ciudad, inundándola peligrosamente, sin que le sea freno ni le sirvan de prisión los grillos o tajamares de cal y canto que celosa y próvidamente mandó hacer aquella república. Es el sitio de esta ciudad capaz de innumerables vecinos y no tiene quinientos: abundante de mantenimientos regalados. Sus habitantes son nobilísimos y de ánimos generosos, muy honradores de forasteros, hombres valerosos, y los que militan en la guerra tenaces en sufrir los trabajos de ella: mañosos y ágiles en la campaña; en el ocio galanes y cortesés, apacibles en su patria, y en la ajena agradables; despreciadores de infortunios en la baja fortuna; grandes celadores de su patria y de la causa pública, constantes en el amor y fidelidad a su príncipe. Ejercítanse a caballo y son generalmente todos excelentes y fortísimos jinetes de ambas sillas, bien que les provoca a estos loables ejercicios la hermosura de los caballos que crían aquellas riberas, que sin duda no deben nada a los que nacen en las de Córdoba...

Cosa es rara que hasta en los brutos de aquel clima depositó la naturaleza gallardía y ferocidad. O Chile, o provincia la más agradable, sin duda, de toda la América, cuánto debes a tus dichas, y cuánto deben tus hijos a mi afecto...!

(Guerras de Chile).

EL SANTO CRISTO DE MAYO

Miguel de Olivares

El reverendo padre predicador Fray Pedro de Figueroa fué uno de aquéllos ministros de Dios que tienen tan bien ordenada la caridad, que según el consejo del apóstol, atienden primero a sí, y después a la doctrina: porque sería el mayor desacierto cuidar las viñas ajenas y descuidarse de la propia. No era de los tales el siervo de Dios, sino que con prudentísima economía partía los tiempos y los cuidados entre la vigilancia sobre su propia perfección y la solicitud de la salvación de los prójimos; y así hacía el mejor logro y empleo de tiempo que se puede hacer. Era tan continuo en la oración, lectura de buenos libros y maceración de su cuerpo, como en procurar por todos modos aprovechar a los otros, pasando incesantemente en el confesionario, trabajando como muchos, y dando abasto a innumerable gente que le seguía, dependiente de su lengua y manteniéndose con sus palabras, que todas eran de la vida eterna. Y porque la gente de servicio suele ser la más destituída de maestros espirituales, que según somos hoy los dispensadores de la gracia de Dios, parece que aún para ganar el cielo es menester tener valimento en el mundo, el padre Fray Pedro, que no era aceptador de personas y se tenía por igualmente deudor a los griegos que a los bárbaros, instituyó una cofradía, con santísimas leyes y piadosísimos ejercicios en que tenía muy arreglada y devota a toda esta gente: y para excitarles el afecto más tierno hacia nuestro redentor, hizo, sin saber de escultura, imágenes de Cristo, ya orando en el huerto, y reo ante Pilatos, ya azotado en la columna, tan propias y perfectas que era admiración. Con tales obras santificó su preciosa y apostó-

lica vida, hasta que cargado de años, lleno de inútiles fatigas, y rico de merecimientos, pasó de esta vida a la otra, a gozar el precio de ellos.

Pero la imagen que sacó más excelente fué la de Cristo crucificado, que es de cuerpo entero y de admirable magestad, a la cual llaman el señor de Mayo.

Por esta ocasión, el temblor de 1647 que sucedió a 13 de mayo y derribó todos los edificios de la ciudad de Santiago, también echó por tierra el templo de los reverendos padres agustinos; pero sucedió que habiendo encendido las luces a los primeros movimientos de la tierra, y ántes que sucediese estrago alguno a esta santa imagen que estaba en una capilla, viniéndose el techo abajo que era de maderas muy pesadas y parte del muro que era de piedra, todo esto cayó a los divinos pies, como con reverencia, no solo sin tocar el sacratísimo cuerpo, pero ni a las dos antorchas que ardían cerca: y sólo hizo el terremoto en la santa imagen el efecto de bajarle la corona, que estaba bien ajustada en la cabeza, hasta la garganta . . . Y aunque después se intentó pasarla a su lugar, no se pudo; y en esa forma persevera hoy. Yo no me hallo en ánimo de reconocer en estas cosas milagro que es género de superstición recurrir a ellos para aquello que puede provenir de causa natural; pero así mismo será impiedad negar que Dios a veces nos habla con obras, y que como antiguamente con mostrar a un profeta atado con cadenas, o recostado de un lado por mucho tiempo, daba a entender anticipadamente la cautividad u otros trabajos de su pueblo, así nos pudo significar con haber bajado la corona de Cristo de la cabeza a la garganta, que nuestros pecados son tantos, que no sólo le atormentan, sino que forman un mar amargo en que lo ahogan y sumergen, y que si ellos fueron la causa de que las espinas tuviesen desde la planta del primer Adán hasta la cabeza del segundo, así lo es su mayor gravedad y número de que lo punzen en parte más sensible. Es-ro he querido escribir, aunque con cortas noticias de estos claros varones, para que no perezca su bien merecida memoria, que presto mue-re la fama, sino le dan vida los escritores.

(Historia Militar, Civil y Sagrada de Chile).

LA CIUDAD DELEITOSA A LA VISTA

Pedro de Córdoba y Figueroa

El gobernador hizo delinear la plaza en perfecto cuadro, dando a cada lienzo una cuadra de extensión y cuatro en su retorno, y con religiosa piedad tomó la cuerda para trazar la iglesia, cuyo sitio asignó a la parre occidental, y con reverente culto puso en él una cruz, bien persuadido que acción de tanta cristiandad y ejemplo a él solo le competía: diólo al mundo el gran Constantino tarjando doce espuertadas en reverencia de los Apóstoles para la Iglesia de San Juan de Letrán; y el lienzo septentrional lo asignó para casa de ayuntamiento, palacio y cárceles: y lo que entonces fué bosquejo, describiremos con sus coloridos como de presente está; y quedó con adecuada formación que pocas la igualan en su belleza. Salen de la plaza ocho calles espaciosas tan en línea que se ven sus extremos no obstante su prolongación. Tres cuadras de ella principia el cauce de su río, superficial y espacioso, y tanto que en derechura de la Recoleta Franciscana tiene un puente de diez y nueve arcos, obra costosa, y por él se transita al barrio de la Chimba y Cañadilla, que son de considerable extensión y población.

Cuatro cuadras de la plaza mayor está el monte de Santa Lucía, que es de moderada altura, y por él un lado de fácil acceso y por lo demás, de su circunferencia de algo difícil por lo pendiente. Su cima está cubierta de peñascos de enorme grandeza, que exceden su superficie con hermosa discordancia; de donde es deleitosa la vista, ya de jardines que dentro y fuera de la ciudad se ven, émulos de los Alcinoes de quienes habló Homero en términos tan magníficos, cuya fragancia por las calles se exhala; ya campañas de trigo, de hortalizas y legumbres, con muchas viñas que hay por aquella vasta extensión. Ven-

se florestas de almendros, olivos, higueras, limones y duraznos con otras frutas, cuyo recuento fuera prolijo, y tanta la abundancia de ellas que es admiración a quien lo oye. Vense diversas acequias que con armonioso curso ya unen o se separan unas de otras, para con su derrame fertilizar los campos: y lo que es más singular, que casi no hay casa que no goce de beneficio del agua, corriendo las acequias por el fondo de los solares, lo que causa la abundancia de jardines y huertas; y tan agradable conjunto no envidia delicias a los más célebres pinceles del orbe; y si no es superior a Edén y Damasco, capital de la Fenicia, será igual, pues por ella dijo el profeta Amós, que era casa de placer y diversión.

Hay en la plaza su pila bien rentada para curso perenne, y no menos sirve a la comodidad que al deleite. Los edificios sacros son ostentosos. La Catedral es de tres naves, de pulido maderámen su techumbre, y sobrecanes y corpulentas traves costosamente encolledas. Sostienen esta máquina dos órdenes de arquería de fina cantería de piedra, de admirable simetría y proporciones, que con razón las alaba el ilustrísimo Villarroel en sus Cuchillos: la sacristía, bautisterio y juzgado, son obras muy competentes para su destino. Hay cinco dignidades y cinco canonjías con la supresa, muy bien rentadas, y la renta episcopal ha llegado a veinte y seis mil pesos algunos años.

La Iglesia de Santo Domingo era de tres naves, con su arquería de ladrillo y un campanil costoso y curiosamente construido; más todo lo fracasó un terrible terremoto que hubo el año de mil setecientos y treinta.

Este convento es cabeza de la provincia chilena, y lo mesmo los otros de las demás religiones. La iglesia de San Francisco, son de cantería sus paredes: ellas y su coro tienen unas traves de enorme corpulencia, sostenidas de varios canes que se avanzan de las paredes excediéndose unos a otros, y a proporción su techumbre, y todo su maderámen es de ciprés con pintura a lo mosaico. La sillería del coro es igualmente costosa; su primer claustro es de una hermosa arquería, y en sus flancos se vé una valiente pintura. Tiene el convento seis cuerdas en su circunferencia, y a corta distancia está el convento de San

Diego, y la Recoleta de la otra parte del río, obra a todo costo construida, en que se admira la divina Providencia, a cuyas expensas viven los hijos del seráfico Francisco, y en la inmediación de la ciudad tienen el hospicio del Monte Alvernia.

La iglesia de San Agustín es de las mayores: los arcos que sostienen su techo son de mucha elevación y corpulencia: su portada está entre dos torres de moderada altura: el respaldo del presbiterio padeció ruina en el dicho terremoto, y el altar mayor era obra de las singulares del reino.

La iglesia de la Merced era de cal y ladrillo su edificio, sostenidas sus bóvedas sobre dos órdenes de arquería; más todo vino abajo en la calamidad referida con inestimable pérdida. El convento es de mucha extensión, y su sitio muy ventajoso; y fuera de esto tienen el de San Miguel, que está en la Cañada.

La iglesia de la Compañía de Jesús es edificio de los más suntuosos de Indias; dígalo su excesivo costo de más de seiscientos mil pesos; es de tres naves, sostenidas sus bóvedas sobre arquería de singular proporción, y gran cúpula sobre cuatro pilastrones de enorme grandeza y elevación: fracasóla el temblor. Por lo interior de la iglesia hay una airosa balconada que la circunda. Tiene tres portadas que caen a una hermosa plaza, quedando la iglesia muy superior a ella, y para su ingreso se sube por unas gradas costosamente labradas. El noviciado de la Compañía está en la Cañada, que es espaciosa calle o prolongada plaza de esta ciudad. Fuera de los dichos colegios, tienen también el de San Pablo en la inmediación del río.

El hospital de San Juan de Dios está en la Cañada y muy bien rentado, donde los padres actúan su caridad fervorosa con los pobres que en varias salas se curan, y el sitio es de amplitud.

Hay en esta ciudad cinco conventos de monjas: dos de Santa Clara, uno de Capuchinos, otro de Agustinas, el de Teresas, y un beaterio de Rosas que espera su clausura; dos parroquias, la de San Isidro y Santa Ana, y las capillas de San Saturnino y San Lázaro. Estos son los templos que hay en esta ciudad dedicados al verdadero Dios, que,

como dice el padre Granada, todo lo creó sin necesidad y lo rige sin trabajo, siendo infinito en la grandeza, copioso en las misericordias, omnipotente en la virtud, altísimo en la bondad, pacientísimo con los pecadores y clementísimo con los penitentes. Hay varias capillas dispersas por la inmediación de esta ciudad como la del Santo Cristo de Renca, que se halló en la espesura de un bosque; obra de los cielos y nunca bastantemente admirada, ni alabada su perfección; más la tibieza de nuestro culto nos hizo indignos de tal don, pues el año de mil setecientos treinta y cinco, un casual incendio o advertido, como también presumen, lo consumió casi todo.

En el flanco septentrional de la plaza mayor está la Real Audiencia, que es edificio regiamente construido, y en el respaldo del dosel de terciopelo están las armas reales, de plata, de martillo cinceladas, y su capilla con una valiente pintura de Ticiano; y en el mismo patio están las arcas reales con todo lo concerniente a esta oficina, que las administran un tesorero y contador, y lo son de la jurisdicción del obispado. Siguese el palacio de los gobernadores y presidentes del reino, de mucha capacidad y extensión para la más numerosa familia que puedan tener, con suficientes caballerizas y cocheras; y uno y otro edificio tuvo de costo más de cincuenta mil pesos. La casa del ayuntamiento está en el opuesto extremo de la acera: es de altos que hacen unos hermosos portales a la plaza, y las cárceles son muy espaciosas. En el contrapuesto lienzo de la plaza, está una arquería de ladrillo que coge toda su extensión, obra no menos cómoda que vistosa; y reciente ha venido la dotación de cátedras para que haya universidad, lo que cede en su mayor lustre.

Vense frecuentemente portadas costosamente labradas, ministrando para semejantes obras una inmediata cantera, blanquísima y de fácil extracción, que allí previno la naturaleza para que fuese más armoniosa la hermosura de la ciudad. No tienen menos propiedad ni costo lo interior de los edificios, y los adornos y ricos muebles, con los muchos calesines y forlones que ruedan, porque a juicio de la más desinteresada observación, parece todo esto de excesivo costo para Chile, porque los caudales por lo general no los reportan.

La Cañada es una calle de extensión y latitud; corre por ella un arroyo grueso, suficiente para dos molinos, y por su márgen hay varios árboles que recrecen su hermosura; y bien tendrá tres leguas en su circunferencia todo lo que tiene traza y población de ciudad de una y otra parte del río, y su vecindario será de tres mil vecinos españoles, y hay familias de muy distinguida nobleza.

La Real Audiencia es el supremo tribunal del reino. Compónese de cuatro oidores y un fiscal con cinco mil pesos de renta, y un capellán real con cuatrocientos, y los demás ministros que componen esta soberana corte de justicia; la cual se estableció en segunda vez en ocho de septiembre de mil seiscientos nueve, gobernando este reino Alonso García Ramón. Hay un corregidor, que es cabeza de un ilustre ayuntamiento, que se compone de dos alcaldes, regidores y los demás oficios concejiles. Tiene de propios de ciudad algunas dehesas de arriendo, como el puente de Maipo y otros cortos ingresos; más lo que es mucho y acendrado es el derecho de balanza, que usufructa de trece a catorce mil pesos de anual, de efectiva satisfacción, lo que pocas ciudades de la dominación española tendrán.

Los frutos que el país produce es trigo, sebo y cordobanes, jarcia, tralla y suelas, almendra, nueces y cocos, azafrán, anís y orégano: todo esto se extrae del reino, y es tal la abundancia que para explicarla ninguna ponderación fuera hipérbole; pues el diezmo de la ciudad y su inmediación se ha llegado a rematar en veinte mil pesos, y la alcabala y almojarifazgo ha llegado a cuarenta y ocho mil pesos su anual arriendo. El comercio del mar del norte por Buenos Aires, le da el ingreso de ropa y negros, y el del Paraguay la cera y yerba para el abasto de Chile y el Perú. Esta es la acreción que ha tenido esta ciudad a los doscientos años de su población, habiéndola principiado la pérdida de las ciudades del reino, porque el mundo es tan pobre, como dice el Padre Estella, que para dar a unos ha de quitar a otros.

Productúan las minas que en los términos de su jurisdicción se trabajan mucho oro; pesos, por el derecho de ventavo, se vé que son de seiscientos mil para arriba anualmente.

(Historia de Chile).

AÑORANZAS DE SANTIAGO

*Manuel Lacunza**Imola y octubre 9 de 1788.*

Mi señora madre y abuela: Dos cartas he recibido de Ud. casi a un mismo tiempo con diferencia de sólo cuatro días y celebro infinito de saber que vive y que goza de salud.

Nuestro Señor le ha dado tan larga vida, no solamente para que vea una numerosísima descendencia sino también para que tenga el mérito de llorar a muchos de sus hijos, nietos y biznietos; y también a todos sus yernos desde mi padre hasta Azúa, cuya muerte sólo ahora he sabido después de más de un año que sucedió.

Estos dos pedazos suyos tiene en Italia, todavía viven gracias a Dios y gozan por lo presente de mediana salud. Yo que todos los años pasados he padecido varias enfermedades, este año de ochenta y ocho y casi la mitad del pasado no he padecido cosa alguna de consideración.

Mientras más me voy envejeciendo me voy sintiendo con mejor salud.

Actualmente me siento tan robusto que me hallo capaz de hacer un viaje a Chile por el Cabo de Hornos. Y pues nadie me lo impide ni me cuesta nada quiero hacerlo con toda mi comodidad. En cinco meses de un viaje felicísimo llego a Valparaíso y habiéndome hartado de pejerreyes y jaivas, de erizos y de locos, doy un galope a Santiago: hallo viva a mi venerable abuela; le beso la mano, la abrazo; lloro con ella, abrazo a todos los míos entre los cuales veo muchos y muchas que no conocía, busco entre tanta muchedumbre a mi madre y no la hallo,

busco a Diego, a Domingo, a Solascasas, a Varela, a mi compadre don Nicolás, a Azúa, a Pedrito y a mi ahijada la Pilar, etc., y no los hallo. Entro a la cocina y registro toda la casa buscando a los criados y criadas antiguas y no hallo sino a la Paula y a la Mercedes: Pregúntole a ésta dónde está su señora y a la Paula dónde está su amo don Manuel Díaz, y dónde está mi mulato Pancho; y no me responden sino con sus lágrimas y yo las acompaño llorando a gritos sin poder ya contenerme más.

No obstante por no perderlo todo, me vuelvo a la cuadra que hallo llena de gente, procuro divertirme y alegrarme con todos; les cuento mil cosas de por acá, téngolos embobados con mis cuentos; cuando no hallo más que contar miento a mi gusto; entre tanto les como sus pollos, su charquicán y sus cajitas de dulce y también los bizcochuelos y ollitas de Clara y de Rosita. Y habiendo llenado bien mi barriga para otros veinte años, me vuelvo a mi destierro por el mismo camino y con la misma facilidad. Mas antes de embarcarme en Valparaíso, despierto y me hallo en mi cama.

Con este viaje alegre y triste correspondo fielmente a los sueños que Ud. me dice que tiene muchas veces buscando a sus nietos allí enfrente, hablando con ellos, renegándolos con todo cuanto halla en casa etc., y también corresponde a los sueños de la Rosita y a sus pinturas y a sus buenos deseos. Espero en la bondad de Nuestro Señor que todos nos veremos algún día, y nos alegraremos en verdad y nos reiremos a nuestro gusto de todo cuanto hemos visto y sufrido en este valle de lágrimas y también nos reiremos de nosotros mismos y de nuestro modo de pensar. Dios es muy grande y nosotros la misma pequeñez.

Por acá todo está quieto respecto de nosotros. Todos nos miran como un árbol perfectamente seco e incapaz de revivir o como un cuerpo muerto y sepultado en el olvido: casi todas las Cortes nos son contrarias, unas por un motivo, otras por otro y otras por ninguno. Entre tanto nos vamos acabando. De 352 que salimos de Chile, apenas queda la mitad, y de éstos los más están enfermos, o mancones que apenas pueden servir para caballos yerbateros.

Las noticias favorables que llegan por allá también llegan por acá

continuamente, y siempre hallan algunos soñadores que las reciben y tragan, aún sabiendo por experiencia que luego las han de vomitar con mayor disgusto que el gusto que tuvieron en tragarlas.

Nos ha sido infinitamente sensible la muerte de nuestro señor Obispo Alday, como que era nuestro verdadero padre que nos amaba con verdad. Todos lo hemos llorado y hemos ofrecido por su alma nuestros sacrificios, oraciones y sufragios con el mayor fervor y empeño posible, pidiendo al mismo tiempo a Nuestro Señor que le dé a nuestra amada Patria un sucesor digno del grande don Manuel de Alday. Si la elección de éste se hiciera entre nosotros, todos los votos los tenía seguros con aclamación universal don José Antonio Aldunate. Todos los chilenos y yo el primero pedimos este bien para nuestra patria y deseamos ser oídos del que rodo lo puede. Yo le estimaré a Ud., que lo mande saludar de mi parte y de parte de todos sus paisanos, que muchísimo me lo han encargado. Aunque no merezcamos tenerlo por Obispo, sabemos bien que es digno de serlo.

Acaba de morir Ignacio Ossa, hermano de doña María; el otro hermano, Martín, ya murió cerca de tres años ha. Antomas, aunque siempre fué loco tolerado, ahora está del todo rematado; ha estado en la loquería pública, más como no es loco furioso lo tenemos ahora entre nosotros, aunque encerrado con llave, porque ya se ha huido.

Yo saludo de nuevo a toda la familia uno por uno; y digo de nuevo porque los acabo de saludar a todos y a todas en mi viaje imaginario. Especialmente me encomiendo a mi santo tío fray Manuel; a mi venerable tía doña Manuela con toda su numerosísima familia; a mi tía y comadre doña María (cuyos trabajos los siento en el alma y ruego a Nuestro Señor que la consuele como sabe y puede); a mi tía y comadre la Regis, a la Antuca, a Clara, a Rosita (a mi sacristana la Mercedes no porque le escribo cuatro letras); a Puente, a Piache, a Ignacio, a Gregorio Varela, etc., etc.

Nuestro Señor le guarde algunos años más. Su hijo y nieto que le ama.

(Cartas del Padre Manuel Lacunza, Revista de Historia y Geografía, Número 13).

LA CIUDAD EN FORMA DE AJEDREZ

Felipe Gómez de Vidaurre

Hace muro a este feracísimo valle por la parte del Oriente la cordillera nevada y al poniente las ásperas montañas de Poangue, Caren y Lampa; por la banda del sur y norte la rodean otras montañas, que aunque no levantadas como estas otras, tienen lo bastante para defenderla y hermosearla. Su diámetro tomado de Oeste a Este, esto es, de la cordillera a las montañas de Poangue y Caren es de siete a ocho leguas, y de Septentrión a Mediodía, esto es, del río de Colina hasta el de Maipo, de nueve a diez leguas, con lo que su circunferencia es de veinte y nueve a treinta leguas. En este valle a distancia de siete leguas de la Sierra Nevada y de treinta del mar, se levanta una colina que los españoles han llamado Santa Lucía, por la parte austral del sobre dicho río Mapocho, a cuyas faldas habiendo hallado muchos indios don Pedro de Valdivia, resolvió su primera fundación en Chile, sirviéndose de la dicha colina como fortaleza para defenderla contra los intentos de los naturales, poniendo la población bajo el cañón. Esto no le salvó para que no fuese destruída por los mapochinos, ni para que ellos no llegasen a la misma fortaleza con una constancia inexplicable, como consta por la historia. Dióle forma del juego de un ajedrez, dejando un cuadro vacío en el medio para la plaza; tiene cada uno de los cuadros ciento y cincuenta varas castellanas, y el que compone la plaza tiene demás el ancho de las cuatro calles que la cruzan, hasta el gobierno de don Manuel de Amat, que en el costado oriental, dejando libre la calle, edificó en lo interno de dicho cuadro un mercado, que por lo mal entendido de la fábrica, ha quitado toda la hermosura a

esta plaza. Por la banda septentrional de ella están las casas del Gobernador, las salas de la Real Audiencia, las de la ciudad con sus cárceles, y en lo interno las casas reales de Su Magestad. Hasta el año de treinta de este siglo fué este edificio de muy buena arquitectura, pero desde entonces, quitado su alto, se ha reducido a poca cosa. En la parte opuesta está la casa del Conde de Sierrabella, que muestra haber sido o tenido algo de bueno en punto de arquitectura. La de Occidente ocupa la catedral con las casas del Obispo, que presentemente nada tienen de particular.

La catedral se hace al presente de nuevo toda de piedra de sillería, y acabada tendrá su frontis a la plaza, porque la antigua con los terremotos había padecido mucho. Fuera de estos edificios que son notables, se ven varios de particulares, aunque no de buena arquitectura, que hacen ver la magnificencia en las costosas portadas y en los fierros en mucha parte dorados a fuego de sus ventanas. La ciudad, que antes estaba espaldeada de la sobre dicha colina de Santa Lucía y separada del arrabal de la Chimba por el río, y de otro por la parte meridional por medio de una gran calle llamada la Cañada, hoy abraza la colina y los dos dichos arrabales en su recinto. Al de la Chimba se une por un bello puente hecho a todo costo. Los mayores caudales de Chile se hallan en esta ciudad; la mayor nobleza la puebla; cuenta diez títulos de Castilla, muchos caballeros de las órdenes militares, y no pocos mayorazgos. Tiene a gloria de haber dado nacimiento de padre y madre chilenos a un grande de España, que después fué gobernador de las islas Canarias, capitán general del ejército contra la Francia y Virrey de Navarra, cual fué el Excmo. Señor Don Fernando de Andía e Irrázaval; en ella han tenido origen muchos togados y mitrados que han servido con honor de su patria a Su Magestad. Todos los religiosos que han entrado en Chile tienen casas en esta ciudad. Los dominicanos dos; los franciscanos cuatro; los agustinos dos; los mercedarios dos; y los Hermanos de San Juan de Dios una con el Hospital Real de que cuidan. Los jesuitas tienen tres colegios con escuelas públicas, donde enseñaban las ciencias superiores e inferiores y una casa de ejercicios espirituales, Adornan no poco esta ciudad los siete monasterios de mon-

jas que tiene, dos de los cuales son muy numerosos y cogen dos cuardras cada uno en su extensión, el uno de Claras y el otro de Agustinas. Contribuyen a su cultura dos colegios, uno de nobles y otro tridentino; porque en ellos se les enseña a los hijos de esta ciudad y de todo el Reino no menos las letras que la cristiandad y urbanidad. No está falta tampoco de obras pías, porque tiene una casa para huérfanos fundada por el Marqués de Montepío; una casa de corrección de malas mujeres y una capilla intitulada de Caridad, donde se llevan a enterrar los pobres, y en estos últimos años se han puesto algunas camas para enfermos pobres. Los Tribunales mayores del Reino, como de la Real Audiencia, de la Real Hacienda y del Consulado residen en ella; también reside el Gobernador, presidente y capitán general del Reino. La Real Casa de Moneda, le da mucha riqueza, como la Real Universidad por su parte no menos lustre, porque desde que ella se ha entablado se han visto resaltar los ingenios de los hijos de esta ciudad. Su Cabildo se compone del corregidor, de dos alcaldes que se mudan todos los años y de doce regidores perpetuos.

Difícilmente se encontrará ciudad que sea más abundante de todas las cosas necesarias para pasar la vida cómoda, como la ciudad de Santiago, porque a más de lo que ofrecen sus campiñas, de todas partes concurren a traer lo mejor para venderlo en ella, donde saben que se los han de pagar bien. Se cuentan en Santiago cuarenta y seis mil habitantes, cuyo número cada día se va aumentando sensiblemente, por el gran comercio que se hace en ella. No obstante esto tiene sólo cuatro parroquias, esto es, la Catedral, Santa Ana, San Isidro y Renca, que coge una parte de la ciudad, aunque de campaña, que son las que la gobiernan en lo espiritual.

La Catedral, donde se hacen los divinos oficios con toda magnificencia no tiene aún completas sus sillas, por la razón que dejo dicha, tiene solo cinco dignidades y cuatro canónigos, de los que dos son de oposición y los otros dos de nómina real.

(Historia Geográfica, Natural y Civil del Reino de Chile).

EL PROLIJO TOCADO DE LAS SANTIAGUINAS

Vicente Carvallo y Goyeneche

Las mujeres no llevan el mismo traje que las europeas. Se compone hoy su vestido, de camisa con las mangas tan cortas que no llegan a los codos, y son de trencillas y encajes y no de lienzo de que es el cuerpo de ella, de modo que puede con verdad decirse que llevan desnudos los brazos; el escote o abertura del pecho y su circunferencia va todo guarnecido de finísimos encajes. Sobre la camisa visten unas enaguas cortas y sin guarnición. Después se ponen un justillo de tisú, lama u otra tela rica y costosa, bien ajustado al cuerpo, que le llaman peto o corsé. Encima de éstas un refajo sencillo, bastante para abrigarse; luego el ahuecador para abultar las caderas. Sobre éste ponen otras enaguas guarnecidas de ruedo de finísimas puntas de encajes para que bajando éstas un poco más que el faldellín se vean sólo las extremidades de sus cabezas, y dejen franco a la vista los cuadros de las medias por la garganta de la pierna. Tienen estas segundas enaguas, que allí llaman fustán, una pretina plegada de buenos dibujos, y les cubre el vientre inferior de seis a siete pulgadas de alto, y cinco de ancho con mucho blondaje de ricos encajes en todo su circuito y otra llana que les cubre las caderas. Sobre esta pretina llana entra un cinturón de cintas de tela de plata u oro, cuyos extremos rematan en los de la de adelante, sin que con él se cubra su blondaje.

Sobre las segundas enaguas colocan el faldellín, que baja hasta pulgada y media más arriba del empeine del pie, y tiene de ruedo desde ocho a diez varas, plegado por arriba o recogido, como el guarda-piés, según el grueso de la cintura, y doblado todo de alto abajo en

angostos dobleces, a lo largo prendidos unos con otros para que no se separen ni se deshagan, y a esto llaman encartuchado. Lo atan a la cintura de modo que les quede descubierto todo el vientre, a cuyo fin le dan cierto corte o rebajo por delante, para lucir la pretina de las enaguas, cuyas blondas o vuelos caen un poco sobre el faldellín. Este es de tisú, lama, brocato, terciopelo u otra tela de seda, o lana según el



Trajes chilenos, 1776

caudal, o capricho, si hay con qué comprarla. En el ruedo lleva una banderola al vuelo (como acá el fleco de las basquiñas), o de la misma tela o de otra superior a la del cuerpo del faldellín. La banderola vá toda punteada, y guarnecida de una trencilla de oro o plata, a que dan el nombre de *melindre*.

Sobre el corsé se pone una especie de roquete sin mangas que le dan el nombre de cotona. Este ropaje, que se lo ponen pendiente de los hombros, les baja a la mitad del vientre, y a poco más de media espalda para que ni por delante cubran la pretina de las enaguas, ni por de-

trás el cinturón. La hacen abierta por los costados, y para unir la espalda con la delantera por ámbos lados, le ponen lazos de cintas, y la tela es velillo o gasa fina, y lleva en el ruedo un encaje de oro o de plata, o algún blondaje que le sirve de guarnición.

Llevan medias finas de seda blanca, y el zapato de cabra o de seda, bordado, de plata, oro o seda y lentejuelas del color que a cada una le acomoda, o según el de la última moda. Su hechura es lo mismo que la de un número ocho cerrado, tan redondo por el talón como por la punta, y en ésta le abren dos pequeños tajos para que salgan por ellos los dos primeros dedos, que desde tierna edad se tiene el cuidado de doblárselos para que sobresalgan, aunque ya los van usando con punta como los que acá llamaban *de resbalón*, porque el tacón no cae bien con el modo de vestir, que hemos detallado. Aseguran el zapato con hebillas de oro, o de piedras preciosas finas, y algunas las llevan de brillantes.

Para salir de casa a paseo o a visita, peinan el pelo, haciendo de él muchas y delgadas trenzas a la oreja, hacen por ámbos lados una casquilla en figura de ala de pichón. En lo alto de la cabeza, desde una oreja a otra y detrás del ala de pichón, se ponen un turbante de flores de jardín, que llaman *piocha*. Detrás de ésta una cinta de tela de oro o plata, y por delante muchos tembleques de oro esmaltado, de perlas, de brillantes, y de otras piedras preciosas finas, que falsas no las aprecian, porque quieren que a lo lucido se agregue el ser todo de mucho costo.

Peinadas de este modo, se adornan las orejas con pendientes de brillantes, o a lo menos, de perlas, y con una estrella de oro esmaltada de brillantes o perlas. Cubren los dedos de las manos con muchos anillos de brillantes, y adornan la garganta con un cintillo de brillantes, tres o cuatro de perlas con una cruz de brillantes en medio, y a esta faja dan el nombre de *ahogador*. Sobre éste se ponen rosarios de oro, de perlas y cadenas de oro, que sostienen relicarios de mucho precio.

Por último, se ponen una mantilla de dos y media varas de largo, y tres cuartas de ancho, a que dan el nombre de *pañío*, que lleva

su derivación del lienzo de que es el fondo, pero en realidad es de trencillas y encajes de mucho precio, porque de las dos y media varas de su largo solo la media es de muselina. Sobre este paño lleva una mantilla pequeña y angosta de balleta inglesa, blanco o de color, según esté puesta en moda, porque en ésta no hay permanencia como acontece en todas partes. Ni el paño ni la mantilla les cubre la cabeza y sobre aquélla tienden el pelo dividido en la multitud de trenzas de que se compone su peinado, erizada cada una en su extremidad.

Vestidas de este modo, salen a las visitas y paseos, y se presentan tan hermosas y lucidas, como costosas; pero para ir a la iglesia llevan cubierta la cabeza, en invierno con mantilla de balleta inglesa color de pasa más o menos claro conforme a la moda, y en verano se la ponen de seda con blondas, lo mismo que por acá. Sobre el faldellín se ponen la saya que es la basquiña de acá, y llevan de paño de seda, o de melania o de terciopelo, pero llanas sin las blondas, ni guarniciones que acá se estilan, y tan baja, que llega al empeine del pie; pero con mucho follaje porque la que menos lleva es de 18 varas de tela, y no pocas las usan hasta de 26.

Este es el traje de las mujeres de esta ciudad, y es común a nobles y plebeyas y si éstas tienen posibles suelen exceder a aquéllas en la profusión. Hablemos ahora de sus circunstancias personales. Son de regular estatura, de airosos cuerpos; no son lindas; pero generalmente son bien parecidas, hermosas, de buen talle y lucidas. Se les acusa de engreídas, o vanidosas, y no es ese su carácter; la preocupación equivoca con el engreimiento y vanidad el natural señorío que tienen; no prestan las satisfacciones de un honesto cariño a menos que el trato no les dé bastante conocimiento de los sujetos a quienes pueden dispensarlos sin dispendio de su estimación.

No son voluntariosas ni desperdiciadoras de la hacienda; se subordinan sin violencia y sin que jamás se vea en ellas la altanería que se experimenta en otros países; y son discretamente económicas, poseen cierto discernimiento para unir los extremos de la economía y de la esplendidez.

(Descripción Histórica Geográfica del Reino de Chile).

SANTIAGO, CIUDAD DE FIESTAS Y ROGATIVAS

José Pérez García

La ciudad tiene por su patrono al sagrado Apóstol Santiago y le tiene altar en la Catedral, y hace suntuosa fiesta, saliendo víspera y día en el paseo del real estandarte todos los tribunales y vecindario distinguido, tendiéndose en la parada toda la tropa y milicias; más, como las calamidades son tantas, ha elegido la piedad de los dos Cabildos por compatrono a San Saturnino para los temblores, con voto de día de fiesta; a San Antonio, contra los turbiones y avenidas del río Mapocho, que tanto daño hace a la ciudad, como lo hizo la última del diez y seis de junio de 1783, a San Sebastián, por la peste; a San Lázaro, por la sarna, que se suele llamar caracha; a San Lucas Evangelista, por la langosta; a la Visitación de Nuestra Señora; a Santa Isabel, por las lluvias, y a todos les hace fiesta. La Octava del Córpus celebran con suntuosas fiestas al Santísimo Sacramento el presidente y oidores de la Real Audiencia. Lo mismo hacen con mucha devoción el obispo y canónigos el día y octava de Nuestra Señora de la Concepción. Todos los años hacen un novenario de misión los Religiosos de Santo Domingo en obsequio de Nuestra Señora del Rosario; los de San Francisco, acabando el día de las llagas de este Santo Patriarca; los de la Merced, acabando el día de San Ramón; y los de San Agustín, acabando el trece de mayo, en que se hace conmemoración del terremoto del año de 1674, y saca la cofradía (que el año siguiente se instituyó por el prodigio de habersele pasado al Señor Crucificado, que se conoce por el Señor de Mayo, la corona de la cabeza a la garganta) una muy devota procesión; pues al paso que son las pro-

cesiones muy mal vistas por los herejes, ellos como muy católicos, enseñados de su Prelado de que "contra los terremotos son las procesiones muy importantes" sacan éstas y otras muchas, y rezan en las iglesias y en sus casas el sagrado trisagio de que habla el Cardenal Baronio y trae, hablando de Constantinopla, y del menor de los Teodosios, Nicéforo, que es la oración de *Santus Deus, Santus Fortis, Santus Inmor-*



Devotas frente al confesor

talis miserere nostri. Por esto esta ciudad hace tantas procesiones de rogativas todos los años cantando las letanías desde la Catedral a las iglesias de los citados compatronos de devoción con repetidos rosarios cada semana, y el más lucido sale de Santo Domingo todos los días domingos, el lunes de San Juan de Dios, el miércoles de la Merced. El jueves de Semana Santa por la tarde sale de San Francisco, en la que

van con ricos ornamentos los santos apóstoles, y no como en su poema vierte un autor los vestían en su tiempo: "con ponchos, porque chilenos parezcan"; y a las doce de la noche la de Vera Cruz de la Merced. Hay muy numerosa y ejemplar clerecía en la que aún dura el elogio que tiempo há virtió su prelado "que no tenía él cura de clérigos, porque no hallaba delitos en ellos". Los monasterios de monjas, así los del Carmen, Capuchinas y Rosas, que tienen señalado número, como los de Agustinas y Claras, que por no tenerle son muy numerosas, respiran singular virtud. Pero cesemos en sus elogios, pues dijo de ellos el ilustrísimo Villarroel "que para alabar los monasterios de religiosas de esta ciudad había de convidar a los ángeles".

(Historia de Chile).

LOS VIAJEROS DEL SIGLO XVIII
Y DE LA INDEPENDENCIA

DESCRIPCION DE LA CIUDAD DE SANTIAGO, CAPITAL DE CHILE

Amadeo Francisco Frezier

La ciudad de Santiago está situada a 33°40' de latitud austral al pie occidental de esta cadena de montañas, que se llama la Cordillera, la cual atraviesa la América Meridional de Norte a Sur. Está situada en una hermosa campiña de más de veinticinco leguas de superficie, cerrada al este por el nacimiento de la Cordillera, al oeste por las cuestras de Prado y de Pangué, al norte por el río de Colina y al sur por el de Maipo.

Fué fundada por Pedro de Valdivia el año 1541; este conquistador de Chile juzgó de la fertilidad del suelo por haber encontrado en el valle del Mapocho gran número de habitaciones de indios. Habiéndole parecido hermosa la situación del lugar, y apropiada a la idea que tenía de edificar una ciudad, hizo trazar el plano por manzanas cuadradas como un juego de ajedrez, según las mismas medidas de Lima, es decir, de ciento cincuenta varas, o sesenta y cuatro toesas por lado, de donde ha venido esta medida de *cuadra*, de la que se sirven en el país para amojonar las tierras laborables. Cada barrio se divide en cuatro partes que llaman *solar*, para que los particulares vivan allí cómodamente; efectivamente, aunque por el decurso del tiempo, estos espacios han sido subdivididos, en muchas partes, son todavía casas tan grandes de ancho que casi no hay casa alguna que no tenga su patio, y en el interior un jardín.

Esta ciudad está regada del lado este por el riachuelo Mapocho, que el deshielo de las nieves de la Cordillera hace crecer en verano y

las lluvias en invierno también; no obstante, casi siempre es vadeable; como su corriente es muy rápida, sus aguas son un poco turbias; pero los habitantes que no tienen otra, la hacen destilar en piedras especiales para esto, particularmente cuando se derriten las nieves, porque entonces, si no se purifica, es dañina. Podrían, sin embargo, sin mucho trabajo traer agua de fuentes vecinas que no están alejadas de la ciudad más de media legua.

Para impedir que el río se desborde y cause inundaciones han construído una muralla y un dique por medio del cual corren en todo tiempo acequias para regar los jardines y refrescar cuando se quiere las calles, comodidad inestimable que sólo se encuentra en pocas ciudades de Europa, de un modo natural. Además de las acequias, se sacan anchos canales para mover los molinos esparcidos en diferentes puntos de la ciudad, para la comodidad de cada barrio.

Las calles están dispuestas según los cuatro puntos cardinales del horizonte: N., S., E., y O. Tienen de ancho cinco toesas, muy bien alineadas y pavimentadas con piedras chicas divididas por surcos con otras más grandes que atraviesan dos rampas o distancias iguales y dejan en el medio más o menos dos y medio pies de acequia para limpiarlas o regarlas cuando se quiera. Las que corren de este a oeste reciben el agua de los primeros canales del río y las que cruzan de norte a sur, por las que corren en medio de las manzanas de casas a través de los jardines y de las calles, debajo de puentes de donde se las hace desbordar. Sin esta ayuda, los jardines no podrían producir nada a causa de que no hay lluvia durante ocho meses del año, de modo que por este medio se encuentran en la ciudad todos los productos del campo en frutas y legumbres y en el día la frescura del follaje de los árboles y en la noche los suaves olores de los naranjos y de los floripondios que embalsaman las casas.

Los temblores que son frecuentes aquí han causado perjuicios en la ciudad, entre otros, los de 1647 y 1657. El primero fué tan violento que la derribó casi enteramente y esparció por los aires vapores mefíticos, los que causaron la muerte de cerca de cuatrocientas personas. Desde ese tiempo se ha cambiado un poco el plan de la ciudad por el

ensanche de los monasterios, algunos de los cuales se han extendido más allá de la línea concedida; sin embargo, está aún tan bien distribuida para las comodidades públicas y particulares que si las casas tuviesen más altura que el sólo primer piso y fuesen de mejor arquitectura, sería una ciudad muy agradable.

Casi en medio de la ciudad está la Plaza real hecha con la supresión de una manzana de cuatro mil noventa y seis toesas de superficie, de manera que se entra a ella por ocho partes. El lado de occidente comprende la Iglesia Catedral y el Obispado; al lado Norte, el nuevo Palacio del Presidente, la Real Audiencia, el Cabildo y la Prisión; el del Sur, es una hilera de portales con arcadas uniformes para comodidad de los comerciantes con una galería encima para las funciones de corridas de toros; el del Este no tiene nada de particular. En medio de la plaza hay una fuente con una pila de bronce.

La arquitectura de las casas es igual a la que hay en todo Chile; no tienen más que un piso, edificadas de adobes, que por lo demás aquí son las más convenientes. Las iglesias son ricas en dorados; pero toda la arquitectura es de mal gusto, si se exceptúa la de los Jesuítas que es una cruz latina abovedada, de estilo dórico, todas tienen a la entrada delante una plazoleta para comodidad de los caleches y de las procesiones. La mayor parte han sido edificadas de ladrillos; hay otras de piedra y albañilería de piedra de bolon que se extrae de una pequeña roca que está en el extremo Este de la ciudad, llamado Cerro de Santa Lucía, de cuya altura se descubre de una ojeada toda la ciudad y sus alrededores, que es un paisaje muy pintoresco.

(Relación del viaje por el mar del Sur).

FANDANGOS, TOROS Y PENITENTES

John Byron

En la época más calurosa del año, las familias acostumbran reunirse desde las seis de la tarde hasta las dos o tres de la mañana para pasar el tiempo entre la música y otras diversiones. En estas reuniones se reparten bebidas heladas, que se preparan fácilmente gracias a la abundancia de nieve que proporciona la vecindad de la cordillera. Las intrigas no escasean en estas fiestas, porque no se piensa en otra cosa durante todo el año. Los fandangos son muy agradables: las mujeres bailan inimitablemente bien y con mucha gracia. Todas nacen con un oído privilegiado para la música, y hay muchas que tienen voces deliciosas; además, tocan muy bien el harpa y la guitarra. El harpa, al principio, parece un instrumento horrible para la mujer; pero, luego desaparece el prejuicio porque, comparadas con las mujeres de otros pueblos, sobresalen en el arte de tocarla. Las damas son extremadamente corteses y complacientes, y cuando se les pide que toquen, que canten o que bailen, lo hacen sin vacilar un momento y con muchísima gracia. Bailan varios bailes de figuras, pero el que más les agrada es uno que se puede comparar a nuestro *hornpipe*, en el cual despliegan una asombrosa actividad.

Las mujeres son notablemente hermosas y muy extravagantes para vestirse. Llevan sumamente largo el cabello, que es de lo más abundoso que se puede concebir, sin ponerse en la cabeza otros adornos que unas cuantas flores; se lo peinan atrás en cuatro trenzas que enroscan en una horquilla, la cual luce en cada extremidad una rosa de diamantes. Sus camisas están llenas de encajes, y sobre ellas se ponen un

corpino muy ajustado. Las basquiñas son abiertas adelante y dobladas las faldas para atrás, y van adornadas comunmente con tres hileras de riquísimos galones de oro y plata. En el invierno se ponen una chaqueta de paño recamado de oro o plata, que en el verano es del lienzo más fino, cubierto de los más preciosos encajes de Flandes. Las mangas de estas chaquetas son inmensamente anchas. Cuando el aire está muy frío, se echan encima una capa, que es sólo de bayeta de los más lindos colores, y toda rodeada de galones. Cuando salen de casa, se ponen un velo arreglado de tal modo que sólo se les vé un ojo. Tienen el pie muy chico, y se precian de ésto tanto como los chinos. Se calzan zapatos calados y recortados; las medias son de seda, con adornos de oro y plata; y les gusta mucho dejar ver colgándoles debajo de la basquiña el extremo de una liga bordada. Andan con el pecho y los hombros muy escotados, y a decir verdad no cuesta mucho adivinarles las formas por su manera de vestir. Tienen lindos ojos chispeantes, un ingenio muy listo, un gran fondo de bondad y una decidida disposición a la galantería.

Por la descripción de una casa se puede tener una idea de todas las demás. Se entra primero a un gran patio, a un costado del cual están las caballerizas; en seguida se pasa a un zaguán: a un lado hay una gran sala de unos veinte pies de ancho por cuarenta de largo: al costado de la ventana está el estrado que ocupa todo el largo de la sala. El estrado es una plataforma que se levanta a unas cinco o seis pulgadas del piso y está cubierto de tapices y cojines de terciopelo para que se sienten las señoras, que lo hacen a la usanza morisca, con las piernas cruzadas. Las sillas para los hombres están revestidas de cuero estampado. Al fin del estrado hay una alcoba, donde está el lecho, que siempre deja asomar una gran parte de las sábanas colgando, adornadas con profusión de encajes, y lo mismo las almohadas. Una puerta falsa dá a la alcoba, lo que suele ser muy conveniente. Además hay ordinariamente otras dos piezas, dispuestas una dentro de otra. La cocina y demás dependencias están separadas de la casa, sea a un costado, sea al extremo del jardín.

Las señoras gustan mucho de tener a sus esclavas mulatas tan bien

vestidas como ellas mismas, bajo todos aspectos, menos en las joyas, en lo cual se dejan llevar a las mayores extravagancias. Hay la costumbre de tomar dos veces al día el té del Paraguay, que, como ya he dicho, llaman mate: lo traen en una gran tacita de plata, de la cual se levantan cuatro pies destinados a recibir una tacita hecha de un calabazo guarnecido de plata. Comienzan por echar la yerba en el calabazo, le agregan la azúcar que quieren y un poco de jugo de naranja; en seguida, le echan agua caliente, y lo beben por medio de una bombilla, que consiste en un largo tubo de plata, a cuyo extremo hay un colador redondo, que impide que se pase la yerba. Y se tiene por una muestra de cortesía que la señora chupe primero unas dos veces la bombilla y que en seguida se la sirva sin limpiarla al convidado.

Todo lo condimentan tan fuertemente sazonado con ají, que los que no están acostumbrados a él, sienten desde el primer bocado como un fuego que les queda abrasando el pecho más de una hora. Y hay, además, la costumbre de que a la hora de comer se le presenten a uno dos o tres mulatillas, trayéndole en una bandejita de plata alguno de esos guisos picantísimos, con un recado de Doña Fulana, que desea que uno coma un bocadito de lo que ella le manda; y hay que comérselo delante de la mulata, por más que la mesa sea abundante, porque de lo contrario sería hacerle un desaire. Si tal hubiese sido la costumbre en Chiloé, nunca nos hubiese parecido mal; pero, aquí, muchas eran las veces en que deseábamos que se omitiera esa ceremonia.

El presidente no volvió a invitarnos por segunda vez a su mesa. Cada quince días nos recibía en su corte, a la que nunca faltábamos, y siempre nos trataba con todo cumplimiento. Era un hombre de carácter muy amable, muy respetado por todos en Chile, y poco después que salimos de este país fué nombrado virrey del Perú.

Cuando queríamos, teníamos permiso para hacer algunas excursiones al campo, por unos diez o doce días, y con frecuencia nos íbamos a una finca muy agradable de propiedad de don José Dunose, caballero francés, muy atento y bien educado, que se había casado en Santiago con una señora muy simpática y dueña de una cuantiosa fortuna. Algunas veces, los españoles nos invitaban también a sus casas de cam-

po. Teníamos numerosas relaciones en la ciudad, y, en general, recibimos muchas atenciones de los habitantes. Hay aquí establecidas muchas personas de calidad y muy buenas familias de España.

Puerta de por medio de nosotros vivía una señora que se llamaba doña Francisca Jirón, y como mi apellido lo pronunciaban parecido al de ella, púsosele que éramos parientes. Tenía una hija, joven muy bonita, que tocaba y cantaba notablemente bien: considerábanla como la mejor voz de Santiago. Recibían muchas visitas y siempre que queríamos llegábamos con toda confianza a su casa. Así pasamos muy agradablemente todo el largo tiempo que vivimos en este país.

El presidente es el único que sale en coche con caballos cuarteados; porque el carruaje más común aquí es la calesa, especie de vis-a-vis tirado por una sola mula. Las corridas de toros son una diversión muy frecuente y las de aquí sobrepasan muy lejos a las que he visto en Lisboa y otras partes. Realmente, sorprende ver la actividad y destreza de los que atacan a los toros, cosa que hacen aquí sólo los que a ello se dedican por oficio, porque es sumamente peligroso hacerlo por diversión; y una prueba de ésto es que por más que algunos duren más que otros, son pocos los que mueren de muerte natural entre los que a tal ejercicio se dedican. Los toros son siempre de los más bravíos que se pueden traer de los campos o de las montañas, y no llevan en los cuernos cosa alguna para impedir que atraviesen un hombre de la primera cornada, como tienen los de Lisboa. He visto un hombre saltar directamente por encima de la cabeza del animal cuando éste le embestía con toda furia, y después de repetir varias veces esta suerte, montársele de un salto a la grupa, donde se sostuvo largo rato a pesar de los incesantes esfuerzos del toro para deshacerse de él. Pero si este diestro fué afortunado, me tocó, en cambio, presenciar varios accidentes mientras residí en Santiago. Las damas van a las corridas lo más lujosamente vestidas que pueden, y se me ocurre que van más para que las admiren que para divertirse con un espectáculo que sólo puede causarles horror. Otra diversión favorita de las señoras son las grandes procesiones de noche, a las que van con velo, y como con este traje no se las puede conocer, se entretienen hablando a la gente de la misma manera que se usa en

nuestras mascaradas. Una noche de cuaresma, hallábame parado junto a una de las casas por donde debía pasar la procesión, y debajo de la capa no llevaba puesto más que un chaleco delgado, y en un momento en que saqué un brazo, pasó junto a mí una dama que me dió un pellizco con tantas ganas, que creía que me había sacado el pedazo; y realmente, quedé marcado por un buen tiempo. No me atreví a chistar en ese momento, porque me habrían roto la cabeza si yo hubiese formado el menor alboroto. La amable dama se confundió inmediatamente entre la multitud, y jamás logré saber quién me había hecho tal favor.

He visto a cincuenta y sesenta penitentes seguir estas procesiones; llevan unas largas vestiduras blancas, con gran cola, y altos bonetes echados hacia delante, que les tapan por completo la cara y que sólo tienen dos agujeritos para que puedan mirar por ellos; así es que nunca se les puede reconocer. Van con las espaldas desnudas y se azotan con unas disciplinas hasta que la sangre les corre por la larga cola que llevan arrastrando. Otros los siguen llevando a cuestras grandes cruces; tanto, que mientras caminan a pie descalzo llegan a gemir bajo su peso y caen muchas veces desmayados. Las calles hormiguean de frailes de diversas órdenes.

(Relato del Honorable John Byron).

SANTIAGO EN 1743

Jorge Juan y Antonio de Ulloa

Fué fundada la ciudad de Santiago llamada en sus primitivos tiempos de la Nueva Extremadura por el Capitán Pedro de Valdivia, y sus cimientos empezaron a sentarse el día 24 de febrero del año de 1541 en el valle de Mapocho, donde ha permanecido desde entonces, el cual está cerca de el de Chile, de quien toma nombre todo el Reino: su latitud austral es con corta diferencia de 33 g. 40 m; y dista del Puerto de Valparaíso en el Mar de Sur 20 leguas; siendo este el que le hace más inmediación; su planta es de las más ventajosas, que puede prevenir la idea; porque siendo toda en llano, se dilata este sin interrupción cosa de 25 leguas, ofreciendo con su amenidad no pequeño embeloso, y diversión a la vista; y haciendo su curso por medio de él un río, que llaman también de Mapocho, pasa cerca de la ciudad ofreciendo con su inmediación la comodidad de acequias; las cuales entrando por las calles, al paso que sirven para su limpieza, y aseo dan agua a los jardines, que son frecuentes en casi todas las casas, aumentándose con esta providencia el desahogo de las habitaciones, y la diversión de aquellos moradores.

La capacidad de la ciudad, y su extensión será de Oriente a Occidente de 1000 toesas, que componen 2329 varas castellanas, y de Norte a Sur 600 toesas, o 1397 varas. A la banda opuesta del río, el cual la ciñe por la parte del Norte, tiene un arrabal, o barrio bien capaz, a que dan nombre de La Chimba; y por la del Oriente casi tocando con las casas, le hace vecindad un mediano cerro llamado de Santa Lucía: las calles son todas de suficiente ancho para hermohear la planta, em-

pedradas, y tiradas a cordel; unas haciendo con toda precisión la dirección de Oriente a Occidente, y otras corriendo de Norte a Sur. Casi en medio de la ciudad está la Plaza Mayor, que a imitación de la de Lima es cuadrada, y la adorna en medio una hermosa fuente; su fachada del Norte ocupa el Palacio de la Audiencia Real, donde tienen su morada los Presidentes, Casas de Ayuntamiento, y Cárcel Pública; la del Occidente la Iglesia Catedral, y Palacio del Obispo; la del Sur se compone de portales con arquerías, toda de tiendas de mercaderes; y la del Oriente de casas particulares. El resto de la ciudad está formado de cuadras, o islas de casas tan iguales, y de la misma distancia, o longitud como las de Lima, y así será excusado detenernos en su explicación.

Las casas son casi todas bajas hechas de adobes; precaución no menos necesaria allí, que en todas las demás ciudades del Perú por el inminente riesgo de los temblores, con que siempre están amenazadas; habiendo experimentado ésta con notable estrago en varias ocasiones; pero los más memorables han sido los cinco siguientes:

1.º En el año de 1570 hubo uno, que trastornó montes enteros en aquel reino, y dejó asolados del todo muchos lugares, haciendo partícipes en su estrago a gran parte de los moradores, que había en ellos;

2.º El año de 1647, día 13 de mayo otro, que arruinó muchas casas, y templos de aquella ciudad;

3.º El de 1657, día 15 de marzo tembló la tierra allí por espacio de un cuarto de hora, y convirtió en destrozos gran parte de la ciudad;

4.º El de 1722, día 24 de mayo hubo otro movimiento de tierra, con que quedaron maltratadas muchas casas; y

5.º El año de 1730, día 8 de julio hubo el que queda citado en la descripción de la Concepción; con el cual se asoló la mayor parte de la ciudad; y después quedó la tierra repitiendo las concusiones por muchos meses; a él se siguió una epidemia, de que murió mucha gente, además de la que dejaron sepultadas las ruinas. Son las casas aunque bajas, como queda dicho, aseadas a la vista, y en lo interior bien repartidas, y muy desahogadas.

Además de la Iglesia Mayor, y Parroquia del Sagrario, tiene

otras dos, que son Santa Ana, y San Isidro: tres Conventos del Orden Seráfico, San Francisco Casa Grande, San Diego Colegio de Estudios, y un Convento de Recoletos fuera de la Ciudad; dos de San Agustín; uno de Santo Domingo; uno de la Merced; uno de San Juan de Dios; y cinco colegios de la Compañía, San Miguel, el Noviciado, San Pablo, San Javier Colegio de Estudios para seglares, los cuales visten manto musco, y beca colorada, y el Colegio, que llaman la Ollería, con destino para los Ejercicios de San Ignacio.

Tiene así mismo cuatro monasterios de monjas: dos siguen la Regla de Santa Clara, uno de Agustinas, y otro de Carmelitas; a que se agrega un Beaterio bajo la Regla de San Agustín, y todos son de numeroso concurso, como es lo regular en los de las ciudades del Perú.

Las Iglesias de los Conventos son capaces; las más fabricadas de ladrillo, y otras de piedra; distinguiéndose entre todas las de la Compañía por la mejor arquitectura, que luce en ellas: las Parroquias ni en fábrica, ni en la decencia de los interiores adornos se les igualan, faltándoles mucho para parecerseles.

Regúlase el vecindario de Santiago por de cuatro mil familias; y de estas como la mitad españolas de todas gerarquías; entre las cuales hay algunas que sobresalen a las demás en el lustre y calidad; la otra mitad son de castas, la mayor parte de indios, y lo restante de las originadas de negros, y blancos; en cuanto a sus costumbres, y modales no hay diferencia a las que quedan advertidas en las anteriores descripciones; si bien ni son tan reducidos en el vestuario, como en la Concepción, ni tan ostentosos, como en Lima, semejándose en todo al de Quito: los hombres fuera de aquellas horas, en que se visten *en cuerpo*, usan mucho el traje de los *ponchos*; y todas las familias, que tienen posibles para ellos, mantienen calesa, en que andan por la ciudad.

Los hombres son bien apersonados, de buena estatura, fornidos, y de bello semblante; las mujeres, en quienes el agrado no sobresale menos, que en las del Perú, son también de buen aspecto, y muy blancas y rosadas: pero allí, donde la bondad del clima las dota tan sobresalientemente en la hermosura de los colores naturales, los disfrazan ellas con otros artificiales; cuya moda es muy regular en todo aquel

Reino: con esto no solamente se privan de los propios, sino que tomando los postizos, que borran de sus rostros el sobreescrito de la belleza, les ofende las dentaduras, de modo que su defecto viene a ser tan general, que si no las comprende a todas, serán muy raras las que se hallen exentas de él.

Tiene su asiento en esta ciudad un Tribunal de Audiencia Real, que habiendo estado primero en la Concepción, y extinguiéndose allí, pasó a ella, cuando se volvió a habilitar; y lo componen un Presidente, cuatro Oidores, y un Fiscal, a que se agrega otro con el título de Protector de Indios: los asuntos que en él se determinan decisivamente no tienen más apelación, que el Supremo Consejo de las Indias; y esto sólo en el caso de injusticia notoria, o en segunda suplicación.

El Presidente, aunque con dependencia en algunos casos de los Virreyes de Lima, es así mismo Gobernador, y Capitán General de todo el Reino de Chile, y como tal debe residir, según queda prevenido, los seis meses del año en la ciudad de Concepción, y los otros seis en Santiago: por su ausencia en esta ciudad entiende el Corregidor de ella su jurisdicción, como Teniente General del Presidente, a todos los demás pueblos del Reino de Chile, a excepción de los Gobiernos Militares.

El Cuerpo de Ciudad, en quien hace cabeza el Corregidor, se compone de Regidores, y dos Alcaldes Ordinarios; y a estos pertenece el gobierno político, y económico de ella; ciñéndose sólo a su recinto la jurisdicción del Corregidor, cuando el Presidente se halla en aquella ciudad.

Hay así mismo un Tribunal de Hacienda Real compuesto de un Contador, y un Tesorero; y por él se hace la recaudación de los tributos de los indios, y otros derechos reales, que pertenecen a S. M. y se arregla su distribución en los salarios, y obvenciones, que tienen asignación en aquellas Cajas Reales.

El Cabildo Eclesiástico se compone del Obispo, tres dignidades, que son Deán, Arcediano, Chantre; dos Canongías de oposición doctoral, y magistral; y dos de presentación; y el Obispo pone su Provisor, a que se agregan los correspondientes subalternos.

Hay así mismo Tribunal de Cruzada, compuesto de un Comisario Subdelegado, y un Contador, y Tesorero; y una Comisaría de Inquisición con los demás ministros correspondientes de ella, todos a nombramiento del Tribunal de Inquisición, que tiene su asiento en Lima.

En cuanto a el temple, que goza Santiago, es el mismo con corta diferencia, que el de la Concepción, y a correspondencia de esto la fertilidad de los campos, y abundancia de mantenimiento; en cuyos asuntos como en el de el comercio, que mantiene, me dilataré lo necesario en las noticias, que figuran de todo el Reino de Chile.

(Relación Histórica del Viaje a la América Meridional hecho de orden de S. Magestal).

LOS HOGARES SANTIAGUINOS EN 1795

Jorge Vancouver

En la tarde nos llevaron donde el señor Cotapos, negociante español muy considerado. La descripción de su casa dará una idea de la manera como están construídas las casas de Santiago. Forma, como la mayor parte de las casas de los principales habitantes, un cuadrilátero que ocupa un espacio descubierto, o patio de cerca de treinta varas cuadradas; a un lado hay una pared paralela a la calle, sin otra abertura que la puerta, y como ninguna tiene más de un piso, esta muralla no presenta en la parte exterior nada que parezca casa habitable. Se entra de la calle al patio por una puerta al frente del cuerpo del edificio cuyas alas y dos de los otros lados del cuadrilátero, a derecha e izquierda sirven de alojamiento a los sirvientes y de dormitorios. El departamento del dueño está compuesto de una antesala, un gran comedor y salón y un dormitorio: todas estas piezas son espaciosas; la principal tiene cerca de sesenta pies de largo y veinticinco de ancho, y creo que su altura es igual al ancho. Estaba muy convenientemente arreglada, adornada con dos arañas de cristal y algunos cuadros de asuntos tomados de la Historia Santa. En cada extremo de la sala, grandes puertas de dos hojas. La concurrencia estaba dividida en dos partes, las señoras sobre cojines a un lado de la sala, y los hombres frente a frente de ellas sentados en sillas. Las diversiones de la velada consistieron en un concierto y baile, en los cuales hacían los principales papeles las damas y parecían tener gran placer; las mujeres fueron los únicos músicos; una de ellas tocaba el piano y las otras el violín, la flauta o el arpa. La eje-

cución nos pareció muy buena y nos dió una especie de distracción a la cual éramos extraños desde largo tiempo.

Habríamos querido ceder a las instancias del señor Cotapos reuniéndonos con las damas para danzar; pero sus contradanzas nos parecieron muy difíciles y como ninguno de nosotros reconoció las figuras a que estábamos acostumbrados en Inglaterra fué preciso confesar nuestra ignorancia y negarnos a la invitación del dueño de casa. Nos indemnizamos un poco de esta privación con la complacencia de algunas damas que dejaron de bailar y nos rogaron estuviéramos con ellas; ofrecimiento que aceptamos en el acto con tanto mayor reconocimiento cuanto con ello se apartaban de las reglas ordinarias.

La mayor parte de las mujeres de Santiago no carecen de atractivos personales y muchas de las que tuvimos el gusto de ver en este sarao, eran hermosas; son generalmente morenas, tienen los ojos negros y los rasgos regulares; pero observamos en muchas ocasiones la falta de esta limpieza ciudadosa y tan atractiva de que se jactan nuestras hermosas inglesas: especialmente tienen los dientes muy sucios. Esta negligencia desagradable nos parecía estar en contradicción con el trabajo que se tomaban, por lo demás, en todo su atavío; pues estaban ricamente vestidas a la moda del país. La parte más singular de su traje era una especie de jubón o *pannier* que bajaba de la cintura hasta un poco más abajo de la rodilla y que algunas llevaban aún más cortas; debajo del jubón llevan su camisa, cuyo ruedo está adornado con un encaje de oro; lo mismo que la extremidad de sus ligas.

Sus maneras eran en general vivas y fáciles; tenían siempre cuidado de sacarnos de los pequeños tropiezos en que nos ponía sin cesar la ignorancia de su idioma; y confieso que ha habido pocas ocasiones en la duración de nuestra viaje donde este inconveniente me haya causado más pesares. Estábamos privados, por esto, del placer de gozar de las salidas picantes y del agradable espíritu que, después de la risa y de los aplausos que estallaban a menudo en todo el círculo, teníamos ocasión de suponer en lo que decían. Esto era una prueba suficiente de que ellas tenían mucho talento natural, pero no que fuese cultivado y no sin pena noté en esta ocasión que—si es preciso creer a sus compa-

triotas—la educación de las mujeres de Santiago es de tal manera descuidada que sólo se encuentra entre ellas un corto número que sepa leer y escribir. Algunas quisieron poner sus nombres por escrito para que pudiéramos pronunciarlos más correctamente: estaban en gruesas letras. No trato de inferir de ahí que la educación del bello sexo sea descuidada como nos han dicho: sin embargo es claro que por la ignorancia que tienen de otra lengua que no sea el dialecto español que se habla en Santiago, su educación es muy imperfecta.

En Inglaterra, casi con algunas excepciones, el bello sexo está dotado de una gran delicadeza de sentimiento y de expresión; pero en Santiago hemos observado, no solamente en las maneras y la conversación de las damas, sino en los bailes y en otras ocasiones, tal libertad, que un extranjero, y sobre todo un inglés, no puede formarse muy buena opinión de sus virtudes, y al contrario se encuentra forzado a juzgarlas desfavorablemente. Por lo demás, para hacerles justicia a todas las que he tenido el honor de frecuentar y que son numerosas, debo decir que no he visto nada que pueda inspirar la menor sospecha respecto a la fidelidad que guardan a sus esposos o a deshonorar a las que no son casadas. No obstante, las maneras y las costumbres del país permiten una libertad de conversación y una familiaridad de conducta que, nosotros los ingleses, hemos juzgado propias para hacerlas perder parte del respeto que gustamos tener al bello sexo. Además, han tenido para nosotros las atenciones más cumplidas y obsequiosas que imaginar se puede. Sus puertas estaban siempre abiertas; podíamos considerar sus casas como las nuestras y no se ocupaban sino en procurarnos entretenimientos y nada omitían de lo que debía contribuir a nuestros goces en su sociedad. Los hombres, se esforzaban, por su parte, por hacernos la estada en Santiago agradable, dándonos las noticias que podían causarnos placer o sernos útiles. Debemos especialmente un reconocimiento particular a don Ramón Rozas y el Capitán Casada, por su sostenida bondad y el cuidado que han tenido de presentarnos en todas las casas notables.

(Viaje a Valparaíso y Santiago de Jorge Vancouver tomado de los Viajes alrededor del Mundo).

DESCRIPCION DE SANTIAGO

Samuel B. Johnston

La ciudad se halla pintorescamente situada en un extenso valle, noventa millas al poniente de la Cordillera, que divide esta provincia de la de Buenos Aires. Las calles corren norte, sur, este y oeste. Las casas son generalmente de un piso y fabricadas de adobes (construídas de esta manera para resistir a los temblores de tierra), con un amplio primer patio, que les dá un hermoso aspecto, y un delicioso jardincillo en otro interior, en el cual, además de las flores más fragantes, crecen generalmente naranjos y limoneros y parras de uva moscatel de las mejores, etc., etc. Merced a la dulzura del clima, sobre todo, y a la escasez y subido precio de los vidrios en el más cercano mercado, las ventanas carecen, de ordinario, de tan elegantes adornos, que es reemplazado por rejas de hierro, lo que dá a los edificios, por lo demás hermosos, un aspecto triste, que me hacía recordar a las cárceles de Estados Unidos. La ciudad se provee de agua del río Mapocho, que nace en las cordilleras y corre en toda estación del año por causa del derretimiento de las nieves de aquellas montañas; cruzan las calles acequias de unas 18 pulgadas de ancho, que sirven para los usos domésticos, para regar los jardines y mantener las calles frescas y limpias. La vista de la Cordillera desde Santiago "cubierta con nieves perpetuas" es por extremo majestuosa y concurre a inspirar a uno la noción de la sabiduría infinita del Criador, quien al colocar a alguna de sus hechuras en un clima quemado por el sol y donde no llueve por espacio de ocho o nueve meses en el año, las provee

de estos altos cerros para conservar la nieve, y de un sol bastante fuerte para convertirla en agua, a medida de sus necesidades.

La recoba de Santiago merece mencionarse, tanto por su abundancia, como por su baratura. En ella diariamente se presenta la más excelente vianda y caza, y los días viernes, el pescado. Un cordero entero puede comprarse por unos treinta y siete y medio centavos; la carne de vaca, por dos centavos la libra; un par de patos gordos o pollos, por doce y medio centavos; y las verduras y frutas, en la misma proporción, la fruta es siempre más crecida que en nuestro país, y el melón moscatel sobre todo es exquisito.

El mercado ocupa un amplio espacio descubierto, como de unas 500 yardas por costado. Hacia el norte está situado el Palacio, edificio realmente soberbio, de tres pisos con dos torrecillas; en el ala izquierda está la cárcel y en la de la derecha el antiguo palacio, edificio bajo y de pobre aspecto, levantado en 1714, por Guzmán, el Presidente que entonces gobernaba, y está ahora convertido en oficina para los escribientes subalternos de la administración, departamentos para sirvientes, etc.

En el lado del poniente, se halla la nueva Catedral, toda de piedra, y ha de tener, una vez concluída, cerca de 200 altares. Hace cincuenta años a que se empezó, y sospecho que se necesitarán de otros cincuenta para que esté acabada del todo, pues los sacerdotes están siempre pidiendo limosnas para terminarla, y no dudo que ya habrán colectado la suma suficiente para costearla cuatro veces. A la derecha del templo está el palacio obispal, edificio elegante y cómodo, con hermosas arcadas en su frente. Del lado del sur se halla el edificio municipal, hermosa construcción, con pilares que sostiene un balcón que se extiende por todo el largo de la plaza; en el piso bajo se encuentran los almacenes de géneros, y en el interior del edificio lo ocupa la fonda; sitio inferior, en cuanto a limpieza y buena distribución, a nuestras posadas del campo; y del lado del oriente, se hallan las carnicerías.

Esta amplia plaza la llenan los vendedores de verduras y comerciantes de toda especie, que llevan allí a vender sus efectos, y en su

conjunto reviste un aspecto grotesco, no desemejante a una feria en Inglaterra: en el centro hay una maciza pila de bronce, pero sin arquitectura; y la plaza entera, despejada al intento, forma un campo de maniobras elegante, en el cual pudieran ser revistados diez mil hombres.

El templo de Santo Domingo es un hermoso edificio, de piedra de cantería, con dos torres. La Aduana, palacio del Cabildo y la Casa de Moneda, son también construcciones elegantes, y harían honor, cualquiera de ellas, a Filadelfia o Nueva York.

(Cartas escritas durante una residencia de tres años en Chile).

LOS SANTIAGUINOS

Samuel Haigh

Cuando visité por primera vez a Santiago una toilette muy común entre los jóvenes distinguidos era una chaquetita adornada con botones de metal bronceado, y un poncho; pero ahora visten notablemente mejor. Las niñas son muy bonitas con su cutis mejor de todas las que he visto en Sudamérica; algunas tienen ojos azules y pelo obscuro; tienen muy buen humor y son muy amables. Sus entretenimientos no difieren mucho de las de la República de Buenos Aires, pero apenas si se han acercado tanto a las costumbres europeas. Tocan y bailan a la guitarra, muchas al piano, y son muy vivas en su trato y conversación.

Aunque son de rápida comprensión su educación es muy reducida; como se comprende gozan con sus escasas lecturas. Muy rara vez he visto en sus bibliotecas más que *Don Quijote*, *Gil Blas*, las novelas de Cervantes, *Pablo y Virginia*, y algunos otros libros, entre los cuales nunca faltan el misal, *La Historia de los Mártires* y algunos libros religiosos. No sé como no se encuentran en un estado mental aún más sano que las niñas de esos países, donde tienen la imaginación siempre agitada por la "última novela" y que por lo tanto, tienen una buena dosis de sentimentalismo del cual carecen las que tienen modos más avanzados de pensar en Chile.

Con todo he conocido varias niñas en Sudamérica, muy adep-
tas a la literatura inglesa y francesa y que poseían perfectamente
ambos idiomas.

Los habitantes de Santiago tienen muy pocas diversiones, pero muy agradables.

Los Domingos y días festivos la gente se reúne como a una milla del pueblo, en el extremo del Tajamar, a su entretención favorita: las carreras de caballos, se llevan acabo lo mismo que las de Mendoza. En estos días de fiesta, las niñas van al Tajamar, muy elegantes, en sus calesas, arrastradas por una mula, con un negro o mulato como postillón que la cabalga. Los carruajes se arreglan todos en fila a un lado; los caballeros hacen gala de sus conocimientos ecuestres, se llevan vallejeando y se detienen junto al coche cuando se encuentran con alguna de sus amistades. Muchos de los peatones también se pasean sobre la muralla del Tajamar, que no es ni con mucho el paseo más agradable de Santiago: un camino ancho y recto como de una milla de largo, que tiene de trecho en trecho escaños de piedra y que a ambos lados del camino están sombreados por árboles siempre verdes. A la entrada hay un gran puente. La cordillera, a la cual es paralelo el camino, le dá por las tardes una magnífica variedad de colores, producidos por los reflejos de los últimos rayos del sol poniente sobre los picachos de las montañas.

*(Viaje a Chile
Durante la época de la Independencia).*

SANTIAGO RIVAL DE LIMA

Julián Mellet.

Las calles son largas, anchas y alineadas; y el pavimento muy bien cuidado; igualmente hay veredas de piedra, a cada lado para el uso de las personas de a pie lo que deja libre el medio de la calle para el tráfico de animales y carruajes. También hay algunas otras plazas destinadas a los mercados de víveres que hay diariamente y son muy surtidos.

Casi por el medio de la ciudad pasa un riachuelo que tiene el nombre del reino (1); en este lugar es muy ancho y viene de la cordillera. El puente por el cual se pasa es de piedra y de construcción magnífica; a lo largo en sus extremidades hay linderos también de piedra y escaños muy cómodos y aseados. Todas las tardes sirve de paseo, aunque hay muchos otros sitios de sorprendente belleza y embellecidos con fuentes de varios juegos de agua.

Se ven muy hermosas casas, todas por lo general muy lindas, aunque constituídas con adobe: su blancura y limpieza les da una apariencia que las embellece.

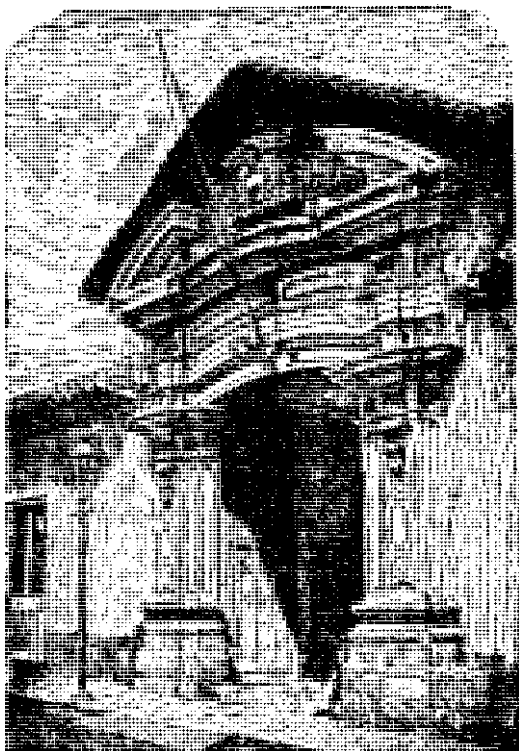
Los alrededores de la ciudad son llanos cubiertos de toda clase de árboles frutales; las casas de campo, lindas y en gran número. Los ricos propietarios y negociantes van a menudo a descansar ahí de las fatigas de la ciudad.

El territorio es muy fértil y produce en abundancia todo lo necesario para la vida; las cosechas se hacen en las mismas estaciones que en *Buenos Aires*.

(1) El Mapocho.

Para dar una idea de la bondad del suelo, no citaré más que dos de sus productos, observando que los demás sin ser tan extraordinarios, conservan, no obstante, una proporción: de las coles y de los rábanos, es de lo que quiero hablar.

Las coles son apretadas, duras como piedras y brillantes de blancura, son tiernas cuando están cocidas, hay algunas que pesan hasta



Casa colonial

veinticuatro libras. Los rábanos son aún más notables; esta raíz que por lo general es tan débil en Europa, en Chile es monstruosa, pues se encuentran de cuatro a cinco libras de peso.

Puedo asegurar que ese peso, por exagerado que parezca, es real. Yo mismo he tenido ocasión de convencerme. Los del peso de una o dos libras son ahí comunes; y a los unos y a los otros se les coloca en arena, donde se les conserva para hacer ensaladas en invierno.

Esta es la manera como se prepara esta ensalada. Se cortan los rábanos en torrejitas, que se dejan durante cuatro horas en agua con sal, para quitarles la fuerza; en seguida se les prepara con aceite, vinagre, sal y pimienta roja bien molida. Es una excelente ensalada.

Para el consumo de la ciudad se llevan también castañas que vienen de cuarenta leguas de distancia, único lugar donde he visto; son de gusto y porte también extraordinarios, lo que hace que se les estime grandemente y gocen de mucho renombre.

El comercio es muy lucrativo e importante en diversos artículos, especialmente en los que voy a hablar.

Desde luego, el que se hace con los cueros fabricados es el más importante, por la exportación a *Buenos Aires*, de donde se traen las mercaderías necesarias al país, lo que produce grandes ventajas a la ciudad y a sus alrededores. El que se hace con las harinas, carnes saladas, sebos, etc., que se embarcan en *Valparaíso*, (1) no es menos importante.

Estos importantes ramos del comercio dan a *Santiago* incalculables beneficios, y la actividad de sus habitantes no omite nada de lo que pueda contribuir a aumentarlos.

Es preciso convenir que no hay nada que reprocharles, desde el punto de vista del trabajo y de la industria; poseen todas las artes a la perfección; ¡lástima que sean tan ligeros e inconsecuentes en sus tratos comerciales, especialmente con los extranjeros!, aunque políticos son de carácter muy afable.

Su manera de vivir, es muy sencilla; los que no están ocupados en el comercio, se levantan muy tarde, lo mismo que las mujeres. Quedan en seguida a brazos cruzados hasta que les viene la fantasía de ir a fumar un cigarrillo con sus vecinos. A menudo hay diez a doce a la

(1) Puerto de mar, el más importante de Chile a 38 leguas de la capital.

puerta de una *pulpería* (especie de almacén donde se vende vino, aguardiente y otros licores, como también telas, ropa y objetos de quin-callería). Después de charlar, fumar y hecha la *mañana*, es decir, bebido aguardiente, montan a caballo y van a dar una vuelta no por el llano, sino por las calles antes de retirarse a sus casas. Si les viene en gana, bajan del caballo, se juntan a la compañía que encuentran, charlan dos horas sin decir nada, fuman, toman *mate*, y vuelven a subir a caballo; es muy raro en general, que un habitante se pasee a pie; se ven en las calles tantos caballos como hombres. La caza abunda en los contornos de la ciudad; pero los habitantes no son cazadores: ese ejercicio los fatigaría mucho.

Las mujeres son encantadoras y de muy alegre carácter. Aunque por naturaleza son hermosas, han adoptado la moda de pintarse, moda que siguen estrictamente. Canta acompañándose muy bien con la guitarra, instrumento que hombres y mujeres tocan con bastante gusto. Son inclinadas al tocado y se visten con elegancia; son amables a pesar de la altivez, que les sienta a maravilla.

Sus trajes consisten, al exterior en un corselete blanco o de color sin ajustar; sigue las proporciones del talle y sus faldones bajan cuatro dedos sobre la pollera, la cual es de tela más o menos rica según la facultad y fantasía de la que la lleva, y está bordada con galón o crespones de oro, plata o seda. Llevan por todo tocado una sola cinta alrededor de la cabeza que sostiene sus cabellos que trenzan por medio de las peinetas y alfileres de oro que tienen.

La mayor parte de los hombres usan mantas escarlatas y hebillas de oro en las medias y zapatos.

Las profesiones más ventajosas en esta ciudad son las de relojero, joyero, armero, cerrajero, cuchillero, carroceros y fabricante de medias, etc.; todos pueden hacer así, en poco tiempo, brillante fortuna.

La abundancia de víveres, su bajo precio y la inmensidad de sus riquezas ponen esta ciudad encima de todas las demás; rivaliza, por decirlo así, con *Lima*.

(Viajes por el interior de la América Meridional).

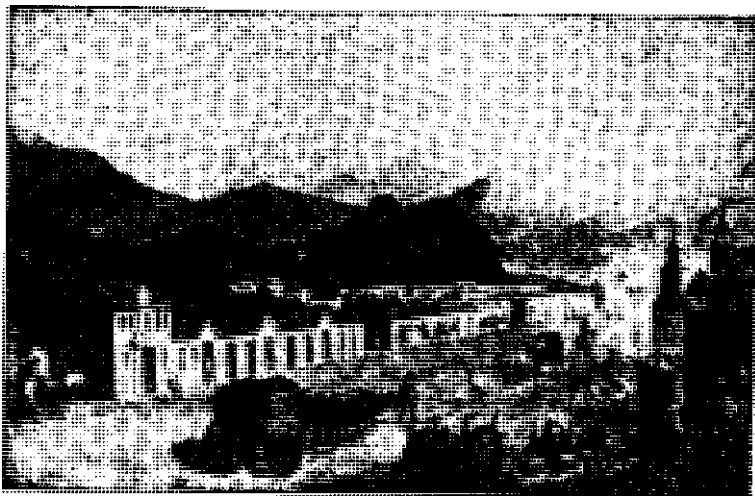
SANTIAGO EN 1821

Basilio Hall

La sociedad de Santiago está más adelantada que la de Valparaíso. Sus habitantes son más ricos, demostrando mayor conocimiento de los usos sociales y no parecen ser tan ignorantes de lo que ocurre en otros lugares del globo. Sus modales son más fáciles, sus trajes más cuidados y elegantes y en sus habitaciones bien distribuídas y amobladas dominan el buen gusto y el *confort*. Como los habitantes de Valparaíso, acogen con placer a los extranjeros y demuestran su indulgencia a aquellos que conocen imperfectamente su idioma. Es difícil encontrar una ciudad más limpia y regular que Santiago. Está dividida en cuatro cuadros o islotes que forman las calles cortándose en ángulos rectos. Las casas están todas blanqueadas, no tienen sino un piso y su techo es plano, ostentando una especie de parapeto por encima de la corniza. Su forma es cuadrangular. Se entra a cada pieza por un espacio cuadrado que se llama *patio* o por una puerta de comunicación que da de una a otra habitación. La puerta de calle es un grande y ancho pórtico adornado con gusto y al lado están las cocheras. El comedor y salón ocupan la parte del patio que está frente a la entrada, y el escritorio y las piezas de dormir los otros dos lados. En el verano se coloca una especie de techo encima del patio, lo que da mucha frescura a las habitaciones. Detrás de las casas hay un jardín en cuya extremidad un arroyo claro y límpido corre con rapidez.

El 7 de enero fuí presentado en una casa muy renombrada por la benevolencia y la buena acogida que dispensaban sus moradores a los extranjeros.

La familia se había retirado al fondo del salón, para guarecerse del calor. Las damas tienen la costumbre de refugiarse en los rincones de la habitación donde se sientan en líneas rectas y estrechas a lo largo de las paredes. Un instante después de nuestra llegada, una de las señoritas, observando que su colocación hacía embarazosa la charla, se levantó y fué a sentarse al piano; las demás continuaron su costura tan



La Alameda, primeros años del siglo XIX

ceremoniosamente como antes. Felizmente llegaron otras personas; la sociedad principió a confundirse y a mezclarse; el estiramiento que al principio nos había helado, desapareció; la reunión se animaba y nos pareció al fin tanto más agradable cuanto que su principio había sido tan triste. En ese instante, un caballero anciano entró al salón con un aire desenvuelto; la alegría estaba pintada en su fisonomía y brillaba en sus palabras. Era un sacerdote de sesenta años que tenía la buena salud y la vivacidad de un joven; lanzaba a todos mil bromas picantes e ingeniosas y parecía desafiar a quien quiera con sus salidas. Sus epigramas eran espirituales y la reunión se animaba con su presencia y su inagotable buen humor. Al fin, algunas señoritas, heridas en lo vivo, le

contestaron con animación; una coalición se formó entre ellas contra el temerario, y de todos lados se vió atacado por vivas y chispeantes contestaciones. El buen cura pareció maravillarse de la energía del combate; contestó como pudo, y, para animar más la pelea, fingió darse por vencido, y, después de una lucha largamente prolongada, se retiró con gran sentimiento de todos.

Pregunté quien era este personaje y se me repondió que había sido misionero de una aldea indígena; que por sus talentos y el ejemplo de sus virtudes había adquirido gran influencia sobre los naturales mejorando su suerte, iniciándolos en la moral del Evangelio y enseñándoles las artes de la civilización.

La Alameda, o paseo público, se llama también Tajamar, a causa de un dique que se ha construído para evitar los efectos de las creces del Mapocho, río insignificante durante el invierno, pero que en la temporada en que las nieves principian a fundirse sobre los Andes, se convierte en un torrente caudaloso y turbulento.

Este paseo se divide en tres partes: un camino ancho y despejado para los coches y dos avenidas bordeadas de altos álamos. Bajo estos árboles se extiende un pequeño muro de piedra, sobre cuyo parapeto las damas que generalmente vienen aquí elegantemente vestidas, colocan sus pañuelos con mucho cuidado y cierta gracia especial antes de sentarse.

Desde este paseo, se divisa una espléndida vista de los Andes que, a pesar de encontrarse a cincuenta o sesenta millas de la ciudad, aparecen muy cercanos.

(Extracto de un Diario de Viaje a Chile, Perú y Méjico).

SANTIAGO EN 1822

María Graham

Lo primero que hice después de levantarme fué examinar la distribución de los diversos departamentos de la casa, y comencé mi inspección por la puerta por donde había entrado ayer, buscando en vano a uno y otro lado de ella alguna ventana que diera a la calle. La casa, como todas las que desde aquí alcanzaba a descubrir, tenía por todo frente una muralla baja y blanqueada, sobre la cual se proyectaba un enorme alero de tejas; en el centro un gran portal o zaguán, con puertas de doblar, y una torrecilla llamada el *alto*, con ventanas y balcón en la parte superior, donde se encuentra mi aposento; debajo de ella, cerca de la puerta de calle, está la habitación del portero. Este portal desemboca en un gran cuadrángulo empedrado, a que dan numerosos departamentos. Los de la derecha e izquierda parecen ser almacenes o depósitos de provisiones; al frente se encuentran la sala, el dormitorio principal, que hace también las veces de sala, y una o dos piezas más pequeñas.

A continuación de este cuadrángulo sigue otro, adornado con plantas en macetas y árboles frutales, y circundando por una cómoda y agradable galería, donde las hijas de la dueña de casa acostumbran recibir a sus amigas u ocuparse en sus labores domésticas.

Alrededor de este cuadrángulo o *patio* están dispuestos los aposentos privados de la familia, y detrás de él hay otro más pequeño, donde se encuentra la cocina, despensa y pieza de la servidumbre, y por el cual, como en casi todas las casas de Santiago, corre una acequia constantemente llena de agua.

La disposición de las casas, bastante cómoda y agradable para sus moradores, es fea exteriormente y comunica a las calles un aspecto triste y plebeyo.

Estas son anchas y bien empedradas; tienen aceras con pavimentos de granito, y por casi todas ellas corre siempre un arroyuelo, que, con un poco más de atención de la policía, podría hacer de esta ciudad la más limpia del mundo.

Con todo, no es muy sucia, y cuando recuerdo a Río de Janeiro y Bahía estoy por declararla absolutamente aseada.

La casa de Cotapos está amueblada con lujo, pero sin elegancia. Sus ricos espejos, sus hermosas alfombras, un piano fabricado por Broadwood, y una buena provisión de sillas, mesas y camas, no precisamente de las que hoy se usan en París o en Londres, pero sí de las que estuvieron allá de moda hace un siglo o poco más, hacen un lucidísimo papel en esta apartada tierra del continente austral.

Pero con el comedor no puedo transigir. Es el aposento más obscuro, triste y feo de la casa. La mesa está casi pegada a la muralla, en un rincón, de suerte que una de las extremidades y un costado apenas dejan espacio suficiente para las sillas; un regular servicio es así punto menos que imposible.

Cualquiera creería que ha sido dispuesto de esta manera para comer en secreto; y me hace pensar, especialmente cuando las grandes puertas se cierran de noche antes de la principal comida, en los moros e israelitas de la península española, ocultándose celosamente de la vista de los godos, sus opresores.

Me sirvieron en mi aposento mi acostumbrado desayuno de té, huevos y pan con mantquilla. La familia no come nada a esta hora; pero aquí algunos se desayunan con una jícara de chocolate, otros con un poco de caldo, y los más con mate.

Las señoras pasaron a saludarme antes de irse a misa, y en esta ocasión habían cambiado sus vestidos de estilo francés por otros enteramente negros, con la mantilla, que hace aparecer a una hermosa española o chilena diez veces más hermosa y agraciada.

Como a mediodía, el señor de la Salle, uno de los ayudantes de

campo del Director Supremo, me trajo un atento saludo de bienvenida de Su Excelencia.

Por conducto de este caballero envié mis cartas de introducción a doña Rosa O'Higgins, y se convino en que la visitaría mañana por la noche, porque hoy va al teatro. Poco después de comer, el señor de Roos, y yo acompañamos a don Antonio de Cotapos y dos de sus hermanas al llano, situado al Sur-Oeste de la ciudad, a ver las *chinganas*, o entretenimientos del bajo pueblo.

Reúnense en este lugar todos los días festivos, y parecen gozar extraordinariamente en haraganear, comer buñuelos fritos en aceite y beber diversas clases de licores, especialmente *chicha*, al son de una música bastante agradable de arpa, guitarra, tamboril y triángulo, que acompañan las mujeres con cantos amorosos y patrióticos. Los músicos se instalan en carros, techados generalmente de caña o de paja, en los cuales tocan sus instrumentos para atraer parroquianos a las mesas cubiertas de tortas, licores, flores, etc., que éstos compran para su propio consumo o para las mozas a quienes desean agradar.

Algunas de las flores, como los claveles y los ranúnculos, se venden a precios exorbitantes: suelen pedir hasta medio peso por cada una, y un peso por un ranúnculo amarillo con pétalos matizados de rojo y verde. El pueblo, hombres, mujeres y niños, tiene verdadera pasión por las *chinganas*. El llano se cubre enteramente de paseantes a pie, a caballo, en calesas y carretas; y aunque la aristocracia prefiere la Alameda, no deja de concurrir también a las *chinganas*, donde todos parecen sentirse igualmente contentos en medio de una tranquila y ordenada alegría.

En Inglaterra estoy cierta de que en una concurrencia tan grande de gente no dejaría de haber desórdenes y riñas; pero nada de esto ocurrió aquí, a pesar de que se jugó mucho y se bebió no poco.

En la noche asistí a la tertulia de la familia Cotapos, en que hubo la música, baile y charla de costumbre, y pude observar que en Chile la belleza y el traje de una joven son criticados por las demás lo mismo que entre nosotros. Y ya que hablo de cosas femeninas, agre-

garé que jamás había visto tantas mujeres hermosas en un sólo día como he visto hoy aquí.

No me atrevo a asegurar que hubiera entre ellas alguna de extraordinaria belleza; pero sí puedo afirmar que tampoco vi ninguna fea. Son por lo común de mediana altura, bien conformadas, de andar airoso, con abundantes cabelleras y lindos ojos, azules y negros, y en cuanto al sonrosado color de su tez, nunca lo puso más bello “la pura y diestra mano de la Naturaleza”; pero ¡ay! “la cariñosa mano de la Naturaleza es generosa, más no pródiga”; y estas lindas criaturas, dotadas de tantos atractivos, tienen generalmente una voz desapacible y áspera, y en el cuello de algunas observé cierta tumefacción que indica que la papera o bocio es frecuente en Chile.

(Diario de su residencia en Chile, 1822).

UNA CASA SANTIAGUINA EN 1822

Gabriel Lafond du Lucy.

A primera vista Santiago me desagradó soberanamente y me hizo la impresión de una ciudad monótona, en la que todo debía ser tristeza y aburrimiento. Sus calles tiradas a cordel y cortadas en ángulos rectos, ofrecían un aspecto semejante al de Lima. Sin embargo, las casas tenían cierto aspecto arábigo. Una puerta principal conduce a un patio rodeado de arcadas; pocas ventanas dan a la calle; raros almacenes se ven aquí y allá. Se comprende que el aspecto de las calles no debe ser muy animado.

Llegamos a la casa de don Juan José Mira, a quien se esperaba con la más viva impaciencia, porque hacía ya largo tiempo que estaba separado de su esposa, de sus hijos y de una familia que lo adoraba. La acogida que se me hizo fué política y agradable; se me dió una pieza que daba al patio, invitándome a que descansara a mis anchas de las fatigas de mi largo viaje; se me ofrecieron refrescos y todo lo que pudiera sernos agradable. Esta familia, que era una de las principales de la ciudad, me agradó inmediatamente: se respiraba en ese hogar no sé qué perfume de honradez antigua; era una verdadera familia patriarcal. Apenas hube reparado el desorden de mi traje, fuí a saludar a la dueña de casa. Don Vicente y don Felipe Yñiguez se nos habían anticipado para acercarse a nuestros huéspedes con quienes ya habían hablado sobre el joven capitán de "*La Aurora*". Me encontré en el salón de la casa con la madre de toda la familia, doña Carmen Landa. Esta dama, de origen francés, estaba sentada en el *estrado* obliga-

do de toda mansión chilena, envuelta en su rebozo; y a pesar de sus sesenta años, me pareció muy bien conservada. Su aspecto severo, lleno de dignidad, hacía notar en ella el hábito del mando, lo que no era de extrañar en el jefe de una familia tan distinguida. Tenía a su lado a su hija, la señora Beltram, de cuarenta años de edad, más o menos, a doña Mercedes Yñiguez, esposa del señor Mira, a su nuera, doña Luisa, hermana del señor Mira y muchas otras señoritas, hijas del único de sus hijos que estaba casado en esa época. Este hijo, don Domingo, no tenía menos de ocho o diez niños. Los dos chicos del señor Mira jugaban también cerca de la abuela.

A la vista de tantos sobrinos y nietos, yo le dije a la dueña de casa: "Señora tiene Ud. una familia bastante numerosa. Ud. no conoce a todos sus miembros, me contestó ella. Luego conocerá en Santiago mucha gente sin salir de mi familia".

Efectivamente, habiéndose reunido al día siguiente la familia de don Domingo, que ocupaba la casa vecina, nos encontramos con más de 25 personas de mesa. El mayor de los hijos de doña Carmen, persona de mucho talento y de gran erudición, sencillo, dulce, afable y de la mejor sociedad, había abrazado la carrera eclesiástica. Don Rafael Beltram, nacido en Castilla y compatriota del marido de doña Carmen, del que había sido pupilo, perdió una gran parte de su fortuna en la revolución de la Independencia. Esta familia que era muy rica, vivía modestamente, sin usar lujo en las habitaciones, y en vano se habría buscado en ellas la sombra del *comfort*, que, por otra parte, era totalmente desconocido en Chile.

La casa estaba en la esquina de dos calles, de las cuales una conducía a Santo Domingo. Tenía una puerta cochera que se abría sobre un patio embaldosado, rodeado de corredores; a los lados estaban las piezas ocupadas por los niños: algunas servían también de oficinas. En el fondo, frente a la puerta de entrada, estaba la antesala, el salón o cuadra y el comedor. El estrado del salón ocupaba todo un lado de la pieza y lo amoblaban muelles tapices y sillones. Este estrado, que está ordinariamente frente a las ventanas, se elevaba aquí al lado.

Frente al estrado se veían algunas bonitas sillas de madera pintadas y sofás de fábrica americana. Dos pequeñas mesas de acayou con algunos candelabros de plata, el mate, dos vírgenes de bulto, un espejo veneciano y dos lámparas de cristal, completaban el amoblado de esta pieza de una sencillez casi mezquina.

La puerta de la antesala, que ocupaba uno de los lados del frente, conducía a un segundo patio rodeado igualmente de corredores donde, estaban los dormitorios de la familia. En el centro, reposábase agradablemente la vista en un jardín adornado con un bonito juego de agua. Al fondo la cocina comunicaba a otro patio donde habitaban los sirvientes de la familia bajo la dirección de una anciana *llavera*; este patio tenía también un jardín y una fuente y daba paso a la casa de don Domingo.

La servidumbre se componía de muchos esclavos blancos y negros, porque en Chile hay esclavos blancos lo mismo que los europeos, viniendo éstos de la mezcla continua de las razas mezcladas y de los blancos. Aunque la esclavitud está hoy abolida, han quedado algunos esclavos en las casas patricias, donde han sido educados con tanto cuidado que llegaba a mirárseles como perteneciendo a la familia. Sus madres, viejas sirvientes, ocupábanse del lavado y de menudos trabajos domésticos.

Los hombres tenían a su servicio dos o tres sirvientes traídos del campo llamados *peones*. A éstos se les confiaba el cuidado de los caballos, acompañando también a sus patrones en sus frecuentes viajes a las haciendas. Los visitantes no penetraban jamás en los patios interiores y yo nos los visité sino mucho tiempo después de haber sido presentado a esta familia por la cual he conservado y conservaré toda mi vida un afecto de corazón. La vida era muy regular. Por la mañana, muy temprano, se servía el mate, a las ocho o nueve, y el chocolate con tostadas con mantequilla y galletas. Esta comida se tomaba en el dormitorio, en el salón o el comedor o donde uno se encontrase. A las dos, todos se reunían para comer. Después venía la siesta; y en seguida una distribución de chocolate y mate. Llegada la tarde, todos, hom-

bres y mujeres rezaban el rosario y servíase nuevamente el mate. Las diez de la noche, era la hora de la cena. Como se ve el día no estaba mal distribuído en lo que a la parte culinaria y gastronómica se refiere, y gracias al clima, al aire frío de las cordilleras, los estómagos en Santiago funcionan admirablemente, sin que haya que temer indigestiones.

(Viaje a Chile).

LOS COSTUMBRISTAS, MEMORIA-
LISTAS Y NOVELISTAS DEL SIGLO
XIX

LAS DIVERSIONES PUBLICAS DE SANTIAGO

Vicente Pérez Rosales

También gozaban de especial sabor las diversiones públicas de aquel Santiago del recién prescrito faldellín. Las carreras de la Pampilla y del Llanito de Portales eran los lugares donde a campo abierto y sin tribuna alguna, nobles y plebeyos acudían encaramados sobre toneladas de pellejos liguanos a disputar el premio, ya de la velocidad o ya del poderoso empuje del pecho de los caballos, diversión que, estimulada por la bebida y el canto, solía lucir por obligado postre, amén de algunas costaladas, tal cual descomedida puñalada. No menos democráticos que las carreras, los burdos asientos del refidero de gallos colocaban hombro con hombro al marqués y al pollero, sin que ninguna de estas dos opuestas entidades, entusiasmadas por el ruido de las apuestas y el revuelo de los gallos, se curase de averiguar la supuesta o la real importancia de su vecino.

Las corridas de toros, las de gallardas cañas, se alternaban con las festividades religiosas de dentro y de fuera de los templos. Los días de los santos de hombres ricos, la escasa música de la guarnición de la plaza recorría solícita las calles y tocaba en los patios de las casas de los pudientes que enteraban año. El ceremonioso contoneo, la balonilla, el calzón corto y la hebilla de oro, ordinarios acólitos de los besamanos, contrastaban con los repiques de campanas y con los voladores y las temidas *viejás* que atronaban el aire cuando el natalicio del Rey o cuando la entrada de un nuevo Gobernador y Capitán General del Reino de Chile. Las visitas a los retablos de los nacimientos y las *comisiones*, esas batallas aéreas de *volantines* contra estrellas hasta de

cien pliegos de papel de magnitud, cuyas caídas y entredos de cordeles alborotaban a los dueños de casa, se llevaban las tejas por delante y ocasionaban en las calles *chañaduras* y muchas veces navajazos y bofetadas; todas estas diversiones, incluso aquella de sacar reos de la cárcel para matar a garrotazos perros en las calles, daban golpe y materia de variada conversación en el feliz Santiago.

Lo que es teatro, poco o nada se estilaba; porque todavía los títeres, verdaderos precursores del teatro, cuasi ocupaban por entero su lugar, así es que muy de tarde en tarde hacían olvidar los chistes del antiguo *Josesito*, hoy *Don Pascual*, algunos espantables comediones o sainetes que, con el nombre de *Autos Sacramentales*, solían representarse en los conventos.

Siempre entraban en estas composiciones religiosas, muy celebradas entonces su San Pedro, su San Miguel con aquello de

Yo soy el ángel que vengo
De la celestial esfera
Mandado del mismo Dios
Para hacerte cruda guerra;

el Rey Moro, el Diablo, el gracioso, la criada respondona, y cuantos otros disparates podían personificar el mal gusto.

Concordaban a lo vizcaíno los trajes con las personas que debían caracterizar, y sólo faltó para su incuestionable perfección, que algún roto saliera haciendo de Julio César con botas granaderas y su guapa chapa de pedreñales en la cintura.

Puede calcularse cuán en mantillas estaría el teatro el año catorce por lo que era el año de veinte, y esto que tenía por padre y por sostenedor a un hombre tan activo, tan inteligente y patriota como lo era don Domingo Arteaga, sin cuyo celo quién sabe cuánto tiempo más hubiéramos tenido que pasar contentándonos con simples teatros como el de la *chingana de ña Borja!*

A este activísimo empresario debemos la erección del primer teatro chileno, fundado el año 18 en la calle de las Ramadas, trasladado el año 19 a la de la Catedral, y colocado de firme el año 20 en la antigua plazuela de la Compañía, hoy plaza de O'Higgins.

Como la moralidad de las representaciones teatrales era cuestionada por los rancios partidarios del Rey, los patriotas, convirtiendo el teatro en arma de combate, después de escribir con gordas letras en el telón de boca estos dos versos de don Bernardo de Vera:

He aquí el espejo de virtud y vicio,

Miraos en él y pronunciad el juicio,

establecieron como regla fija que el teatro se abriera siempre con la canción nacional, versos del mismo Vera y música del violinista don Manuel Robles, y que sólo se representaran en él, con preferencia a otros dramas, aquéllos que, como *Roma libre*, tuviesen más relación con la situación política en que el país se encontraba.

Como quiera que fuese, en el teatro ni actores ni espectadores se daban cuenta del papel que a cada uno correspondía. En el simulacro de las batallas, los de afuera animaban a los del proscenio; en el baile, los de afuera tamboreaban al compás, y si alguno hacía de escondido y otro parecía que le buscaba inútilmente, nunca faltaba quien le ayudase desde la platea diciendo *bajo la mesa está*. Recuerdo dos hechos característicos. Fué una vez pifiada aquella afamada cómica Lucía, que era la mejor que teníamos, y ella en cambio y con la mayor desenvoltura, increpó al público lanzándole con desdeñoso ademán la palabra más puerca que puede salir de la boca de una irritada verdulera. Fué llevada a la cárcel, es cierto; pero también lo es que al siguiente Domingo, mediante un cogollo o *pecavi* que ella confabuló para el público, éste la comenzó a apludir de nuevo. En la platea figuraban siempre en calidad de policía tres soldados armados de fusil y bayoneta: uno a la izquierda, otro a la derecha de la orquesta y el tercero en la entrada principal. Principiaba entonces el uso de no fumar en el teatro; pero un *gringo* que no entendía de prohibiciones, sobre todo en América, sin recordarse que tenía el soldado a su lado, y sobre su cabeza el palco del Director Supremo don Bernardo O'Higgins, sacó un puro y muy tranquilo se lo puso a fumar. El soldado lo reconvino, el *gringo* no hizo caso; pero apenas volvió el soldado a reconvénirlo con ademán amenazador, cuando saltando el *gringo* como un gato rabioso, empuña el fusil del soldado para quitárselo, y se

arma entre ambos tan brava pelotera de cimbrones y de barquinazos, que Otelo y Loredano desde el proscenio y los espectadores desde afuera, se olvidaron de la enamorada Edelmira para sólo contraerse al nuevo lance. O'Higgins, que no quiso ser menos que todos los demás, sacando el cuerpo fuera del palco, con voz sonora gritó al soldado: ¡cuidado, muchacho, como te quiten el fusil! Envalentonado entonces el soldado, desprendió el fusil de la garra británica, y de un esforzado culatazo tendió al *gringo* de espaldas en el suelo ¿Y qué sucedió después? Nada. Se dió por terminado el incidente y Edelmira volvió a recobrar sus fueros.

(*Recuerdos del Pasado*).

EL PROVINCIANO EN SANTIAGO

Jotabeche.

La primera impresión que recibe nuestro viajero, al acercarse a Santiago, es la aparición lejana de sus blancas torres, descollando sobre una mancha confusa de objetos que no alcanza a distinguir la simple vista. Colocada, como está, nuestra ciudad reina al pie de los Andes, con cuyas alterosas moles forma un humilde contraste la elevación pigmea de sus alamedas y de sus más soberbios edificios; no permitiendo, la llanura que la rodea, que desde lejos pueda uno contemplar su vasta extensión, el conjunto simétrico de sus divisiones y la variedad de sus pintorescas localidades, el provinciano se aproxima a ella desprevenido, no preparado para recorrer sus interminables calles, para soportar sin aturdirse la sucesión de tan extrañas escenas y para no sucumbir al ruido y batahola de aquel gritón y alborotado gentío.

Embebida su atención en la muchedumbre de viajeros de todas clases que alcanza o encuentra por los callejones donde se ha metido, penetra de repente en los suburbios de la ciudad, en esos hormigueros de democracia, que, siempre en gresca y algazara, ofrecen de ordinario a las puertas de la capital, las mismas babeles dominicales de los campos de provincia, en que tienen lugar las partidas de chueca o las carreras de caballos.

Acostumbrado el provinciano al yermo de las calles de su villa, al silencio de media noche que al medio día reina en todas ellas, su extrañeza es indefinible cuando llega, por ejemplo, *al conventillo*, y se ve rodeado de su tremendo tumulto, de su hacina impenetrable de bestias y carretas, de hembras y machos, de cuadrúpedos y bípedos que le

obstruyen el paso, le tiran el poncho, le animan el caballo, le gritan, le saludan, *a diós ñoy quien—cómo quedó su ñaña—a cómo las lanas—dónde dejó la tropa*; haciendo en fin, otras mil diabluras que siempre tienen a mano para conseguir que se alborote el caballo y que el jinete se vea en amarillos afanes antes de sosegarle y traerle al buen camino. Infeliz de nuestro amigo si, por no *agarrarse* lo suficiente, viene a tierra al ruido chifladero de aquella turba beduina, que aplaude el porrazo, lo mismo que si fuese un lance de equitación nunca visto. Todos entonces se le van encima a favorecerle, levantarle y sacudirle: en un dos por tres, le dejan al pobre, aliviado, no precisamente del dolor de sus contusiones, sino del peso de su bolsillo, de sus espuelas, de su sombrero, amén de varias piezas de la montura, que, como los demás, desaparecen, por encanto, entre esta gente honradísima.

Y luego si el vigilante se presenta en la escena y empieza a averiguar lo que ha motivado aquel escándalo, suele pasar adelante la aventura.

—“Mire Ud. vigilante, exclama el provinciano, estos pícaros me han saltado. Haga Ud. que parezcan mi sombrero, mi dinero...”

—“¡Mienten!” gritan cien voces a la vez.

—“No le crea Ud., ño Juan”, dice una.

—“No traía sombrero”; asegura el mismo que lo está acariciando bajo el poncho.

—“¿Quiere que le diga, ño Juan, lo que hubo fué que el hombre venía galopando y tropezó el caballo y... yo no vide más.”

El vigilante que antes de serlo ha tenido que pasar indispensablemente por la escala de espantador de caballos y desnudador de caídos caballeros, sabe por experiencia que negocios como el que ventila, son otro nudo gordiano sin más solución que la consabida. Así pues, proclamando en alta voz la *ley marcial* o lo que es lo mismo notificando que procederá a resolver el problema del susodicho nudo, si no se disuelve el tumulto, todos se hacen azogue por aquellas madrigueras; menos el provinciano, que todavía tiene que sufrir una *peluca* por haber *galopado a caballo*, contravención de las ordenanzas municipales.—*No le cobre a Ud. la multa*, le dice el juez ecuestre, *porque veo que Ud.*

es del campo.—*Muchas gracias*, contesta a este cumplido nuestro paisano, y coge su camino con Dios y esta primera lección de mundo recibida.

Pero supongámosle alojado ya en una de esas *casas ómnibus* de las inmediaciones de la Alameda, cuyos dueños tienen a bien llamar posadas, y que, si ellos no me lo tienen a mal, yo llamaré ratoneras. Si señor: tan ratoneras como las que en Peñaflores ha fabricado el amable don Pedro Valenzuela, para que se aniden de noche los petimetres de Santiago, que, por economía, van a pasar en aquel Eden la *buona vita* y el verano. Supongamos, repito, a nuestro viajero hospedado en una de esas casas, que están a disposición de los provincianos y que por su aspecto en general, parecen hechas a propósito para la aclimatación de sus huéspedes; es decir, para que no tengan que extrañar sus habitaciones natales.

Cuatro paredes cubiertas de letreros y jeroglíficos, un techo con cielo raso de telarañas, colgaduras de lo mismo, piso de suelo color plomo y el todo con olor a inmediaciones de cocina; una mesa más que coja, un catre de madera rezonglón y rechinante y dos sillas indígenas: he ahí el menaje que se proporciona en Santiago un provinciano neto, quizás por no tener el instinto de buscar otros mejores. Si a estos muebles añadís la carga de baúles y la montura del patrón, los chismes del criado y el aparejo de la mula, que también se coloca dentro para evitar que los perros trunquen sus cueros y correajes, tendréis el total de comodidades de que se rodea el huésped, para creerse establecido a qué quiere boca.

En este sitio para la primera noche. Después de confiar a su almohada ese vago sentimiento de tristeza que se apodera de nosotros cuando recién llegamos a un punto, donde nada nos pertenece, donde todo nos es desconocido, hombres y clima, objetos y costumbres, el provinciano se queda, como un ángel profundamente dormido. Pero vencida la fuerza del primer sueño, una pesadilla horrenda le acomete, los rotos del *Conventillo* le asaltan, le cogen, arañan, rasguñan, punzan y desuellan vivo; y el no puede dar voces, ni pedir socorro, ni desasirse de aquel enjambre de verdugos. Largo tiempo pasa poseído de es-

tas fantásticas angustias; larga es y furibunda la batalla que sostiene con los agresores, hasta que, al fin, consigue despertar y se siente devorado por una fiebre horrible. Salta de la cama; enciende luz, y se convence que siempre la mentira es hija de algo. Los bichos del catre y no del *Conventillo* son los que acaban de darle tormento.

Excusado es decir que el madrugón de nuestro amigo tiene, con tan poderoso motivo, su si es no es de trasnochada. Cuando Dios echa sus luces, ya él se ha echado al cuerpo de doce mates para arriba y el duplo de cigarros por lo menos. Concluído lo cual se afeita y prepara para salir a *curiosear*, mientras llegan horas adecuadas a lo que se propone hacer o cumplir.

Grandes, espesas y alborotadas patillas que sirven de marco a una cara rechoncha y tostada; dos cuellos largos, puntiagudos, doblados horizontalmente, formando una peña sobre la cual descansa toda la cabeza; corbatín de terciopelo; chaleco vistoso por cuya abertura se ostentan la calada camisola y su vivo color rosa, los botones de brillo y las puntas bordadas de los suspensores; pantalón con peales de tobillo a tobillo; botas de alto taco y bulliciosas; fraque de arrugados falzones y cuya hechura pruebe que el sastre se empeñó, no poco en imitar la moda que, seis meses ha, apareció en la provincia; sombrero negro de felpa, cargado pretenciosamente sobre la oreja derecha, y guantes enormes como para manos crecedoras, he ahí la decencia con que el provinciano suele exhibirse, poco después de amanecer por las calles de Santiago.

Entre chanzas y veras le han repetido muy a menudo, antes de partir de casa, la amonestación siguiente: "Cuidado, amigo; no vaya Ud. a quedarse con la boca de par en par, al ver esas maravillas; mire Ud. que le tomarán, entonces por un huaso". De modo que, al echarse por las calles de la capital, a lo que más atiende es a su boca, temiendo que algún descuido le deje en un insubsanable descubierto. Todo le pasma, todo le admira; la concurrencia, el bullicio, las lindas casas, los nobles edificios, las elevadas torres, las vastas Alamedas, las buenas mozas, todo, en fin, es nuevo y sorprendente para nuestro recién llegado; pero creyendo de conveniencia y de buen tono no dispensar a na-

da atención alguna, lleva pintadas, en su cara y talante gran indiferencia, mucha seriedad y todo el tufo oficial del juez de primera instancia de su tierra.

En la mayor parte de los pueblos de provincia la vista de una cara nueva es una fiesta que hace furor, alborota a las gentes lo mismo que a la aristocracia de Santiago, la aparición en sus salones, de algún conde o marqués verdadero o apócrifo. Nuestro provinciano, pues, recordando lo que pasa en su pueblo con las caras nuevas, marcha con la aprehensión de que la suya es también muy notable en las calles de la capital y de que, cuantos la encuentran, querrán tener el honor de conocerla y el gusto de saber de donde ha llegado. Por eso al enfrentarnos os fija la vista como para averiguar lo que pensáis de su persona, por eso, a fin de pareceros bien, va tan encolado y con todo el aire que estudiosamente se da el que se acomoda para que le retraten; por eso, queriendo conquistar simpatías, le veréis saludar y gastar los cumplidos de *pase Ud.—gracias—no se incomode Ud.*—con los que van y vienen, sin que le hagan maldito el caso y sin darle muchas veces otra contestación que la de *vaya Ud. a un demonio.*

Eso sí, con los rotos no capitula jamás. Siempre anda disputándose la vereda, arrojándoles al medio de la calle y apostrofándoles de *canallas y ladrones*; hasta que en una de esas se complotan tres o cuatro; le cargan, le sumen la boya; le dicen *chillanejo bruto o colchaguino bestia*, y se queda nuestro amigo con una segunda lección de mundo, para no olvidarla mientras anda rodando tierras.

En este día recorre muchas calles, se acerca a muchas iglesias y conoce de vista una infinidad de objetos, de cuya celebridad ha oído varias veces ocuparse a los vecinos de su villa. Visita el edificio de la Compañía, al que, no pudiendo los clérigos extender por ningún lado, le están elevando hacia el cielo como quien guía una añosa enredadera de flor de la pasión o de los suspiros. También ve las antiguas Aduana y Moneda; cosas que, según parece, se están refaccionando para que sean la expresión tipo de nuestro progreso: lo nuevo remendando lo viejo; lo viejo apuntalado por lo nuevo: con lo cual se con-

serva y perpetúa la polilla lo mismo que si diariamente recibiese las bendiciones del cielo. Todo es progreso. ¡Viva el progreso!

Al día siguiente se dirige el provinciano al Instituto Nacional, donde tiene un primo hermano para quien trae varias cosas en efectivo y muchos recados de toda la parentela. El portero le dice: *pase Ud. siga ese corredor y pregunte por ahí*. Sigue el corredor, pregunta y un colegial dice que el tal su primo, vive en el patio *de allá atrás*. Póñese a proseguir el nuevo derrotero: entra en nuevas averiguaciones, y otro buen alhaja le señala una puerta abierta, por la cual penetrando el provinciano, que anda ya medio corrido, se encuentra en un salón con cuarenta o cincuenta niños, en clase; los cuales no bien divisan aquella exótica figura, se echan a reír a pierna suelta. Sale de aquí con viento fresco, y hay todavía inhumanos que le hacen meterse en el comedor y en la capilla. Ello es que no da con el primo a quien busca, sino después que le han metido donde se les ha antojado, como al que se da por vencido en el juego de adivinanzas, o como al que hacen ir, volver, andar y tornar en el otro de los huevos.

Se despide del pariente y de la casa, dando un abrazo al primero y echando su cordial maldición a todos los demás que viven en la segunda. Una vez en la calle, toma por la que va a la plaza de la Independencia, cuya pila, portales, palacios, catedral, casa de correos le han recomendado extraordinariamente. Pero el diablo le lleva de la mano. Por mirar en su camino la inmensidad de chiches de una joyería francesa, no ve la cáscara de melón que unos muchachos han acomodado en la vereda; pisa la trampa; carga el cuerpo, y el resbalón es tan grande, como la caída ruidosa, la befa brutal y tremenda:— *allá va eso—casi había caído—venga lo levantaré*; y mil carcajadas de demonios son el único eco que encuentra la descomunal y provinciana costalada.

Andando los días, llega uno en que mi querido paisano va por una de las otras calles, como quien dice, *sin destino ni concierto*. Ve venir de frente un hombre, cree reconocerle, y en efecto, es don *Pedro*; el apreciable santiaguino que, en la primavera última anduvo comprando bueyes en la provincia de nuestro amigo, el mismo que, en su casa,

fué hospedado, servido, celebrado como un padre comendador: no por recomendaciones ni por plata sino porque era forastero y parecía un buen sujeto. ¡Qué encuentro! Al fin, tengo un amigo, dice para sí el provinciano. Y lleno de alegría con la mano y brazos extendidos, y paso apresurado se dirige al bienvenido huésped de la casa de su padre. El santiaguino ha reconocido también al *huaso*; el buen tono no permite ser grato a los servicios recibidos en provincia; tampoco sería bien visto que en una calle pública se parase *El* a hablar con *aquel hombre*: todo cual considerado, hace su excelencia como que mira hacia atrás y pasa rozándose con el recién llegado, sin atender al expresivo *¡Señor Don Pedro!* que éste lanza poseído de su indefinible alborozo. Un chasco tan inesperado es para mi amigo una lección fecunda y preciosa.

Desde este instante, el resentimiento anima su coraje y le entona de manera que empieza a brillar en su frente cierto airecillo de dignidad no traído de su tierra. *¡Bribón!*, dice pasada su sorpresa, *algún día volverás a comprar bueyes!*

De este linaje son las caídas y *chambonadas* en que suele incurrir un hijo de las provincias, que por primera vez llega a Santiago. No hay paso que dé, palabra que pronuncie, ropa que vista, ni género de cosa en que se meta que no sea para su ruina, que no promueva la burla y la risa de cuantos con él topan. Por eso yo aconsejaría al provinciano que su primera diligencia, así que se encuentre en la capital, sea de ponerse en rigurosa cuarentena, no haciendo su *entrada en aquel mundo* sino después de pasar este período de maldición, más o menos largo, según el carácter y antecedentes del individuo.

Porque, al fin, es cierto que el tal período tiene término. Si el recién llegado hace conocimiento con alguna de esas excelentes familias que abundan en Santiago, debe a ella sus primeras reformas. Las niñas de la casa que no pueden ver una buena talla cubierta con un feo vestido, se interesan en el arreglo de aquel personal, para poder tomar su brazo sin peligro de que por ahí señalen la pareja con el dedo. Y bajo la franqueza que desde luego inspira esa especie de inferioridad social en que se halla todo neófito, le advierten: hoy, que ya no

se usa la camisa bordada; mañana que ese frac es espantoso y los pantalones y chaleco malditamente cortados: después que la cabeza y patillas necesitan ir a la peluquería; e insensiblemente obran tal revolución en el alumno, que, al cabo de poco tiempo, parece otro, y es ya digno de hacer cualquier papel al lado de sus amables protectoras. El primero que se le encarga es, por lo regular, de sustituto, auxiliar o suple faltas. Sus méritos suelen o no elevarle, después al desempeño en propiedad de algún empleo.

("El Mercurio", 6 de abril de 1844).

SITUACION MORAL DE SANTIAGO EN 1858

José Victorino Lastarria

Santiago no era hace treinta años lo que es hoy. Los viejos lo hemos conocido alegre, bullicioso, jovial y sincero. Hoy vemos con dolor que esas bellas dotes han desaparecido. ¿Quién tiene la culpa? No es la población por cierto, no es su índole, ni su sangre. Santiago nació para vivir otra vida.

Es curioso estudiar el modo como se han modificado la índole y las inclinaciones de la población de Santiago en los últimos treinta años, y como se han formado los hábitos que hoy tiene de disimulo, de apatía y de reservada tristeza, que llaman la atención no sólo de los extranjeros, sino de los habitantes de las demás provincias.

La actual generación no se apercibe de su modo de ser y cree que su ciudad natal ha sido siempre, como ahora, una especie de convento silencioso. No sabe que en otro tiempo había cierta familiaridad cordial que hacía el encanto de la gente acomodada, y una lozanía alegre y sincera en el pueblo, que lo hacía bullicioso, animado y jovial.

Es necesario que algunos individuos de esta generación salgan de la capital para notar la diferencia que hay entre Santiago y cualquiera otra de las ciudades de América y Europa, y aún entre ella y Valparaíso; pero al volver a la ceniza, como dicen, no pueden explicarse la apatía y serenidad de los ciento veinte mil vecinos de Santiago, sino calumniándolos y culpándolos de hábitos que no son sino el resultado lento de un sistema.

Santiago no es lo que debiera, sino lo que su gobierno ha querido que sea. Su índole, su genio, de población española creada bajo un cie-

lo ligero y puro y rodeada de una naturaleza alegre y fecunda, debían producir las cualidades que le son inherentes y que resaltan no sólo en las poblaciones numerosas de la Península, sino en las grandes ciudades hispanoamericanas, como Lima, Méjico, Buenos Aires, Montevideo, Bogotá, Valparaíso; pero no es así, sino que por el contrario, Santiago es la excepción entre todas sus hermanas por su aspecto moral, tétrico y taciturno.

Esa falta de sinceridad, o más claramente, ese disimulo, esa hipocresía de la gente *decente*, que matan toda iniciativa, toda espontaneidad, que anulan toda personalidad, que han engendrado la costumbre de amoldar el pensamiento y las acciones a ciertas conveniencias, no están en el carácter de la población, sino que son vicios adquiridos.

Eso por lo que toca a la gente que se llama de la primera sociedad. Ahora por lo que corresponde al vulgo, esa reserva muda y maliciosa, ese aire empacado y desconfiado a la vez con que lo mira todo, tampoco son calidades de su índole, sino vicios inspirados por el recelo, por el miedo que tiene de hacer algo inconveniente, que puede traerle encima el enojo de los caballeros o el sable de la policía.

Un gobierno omnipotente y represivo ha dominado durante treinta y seis años, apoyándose en dos intereses de una oligarquía estrecha y reducida, es decir, de un corto número de hombres y de familias pudientes, que lo han creado y sostenido.

Ese gobierno todopoderoso es el único que ha tenido la palabra, la iniciativa, la supremacía, para definir lo bueno y lo malo, lo justo y lo injusto. El ciudadano que ha tenido la osadía de no sometérsele, de censurarlo, de oponérsele, ha sufrido la persecución, el desdén, el desprecio del poder y de la pudiente oligarquía que lo apoya.

Con este sistema religiosamente observado durante tan largos años en un pueblo donde la ociosidad es la muerte, en un pueblo de pobres, que necesitan del favor ajeno aún para hallar trabajo, lo que se ha conseguido es someterlos a todos y crear una generación bajo la obediencia pasiva e irracional, sin iniciativa y sin personalidad.

Para ser algo en esta sociedad, ha sido preciso buscar, como primera condición, el favor, el beneplácito, la protección de la autoridad

y de su oligarquía, por lo menos callar y prescindir de tener una personalidad, para no atraerse su desprecio, su odio o su persecución. El modo de hacer fortuna ha venido a consistir en el arte de seguir el impulso que viene de lo alto, y en no tener independencia.

¡Ay de los caracteres independientes! Por más talentos y virtudes que hayan desplegado, sólo han conseguido sacrificarse, porque si han escapado del enojo del poder, no se han salvado del desdén de la sociedad; y si han alcanzado a fuerza de abnegación y de valor que se les respete y que se les tribute una muda simpatía, no han pasado de ser la conmiseración que se tiene por una víctima que no se puede salvar.

Ese despotismo que se ha adueñado de toda una generación, que ha modificado el carácter de un pueblo, que ha aniquilado la actividad de todos los espíritus, ha encontrado su primer auxiliar en un clero invasor y propagandista, al cual ha dejado todos los medios y todo el poder que ha necesitado para apoderarse de la conciencia de todos, y para dictar la verdad.

Todo ha venido a ser dogmas en política y en religión. ¿Quién tiene libertad para examinar esos dogmas? ¿Tocáis los dogmas políticos? Sóis revolucionario, demagogo, hombre peligroso, enemigo del orden. ¿Tocáis no ya los dogmas católicos, sino las verdades dictadas por los clérigos? Sóis hereje, rojo, condenado, excomulgado.

En presencia de tales anatemas, ¿quién respira, quien dice esta boca es mía? El mejor partido es callar, la mejor conveniencia es no tener personalidad, la mejor conducta es disimular; el disimulo, la hipocresía salvan de esos anatemas y dan prosperidad.

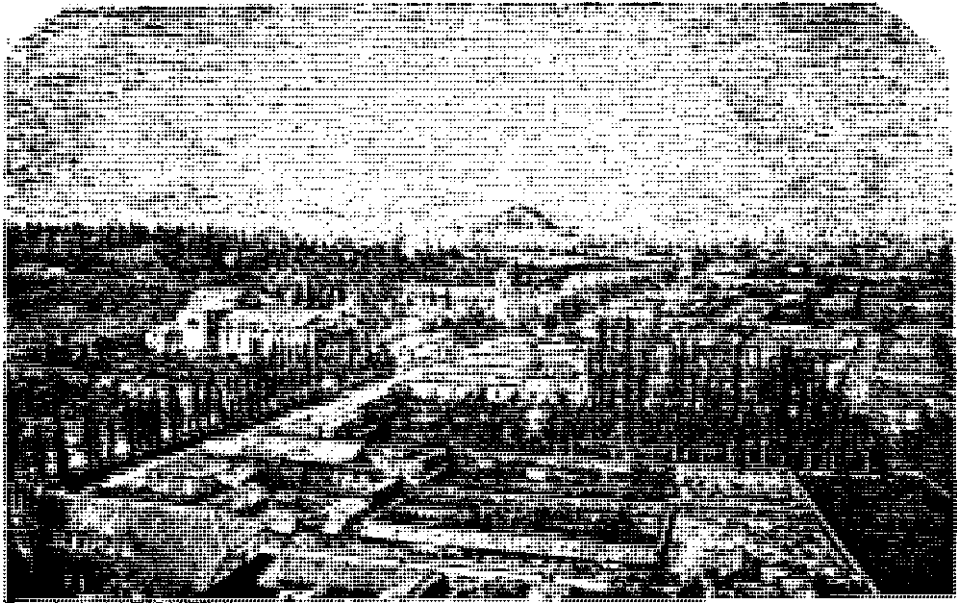
He ahí a la generación actual, esa es su vida social; he ahí su política, su religión.

Pero en las capas inferiores de esta sociedad victimada, sacrificada, anonadada, podía abrigarse la personalidad, la independencia; y era necesario llevar allí la persecución de la vida, para aniquilarla también. Esta ha sido la tarea de las autoridades inferiores, de la policía.

El gran fin que estas autoridades han perseguido es el de abatir

al pueblo, hacerlo callar, dominarlo de modo que se convenza de que no existe sino bajo la presión de la autoridad y de que nada puede hacer sin su beneplácito. Los actos diarios, los actos de cada instante de la policía no han tenido otro objeto.

Los Intendentes y todos sus agentes han hecho un dogma de la enemistad del pueblo, y no han visto en el pueblo sino a un enemigo



Santiago en 1868

vencido, que era necesario tener a raya, a nombre del orden y la moral pública.

Cuando no ha bastado la acción omnipotente de la policía, ese dogma se ha traducido en bandos de buen gobierno. He aquí unas pocas muestras de esos bandos.

El artículo 16 del *Bando General* de 28 de junio de 1830, al prohibir en las calles el juego de naipes, taba y dados, prohíbe en general

y sin distinción de personas las diversiones de chueca, pelota y trompo; de modo que los muchachos que antes daban animación con tales entretenimientos inocentes, perdieron su derecho a divertirse y a divertir en las calles, plazas y plazuelas de la ciudad.

El artículo 19, so pretexto de que las calles están destinadas sólo al tránsito público, no sólo prohíbe lavar, cocinar o amarrar caballos en ellas, que es lo justo, sino que equipara a estos abusos, y prohíbe también a los artesanos, el trabajar en ellas y poner sus asientos de artes, cosa que da tanta animación a Nápoles y a otras ciudades europeas.

Los artesanos que vendían por la noche sus artefactos son sometidos por el artículo 24 a situarse en las plazuelas *sentados en fila por las clases de sus obras, y con una luz por delante*, como estafermos embobados, y para que pierdan su actividad y movimiento. Antes de eso la plaza de Santiago era una verdadera feria, cuyo bullicio y alegría le daban por la noche un aspecto agradable, cuyo recuerdo se encuentra en más de un libro de viajeros extranjeros.

Los artículos 31 y 32 prohíben a los vecinos andar con vestidos o insignias que no les corresponden, y no les permiten disfrazarse ni aún en las festividades públicas, sin el permiso de la policía y bajo las reglas y seguridades que a ésta le convenga prescribir. He aquí anulada la libertad de vestirse de fantasía, que han reconocido y reconocen los gobiernos más absolutos de Europa, y que hace la delicia de tantas ciudades europeas y americanas. En América hay ciudades en que durante el carnaval, la municipalidad vende quince mil billetes de disfraz a cincuenta centavos cada uno.

Más la pérdida de esa libertad es insignificante al lado de la pérdida de la libertad individual. El artículo 26 establece textualmente que "después de las doce de la noche toda persona *desconocida* que se encuentre en la calle será detenida por los serenos o patrullas y registrada como sospechosa, y si resultase tal, será arrestada". ¿Quién tiene la seguridad de no ser *desconocido* por los serenos?

Los *vagos* son destinados a las obras públicas por el artículo 38, el cual tiene por tales a las personas robustas que estén voluntariamente sin ocupación; de suerte que el que no tiene ocupación carece de

personalidad, y sus derechos individuales, su libertad personal están a merced de cualquier agente de policía.

La ebriedad lleva a la cárcel pública, según el artículo 41, aunque el ebrio no moleste a nadie, ni turbe ningún derecho ajeno; y si es persona de calidad tiene que pagar una multa de 25 a 50 pesos; pero si es pobre tiene que pagar su pecado con ocho días de presidio, todo al arbitrio de la policía. Más no sólo se persigue en las calles la borrachera pacífica, sino en los despachos destinados al solaz de los bebedores, porque el dueño de la fonda o pulpería donde se encontrase un ebrio, debe pagar, según el artículo 42, cuatro pesos de multa, *aplicable su mitad para el denunciador*. Queda autorizado y premiado el espionaje contra el que se embriaga aún en el recinto de un despacho, aunque su embriaguez sea de las más alegres y pacíficas. En otras ciudades, y hasta en Valparaíso, la policía ayuda en la calle con toda consideración al ebrio pacífico y lo conduce a su casa.

Un bando de 21 de diciembre de 1843 quiso que la Pascua se celebrará en silencio y prohibió tocar en las calles pitos, cuernos, matracas, cencerros y demás instrumentos que se empleaban de ordinario para hacer ruido en las vísperas de Navidad. Igualmente prohibió los grupos de hombres y muchachos que se forman en las calles y Alameda de las Delicias con este objeto; y la Pascua pasó a ser desde entonces algo como un entierro, y sólo se permitió celebrarla en silencio y con toda compostura y estiramiento.

La Alameda, tan extensa como es, no puede servir a las *delicias* de todos los vecinos, sino solamente a los caballeros que *con todo decoro y decencia* ocupan una o dos cuadras de aquel paseo de una legua. Un decreto de 3 de febrero de 1848 vino a establecerlo así prohibiendo *absolutamente* vender refrescos, licor, merienda o cena, porque la libertad de vender estas cosas, dice el decreto, hacía impracticable el paseo durante la noche, a consecuencia de los *grupos de gente mal entretenida* que se instalaban allí desde las oraciones para adelante. Esos grupos eran de gente del pueblo, que se creía con derecho a gozar del paseo durante sus horas de ocio, y esa mala entretenición consistía en comer y refrescar. Esto molestaba al decoro de la

gente decente, y en lugar de señalar cuatro o diez cuadras a la gente *indecente* para que continuase usando de su derecho en aquel paseo de cuarenta cuadras, se la desterró de todo él y se arruinó a mil industriales que ganaban la vida vendiendo refrescos y cena.

La animación y la vida desaparecieron del paseo de las Delicias en obsequio al decoro y a la seriedad.

En el mismo mes se volvió a repetir la prohibición de toda *clase de juegos* en las calles, ya no sólo los juegos de naipes u otros de apuestas, que nadie usa en público, sino, en toda la extensión de la palabra, todas las diversiones, alegrías y entretenimientos de los muchachos o gente de humor, que hacen la animación de otras ciudades. Se quería que Santiago fuera un claustro de monjes de vida contemplativa y se consiguió.

No bastaba reglamentar la vitalidad y la alegría en las calles de la ciudad.

En los alrededores se divertían los campesinos en carreras de caballos durante las tardes de los días de fiesta, y allá fué la Intendencia a quitarles aquel inocente juego, prohibiendo correr carreras de caballos a menos de una legua distante de los suburbios, a no ser que fuesen en un local destinado al efecto en la subdelegación de Yungay. (Decreto de febrero de 1850).

Obligado el pueblo a buscar su entretención en privado, la especulación particular le ofreció el juego de billar. El Intendente descubrió que en los billares se comprometía la moralidad pública y penetró en ellos con su decreto de 17 de agosto de 1856 reglamentando el juego y la libertad individual de los empresarios y de los asistentes por medio de prohibiciones y multas.

El gobierno descendió en 1853 a establecer patentes y contribuciones para todas las casas de diversiones públicas, y en 1856 el Intendente, "persuadido de que la embriaguez y la ociosidad son vicios que se adquieren alrededor o en el centro de esas casas de diversiones públicas, sólo permite que se abran chinganas en los días de fiesta de guarda, y en las horas oportunas a juicio de los subdelegados, a fin de que no se moleste al vecindario.

Este sistema, de persecución contra todas las diversiones públicas, contra toda manifestación de contento o de solaz, se ha mantenido escrupulosamente por todos los gobernantes de Santiago, y se ha llevado con rigor hasta sofocar toda muestra de espontaneidad y de alegría en el pueblo, poniendo al agente de policía donde quiera que hay una reunión pública, para que haga sentir su autoridad sobre cualquier hijo de vecino que no esté quieto, embobado y formal, mirando en silencio lo que pasa como la procesión que desfila o el batallón que marcha.

Ultimamente los bailes de máscaras y de difraz que tan usados son en todas las grandes capitales, y que apenas se inauguran en nuestras ciudades, han sido prohibidos en Santiago, a pretexto de que en ellos puede haber inmoralidad. Nunca han comprendido nuestros mandatarios que la inmoralidad no es del resorte de las leyes, y que la pretensión de querer prevenir o evitar el delito, en lugar de castigarlo cuando se produce, es contraria al derecho y no hace más que coartar la libertad individual. No hay más diversiones morales que los espectáculos religiosos, y por eso todas las mujeres tienen que hacerse beatas y todos los hombres pechoños.

Los gobernantes de Santiago dirán si con este sistema piadoso, que hace guerra cruda a toda diversión popular, o de *pata en quinchá*, se han disminuído los crímenes y se ha desterrado la inmoralidad pública que se persigue.

(*Miscelánea Histórica y Literaria*, Tomo Tercero).

EL VIEJO SANTIAGO

Miguel Luis Amunátegui

La nueva ciudad, en pocos años, comprendió por el oriente hasta la calle que ahora llamamos de Mesías, y por el poniente, hasta la que ahora llamamos de San Martín.

Perdió así la forma de cuadrado para convertirse en un rectángulo, que tenía, de Oriente a Poniente, once cuadras menos en la calle que ahora denominamos de las Ramadas, la cual no pudo prolongarse tanto como las otras, a causa del río.

Por motivo de esta necesidad, de ensanche, las manzanas vecinas a la Cañada se internaron en el terreno de ésta, y llegaron a ser más extensas que las otras.

Santiago tenía entonces dos entradas principales: la Cañadilla, y la actual calle de Santa Rosa.

Los que se trasladaban de las provincias trasandinas y los que venían del Norte de Chile, se introducían por la Cañadilla.

Los que venían del Perú, los que llegaban de Valparaíso, y los que venían del Sur de Chile, entraban por la que más tarde fué la calle de Santa Rosa.

A consecuencia de lo expuesto se habían levantado en esas dos grandes avenidas algunos edificios en las cuadras inmediatas a la ciudad.

La Plaza Mayor ocupaba el medio del rectángulo en que se había convertido el cuadrado primitivo de Santiago.

El padre jesuita Alonso de Ovalle, que salió de Chile en 1640, ha dado en su *Histórica Relación*, una descripción bastante detalla-

da de ese lugar "donde estaba el mejor comercio de los negociantes, mercaderes y pleiteantes".

Podemos, pues, formarnos una idea clara de su aspecto especialmente si, como lo ensayaré, completamos la descripción de ese escritor contemporáneo con datos sacados de otros documentos fidedignos.

En el lado septentrional, corría, de esquina a esquina, un vasto edificio de dos cuerpos.

El inferior tenía a la Plaza un portal de ladrillo, donde se habían establecido las secretarías del Cabildo, y las escribanías.

La parte interna del mismo cuerpo encerraba las habitaciones del Presidente-Gobernador y de los Oidores, y además la cárcel en cumplimiento del Número Primero de la Real Cédula de 12 de febrero de 1609, según cuyo tenor debía "haber en la ciudad de Santiago casa de Audiencia donde estén y habiten mis Presidentes y Oidores, y estén mi sello Real y Registro y la Cárcel y Alcaide de ellos, y la fundición", (fábrica de moneda).

Estando a las palabras de Ovalle, sería de presumir que todos los Oidores se alojaban en las casas reales; pero parece que, si algunos de estos magistrados vivieron en ellas, fueron muy pocos; y por lo menos hay constancia oficial de que el Oidor don Pedro de Luco estuvo residiendo en el Palacio Episcopal, que había romado en arriendo, probablemente porque no cupo en las dichas Casas de Gobierno.

En el segundo cuerpo de éstas, el cual tenía corredores o balcones a la plaza, se hallaban situadas, viniendo de Oriente a Poniente, las salas del Cabildo, de la Audiencia y de la Contaduría y Tesorería.

Al lado occidental de la plaza, se levantaba una Catedral, fabricada de piedra blanca, y cuya fachada caía, no al oriente, como la de la actual, sino al norte en la calle de su nombre.

Lo que debió influir para que se diera al mencionado templo esa posición irregular, fué la circunstancia de que detrás de la iglesia se había dejado un solar particular, que ésta adquirió sólo años más tarde, y que entonces o después perteneció a la familia de don Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán, el autor del *Cautiverio Feliz*.

En el solar contiguo a la trasera de la Catedral, se construyó la Casa o Palacio del Obispo "con un curioso jardín y muy alegres piezas, y cuartos altos y bajos, y soportales de ladrillos con corredores a la plaza".

El cementerio de la Catedral se extendía a espaldas de la casa episcopal, calle de La Compañía, en el sitio que actualmente está ocupado por la casa número 81.

El sitio ocupado por la casa contigua hacia el poniente, la que ahora lleva el número 83, pertenecía a los Jesuitas, que la compraron el 27 de octubre de 1589, a Pedro de Almentes en la cantidad de setecientos pesos, y donde construyeron una habitación.

Los edificios que deslindaban a la plaza mayor por el sur y por el oriente, pertenecientes a diversos individuos, no correspondían por la solidez y la ornamentación, especialmente los del sur, a los públicos que se levantaban al norte y al poniente, aunque tenían buenos balcones y buen ventanaje para ver los toros y demás fiestas.

El Padre Ovalle manifiesta el deseo de que se fabricaran en los lados meridional y oriental de la plaza portales semejantes a los que se ostentaban en los frentes de las casas reales y de la casa episcopal.

En medio de la plaza, había una fuente, a que se había traído la famosa y exquisita agua de Ramón o de Rabón.

A la proximidad de ella, se alzaba la picota o rollo, en que se afrentaba, se azotaba, y se ahorcaba.

Hacia la parte oriente de la plaza, estaba el mercado o abasto.

Así, todos los centros del movimiento social se habían agrupado en este lugar que, a causa de ello, era naturalmente el más concurrido, bullicioso y animado de la ciudad.

Las calles de oriente a poniente se denominaban derechas; y las de norte a sur, atravesadas.

Las primeras, a que daban generalmente las puertas de las casas, eran las principales; las segundas eran inferiores, menos la del Rey, hoy del Estado y la que entonces se llamaba de Ahumada porque el General o Ex Corregidor don Valeriano de Ahumada tenía en ella su morada y ahora se llama simplemente calle de Ahumada,

las cuales, por llevar a la plaza, eran tan pobladas y estimadas, como las derechas.

Sus calles tenían a los lados calzadas de piedra para los transeúntes a pie; y en el medio una pequeña acequia para el riego y la policía de aseo.

Además de la plaza mayor, había la de San Saturnino, que se había formado al pie del Santa Lucía, en la manzana ocupada por el edificio de la actual cárcel, y que, por el lado meridional, comunicaba con la Cañada.

En esa plaza había una antigua capilla, dedicada a dicho Santo, la cual daba también nombres a la calle conocida ahora con el nombre de Chirimoyo en cierta extensión, y de la Moneda en otra.

Delante de las iglesias de la Merced, de San Agustín, de Santo Domingo, de la Compañía y de Santa Ana, había plazuelas.

El Convento de la Merced se prolongaba desde la actual calle de las Claras y hasta la actual de Mesías.

La iglesia estaba, no donde ahora existe, sino en el extremo oriental del convento, en la calle que entonces y ahora ha llevado su nombre.

El convento de Santo Domingo comprendía dos manzanas.

Los jesuitas dirigían un colegio de seculares, denominado Conventorio de San Francisco Javier, el cual estaba establecido en el sitio donde existe al presente el Palacio de los Tribunales, antigua plazuela de la Compañía, hoy plazuela de O'Higgins.

Ese terreno con los correspondientes edificios fué avaluado, allá por los años de 1630, en ocho mil seiscientos cincuenta pesos.

El otro colegio que funcionaba, a la sazón en Santiago era el Seminario, cuya casa, situada en la calle de la Catedral, ocupaba el espacio donde se levantan las casas números 110, 112, 114 y 116, entre las calles de Peumo y San Martín.

Anexa al Seminario estaba la Capilla de los Angeles Custodios.

La calle que aún sobresalía entre las demás, era la Cañada.

Aunque en la traza primitiva, había quedado fuera de la ciu-

dad, las condiciones ventajosa que le eran peculiares le habían granjeado ya en el primer siglo la importancia que después ha asegurado.

"Es esta Cañada, dice el Padre Ovalle, absolutamente el mejor lugar, donde corre siempre un aire tan puro y apacible, que, en la mayor fuerza del verano, salen los vecinos que allí viven a tomar el fresco a las ventanas, y puertas de calle, a que se añade la alegre vista de que allí se goza, así por el gran trajín, y gente que continuamente pasa, como por la salida que hay a una y otra parte (oriente y poniente), y una hermosa Alameda de sauces con un arroyo que corre al pie desde el principio hasta el fin de la calle".

Las circunstancias enumeradas hicieron, que muchos dieran la preferencia a este barrio aún sobre los más centrales.

El Padre Ovalle se acordaba haber visto en las afueras de Santiago, la iglesia de San Lázaro, a la cual, cuando salió de Chile en 1640, dejó ya dentro de la población.

En el extremo del lado septentrional, al lado del Santa Lucía, estaba el primer molino, construido en 1548, molino que, varias veces rehecho, subsiste hasta ahora.

El monasterio de las Claras ocupaba la manzana que conserva aún al presente, mientras que el de las Agustinas comprendía entonces sólo la limitada por la calle de su nombre, y por la del Chirimoyo, y no, como en la actualidad, la inmediata a la Cañada.

El otro edificio público que había en esa línea era la capilla de San Lázaro, que muchos hemos alcanzado a ver; pero de la cual, convertida ahora en depósito de maderas, quedan sólo las paredes.

En el lado meridional de la Cañada, estaban el Hospital de San Juan de Dios, fundado por Pedro de Valdivia, y el Convento de San Francisco, el cual, se extendía desde la calle de su nombre hasta la que ahora se llama San Diego.

La iglesia, anexa a este convento, tenía en aquel tiempo una forma diferente de la actual.

Se componía de una nave principal y de sólo dos capillas laterales, las cuales figuraban entre las tres una cruz perfecta.

Las dos naves laterales que ahora existen son prolongaciones modernas de las dos capillas que constituían los brazos de la cruz.

El espacio ocupado por la prolongación de la capilla meridional se hallaba vacío, y hacía parte del primer claustro.

El espacio ocupado por la prolongación de la capilla septentrional, se hallaba destinado a campo santo o cementerio.

Entre ese campo santo y la Cañada, había una fila de cruces semejantes a las tres que todavía se ven en la plazuela de las Capuchinas.

Esa fila de cruces se prolongaba desde el frente de la calle de San Francisco hasta el de la calle de Serrano.

Algunas cuadras hacia el poniente, los jesuitas adquirieron desde 1644 un vasto sitio, provisto de un molino con dos paradas de piedra, y plantado de viña, donde establecieron en 1664 el noviciado, y levantaron la iglesia de San Francisco de Borja.

Los edificios de Santiago, por miedo a los temblores, eran generalmente bajos. Había muy pocos de dos pisos.

Excepto los portales de la plaza mayor, algunas iglesias y algunos patios de ciertos conventos, que eran construcciones de piedra o de ladrillo, las habitaciones estaban fabricadas con adobes.

Las casas de los vecinos acaudalados tenían, en las portadas y en las ventanas, molduras de piedra, ladrillo o madera.

La mayor parte de los edificios se hallaban cubiertos de tejas.

Sólo los muy miserables tenían techo de paja.

La abundancia de las lluvias explica este sistema que se practica hasta el presente.

El Maestre de Campo Alonso González de Nájera, que salió de este país en 1607, escribe en el *Desengaño y Reparación de las Guerras del Reino de Chile*, que las casas de Santiago tenían "muy buenos y cómodos repartimientos y espaciosas salas blanqueadas con greda y otras con alguna cal, que hacían de conchas marítimas, orladas algunas salas y aposentos de romanas labores".

Como los sitios de las casas eran bastante espaciosos, y eran atravesados por acequias, contenían huertos de hortalizas, legumbres y ár-

boles frutales, sin faltar las flores; y corrales de aves y animales domésticos; y además, depósitos en que se almacenaban los frutos de las estancias.

Todo aquello facilitaba la subsistencia, y aseguraba la comodidad.

Aunque, según González de Nájera, la ciudad de Santiago contaba en su tiempo más de trescientas casas, el Oidor Gabriel de Clada, en carta escrita al soberano con fecha 6 de enero de 1610, afirmaba que la dicha ciudad sólo tenía doscientas.

Entre estas dos evaluaciones, es probable que la de González de Nájera fuese la que se acercara más a la verdad.

El fundamento que tengo para presumirlo así es que don Lorenzo de Arbieto, Secretario del Presidente-Gobernador don Francisco Lazo de la Vega, en una larga memoria dirigida al Rey en 16 de mayo de 1634 decía que la ciudad de Santiago era población de quinientos vecinos.

Ahora bien, es sabido que, en el lenguaje de entonces, se aplicaba el dictado de vecino al que poseía casa y hogar en un pueblo, y contribuía a las cargas municipales.

Tengo datos para calcular que la población de Santiago, a fines de la primera mitad del siglo XVII, incluso españoles, indios, negros, estaba entre cuatro y cinco mil habitantes.

Los únicos edificios del Santiago del primer siglo que aún quedan en pie son el presbiterio, la nave central y las dos capillas posteriormente prolongadas, que forman la cruz de la iglesia de San Francisco; y además, el piso bajo del primer claustro del convento.

Lo que equivocadamente se da por casa de Pedro de Valdivia es una pobrísima construcción muy posterior a la fecha que se le supone.

(El Antiguo Santiago de Chile.—La Libertad Electoral. 12 de febrero de 1887).

EL PASEO DE LOS ELEGANTES

Alberto Blest Gana

Amaneció el domingo en que Leonor había anunciado que saldría con su prima al Campo de Marte.

Algunos pormenores que daremos acerca de estos paseos en general, están más bien dedicados a los que lean esta historia y no hayan tenido ocasión de ver a esta gloriosa capital de Chile, cuando se prepara para celebrar los recuerdos del mes de septiembre de 1810.

Estos preparativos son la causa de los paseos al Campo de Marte, en que nuestra sociedad va a lucir las galas de su lujo, allí primero y después a la Alameda.

Para celebrar el simulacro de guerra que anualmente tiene lugar en el Campo de Marte el día 19 de septiembre, los batallones cívicos se dirigen a ese campo en los domingos de los meses anteriores, desde junio, a ejercitarse en el manejo de armas y evoluciones militares con que deben figurar la derrota de los dominadores españoles.

En esos domingos, nuestra sociedad, que siempre necesita algún pretexto para divertirse, se da cita en el Campo de Marte, con motivo de la salida de las tropas.

Antes que las familias acomodadas de Santiago hubiesen reputado como indispensable el uso de los elegantes coches que ostentan en el día, las señoras iban a este paseo en calesa y a veces en carreta, vehículo que en tales días usan ahora solamente las clases inferiores de la sociedad santiaguina.

Los elegantes, en lugar de las sillas inglesas y caballos *inglesados* en que pasean su garbo al presente por las calles laterales del pa-

seo, gustaban entonces de sacar en exhibición las enormes montañas de pellones, las antiguas botas de campo y las espuelas de pasmosa dimensión, que han llegado a ser de uso exclusivo de los verdaderos *huasos*.

Pero entonces como ahora, la salida de las tropas a la *Pampilla* era el pretexto de tales paseos, porque la índole del santiaguino ha sido siempre la misma, y entre las señoras, sobre todo, no se admite el paseo por sus fines higiénicos, sino como una ocasión de mostrarse cada cual los progresos de la moda y el poder del bolsillo del padre o del marido para costear los magníficos vestidos que las adornan en estas ocasiones.

En Santiago, ciudad eminentemente elegante, sería un crimen de lesa moda el presentarse al paseo dos domingos seguidos con el mismo traje.

He aquí la razón por qué en Santiago sólo los hombres se pasean cotidianamente y por qué las señoras sienten, cuando más cada domingo, la necesidad de tomar el aire libre de un paseo público.

Los que no desean ir al *llano* y no tienen carruajes en qué hacerlo, se pasean en la calle del medio de la Alameda, con la seriedad propia del carácter nacional, y esperan la llegada de los batallones, observándose los vestidos si son mujeres, o buscando las miradas de éstas los varones.

Antes que el tambor haya anunciado la venida de los milicianos, los coches se estacionan en filas al borde de la Alameda y los elegantes de a caballo lucen su propio donaire y el trote de sus cabalgaduras, dando vueltas a lo largo de la calle y haciendo caracolear los bridones en provecho de la distracción y solaz de los que de a pie les miran.

La crítica, esta inseparable compañera de toda buena sociedad, da cuenta de los primorosos trajes y de los esfuerzos con que los *dandies* quieren conquistarse la admiración de los espectadores.

En cada corrillo de hombres nunca falta alguno de buena *tijera*, que sobre los vestidos de los que pasan corte algún otro con sus correspondientes ribetes de ridículo.

Las señoras, por su parte, aplican su espíritu de análisis al traje de las que pasan, recordando, con admirable memoria, la fecha de cada vestido.

—El de la Fulana, ese verde de una pollera, es el que tenía de vuelos el año pasado, que se puso en el Dieciocho.

—Miren a la Mengana con la manteleta que compró ahora tres años: ella cree que nadie se la conoce porque le ha puesto el encaje del vestido de su mamá.

—El vestido que lleva la Perengana es el que tenía su hermana antes de casarse, y era primero de su mamá, que lo compró junto con el de mi tía.

Con estas observaciones, que prueban la privilegiada memoria femenil, se mezclan las admiraciones sobre tal o cual *adefesio* de las amigas.

Las tropas desfilan, por fin, en columna por la calle central de la Alameda, en medio de la concurrencia que deja libre el paso, y los oficiales que marchan delante de sus mitades reparten saludos a derecha e izquierda con la espada, absorbiéndose a veces en esta ocupación hasta hacerse pisar los talones por la tropa que marcha tras ellos.

1850, época de esta historia, había el mismo entusiasmo que ahora por esta festividad, precursora de la del *dieciocho*, bien que entonces el lado norte de la Alameda no se llenase completamente, como en el día, de brillantes carruajes, desde los cuales muchas familias asisten al paseo sin moverse de muelles cojines.

(*Martín Rivas*).

EL VIEJO HUERTO

Alberto Blest Gana

Desde el día siguiente de su excursión nocturna, Trinidad Mal-sira empezó sus paseos al huerto. Cada árbol era ahí un amigo de la infancia. Descuidado por sus padres en las agitaciones de la revolución, el huerto se había convertido con el transcurso del tiempo, en un confuso matorral de plantas y de yerbas silvestres, sobre las que dominaban pocos árboles frutales como guardianes olvidados en el inculto paraje. Al entrar por primera vez tras larga ausencia, tuvo una indefinida impresión de que todo había cambiado con el largo abandono. Le pareció que el huerto la recibía como una persona extraña y que ella no le veía como antes. Pero su preocupación era demasiado grande para detenerse en el análisis de esa impresión. Había ido ahí para ver si encontraba la respuesta de Hermógenes, en la forma que le había sugerido. Con ella habían entrado Ponto y Alpe. Después de lanzarse en todas direcciones con desatentadas carreras, después de explotar las grandes matas de palqui, de las que hacían salir despavoridos lagartos y lagartijas, los dos perros comprendieron que la chica buscaba algo y se pusieron a explorar con ella la tupida hierba que tapizaba el suelo. Nada entre las plantas de cicuta que crecían al pie de la pared, alzando sus ramas flacas, que las primeras brisas del otoño empezaban a blanquear. Nada entre las hojas de romaza y alfilerillo, entre las malvas y las ortigas, entre los yuyos y el quilloi-quilloi, que se disputaban el campo, formando la verde alfombra. Ningún objeto extraño entre aquella vegetación exuberante, en aquel pedazo de llano de Maipo encerrado ahí, como

un huaso en la ciudad, inculto y silencioso. Cansada de buscar, sin darse cuenta de que su impaciencia anticipada por lo menos de un día, la hora en que Hermógenes podría hacerle llegar su contestación, la chica se apoyó desconsolada contra un viejo durazno y tendió la vista por el huerto. Entonces tuvo conciencia acaso por la primera vez de su vida, de esa sensación que oprime y hierde el pensamiento al darse cuenta de la fuga irreparable del tiempo. El pesar es la más fecunda fuente de meditación. La chica, vencida por su tristeza, pensaba. Su niñez estaba ahí, en aquel campo abandonado, palpataba ante su memoria, como una mariposa de vivos colores, que agita sus alas en vuelos caprichosos. Prendidos a las ramas de los árboles flotaban los girones de sus recuerdos. "La higuera de higos blancos, en uno de los rincones del poniente, extendía como antes, sus ramas irregulares y nudosas. ¡A su sombra ella y Luisa habían jugado tantas veces! al través de los ángulos de sus grandes y ásperas hojas, habían tantas veces divisado, en la tranquila atmósfera azul, los vaporosos contornos del ideal indefinido, que viene a golpear misterioso a las puertas del corazón al terminar la niñez! Allá a la izquierda levantaba su viejo tronco descascarado el ciruelo, a cuyo pie se sentaban con ella su hermano Abel y Luisa, absortos en la delicada operación de clavar sobre un papel, la cacería de insectos alados, cojidos en carreteras locas para formar una colección de historia natural embrionaria. Atrás, cerca de ella, lucía sus relumbrosos frutos el manzano, heraldo de la primavera, cuando sus tempranas flores, ligeramente rosadas, brotan como una canción del alba, llamando a la vida la perezosa vegetación que no se despierta todavía del largo sueño del invierno. Más lejos, el alto peral, en cuya copa se enredaban los volantines. En torno, las paredes divisorias de adobón, con su florida barda, en la que entrelazaban sus flores como una ronda infantil, las correvelas blancas, esos suspiros silvestres, y la multicolor yerba loca, que recuerda la gama luminosa del arco iris. Y por toda la extensión de aquel recinto las frondosas matas de palqui y de culén, las altas cicutas medicadas por la brisa, la bisnaga con sus flores en forma de borla, las plantas de cardo de hojas plumizas y su flor azuleja, semejante a una

brocha de pintor. De cuando en cuando algunas amapolas rojas, mezcladas a la verdura, como gritos de alegría lanzados en el espacio. La chica se figuraba que esa muchedumbre de verdes amigos, ese conjunto de árboles, de plantas y de yerbas, le contaban su historia moral, toda de pensamientos puros y alegres, como sus flores y sus hojas. Era ese cuadro mudo su infancia y su primera juventud, que se alzaban, haciéndole señales de adiós, como amigos que no habría ya de volver a ver; que la ofuscaban con sus resplandores de dicha pérdida, tanto más preciada ahora, cuanto que entonces no tenía noción de su valor.

Al despertar de esa excursión imaginaria al pasado, la chica sintió sus ojos llenos de lágrimas. Con paso incierto, explorando todavía el terreno maquinalmente, seguida por Alpe y Ponto, que parecían comprender su congoja, fué a encerrarse a su cuarto, sintiendo como si aquel paseo al huerto le hubiese dado, en menos de una hora, un año entero de sufrimiento.

(Durante la Reconquista).

LA CELEBRACION DE YUNGAY EN LA CAÑADA

Alberto Blest Gana

Un aire de alegría comunicativa, un ambiente de caluroso entusiasmo, circulaba por la atmósfera tórrida de aquél luminoso día, de cuando en cuando bañada por la fresca brisa del Sur. La brisa de la tarde empezaba apenas a derramar sobre la ardiente muchedumbre el agreste perfume de olor a pasto verde, arrebatado al llano de Maipo.

Díaz admiraba la iluminación de colores que parecían encender las banderas, ostentando, al recibir la caricia del viento, su estrella solitaria en el límpido campo de su cielo emblemático.

En las ventanas, en los balcones, en las severas puertas de las viejas casas solariegas, en los tejados de las humildes moradas, en lo alto de los edificios públicos, allá a lo lejos en el pajizo techo de los ranchos suburbanos, el glorioso tricolor batía sus pliegues, cantando su canción de victoria y arrancando al potente pecho del pueblo ese grito electrizador de: ¡Viva Chile! que redobla sus bríos en los momentos de peligro y su formidable sed de *chicha baya* en los días de regocijo nacional.

El ñato gritaba también: ¡Viva Chile! en medio del piélagos humano, al través del cual, diestramente, con el vigor de sus codos y la flexibilidad de todo su cuerpo, se iba abriendo paso.

En aquél tiempo, todos los árboles de la Cañada eran álamos. La arboricultura en ciernes, no había llegado entonces a ser una industria oficial. Las magnificencias de la *Quinta Normal*, que han engalanado con profusión de variados árboles el hermoso paseo de la Me-

trópoli, no habían sido creadas todavía. Pero la disposición de las líneas que marcaban las tres avenidas de la Alameda, destinadas a la gente de a pie, eran las mismas que ahora.

Díaz había conseguido avanzar hasta la primera línea de álamos del lado norte, cuando una oleada de concurrentes, comprimida por el empuje de los que más adelante se encontraban, lo hizo detenerse.



El paseo de la Cañada, hacia 1830

Con la intervención de la policía, las dos avenidas laterales y la ancha avenida del centro, habían sido despejadas.

Una falange de hombres, caminando a orillas de las acequias, armados de grandes cántaros que llenaban en la corriente, regaba el suelo del paseo, haciendo subir el olor del polvo humedecido, como perfume peculiar de día de fiesta.

Eran los aguadores de la ciudad, llamados *aguateros* por el pue-

blo, que pagaba al Cabildo el uso del agua con la gabela de tener que regar en los días festivos el piso de la Alameda. La turba, dispuesta a divertirse con todo, cediendo a la corriente eléctrica del contagio espontáneo de las grandes masas, aplaudía a los aguadores, alentándolos en su tarea. El ñato aplaudía también maquinalmente, pero renunciando a abrirse paso y poder atravesar la Alameda, buscaba su camino saliendo de la apretura por la parte de la calle destinada a los carruajes.

En medio del inmenso gentío el calor abrasaba. Al encontrar más espacio, Díaz trató de apresurar el paso, mientras el polvo penetrándole en la garganta le doblaba la intensa sed con una oleada de fuego, al pasar por sus fauces enardecidas. En variadas formas la tentación de calmar el furioso deseo con algún refrigerante, le salió al encuentro a poco andar. Un vendedor deteniéndole, le ofrecía *un buen medio de mote con huesillos*. Más allá, los heladeros, los vendedores de horchata con *malicia*, los de *aloja garrapiñada* le pregonaban con empeño las virtudes refrescantes de su mercancía.

Al lado de esos calmantes, los bolleros, los vendedores de tortitas, de alfajores y de alfeñiques, llegaban a estimularle el apetito, avivado por la marcha en su robusto estómago de veinte años. Insinuadoras ofertas de empanadas *caldiás* y de *chancho arrollado*, a las que oponía una negativa indecisa, le salían al encuentro, haciendo vacilar su voluntad de llegar sin demora al término de su angustiada excursión.

Al fin, resistiendo a tan apremiantes ofertas, pudo atravesar la Alameda. Mirando a la izquierda, a lo largo de la fila exterior de los elevados álamos, alcanzó a ver, en una rápida ojeada, que la gente de a caballo formaba ya dos o tres compactas filas. Sobre briosos corceles, enjaezados algunos lujosamente, ensillados con el *avío de pellones*, los jinetes, vestidos de gala con mantas de vistosos colores, con enormes espuelas de plata, con botas de campo tejidas de fina lana, rivalizaban en donaire y en varonil entereza.

El ñato los veía estrecharse estimulando a sus caballos hasta conquistar en tremendas *topadas* los mejores puestos de la primera fila.

Entusiasta por todo juego de destreza o de pujanza, Díaz hubiera querido detenerse a contemplar esa justa de atrevidos *pechadores*. Pero el tiempo se le hacía escaso y le fué forzoso seguir su marcha, internándose por la calle de Gálvez hacia el sur.

(El Loco Estero).

UNA CASA COLONIAL

Alberto Blest Gana

La casa situada a bastante distancia de la Plaza de Armas, era el tipo de las habitaciones del tiempo de la colonia en Santiago. Grandes piezas, grandes puertas y ventanas, grandes patios. Ancho campo a las corrientes de aire, a las brisas invernales de la cordillera, que llevan en su manto los romadizos, las bronquitis y las pulmonías. Sobre la puerta de calle, esculpido en piedra, el escudo de armas de los Malsira, nobleza castellana. La casa era de esquina, es decir, que por el frente y uno de los costados estaba limitada por calles.

En el primer patio las habitaciones de la familia y las salas de recibo, con corredores alrededor. En el segundo, un solo corredor, sobre el que tenían salida la sala y la antesala. Al lado de la calle, las habitaciones para sirvientes con una o dos ventanas al exterior. Una puerta en la pared del fondo del segundo patio daba entrada al huerto, espacioso e inculto, con algunos árboles viejos, muchas matas de palqui, grandes malezas, y, desde la primavera, un tupido bosque de cicuta. Todo enmarañado y agreste, sin vestigio alguno de cultura ni cuidado de ningún género. Un rincón de naturaleza abandonado, donde los jilgueros, los chirigues y los triles, las mariposas y las abejas, las lagartijas y los lagartos, reinaban descuidados y haciéndose la implacable guerra con que tratan de exterminarse todos los seres vivientes, por esa ley inflexible de eterna destrucción, que Darwin ha venido después a llamar "la lucha por la vida". Las agitaciones políticas iniciadas en 1810, habían hecho emigrar a la familia de Malsira durante la mayor parte del año, a la hacienda de "Los Canelos", un fundo de crianza, situado cerca de Melipilla.

(Durante la Reconquista).

VIEJO PATIO SANTIAGUINO

Alberto Blest Gana

Era uno de esos días de luz, en que se desvanecen los cuidados a impulsos de un supremo contentamiento.

Inculca, un pedazo de campo encerrado entre paredes de adobón, la huerta atesoraba a esa hora para sus almas juveniles la rica sensación de la existencia que no cuenta las horas, ni tiene vallas para sus fantasías.

La incuria de los tiempos había dejado a ese campo la agreste poesía de las tierras abandonadas a la lenta acción de la naturaleza. Las matas de palqui y de culén, faltas de riego, alzaban sus ramas de hojas anémicas, mostrando la sequedad de los días de verano. El pasto natural, tostado por el sol, dejaba ver el suelo, como el cráneo de un hombre invadido por la calvicie. Algunos árboles frutales, inclinadas las copas por el reinante viento del Sur entrelazaban su verdura en un concierto de discreto murmullo. Sobre las tapias circundantes, las modestas florecillas que brotan como evocadas por la luz del sol, palpitan con estremecimientos alegres sobre la barda de ramas y de tierra, al soplo de la brisa. Los insectos innúmeros mezclaban en el silencio sus voces indefinibles, formando ese ruido misterioso que parece, en la reverberación de la luz, el aliento de la madre tierra en su eterna tarea de creación infinita. Las aves se enviaban sus voces de amor al abrigo del sol, entre las ramas, y el canto incesante de las chicharras, sostenido como un acompañamiento sordo en el silvestre concierto completaba el conjunto rústico de aquel cuadro, de un retazo de campo abandonado, en el fondo de una casa solariega de Santiago en 1840.

(El Loco Estero).

LA PLAZA DE ARMAS

José Zapiola

La Plaza de Armas no estaba empedrada. La Plaza de Abasto, galpón inundo, sobre todo en el invierno, estaba en el costado Oriente. El resto de la plaza hasta la pila, que ocupaba el mismo lugar que ahora, pero de donde ha emigrado el *rollo*, su inseparable compañero, hace más de treinta años; el resto de la plaza hasta la pila, decimos, estaba ocupado por los vendedores de mote, picarones, huesillos, etc., etc., y por los caballos de los carniceros. Ya pueden considerar nuestros lectores cuál sería el estado de esta plaza que sólo se barría muy de tarde en tarde no por los que la ensuciaban, sino por los presos de la cárcel inmediata, armados de grandes ramas de espino que no hacían más que levantar polvo, dejándola en el mismo estado, pero produciendo más hediondez, como era natural.

No hace cuarenta años, la comida para los presos de la cárcel se hacía frente al mismo pórtico de ese edificio, y los grandes tiestos en que se confeccionaba, la ceniza y demás restos de esta operación eran permanentes en ese lugar.

A esto hay que agregar una ancha acequia que atravesaba, como ahora, toda la plaza. Esta acequia, descubierta en su mayor parte, sin corriente, y no siendo de ladrillo, proporcionaba más facilidad para la aglomeración de cieno. Lo que había en sus orillas no necesitamos decirlo; pues para los vendedores no había otro lugar de descanso, de tal modo que cuando el sol calentaba se levantaba un humo denso producido por las evaporaciones de las inmundicias acumuladas allí.

De Oriente a Poniente y a cinco metros de distancia de la pared

Norte de la plaza, corría una acequia, cubierta de un losa en toda la extensión de esa cuadra. Toda ella era ocupada por los vendedores de *ojotas*.

Allí acudían los que usaban este calzado, que entonces eran muchos, por su bajo precio, un medio real. Las *ojotas* viejas quedaban donde se compraban las nuevas; y esta arma arrojadiza suministraba a los muchachos un elemento para empeñar todos los días festivos esas *guerras de ojotas*, a las que jamás faltamos, por la intermediación de nuestra casa al campo de batalla.

Con este calzado vimos salir a nuestro ejército, unido al argentino, que marchó a dar independencia al Perú en 1820, a las órdenes de San Martín.

(Recuerdos de treinta años).

LAS CHINGANAS

José Zapiola

La más antigua que hemos conocido fueron entre otras, la de *ñía Rutal* y la de *ñía Teresa Plaza*. Esta era la chingana jefe y la que de aquéllas duró hasta más tarde. En sus primeros tiempos estaba situada en una callejuela intermedia entre el Tajamar y la Cañada, ahora Alameda de las Delicias, frente a la pequeña pirámide, colocada al Oriente del puente de la Purísima. Allí estaba el *Parral*, que tal era el nombre de esta famosa chingana, cuya reputación había atravesado los Andes, por las relaciones de nuestros paisanos emigrados el año catorce. Conocimos en Buenos Aires, en los años veinticuatro y veinticinco entre otros, un notable cantante argentino, Viera, que nos repetía: "no tengo ganas de ir a Chile sino por bailar una *zamba* (baile en boga entonces) en el *Parral*."

Este individuo, que había sido antiguo oficial cívico, contaba con su más valioso blasón haber sido comensal de la señora Javiera Carrera, al custodiarla en su prisión en aquel pueblo.

El Parral, establecimiento tan ponderado, traía su nombre, como su vecino *El Nogal*, de un pequeño parrón, bajo del cual tenía lugar el baile, principal atractivo de esa chingana. No crean nuestros lectores que allí había, como ahora se usa, un pequeño proscenio en alto donde se canta y se baila. Entonces la concurrencia, cada vez que se iba a bailar, rodeaba a los bailarines para poderlos ver, lo que ocasionaba una confusión fácil de calcular. Advertiremos de paso que allí no escaseaba la gente *de tono*.

Las chinganas de esta especie y al aire libre sólo funcionaban du-

rante el verano. Pero en todo tiempo las había en gran número y en todos los barrios; y, si no nos equivocamos, hubo ministro que con toda seriedad reglamentó el modo y los días en que debían funcionar.

Así se mantuvieron más o menos decadentes, hasta el año 31, en que llegaron a Santiago las famosas *petorquinas*, que hicieron en el *arte* una revolución más trascendental que la que ocasionaron en Italia los sabios emigrados de Constantinopla en el siglo XV. La capital se cubrió de chinganas y en la Alameda, desde San Diego hasta San Lázaro, y en la calle de Duarte en sus dos primeras cuadras, era rara la casa que no tuviera este destino. Algunos maliciosos de entonces, queriendo hacer de don Diego Portales, ministro en esa época, un Maquiavelo de chingana, le atribuyeron el propósito de fomentarlas para distraer de la política al pipiolaje, recién caído del poder.

Las *Petorquinas*, así llamadas por el pueblo de que venían, eran tres. Se estrenaron bajo los hermosos parrones de los Baños de Gómez, calle de Duarte. La concurrencia, de las familias más notables de Santiago, era atraída no sólo por la perfección y novedad de su canto y baile, sino también por la decencia con que se despedían. Nadie, por otra parte, se habría atrevido a exhibir algo parecido a lo que hemos visto más tarde en nuestros teatros. ¡Aquel público era aún atrasado para ver y aplaudir el *cancán*!

(*Recuerdos de Treinta Años*). 1810-1840.

LA CALLE DE LA OLLERIA

Benjamín Vicuña Mackenna

La calle o callejón de la Ollería, que hoy tiene sus veleidades de avenida, tomó renombre con la gran casa de ejercicios que en una de sus aceras edificó a sus expensas en la segunda mitad del pasado siglo el alcahalero mayor don Juan Antonio de Araos, opulento vecino, natural de Oñate en Vizcaya. Tuvo este señorón un hijo jesuíta, y para que entrara con rango a la orden de San Ignacio edificó una manzana cuadrada de magníficos claustros que hasta el presente se conservan en pie habitados por valerosa pero no siempre cristiana soldadesca.

Fué aquel edificio en su época, con su lujosa capilla sombreada por graves cipreses que aún la entristecen prestándole aires de sepulcro, un verdadero palacio veraniego de los jesuítas, a la sombra de cuyos amenos jardines solían recrearse los Presidentes de Chile como Gonzaga, que entró allí mundano y salió ejercitante y beatificado.

La *Ollería*, como las *Tejerías* (*Tuilleries*) de París, había alcanzado de esa suerte el auge de su grandeza monástica cuando sobrevino la expulsión de sus fundadores hace ya de esto no menos de 117 años.

Convertida por la herética y atropelladora independencia la antigua *Ollería* en cuartel, trocose en seguida en Maestranza, y de este nombre procede el que hoy conserva.

Pero fué todavía una cogulla la que presidió en sus labores, siendo el famoso fraile Beltrán el superintendente que cambió la olla en cañón y el barrio de las tinajas en el *barrio de las balas*, frase apropiada que usamos sin pedir licencia porque de estas no pocas disparan to-

avía sobre nuestras cabezas los tiradores al blanco que en su cercado se ejercitan...

(Una Peregrinación a través de las calles de la ciudad de Santiago.—Revista de Artes y Letras, Tomo Segundo, Página 32).

EL MAPOCHO

Benjamín Vicuña Mackenna

No han faltado poetas modernos que canten al Mapocho, como no han faltado al Manzanares, que ostenta siquiera en sus bateas algunos centenares de zagalas en forma de rudas lavanderas. Pero los antiguos se permitían ciertas chanzas con aquel en represalia de las continuas mojadadas y sustos que daba a la ciudad. Pérez García lo llama *camaleón* por los diversos colores que tomaba su agua antes que se vaciase en su lecho el turbio Maipo, y el padre Ovalle, siempre ingenuo, dice que va jugando a escondidas con la ciudad "porque se mete debajo de la tierra" y va a salir muchas leguas más abajo con crecido y cristalino raudal. Por manera que el viajero pasa siempre sobre el río, aunque el río traiga escondidas sus aguas como la gordura de ciertos chanchos, flacos como perros, que compró un capitán inglés y al cual el ladino vendedor persuadió que tenían "la gordura adentro". Según Pissis, el Mapocho corre 11 mil miriámetros desde el portezuelo de los Neveros, en el corazón de los Andes, hasta sus juntas con el Maipo, en Naltahua. Su desnivel medio es de 1 en 167. Según el humorístico Pérez Rosales, el Mapocho, en consorcio con el Maipo, tienen un treinta y cinco por ciento de tierra suspendida en sus corrientes, lo que, a ser exacto, los haría a uno y otro más bien dos tapias líquidas que dos ríos.

(De Valparaíso a Santiago).

LA ALAMEDA DE MATUCANA Y LAS HIGUERAS DE ZAPATA

Benjamín Vicuña Mackenna

Describiendo dos o tres curvas hacia el sudeste para ganar la ciudad por su costado Poniente, el convoy continúa deslizándose por entre terrenos abiertos, agrios y pedregosos, caja antigua del Mapocho, desprovista de jugos vegetales, pero en cuyos mejores panizos a la lengua de las acequias, vegetan todavía achacosas y olvidadas algunas de las antiguas *higueras de Zapata*, ex rivales de las ex higueras del Salto, y penetra en la Alameda de Matucana, límite de Santiago por el occidente y uno de sus suburbios más importantes.

En cuanto a las *Higueras de Zapata*, que serán en años venideros tan célebres como la calle de Quincapoix en París, en los días de Law, no hemos tenido la fortuna de trazar su origen con la debida certidumbre. Acaso fué heredad de don Diego Zapata, honrado vecino de Santiago cuya viuda, doña Eusebia Donoso, vivía todavía en 1822, habiendo recibido en sus faldas la cosecha de ochenta otoños; acaso era el simple apeadero que, un siglo atrás (1710), había dispuesto allí el altivo señor de la cuesta de ese nombre don Antonio de Zapata, cuyas cuitas y pependencias poco ha hemos contado.

De todas suertes, su nombre quedará consagrado por el oro, de cuyo precioso metal se cuenta hoy día la misma vieja historia del canto del cisne y de la "flor de la higuera".

(De Valparaíso a Santiago).

EL BAILE IMPROVISADO DE LA QUINTA MEIGGS

(7 DE SEPTIEMBRE DE 1866)

Benjamín Vicuña Mackenna

¿Habéis visitado alguna vez el país de las hadas?

¿Habéis recorrido el mundo de los encantos a la luz de las lámparas de Aladino?

¿Habéis leído los cuentos extraños de Edgard Poe, de Swift o de Hoffmann?

¿Os habéis sentido por ventura transportados al mundo de las esferas celestes y mecido de un astro a otro astro, como un columpio aéreo, visitando ángeles y recibiendo en la frente una lluvia de flores, de brisas y de perlas?

Los que asistieron en la noche del 7 al baile del señor Meiggs han visto todo eso y no volverán a verlo. Los que no han ido ¡ay! no lo vieron ni lo verán jamás.

Aquella fiesta no admite descripción.

En cuanto a la forma, era una rotonda circular de mármoles de mil colores, cubierta por una diadema de cristales brillantísimos y unidos al suelo y la cúspide por una escala, cual pintan los poetas la que sirve para unir unos con otros los cinco cielos.

Y por los cuatro costados de aquella bóveda incomparable, otros tantos salones deslumbradores, de arquitectura elegantísima, cuajados de tapices, de cortinas, de mármoles, de muebles fantásticos, de lámparas radiantes, de flores vivas en caprichosas macetas; de lunas, de artesones, de todo lo que el arte tiene de más rico y la opulencia de más

soberbio. Y todo aquel conjunto poblado de improviso por cuanto la tierra tiene de bello, de fascinador y de querido: he aquí el conjunto de aquella fiesta de magos.

La rotonda de la quinta con sus mil lámparas derramando luz sobre la luz de los salones, era un rayo de sol dando calor a cuatro mundos luminosos y poblados de ángeles y de querubes.

Todos fueron puntuales a la agradable cita.

Desde las siete hasta las ocho de la noche una fila interminable de lujosos carruajes iba depositando su preciosa carga en los dos peristilos que sirven de entrada a la regia mansión.

A las ocho en punto el inexorable Tulio dió la señal a su orquesta de maestros, y ochenta parejas giraban instantáneamente en las cuatro salas en las cadenciosas figuras de la primera cuadrilla, siempre la más deseada y siempre la más temida, porque es el primer estreno de los caballeros en la arena del torneo. ¡Ay! ¡Cuántos caen en el primer encuentro, y ya no bailan más aquella noche! ¡Cuántos no bailarían más en su vida!

No sé quien dijo que el baile es una enfermedad. Yo no lo sé porque no soy médico. Pero sí aseguro que el baile es un contagio, porque yo también he bailado. Media hora después del primer golpe de música, todo bailaba en el recinto encantado donde llegaban los acordes. Bailaban las beldades que estaban en baile y las que no lo estaban; bailaban los que aman y los que no son amados; bailaban los rivales en vis a vis y los amigos espalda con espalda; bailaban las hijas alejándose de las madres, y las señoras bailaban siguiendo a las hijas; bailaban las luces, las flores, las airoas cortinas, los tersos cristales de las ventanas, y bailaban las tapadas, que eran muchas, detrás de las ventanas. A las diez de la noche la Quinta Meiggs era toda entera, desde sus cimientos a su más alta cornisa, una sola ondulación, un solo vaivén, una sola cadencia, una sola danza loca y a la vez encantadora en su forma, en su cultura y en sus gracias.

La orquesta de los maestros del teatro hace al fin una tregua para tomar aliento. Sigue la pausa de un minuto, y cuando acaban de to-

mar sus asientos cien parejas jadeantes, óyese un poderoso estallido en todo el ámbito y cada cual se pone de pie con frente radiosa.

Es la banda sonora del Buín que ha subido a la galería circular de la rotonda y toca la canción de Chile.

La Quinta Meiggs ha sido transformada por un golpe de magia. Ya no es una danza: es un himno. ¡Y ese himno es el canto de la patria!

Son cuatro bailes en uno. Cada salón tiene tapicería, luz, clima, paisaje, habitantes distintos. La rotonda es el itsmo risueño por el que atraviesan todas aquellas emigraciones febriles que tienen de común con las de Israel los ojos de las mujeres y la cautividad de los hombres. La humanidad es una especie y por lo tanto se agrupa y se clasifica a sí misma. En el gran salón amarillo están todas esas criaturas ágiles y picarescas que estrujan los corazones incautos con sus guantes blancos y los atan después con sus cintas, para guardarlos un mes, un día, una hora... Aquí están todas las que hacen trampas, las que miran a hurtadillas, las que no tienen permiso para bailar polka y bailan redowa, las que dan paseos sin fin y comprometen todas sus cuadrillas antes de quitarse la capa. Esta es la infantería ligera de este terrible ejército del placer, y todos, aunque no saben coser, llevan el formidable fusil de aguja de los prusianos. ¡Cuántos austriacos murieron anoche!

En el salón verde están las beldades serias, las que llevan en un dedo y como escondida, (para que todos la vean por supuesto) la argollita fatídica; las que no bailan por cansancio del alma, que son pocas, o de los pies, que son las más. En el otro salón están las grandes matronas con sus grandes piochas, sus grandes ojos y sus grandes observaciones. En el otro (se me ha olvidado el color) se ve no a las feas, porque no las hubo, sino a las que fueron bonitas o tuvieron intención de serlo. Este, por la inmovilidad de los grupos, lo llamaremos el salón de la estatuaria. Algún mala lengua lo llamó el de las momias. ¡Qué horror!

Pero salvemos el umbral de los salones. ¡Cuánta beldad! ¡Cuánta gracia! ¡Cuánta juventud! ¿Véis aquellas dos niñas frescas, ligeras, de ojos brillantes y dulces que se llaman hermanas? Son dos botones

de rosa que se abren en el mismo tallo. Y más allá, aquella lánguida hechicera que sostiene sus vaporosos brazos sobre el hombro de un apuesto caballero. Es un clarín de la selva a la sombra de un rústico jazmín. Y esa sombra fugaz que se oculta triste en la enramada de resedá y heliotropo es la violeta que llora al junco ausente. ¿Y aquella beldad de pálido rostro, de mórbida mejilla, de ojos que hablan y de boca que sonríe eternamente? Es el lirio de la vega que se estremece sobre su esbelto mimbre al soplo del viento y envía con él su perfume al cielo. ¿Y esa morena de ojos tropicales que arrebató todas las miradas cuando los pliegues de su traje vuelan en graciosos giros a impulsos del vals? Esa no es una flor. Es la gacela que se ha escapado de los jardines y que siguen cien ágiles lebreles. Ninguno le da caza. ¡Feliz quien la alcance!

¿Y más allá aquella frente de artista, de mirada profunda, de paso rápido y aéreo? Ese no es un ser completo todavía; es una centella de inteligencia, una inspiración, una nota de música. Si llevara consigo un laúd de oro, todos pensarían en Safo al verla pasar... Y aquel semblante pálido y dulce que lleva en los cabellos una cinta de esmeralda y traje y pliegues plomizos. Se la creería el genio de la verde Erin, apareciendo entre su vaporosa niebla... Al lado de la Irlanda vese la altiva Albión: es un rostro de querube esculpido en el busto de una Venus... Y allá por fin girando en el espacio como la linda gaviota de las olas, la hija del Norte que se sumerge en los torbellinos del baile y aparece de nuevo llevando en su pico o en sus alas sus trofeos... Es una deliciosa filibustera mil veces más linda y más sincera que la doctrina Monroe y todas las doctrinas, menos por supuesto la cristiana.

¿Y qué hacen todos esos bultos negros en medio de tantos primores de beldad y de elegancia? ¿Hacen lo de siempre? Conversan de las tres cosas santas de los bailes de invierno: 1.º Del teatro; 2.º De la Alameda; 3.º De la Pampa... No. Hoy no conversan sino de una sola cosa: "de la rifa de la Quinta".

Hay noches de fortuna y todos fueron anoche jugadores. Todos se sacaron la Quinta y todos la volvieron a regalar. Hubo galán que

se la ofreció a doce niñas, y otro que se la dió a cinco generaciones, desde la abuela de su amada hasta la ama de leche de su última hermanita. Si las promesas de los bailes fueran escrituras públicas, qué de pleitos habría con la rifa de Meiggs! Nadie se la sacó menos de diez veces, y nadie la ofreció menos de veinte.

¡Multiplicad estas dos cifras y sabréis todos los dueños que tiene la Quinta. Los concurrentes de ambos sexos pasaban de quinientos. Por supuesto, en el salón amarillo, los bonos de la rifa tuvieron una venta espantosa y estuvieron siempre a la alza. Hubo uno que ofreció un millón de pesos por un boleto, y éste había ido sin paletó y se retiró con capa. ¿Cómo serían los demás?

Cerca de media noche una voz dijo: ¡A la mesa! Y como si hubiera caído un chubasco de capas y de chalets de mil colores, todas las esbeltas espaldas se vieron de repente cubiertas de sus atavíos de abrigos y en marcha a la sala del festín.

La banda de música del Buín a la cabeza tocando alegres marchas y la concurrencia entera la seguía en la obscuridad. Parecía una procesión de sombras; pero eran sombras que hablaban, que oían y sobre todo, que tenían hambre y tenían sed.

De repente, en el fondo del jardín se abre una ancha puerta y todos entran en ese espacioso salón de propósito tenuemente iluminado.

¿Qué quiere decir este contraste con la resplandeciente mansión que todos divisan a su espalda, proyectando torrentes de luz sobre los árboles, las fuentes y los senderos que hemos recorrido. Todo esto es simplemente una lección a las vanidades del mundo. Habéis olvidado a Dios en aquellos salones suntuosos, pues venid a reconocerlo ahora en el pesebre (1).

Antes de Belén, un establo podía ser una humillación. Después ha sido un templo. Pero ¡ay! antenoche fué sólo un holocausto, una decoración... Los gentiles sacrificaron todas las víctimas y no quedó más señal que los paños del altar... los manteles.

Dicen que la carne es uno de los enemigos del alma. Yo digo que

(1) Es de advertir que la cena del baile fué instalada en el recinto de las enormes caballerizas de la propiedad.

si no es eso, es el peor enemigo de los bailes. Apenas se han servido los pavos, todos callan, todos sacan el reloj y las madres guiñan, y los mancebos se ponen los paletós y se los llenan de limas. ¿Será esto porque los pavos de los bailes transmigran?

Era la media noche y como el baile había comenzado a las siete todos creían que eran las cinco de la mañana. Comenzó a oír el lento rodar de los coches y una hora después el mágico recinto estaba desierto.

Y en medio de todo esto ni un desorden, ni un disgusto ni un grito descompuesto; ni un pellizco siquiera de aquellos que antaño daban nuestras abuelas por debajo del pañuelo a las culpables...

Ahora, una pregunta, para concluir.

Si al entrar cada una de vosotras y cada uno de vosotros al abrigado hogar donde os aguardaba el descanso y la paz os hubiese preguntado un ángel escondido, que era lo que traíais de más grato en el corazón, ¿qué habríais respondido?

Yo lo sé y voy a decirlo por todos. Habríais respondido que el baile de Mr. Meiggs era la fiesta más bella de vuestra vida, y que ese hombre tan modesto, tan popular, tan digno de ser amado, era acreedor a una corona en la que cada uno de sus invitados debía contribuir con una guirnalda: a la corona de la gratitud social.

(*Chile Magazine*, diciembre, 1921).

LAS CORRIDAS DE TOROS

Benjamín Vicuña Mackenna

Uno de los pasatiempos de la ciudad había sido desde los primeros años de su fundación las corridas de toros, y ya en otra ocasión contamos como los mismos vecinos armaban las barreras, trayendo cada cuál a cuesta las tablas de sus palcos. Pero sólo en el tiempo de Cano alcanzaron esas sangrientas lides todo su atractivo y todo su horror, que en esto lo uno corre con lo otro.

Celebrábanse aquellas fiestas con mucha frecuencia, y aunque se guardaban las mismas reglas que todavía se practican en la tauromaquia (ciencia más antigua en España que la astronomía y ciencia de España únicamente), queremos dar idea de las peculiaridades con que se celebraban en Santiago.

Hacíase un espacioso cercado a costa de un empresario dentro de la plaza, que se mantenía de propósito sin empedrar, y luego en su alrededor se levantaban diversos anfiteatros para los funcionarios públicos y sus familias.

Los más suntuosos se construían en el costado septentrional, concediéndose treinta varas de longitud al tablado de la Real Audiencia y el Cabildo, doce varas al de los *canónigos*, ocho a la Universidad y seis a cada uno de los colegios. Los arcos de la casa consistorial se destinaban para las familias que quisiesen arrendarlos, reservándose un espacio para los escribanos que tenían allí sus oficinas y otra para la alcaidesa de la cárcel, por derecho de domicilio. El resto se vendía al público por el rematante de la fiesta para costear el refresco del Presidente, oidores, canónigos y demás personajes convidados.

La fiesta comenzaba desde la mañana; pero en esa hora sólo se *rejoneaba*, sin matarlos, seis toros comparativamente mansos, y esta era la parte popular y bulliciosa de la jornada, por los lances que acontecían a los aficionados.

Todos tenían entrada a la arena con el objeto de torear, pero hacían propiamente esta operación seis tenientes nombrados por el Cabildo y cuyas familias tenían derecho a un palco de cuatro varas. El corregidor presidía y nadie podía matar un *bicho* sin su licencia.

La función de la tarde era, con todo, la verdadera fiesta oficial, porque la dirigía el Presidente, se hacía la ceremonia del *despejo* una vez a caballo y otra a pie por los dragones, con todas las gentiles si bien afeminadas maniobras de marcha que a la sazón se usaban y se usan todavía en Lima, y por último, y esto era lo esencial, porque se *mataba los bichos*, que esta es la expresión de la tauromaquia.

Llegada la hora, entraban en efecto los cabildantes al palacio, sacaban al Presidente al tablado, descubriéndose todos en el vasto recinto, sentábase aquél en su sitial y entraban seis toreadores de a caballo, que eran por lo común los más apuestos caballeros de la ciudad. Presentábanlos al Presidente los Alcaldes.

Salíanse éstos en el acto del recinto, hacíanse los dos despejos, el corregidor mandaba en una bandeja las llaves del toril al presidente, devolvíalas éste con un cortés ademán, sonaban los clarines, abríase la puerta, y uno en pos de otro entraban los seis toros, seguidos de los *chulos* de capa y de los banderilleros.

Pasados unos cuantos lances, rompía otra vez el clarín en señal de muerte y la plaza quedaba encharcada de sangre, arrastrando cuatro robustas mulas enjaezadas con penachos y mandiles de armas reales los cuerpos muertos, conducidos aquellos por lacayos encintados no menos que las bestias.

Con esto, con la algazara de la muchedumbre al retirarse y el acompañar de nuevo al Presidente, concluía la función.

(*Historia de Santiago*).

SANTIAGO A MEDIADOS DEL SIGLO XIX

Crescente Errázuriz

Sin carecer de encanto, es triste echar una mirada a los días de la infancia, cuando de ellos nos separan largos, muy largos años. Todas las cosas han cambiado radicalmente; muy otras son las costumbres, de tal manera que las de aquel tiempo ni siquiera se pueden imaginar mirando las de hoy; si recorro la ciudad, tampoco encuentro rastros de lo de antaño, y más de una vez me acontece buscar en la esquina el nombre de la calle por que voy caminando. Y orientado, comienzo a calcular dónde se hallaba la habitación de tal pariente, de tal compañero, en la cual tantos buenos ratos pasábamos en nuestros juveniles años, cuando nos reuníamos con cariñosa confianza los amigos.

La casa en que nació; la casa de mi tía política doña Antonia Salas, a la cual fui a juntarme con Eduardo Ochagavía para ir los dos por primera vez al Seminario; la casa misma que en la calle del Saucedo—hoy Riquelme—esquina de Moneda ocupaba este colegio y a la que llegamos al caer la tarde; todo ha desaparecido. En lugar de modestos y espaciosos edificios, levántanse ahora, o soberbios palacios, o hermosas casas de varios pisos: doquiera el brillo, el lujo, y a las veces... ¡la falta de aire y de luz!

Uno es extraño en la ciudad que lo vió nacer.

Digo mal, porque no es ésta la ciudad en que yo nació. ¿Qué queda en ella de lo que entonces tenía? Si hubiera pasado años fuera de Santiago y me pusiesen hoy en cualquiera parte de la ciudad, ¿sabría dónde estaba, conocería una calle, una casa, algo de lo que

diariamente veía y a todo lo cual conserva tan tierno afecto mi corazón?

No intento decir que aquello era mejor que ésto; que se transitaba más fácilmente las angostas y fangosas calles, con sus acequias por el centro y a las cuales llevaban las vertientes de ambas aceras las aguas, aguas que los crudos inviernos solían convertirlas en torrentes; esas calles por las que apenas las carretas transitaban, con dificultad los birlochos y uno que otro coche, precursor audaz de los que en años posteriores constituirían el lujo, y a los que convierten hoy los autos en modestas medianías.

No comparo con la actual aquella pequeña ciudad, a la que casi servían de límite por el Oriente, el Carmen de San José; por el Poniente, San Lázaro; que por el Sur, pasada la Alameda—la Cañada como acostumbrábamos llamarla—tenía algunas calles, San Isidro, Santa Rosa, San Diego y otras, con casas muy semejantes a las de un pobre villorrio de provincia; y que por el Norte podía creerse terminada en el río.

Cierto que tanto por el Puente de Cal y Canto—con cuya destrucción no me conformo,—pues querría tenerlo como recuerdo monumental—y por el de Palo, frente a la Recoleta Franciscana, se comunicaba el barrio Ultra Mapocho; pero ese barrio, sobre poco importante, estaba casi separado de la ciudad. Merced a la Recoleta Franciscana, había edificios en las dos otras primeras cuadras de esa calle; la Recoleta Domínica estaba en pleno campo.

La Avenida de la Independencia, conocida hasta hace poco con el nombre de Cañadilla, aunque muy diversa hoy, es quizás la parte de Santiago que ha cambiado menos. Las primeras cuadras, relativamente pobladas en aquella época, por ser muy traficado el camino de Aconcagua, han perdido ahora toda su importancia. Pero sólo en lo que media entre el convento del Carmen de San Rafael y el curato de la Estampa había habitaciones que mereciesen tal nombre. Más al Norte, y sólo por el lado Poniente, se veían algunos cuartos, pertenecientes a diversas chacras, arrendados a gente pobre, y muchas posadas de carretas. En el lado Oriente, una chacra.

Lo sé muy bien por haber vivido cerca de un año en ella, poco después de la muerte de mi padre. Pertenecía a mi abuelo materno, don Manuel Joaquín Valdivieso; comenzaba pasada la Estampa, en la calle de los Olivos, y abrazaba la extensión que media entre la Cañadilla y la Recoleta, de modo que en esta última calle frente al actual convento de la Domínica, no había sido una tapia corrida y en ella una puerta, por la cual se solía ir de casa a la iglesia de la Recoleta, situada en la esquina de la hoy llamada calle de la Domínica. Aunque yo estaba muy pequeño, me permitían montar a caballo, si puede darse este nombre a un viejísimo animal llamado *Perro*, que durante treinta años había dado pruebas de mansedumbre y que ya apenas se movía. Perfectamente recuerdo mis andanzas por potreros, ahora valiosas casas.

Mis confusas ideas no permiten señalar los límites al Norte de la quinta, que comprendía gran parte, a lo menos, de los terrenos ocupados hoy por la Casa de Orates y el Cementerio General. Probablemente vendió mi abuelo para el último—que tanto ha ido creciendo después—el extremo de la quinta; pues él construyó el Cementerio llamado entonces Panteón, y siguió hasta su muerte siendo su primer administrador.

Pero si confundo los límites, recuerdo perfectamente la existencia de terrenos sembrados de trigo y ocupados otros por la viña; recuerdo la trilla, la vendimia, el lagar, en que a la caída de la tarde se pisaba la uva, y la dulce lagrimilla. ¿Cuántos hombres habrían alcanzado en su vida a presenciar transformación semejante en la ciudad que los vio nacer?

En esa transformación, todo lo brillante, las comodidades todas, todo el lujo está por lo actual. ¿Cómo poner en parangón con nuestra grande Santiago, esa pobre ciudad semisoñolienta en la que, en lugar del alegre y aturdidor movimiento y del continuo tráfico que presenciábamos, se oía sólo el chillido de la carreta o el peculiar grito del aguador—*jaguatero!*—con que proponía a las casas la venta del agua que en barriles, recién llenados en algunos de los pilones o de las pilas, llevaba su caballo de *aguatero*? ¿Quién querría substituir ese

aguatero a la llave del agua potable; la vela o la lámpara de aceite al gas y a la luz eléctrica; la carreta al ferrocarril; el birlocho al tranvía y al automóvil, el correo a lomo de mula, al telégrafo y al teléfono? Y dentro de las casas, ¡cuántas comodidades no soñadas entonces constituyen ahora parte de la vida! No se conformaría sin ellas quien con ellas ha nacido y crecido.

(Algo de lo que he visto).

SANTIAGO POR LA MAÑANA

Daniel Barros Grez

Era en los primeros días del mes de abril de 1829, y a la hora en que allá en lo antiguo tenía costumbre nuestra capital de levantarse de la cama, es decir, la hora de asomar el sol sobre la nevada cresta de los Andes; porque es cosa averiguada, que nuestros padres madrugaban mucho más que nosotros. Santiago comenzaba, pues, a despe rezarse: abríanse de par en par los zaguanes de las casas; y por las anchas puertas coronadas de sendos escudos hechos pedazos por la revolución, se veía salir a la viejas y desgrefñadas cocineras con el *canasto de la recova* al brazo, el pañuelo de algodón en la cabeza; un zapato y medio; y a veces dos medios zapatos en los pies, y en vueltas en el clásico rebozo de lana.

Bien echará de ver el sagaz lector que, atendida la hora, y en vista de los susodichos canastos, todas aquellas cocineras se encaminaban hacia la Recova con el fin de comprar las provisiones diarias para la casa. Pocas de estas mujeres iban solas, y la mayor parte marchaban seguidas del dueño de casa, quien quería siempre elegir por sus propias manos, la mejor carne para el puchero, la más gorda gallina para la *cazuela*, y el charque más bien preparado para el *charquicán* o el *valdiviano*. Y mientras caminaban tras sus fámulas, limpiándose los ojos y concluyendo entre bostezo y bostezo las oraciones de la mañana, solían algunos ver con verdadero sentimiento que otros habían madrugado más y ganádoles el *quien vive*, pues venían de vuelta con sus canastos llenos de todo lo que Dios crió.

A medida que el sol se elevaba sobre el horizonte, íbase animan-

do más la escena con las gentes de a caballo que trotaban por las calles al son de sus inmensas espuelas. Eran de ver los sombreros guapones de proverbial anchura, los *chamantos* curiosamente laboreados, las gruesas monturas llenas de adornos de plata y los fabulosos estribos, para cuya construcción se necesitaba, según es fama, de un buen tronco de sauce. Aumentábase poco a poco, el ruido matinal con los silbos y gritos de la parvada de muchachos que iban a la escuela, con los desentonados cantos de los vendedores ambulantes, los agudos chillidos de las carretas, los cacareos de las gallinas, los ladridos de los perros, y los rebuznos con que, hasta los asnos saludaban al astro del día, después de haber pasado la noche entretenidos en pasearse (a falta de otra localidad más abundante) en el pedregal del Mapocho, o bien, en aquellos lugares de lodo y de basura que hoy con justo título se llaman *Paseo de Delicias*. ¡Cuánto no han cambiado las cosas desde aquel entonces hasta la fecha!

(*Pipiolos y Pelucones*).

LA PLAZA DE ARMAS EN 1829

Daniel Barros Grex

La antigua Plaza de Armas, hoy de la Independencia y una de las más bellas de Sudamérica, rodeada de ricos edificios y jardines, veredas e hileras de árboles por entre cuyos follajes se ve saltar los brillantes chorros de los surtidores, no era en la época de nuestra historia, más que un cuadrado desprovisto de toda comodidad y adorno, y destinado al parecer, a las paradas militares, según lo indica aquel nombre, sinónimo de Campo de Marte. No quedan allí de aquél tiempo otros edificios que la Catedral y los del costado Norte, en donde se encontraba el palacio de Gobierno, llamado las *Cajas*, por contenerse dentro de él el tesoro de la nación.

Pero ninguno de estos mencionados edificios tiene tan estrecha relación con nuestra verdadera historia, como el llamado entonces *Café de la Nación*, situado en el centro del costado Oriente de la plaza; es decir, en el lugar que hoy ocupa la entrada del pasaje MacClure. Allí era donde se reunía lo más escogido de la capital: allí era donde se charlaba de riñas de gallos, de política, de carreras, de matrimonios, de procesiones y de cofradías.

Cuando Anselmo, después de haber hecho un gran rodeo para saborear mejor el billete de su amada, llegó a la plaza, daban las nueve y tres cuartos en el reloj de la torre de las *Cajas*. A esa hora ya los *baratillos* del portal estaban animadísimos con esa alegre vida del menudo comercio, mientras que mil grupos diseminados por la plaza, representaban variadas escenas.

Aquí se hacía un contrato de frutos del país; allá conversaban

dos jóvenes al través de las rejas de una ventana; más allá, un grupo de bulliciosos muchachos jugaba al *tejo* o a la *rayuela*; acá, una alegre moza se entretenía en lanzar dichos agudos a los conocidos que pasaban por la calle, o en arrojar sobre la vereda cáscaras de fruta para ver resbalarse a los transeúntes; acullá, varios aficionados rodeaban a un chalán que probaba ante todos, el caballo que quería



El Viático

vender, mientras que otros grupos de viejos más pacíficos, mataban el tiempo con mayor gravedad, hablando de las últimas carreras o peleas de gallos.

En estos diversos grupos, llamaba especialmente la atención uno situado frente el cafecito de la Nación, y compuesto de diez o doce jóvenes reunidos en torno de un hombre que parecía estar haciendo algún interesante relato, tal era la atención con que todos lo miraban.

Allí fué donde Anselmo dirigió sus pasos, y desde lejos pudo muy bien conocer, que el hombre a quien escuchaban con tan marcado interés, era el mismo don Catalino Gacetilla en persona, cuyos ojillos grises y gruesos labios, se animaban extraordinariamente a medida que hablaba. Y hablaba el hombre con ojos, boca, narices, pies y manos, accionando y gesticulando apasionadamente, pero sin escársele nada de lo que pasaba entre los demás. En cuanto columbró a Anselmo, hízole sin cesar de hablar, una seña para que se acercara.

—Es la pura verdad, decía don Catalino. La revolución del Sur está pintada: lo sé de buena tinta, y me lo han contado con mucho sigilo... Por esto encargo a Uds. que guarden el secreto, pues sería peligroso...

En aquél momento se oyó sonar una campanilla. Era que salía de la Catedral el coche del Santísimo Sacramento. Todos los gritos, conversaciones y cuchicheos cesaron como por encanto, y en un instante se vió la plaza cubierta de gente arrodillada que rezaba un Padre Nuestro por el alma del que iban a auxiliar, mientras la comitiva del Sacramento pasaba por en medio de todos, arrastrado el coche por dos mulas negras que un caballero de nota conducía de la rienda, y acompañado por un cortejo de esclavos de la Cofradía, con sendos faroles en las manos. La guardia de la cárcel le hizo los honores a tambor batiente, y las campanas de la iglesia no cesaron de repicar hasta que la procesión se perdió de vista.

Entonces todo el mundo se puso de pie, y el movimiento y las conversaciones principiaron de nuevo.

(Pipiolos y Pelucones).

LOS FRUTILLARES DE RENCA

Daniel Barros Grez

¿Quién de nuestros lectores puede ignorar la celebridad del lugar de Renca en el ramo de toda clase de frutas? Las frutillas de Renca han tenido y tienen todavía tanta fama como las pasas del Huasco, los duraznos de Rengo, los melones de San Fernando, las manzanas de Quillota, la chicha de Aconcagua, el mosto de Concepción, los quesos de Chanco, los porotos bayos de Rancagua, los pejerreyes de Aculeo y las empanadas caldúas de Talca.

Desde tiempo inmemorial han acostumbrado los habitantes de Santiago hacer sus paseos anuales a las *frutillas de Renca*; y allá en lo antiguo no eran esos paseos como suelen hacerse hoy, en coche, sino en carreta *de rayo*, con alto toldo de totora, tirada por dos pares de robustos bueyes que un carretero no menos robusto conducía directamente con su larga *picana de coligüe*.

Algunas niñas y mozos alegres llenaban la carreta, que majestuosamente rodaba por el camino, cuando no se quedaba atascada en una acequia o metida hasta el ojo de las ruedas en los profundos fangos que bordeaban la vía, o en los lagunatos formados por los derrames de los riegos, que suelen convertir a nuestras vías en algo parecido más bien a canales de navegación que a carreteras.

Al lado de la carreta marchaba una pandilla de mozos *remoladores*, que hacían caracolear sus caballos con sin igual maestría, pues es bien sabido que el santiaguino de aquel tiempo podía apostárselas al más pintiparado huaso colchagüino, y aún solía sobrepujarlo en lo descomunal de su gruesa montura de pellones, en la inmensidad de

sus estribos de madera y en el diámetro y pesantez de las rodajas de sus espuelas de plata.

Llegado el convoy a Renca, se armaba la *chingana* en una de las *ramadas* hechas con este fin, enfrente de las casas de las fincas. Bajaban de la carreta los canastos con lenguas fiambres, pavos compues-



Niña del medio pelo

tos y demás municiones de boca, mientras llegaban de la huerta otros canastos llenos de frescas y dulcísimas frutillas.

Poníase la mesa sobre tablas sostenidas por banquillos; descuartizábanse los pavos, corría a ríos la *chicha baya*; acabábanse los canastos de frutillas, que eran reemplazados por otros, y las niñas de la

casa afinaban la guitarra, entre los ¡*Viva Chile!* de los concurrentes, pues este es el grito que todo chileno, cualquiera que sea su condición, lanza siempre, ya sea para reanimar su valor en la batalla, ya para expresar su recocijo en la chingana.

Sobre cada ramada veíase descollar la indispensable bandera chilena, ese mismo tricolor que tantas veces se ha paseado victorioso por las olas del Pacífico y por las faldas de los Andes.

En muchas chinganas crujían las gruesas varas al empuje de los rudos caballazos y pechadas, con que los alegres caballeros pugnaban como los ajustadores de la Edad Media, quedando muchas veces, ya con las costillas molidas de una caída, ya con una pierna rota de un terrible estribazo, ya, en fin, sobre las faldas de las harpistas, a donde iban a dar, después de ser lanzados en el aire por un salto de su caballo.

Y al suceder estos percances se oía gritar: *Bien haiga no más*, como limpió la vara. ¡*Viva Chile!* ¡No es más que una pierna rota! ¡Venga para levantarlo, mi alma! ¡En buen lugar cayó! ¡*Viva Chile, hijitas!*

Las frutillas que gozaban de mayor fama por ese entonces, eran las de una viuda poseedora de una buena finca, que, además del frutillar, tenía una *mancha de higueras*, bajo las cuales *armaba* la viuda su chingana.

Duraba ésta, no sólo el tiempo de los paseos a las frutillas, sino también el de las brevas, fuera de otros paseos más, *así entre año*, que los mozos de Santiago hacían a las higueras de doña Tomasa, aún después de haberse acabado los higos.

Era que doña Tomasa, además de la *mancha de higueras*, tenía una *mancha* de niñas, lindas como flores de primavera, y tan alegres, decidoras y complacientes, que no era posible permanecer triste cerca de ellas.

Su alegría contagiaba a todos los que allí llegaban, pues había para todos los gustos: tres blancas como un papel, con los carrillos lacres, que eran las hijas de doña Tomasa; dos coloradas cobrizas, que le decían tía; una de color aceitunado, que llamaba primas a las

demás, y por último, otra más joven, de color mezcla, que doña Tomasa había criado *huachita*.

Total: siete anzuelos con que la señora pescaba todos los años un buen número de pesetas. Cuando doña Tomasa estaba de buen humor, solía llamarlas los siete pecados capitales, soltando en seguida una descomunal carcajada.

He dicho que las tres hijas, que formaban el estado mayor de la familia, eran blancas como un papel. A veces estaban más o menos albas, lo cual dependía del grueso de la capa de solimán con que cubrían las facciones, con tan poco disimulo y con tan escaso arte, que nadie podía decir de ellas lo que el gran poeta dijo a doña Elvira:

“Es tanta la beldad de su mentira”.

Con todo, los mozos del lugar andaban perdidos por las *niñas almidonadas*, que era como las llamaban tanto en Renca como en Santiago. Todas ellas cantaban, unas en harpa, otras en guitarras y otras *a secas*, y todas bailaban primorosamente.

(Las Aventuras del maravilloso perro Cuatro Remos).

LOS SERENOS Y LOS PENITENTES

Antonio Iñiguez Vicuña.

El aspecto que presentaba la ciudad de Santiago, aún en el barrio más central, durante las noches de invierno principalmente, causaba hasta terror en sus habitantes, y entre los extranjeros con mayor razón.

Apenas penetraban en la densa oscuridad de las calles, los débiles y amarillentos rayos de los faroles colgados de los ganchos que pendían en cada una de las esquinas, y contenían lámparas sustentadas con aceite. Alumbraban sólo las sendas, que al través del lodo servían para atravesar de una vereda a otra. Todo lo demás, era comparable a las tinieblas de una bóveda.

Pocas personas se aventuraban a retirarse lejos de sus casas, y era muy usado que los caballeros anduviesen armados después de las nueve. Esta era la hora de recogida para casi todos los vecinos de Santiago.

Los *serenos*, que hoy día denominamos guardianes, cuidaban de la ciudad durante la noche. Entre las obligaciones que tenían los *serenos* mencionaremos: "La de servir puntualmente al vecino que le llame para que le traiga confesor, sacramentos, médico, sangrador, que se ofrezca para acompañar, sin desamparar su calle, comunicando su comisión al sereno inmediato. Deben también servir para acudir a una botica o pedir alguna cosa en los bodegones, siempre que no sea para festejo".

Los *serenos*, después de las doce de la noche, cantaban las horas y entonaban también el estado del tiempo, si éste era sereno o lluvioso, para que los vecinos tuviesen conocimiento de las variaciones del cielo.

En varias ocasiones, durante la cuaresma, fué motivo de acciden-

tes y desmayos, el encuentro de las comparsas de *penitentes descalzos* que recorrían las calles después de las doce de la noche.

Los *penitentes* eran personas piadosas que vestían la túnica de *nazareno*, ceñían a sus cabezas coronas de espinas, cargaban una pesada cruz alternativamente, y marchaban descalzos durante dos horas por el medio de las tenebrosas calles, rezando en voz baja.



El cucurucho (cuadro de D. M. A. Caro)

La devoción de los *penitentes* duró pocos años, porque se descubrió que usaban el disfraz de *nazareno*, ladrones que acechaban la oportunidad de derrener a los que transitaban por las calles apartadas del centro, infundiendo el terror a las familias, aún los que salían para hacer verdadera *penitencia*.

La autoridad se vió en el caso de prohibir la salidad de las comparsas, y desapareció así, el motivo de sorpresas aterradoras, en las solitarias y oscuras calles de la ciudad.

Nos han referido que en una de esas tristes noches de invierno, fué cuando la hermosa y joven actriz Teresa Rossi, recién llegada de Europa con la compañía de ópera italiana, salió por curiosidad a dar un paseo por la parte más central de la ciudad, a las 8 de la noche del siguiente día de su arribo a Santiago, con algunos compañeros, y volvió a su hotel desconsolada y afligida, exclamando con gracia femenil delante de sus amigas: *civitta morta! civitta morta! ciudad muerta! ciudad muerta!*

(Historia del período revolucionario en Chile. 1848-1851).

SANTIAGO EN 1850

Antonio Yáñez Vicuña

Hacia la mitad del siglo que acaba de terminar, continuaban siendo las principales obras de arquitectura la Moneda, la Catedral y el puente de Cal y Canto, las tres ejecutadas durante el régimen colonial. Los paseos más concurridos eran la Alameda sobre el antiguo cauce del río Mapocho, con tres largas avenidas y cuatro hileras de gigantescos álamos, y las murallas del Tajamar extendidas por la ribera Sur del Mapocho.

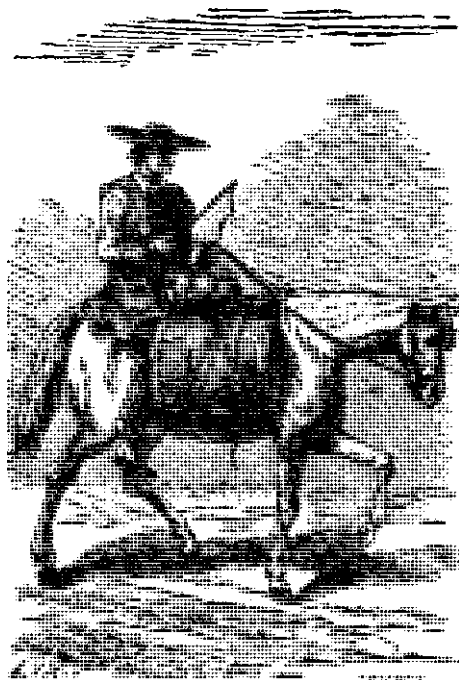
Las calles más centrales tenían pavimentos de gruesas piedras de río, y veredas labradas de duras rocas. Por el centro de las calles que se extienden de oriente a poniente corrían las aguas lluvias, y durante el verano, se hacía correr agua del río para regarlas y aplacar el polvo, que formaba nube al más ligero soplo del viento.

El poco movimiento que se observaba durante la mañana, era ocasionado por los proveedores y vendedores ambulantes, que confundían sus gritos ofreciendo sus especies, pero a corta distancia de la plaza de la Independencia, se observaba un tráfico insignificante y el silencio se hacía profundo. Era muy raro que la gente saliese de sus casas en la mitad del día, porque los antiguos hábitos imponían el reposo y la tranquilidad en los hogares, de una ciudad que no pretendía hacerse comercial ni a adoptar el sistema de los habitantes continuamente agitados por los negocios y los azares de la vida, en otros países.

Santiago semejava por estas causas en ciertas horas del día, una gran necrópolis, exteriormente, donde el silencio no era interrumpido sino por los rumores propios de una agreste aldea, plácida y serena, re-

galada por un ambiente impregnado de los aromas de los jazmines y diamelos, que desprendían los huertos de las espaciosas casas donde vivían familias aisladas como en un mundo aparte.

Durante las tranquilas noches del invierno, era fácil escuchar las sonoras avenidas del Mapocho, que se deslizaban por ancho y pedre-



El aguatero

goso lecho, esparciendo por la ciudad un rumor campestre, sordo y amenazante.

Con motivo de la llegada a Chile del arquitecto francés Mr. Brunet de Bains se entusiasmaron algunos ricos vecinos de Santiago, para edificar nuevas casas de un orden arquitectónico diferente al empleado durante la era colonial.

Su ejemplo fué imitado sucesivamente, hasta operarse casi de un modo completo la transformación de los edificios bajos, en los últimos años, desapareciendo para siempre los artesonados pórticos que ostentaban blasones, armas y escudos nobiliarios, favorecidos del sol y de las



El motero

lluvias por una especie de nicho triangular llamado *monigote*. Este pórtico era la principal distinción de la fachada, venerado por sus dueños con un respetuoso sentimiento de amor hacia lo antiguo, que ha desaparecido casi por completo entre la muchedumbre de las nuevas generaciones, empeñadas en nivelar todas las diferencias de nobleza y de estirpe, y las lujosas exterioridades en hábitos y costumbres.

Nadie había pensado aún en convertir el cerro de Santa Lucía, en espléndido y artístico paseo público.

El variado conjunto de senderos y avenidas ornamentadas con jardines y árboles frondosos, extendidos por los caprichosos accidentes de la pequeña montaña, hubiera sido sólo una fantástica ilusión en aquellos tiempos, y cosa increíble poder subir, como lo vemos hoy en carruajes y carros impulsados por la electricidad, hasta las planicies artificiales, o por escalinatas regias hasta su cumbre.

Al abandonado cerro subía tal cual curioso, para contemplar el vasto panorama de la ciudad y de los campos inmediatos.

Por la ribera norte del Mapocho, se divisaba las arboledas y los huertos que apenas dejaban entrever los aplastados edificios que, con el transcurso de los siglos, se habían ido acumulando alrededor de los claustros de religiosos. De los templos de Recoletos y Monjas Carmelitas, se destacaban en el paisaje los sólidos y vetustos torreones que recordaban la edad colonial, y conservaban la fisonomía medioeval de las poblaciones de España, siempre atentas con sus habitantes al toque de las sonoras campanas, que congregaban la piadosa multitud.

El extenso barrio de Yungay, cubierto hoy de edificios donde vive una numerosa población disfrutando de comodidades parecidas a las del centro de la capital se componía de quintas espaciosas, divididas entre sí por murallas bajas, y en donde se vivía como en el campo, careciendo de calles transitables en la estación de invierno, porque las lluvias las convertían en temibles lodazales.

La ciudad de Santiago no poseía monumentos de importancia. Nada recordaba los grandes fastos de la patria, las glorias ni las virtudes heroicas de sus hijos. La generación que vivió en los tiempos de la gran Revolución de la Independencia, aún no se había extinguido, y con la continua evocación de los recuerdos y las manifestaciones de gratitud y admiración, se suplía la falta de los monumentos de bronce o de mármol, que tardaría aun mucho tiempo en contribuir al embellecimiento de la ciudad que comenzaba a transformarse.

Ningún arco de triunfo se alzaba para expresar el entusiasmo por las glorias del pasado; ninguna columna u obelisco para conmemorar

a los hombres eminentes o grandes acontecimientos públicos; pirámides no existían, sino las que el gobierno colonial había erigido al terminar alguna obra de gran utilidad para el país con la leyenda, *finis labor improbus coronat opus*, y las fechas del principio y fin de la construcción. Algunas de estas pirámides, existen en los antiguos tajamares, y en la antigua avenida de San Pablo, recordando al gobernador de España don Ambrosio O'Higgins, quien emprendió y dió término al trabajo del camino de Valparaíso, por las cuestas de Prado y de Zapata.

No había medios para expresar con grandes monumentos los hechos históricos que más tarde hemos podido contemplar en los paseos de la capital. Existía desde algunos años atrás, el grupo en mármol que simbolizaba la libertad de Chile, compuesto de una diosa que da la mano a un indio para levantarlo de su postración y servilismo. Esta artística obra que se halla colocada aún en el centro de la plaza principal de Santiago, presentando en los cuatro costados de su zócalo bajos relieves de batallas y combates navales, fué encargada a Europa por el Gobierno, a nuestro Ministro acreditado en Francia, don Francisco Javier Rosales. Tiene el mérito de haber sido la primera escultura con que se inició la serie de manifestaciones patrióticas, que recuerdan los acontecimientos más notables de la vida de la República.

(*Historia del período revolucionario en Chile 1848-1851*).

EL BUZON DE LA VIRGEN

Vicente Reyes

Desde luego, querido lector, un millón de gracias al presbítero don Juan Ugarte, y un reproche a la Administración General de Correos por su indisculpable negligencia.

Antes de ahora, había correo para Mendoza, correo para Valparaíso, correo para Melipilla, correo para todas partes y buzones en todos los correos. Las relaciones del hombre con el hombre estaban perfectamente atendidas y admirablemente facilitadas.

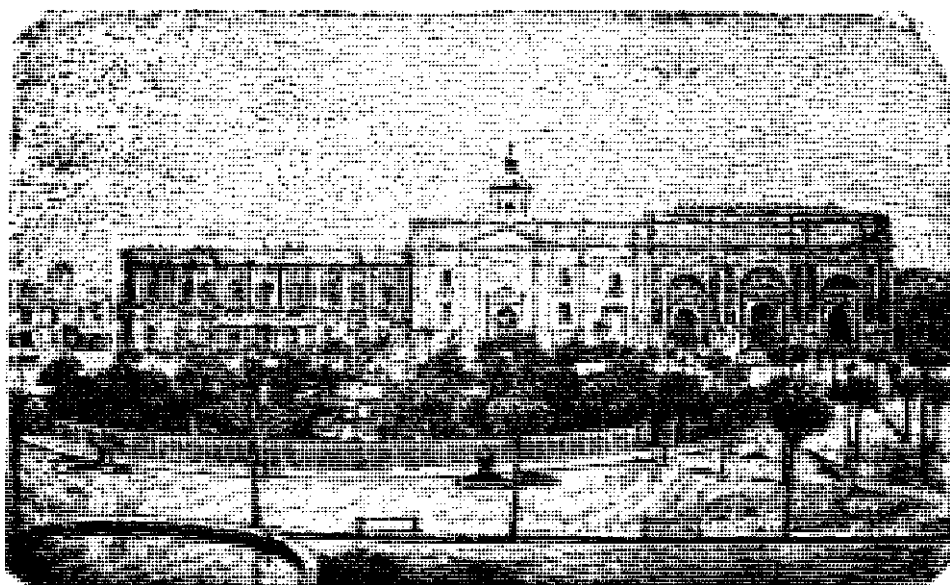
Pero las relaciones del hombre con los espíritus celestes, las primeras, las más importantes de todas sus relaciones, las que debe, por propia conveniencia cultivar con mayor esmero, estaban descuidadas, desatendidas.

Faltaba un medio de comunicación fácil y expedito con los habitantes del cielo, faltaba una oficina, faltaba una persona a quien poderse dirigir para que remitiese las súplicas, los pedidos y los encargos a los moradores de aquella región: faltan, en fin, para decirlo de una vez, un correo y un buzón para la eternidad, y don Juan Ugarte se ha encargado de establecerlos.

La empresa es por suscripción. Un peso al mes, y el socio contribuyente tiene derecho para escribir todos los días cuantas cartas se le dé la gana, en la seguridad de que han de llegar a su destino, sin necesidad de franqueo previo ni otras gabelas.

Todas las cartas deben de ir dirigidas a la Virgen. Ella es la que está exclusivamente encargada por ahora del Ministerio de Gracia en la otra vida. Se previene a las niñas, para su consuelo, que ha nombra-

do de asesor a San Antonio para la resolución de las súplicas en materias matrimoniales. Por más que los espíritus malignos se empeñen en combatir el pensamiento del señor Ugarte los hombres sensatos, la gente reflexiva se lo aplaude.



Catedral y palacio arzobispal

Los tribunales de la otra vida habían sido equiparados hasta ahora con los juzgados de mínima cuantía. Entre un inspector y Dios, entre un juez de barrio y María no habrá diferencia, por lo que toca a la tramitación de los asuntos. Unos y otros juzgaban "a verdad sabida y buena fe guardada"; las solicitudes por escrito estaban en desuso y la firma de letrados, también. Se exponía la solicitud y se resolvía breve y sumariamente.

El presbítero Ugarte ha puesto las cosas en orden. Para pedir algo a la Virgen es preciso escribir, para que haya solicitud es preciso

que haya memorial para que haya derecho de pedir es preciso que haya erogación y para que se obtenga lo que se pide es preciso que haya fe. La solicitud por escrito, la erogación y la fe, he aquí pues el secreto de la gracia. Por lo demás las gracias no pueden ser más baratas: dad ocho reales y alcanzaréis cuanto queráis.

Los miércoles en la noche, el presbítero Ugarte depositará a los pies de María una urna conteniendo todas las solicitudes que se hayan hecho en la anterior semana y María las resolverá a la mayor brevedad, porque así se lo ha dicho en confianza a su secretario. En las solicitudes que versen sobre asuntos graves, apenas se tomará el tiempo necesario para dar vista al Fiscal; en las demás, procederá sobre tabla. Se nos había olvidado advertir que el peso se paga adelantado.

En cuanto a la notificación de la resolución que se dicte, no hay nada establecido aún; pero eso es lo de menos.

Los comerciantes, entre tanto, andan furiosos. La satisfacción de las necesidades está en baratura, y sabido es cuanto perjudican las baraturas al comercio. Pudiéndose pedir a la otra vida todo lo que ha de menester, mediante la facilidad de comunicación últimamente establecida, ¿qué pelado comprará peluca, ni que cojo gastará muletas? El comercio va a sufrir una bancarrota inevitable. Pero los comerciantes pedirán cada uno por su parte, que los consumidores concurren exclusivamente a su tienda. Dejar contentos a todos será un conflicto para la Virgen, dejar contento a uno solo será un conflicto para la economía política.

La Poligamia y la Bigamia son perjudiciales a la sociedad. Si muchas niñas piden a un joven o muchos jóvenes a una niña, ¿qué se hará?

Las solteras van adquiriendo mayores deseos de casarse a medida que las canas van tomando una actitud más decidida, y es seguro que irán en masa a alistarse entre las Hijas de María y que harán una descarga de pedidos. Los solteros por consiguiente están en peligro.

El presbítero Ugarte se ha hecho cargo ya de estas dificultades y es seguro que serán resueltas pronto de una manera conveniente.

El matrimonio es el más grande escollo con que tropieza la institución, y lo único que se ha podido establecer fijamente hasta ahora sobre solicitudes matrimoniales es lo siguiente:

1.º Por razón de la vindicta pública y de la fidelidad conyugal, se prohíbe a las viudas hacer ningún pedido en ese orden antes de las veinticuatro horas después de haber fallecido el cónyuge, y, temiéndose que contravengan a esta orden, se les conmina desde luego con un cebollón para el caso que no cumplan; y

2.º Los pedidos en terna que hagan las coquetas no podrán ser proveídos sin dar traslado a las partes.

Por lo demás como la institución fundada por el señor Ugarte es nueva, no ha sido posible aún arreglar todas las cosas de una manera conveniente y definitiva.

Nosotros hemos querido publicar en las columnas de vuestro diario lo que hasta ahora sabemos sobre ella a fin de que el público, en cuyo obsequio se ha establecido, pueda formarse alguna idea de los bienes que está llamado a producir y tomar conocimiento al mismo tiempo de lo que hasta aquí se ha establecido.

(*"El Ferrocarril"*, 1856).

LA PASCUA DE 1856

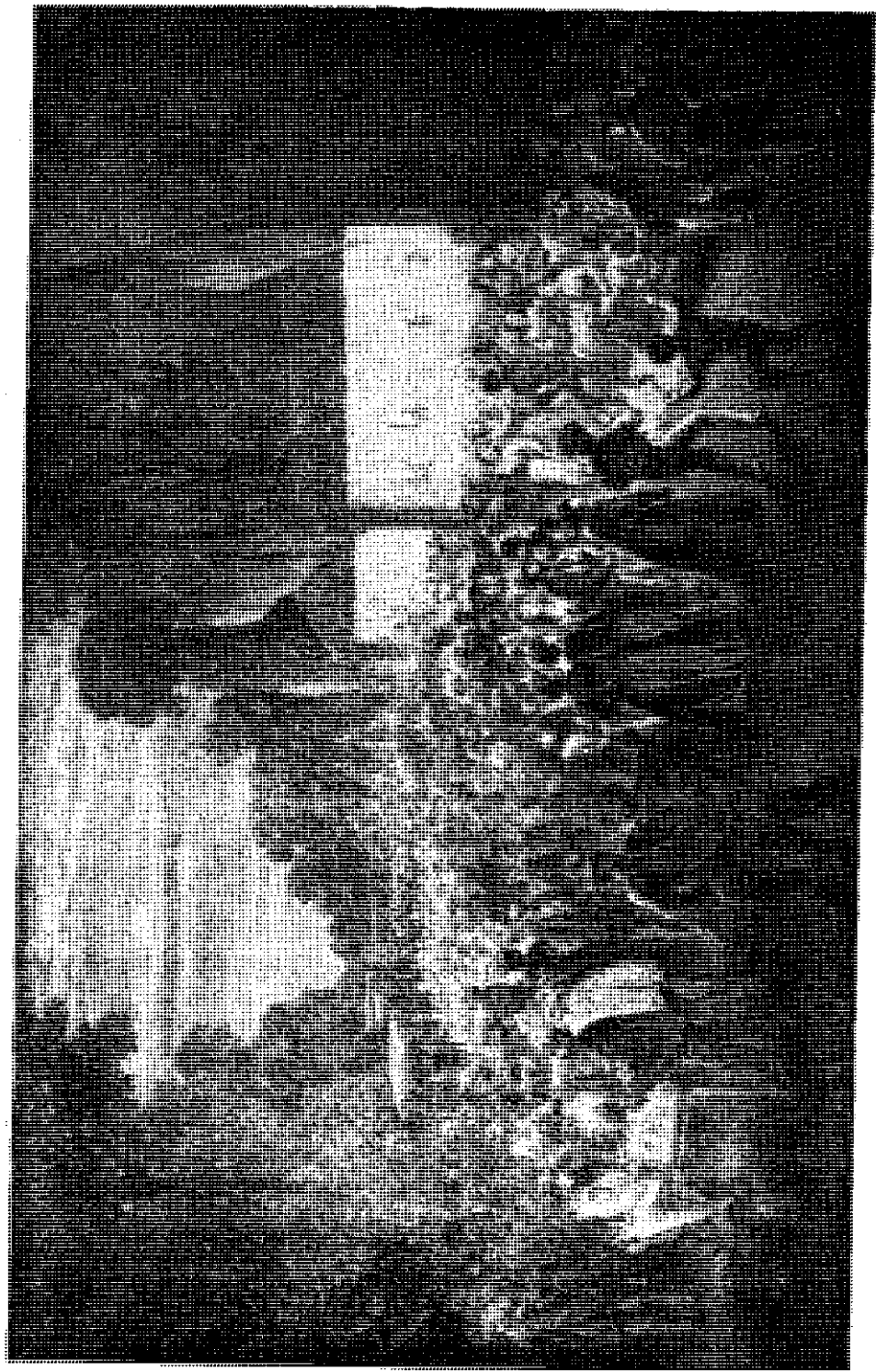
Vicente Reyes

Acercábase ya el 24 de diciembre y con él la Noche Buena. Esta fiesta, religiosa en su origen, profana en sí misma y eminentemente popular, había sido desde remotos tiempos propiedad de la Plaza de Abastos, en Santiago. Los futres y los chatres, las maritornes y las sílfides, las gasas y los rebozos, el poncho y el frac, la aristocracia y el pueblo, todos estaban allí, unos buscando flores, otros buscando pañuelos y unos y otros revueltos, confundidos y estrujados . . .

En esta apretura modelo, no había gordo que no renegara, ni niña que no perdiera; la tortura física pesaba sobre todos y la tortura moral sobre las mamáes.

El señor Tocornal, comprendiendo todo esto y queriendo a la vez que salvar los inconvenientes producidos por la estrechez del local, dar a la fiesta toda la amenidad posible, resolvió trasladarla a la Alameda. Excusado es decir que esta idea, concebida en feliz momento, obtuvo en el público una acogida favorable. Los gordos y las mamáes, sobre todo, la recibieron con un entusiasmo difícil de describir.

Con un celo merecedor de todo elogio, el señor Tocornal había dispuesto las cosas de manera que nada faltara a la Noche Buena para hacerse digna de su nombre. La iluminación que sirve de adorno a la Alameda en las fiestas nacionales de septiembre, debía ir por esa noche a esparcir sus reflejos en toda la extensión del paseo, y para que la cosa saliera completa, las bandas de músicos de los seis ba-



La Noche Buena en la Cafia

tallones cívicos tocarían por turno variadas y escogidas piezas, capaces de dejar satisfechos a los oídos más exigentes.

Fácil es concebir que todos estos preparativos eran más que poderoso estímulo para que los habitantes de Santiago esperasen con ansia la noche del 24, y se preparasen, cada cual a su modo, para pasarla de la manera más confortable que posible fuera.

El enamorado mancebo que sentía en su corazón las raíces de algún camote, se daba oportunas trazas para que su brazo y el de su adorado tormento formasen en aquella noche una dulce asociación. ¡Desgraciados aquéllos que, habiendo errado en sus cálculos, se vieron en el momento oportuno y cuando pensaban entrar en campaña, obligados a incorporarse en el Estado Mayor! La Noche Buena, dejó de serlo para ellos.

El individuo del bajo pueblo, por su parte, el verdadero señor de la fiesta, porque es el que la goza y la apura sin cortapisas de ninguna especie, prepara su bolsillo y acumula todas las cantidades de dinero que a su mano vienen, para celebrar con ellas el nacimiento del Redentor del Mundo.

Y como está en el orden de las cosas que habiendo personas dispuestas a comprar, haya también personas prontas a vender, las calles laterales del paseo de la Alameda fueron desde la víspera de la feria invadidas por una falange de mesas y de carpas, de sillas y de bancos que se disputaban las localidades con sostenido empeño. Para esto de altercar por los lugares de preferencia no hay nadie como las ventas de las fiestas de Navidad y las comunidades religiosas en las procesiones.

Entre tanto, el espectáculo que la Alameda ofrece, si bien tiene mucho de animado, tiene también algo de triste. Dificultamos que, se haya verificado jamás una exposición más abundante de objetos que, por su mísera condición, por su desaseo y falta de gusto se expresasen de una manera tan elocuente sobre la miseria y la absoluta carencia de comodidades de nuestra clase proletaria. Allí no se veían más que sillas y mesas que por lo estropeadas podrían compararse con la

constitución política y por lo sucias con algunas calles de la población. No se crea que exageramos.

Pero, ¿qué importa? la Noche Buena llegará y no faltarán manteles que cubran las mesas, ni personas que cubran los banquillos, ni ladrillos, ni piedras que los afirmen. Los aristocráticos pavos (porque los pavos pertenecen a la aristocracia), los enflorados jamones, los salchichones y los dulces estarán allí llamando a las elegantes parejas y excitando la voracidad de los gastrónomos.

Habrá flores para consuelo de las narices, frutas verdes para provecho de los médicos, champaña, oporto y burdeos para combatir el frío de la noche.

Es preciso comer, es preciso beber, porque sin comida ni bebida no queda debidamente celebrado el nacimiento del Redentor del Mundo ¡guerra a los pavos, guerra a los jamones! Adiós Laffite, adiós Margaux! Sardinias, chocolate, pasteles, adiós! Si vosotros sois paganos, el mundo está ya regenerado, porque el paganismo ya está expirando.

¡Soberano pueblo, a la carga! La ley de Moisés ha terminado (por lo menos en lo relativo a la bucólica) y una ley más suave rige a la humanidad: el chancho ha dejado de ser un comestible prohibido: ¡guerra pues, con él, luego al arrollado!

Vengan la baya y el chacolí a exhalar sus vapores sobre ti, elector de los diputados de mi patria; vengan el chivato y la horchata con malicia a pasearse en espíritu sobre tu cabeza soberana, mientras las Dulcineas con olor a albahaca te hacen olvidar las penas de la vida y, bebiendo en tu vaso, contigo comparten los goces del momento. El imbécil mundo te llama desgraciado y, sin embargo, para ti no encierra el porvenir mortificantes dudas, para ti no hay vindicta pública, para ti no hay aspiraciones, para ti, en fin, no existen las ideas que agitan el espíritu, ni las trabas que coartan las acciones. Amas y bebes, porque el amor y la bebida son tu presente, y el presente es todo para ti.

La Corte y la bohardilla, el ceremonial y la naturaleza están en la Alameda.

Los habitantes todos de Santiago comprenden que una noche buena vale bien la pena de una mala noche. Para que exista la una, es preciso que exista también la otra; tan cierto es que los extremos se tocan.

Esos mozos andan desatentados. Las preguntas y las respuestas se cruzan.

—¿Por dónde irá? ¿Las has visto? ¿Con quién va? Por aquí. Por allá.

Al hecho. El judío errante no anduvo más durante su largo peregrinaje; la persecución es horrible; las hijas de Eva tienen una fuerza de atracción inconmensurable.

Gracias a Dios! Ya la encontró. ¿Qué tenemos? Se miran, se vuelven a mirar, se miran otra vez ¡Qué felicidad!

Los claveles están a cuarto de onza; los nísperos a cóndor. ¡Qué queréis!

Cristo nació y es preciso que así suceda. El nacimiento de Cristo, dice Say, nada tiene que ver con el valor de los productos. Queda probado que Say es un zángano.

La soberanía nacional, entre tanto, anda por los suelos. En esta vez no es la autoridad pública quien la hace vacilar; es el Dios Baco, partidario acérrimo del poder absoluto, a juzgar por las apariencias.

Venus y Cupido se disparan flechazos que da miedo.

La aristocracia hace esfuerzos por separarlos, y la democracia que tiene afición a las pendencias, los anima hasta hacerlos llegar a las manos; sabido es que nuestro pueblo gusta de los combates, cuerpo a cuerpo. Citaremos a Loncomilla para que no se crea que hablamos en sentido figurado.

Al fin, la aurora y el sueño empiezan a asomar para los que se mantienen en pie, y he aquí una prueba de que no siempre la aurora viene a interrumpir el sueño de los mortales, como se dijo, no ha mucho, en un sermón. Dejad al soberano en posesión del terreno, que al fin suya es la tierra y derecho tiene para tomarla por lecho, y marchad a buscar las blandas almohadas para llorar sobre ellas vuestras

cuitas, o para que sostengan vuestra frente, cargada de dulces y agradables recuerdos.

En cuanto a nosotros, que hemos tocado la fiesta sin que la fiesta nos toque, os protestamos formalmente la resolución de dormir a la Bartola hasta que Dios sea servido.

Por lo demás, cábemos la satisfacción de no encontrar en la Noche Buena ninguna desgracia de que poder dar cuenta a nuestros lectores. La estadística criminal debe estar apesarada de ello, porque se había acostumbrado ya a sacar de la fiesta mucho pan que rebanar.

Como presumimos que el lector haya estado en el paseo de la Alameda, en la tarde del jueves, creemos conveniente dejarlo en libertad de pensar de él lo que quiera, sea favorable o sea adverso. Después de todo, aun cuando quisiéramos decirle algo sobre el particular, poco o nada nuevo podríamos agregar a lo que se ha dicho cada vez que un gran concurso de gente ha invadido aquel recinto. Las bellas muy bellas; los enamorados muy rendidos; los dandys muy ajustados y las elegantes muy anchas. El paseo a la Alameda no se presta sino a variaciones sobre el mismo tema. Unos se sientan, otros andan, todos se miran, algunos cortan, la noche viene y la concurrencia se retira. Esto es todo lo que se hace; que en cuanto a lo que se dicen las personas que tienen algo que decirse, eso no pertenece a nuestro fuero sino al de la conciencia. Díganse, pues, en buena hora, lo que a las mientes se les venga, en la seguridad de que, aun cuando lleguemos nosotros a saberlo, lo reservaremos como pecado mortal, séalo o no lo sea.

(*"El Ferrocarril"*, 1856).

LA NOCHE BUENA EN 1858

Moisés Vargas

Estamos en la noche del 24 de diciembre de 1858. Era, pues, víspera del alegre día en que nuestras elegantes ostentan flamantes trajes de hermosos colores de verano; del en que las huasas y gentes de los pueblecillos circunvecinos se atavían con telas en que campean el amarillo, lacre y verde; del en que nuestro pueblo celebra tanto como el inmortal *dieciocho*; en una palabra, en víspera del gran día de Pascua.

En nuestra capital, principalmente, se sabe cuán celebrado es ese día. El es, puede decirse, el precursor de las salidas al campo, el que pone fin a las tareas de los estudiantes de la mayor parte de los colegios y quizá el último en que nuestros paseos se ven hermoseedos por centenares de familias que luego abandonan por dos o tres meses a Santiago en busca de nuestros risueños campos, que les brindan tranquilos pasatiempos y un temperamento suave y delicioso.

No se extrañará, pues, que muchos se impongan como un deber el pasar la Pascua alegres y divertidos.

En aquel año todavía se colocaba en la Alameda cordeles paralelos de los que pendían multitud de gallardetes con los colores nacionales, se la iluminaba con farolillos chinescos y los intervalos de uno a otro sofá se ocupaban con sillas de todas formas.

En la tarde, y esta es costumbre que no se ha perdido, el paseo era concurridísimo y centenares de coches colocados a la deshilada en el lado Norte de la Alameda, aguardaban a sus dueños, que a las

oraciones, por lo común, abandonaban el campo de diversión a la gente de más humor.

Las callejas laterales aparecían ocupadas por casuchas provisionales o carpas de lona adornadas lo mejor posible y en las que reina cierta emulación por presentar al consumidor los mejores jamones y toda especie de pajaracos perfectamente cocidos, embanderolados y aliñados. No se echaba, por cierto, en olvido el tener una buena provisión de vinos y licores de *la mejor calidad* aunque adulterados en su mayor parte, entre los que sale siempre a plaza con más frecuencia el bienaventurado *chacolo*, sustituto de la nacional *baya*; la cerveza del país que tanto terreno va ganando en nuestro pueblo, aparecía entonces para lo que era el lucimiento y ornato de la fonda, pues tenía aún muy pocos prosélitos.

Pero la parte del paseo que presentaba, sin disputa, el mejor y grandioso golpe de vista, era el óvalo. Ese mismo óvalo tan transformado actualmente, mediante el genio innovador del mandatario que trató de convertir en núcleo de jardines cada uno de nuestros sitios públicos.

En el tiempo a que nos referimos, podía contener multitud de personas. Circunvalado de álamos copudos y majestuosos que apenas cerraba la noche tomaban un verde oscuro, aparecía esa noche despojado de su aspecto imponente, alumbrado como estaba por millares de farolillos de colores.

Una banda de músicos colocada a un lado sobre un tabladillo halagaba los oídos de los circunstantes de capa cuadrada, que, por su cercanía, eran los que disfrutaban a las mil maravillas de sus armoniosas notas.

Infinidad de mesitas formando dos grandes curvas laterales era lo que daba el aspecto inusitado de que hemos hablado; pues todas ellas presentaban una línea matizada de aroma, negro, verde, lacre, etc., por las pirámides que sostenían de damascos, brevas, ciruelas, de la Purísima, duraznos de la Virgen y de nuestro padre San José, peras, entre las cuales la más lozana probablemente sería la de San Andrés. Estaban ausentes las uvas de San Francisco y los peros de San

Joaquín por ser frutas invernales, en cambio, se veían otras de quien sabe qué jerarquías celestiales no muy bien sazonadas, pero en estado de salir de ellas a buen precio en aquella noche.

Por otra parte, surgen tal cantidad de vendedores ambulantes y estacionarios en la tan bendita noche que no nos hallamos con fuerza para hacer su nomenclatura, contentándonos con encontrar algunos al paso cuando sea necesario que los que van a ser nuestros héroes festejen a las que van a ser nuestras heroínas.

Son algunos los lances que tratamos de referir a nuestros lectores y sin duda que no es pequeño el atolladero en que nos encontramos para hacérselos saber en todos sus pormenores del modo más natural y sin andar el que esto escribe metido en la zandunga.

(Lances de Noche Buena).

SANTIAGO EN 1860

Ramón Subercaseaux

En el año 1860 encuentro el límite más apartado de mi recordación para las cosas de la ciudad, de sus calles y de su aspecto más general. Santiago debía de tener todavía en esa época en que no contaba más que el primer medio siglo de vida de capital independiente, un sabor muy colonial.

La gran mayoría de las casas eran de un solo piso al nivel del suelo, o con una o dos gradas de elevación. El material que se había empleado era el adobe, que se enlucía y blanqueaba después. Los tejados tenían aleros que avanzaban, cubriendo una parte de la vereda contra la lluvia y el sol alto del verano. Las casas de altos, como la nuestra de la calle Catedral, desarrollaban un balcón corrido en toda la fachada, sobre cuyos pilares de madera descansaba más arriba el mismo alero de tejas de las casas bajas. Las únicas ornamentaciones se solían encontrar en las portadas, bajo el mojinete y sobre la puerta de calle, la cual era entonces de madera realzada con grandes clavos forjados. Las viguetas o tijerales llevaban también su punta al aire laboreada; sobre ellas se apoyaba una armazón de ladrillitos que sostenían la última fila de tejas; estos ladrillitos llevaban una decoración sumaria de pintura blanca, para ser vista desde abajo.

Un lujo que era bastante característico y que marcaba quizá el último gusto español adoptado en las casas, era el de las rejas de hierro historiadas y empinadas que protegían la ventana del centro, correspondiente al salón, en las buenas casas que eran de esquina y se desarrollaban sobre la calle atravesada.

Los fierros hacían mil contorsiones simétricas, se entrelazaban,

se separaban, se volvían a unir por medio de anillos remachados bajo la cabeza de un clavo de cuatro aristas, o de un rosetón, y enrosándose por fin en la parte superior, terminaban en puntas agudas con ondulaciones como de llama. A mi me divertía mirar esas obras de arte de los herreros del coloniaje, en realidad curiosas e interesantes. ¿Qué se han hecho esas bonitas rejas?

Las casas de fábrica más moderna eran escasas todavía, se las veía en las esquinas más centrales, haciendo valer sus fachadas pretenciosas, dibujadas, en alto estilo según las reglas de Vitruvio y Vignola, por los arquitectos de la nueva escuela, franceses o italianos. El pórtico y el primer patio era lo que en seguida preocupaba a éstos sucesores de los alarifes españoles, sin que para nada pensaran en la comodidad de los moradores; algunas casas de esas con proporciones de palacio italiano, tenían apenas unos pocos dormitorios estrechos, y sus escaleras y partes inferiores eran un simple adefesio.

Don Enrique Meiggs, el contratista enriquecido del ferrocarril de Santiago a Valparaíso, hizo un poco más tarde, sirviéndose de arquitectos norteamericanos, la casa y quinta de la Alameda, que fueron el primer ejemplo de habitaciones que reunían la elegancia y la comodidad.

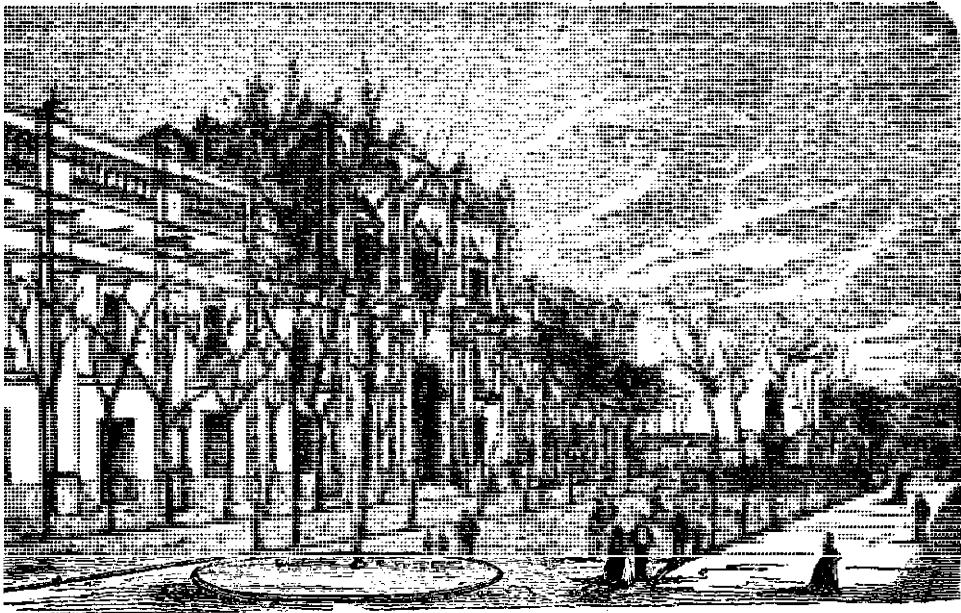
La plaza principal era del todo colonial en su lado norte, donde se alineaba la cárcel, la Intendencia y otro edificio español que servía de cuartel al batallón cívico número 2, en la esquina que se dedicó más tarde al edificio estucado del Correo.

La Intendencia llevaba al centro una torre a la cual no faltaba un cierto aire de Ayuntamiento, que podría llevarla sin desdecir cualquiera casa de Gobierno local en cualquiera ciudad antigua de Vizcaya.

Por el lado sur corría el portal de Sierra Bella, de propiedad de un limeño. Tenía baratillos de madera que se apoyaban en los arranques de la arquería. Un incendio vino a los pocos años a dar cuenta de todo, portal, baratillo y tiendas de más adentro.

La Catedral y Capilla del Sagrario, con sus cornisas de piedras quebradas por la intemperie, no tenían aún la continuación de sus lí-

neas que les ofreció la fabricación posterior del Palacio Arzobispal. Un campanario de cal y ladrillo cuadrado y modesto, terminado en un simple tejado de cuatro aguas, se alzaba en el interior, frente a la puerta del Sagrario; su esquilón grave, se dejaba oír por toda la ciudad acompañando las principales distribuciones del capítulo metropolitano; sus campanas menores repicaban alegremente con la insisten-



Palacio de la Moneda

cia de los chicos y con sonidos altos y agudos, durante las procesiones o llamando a la misa mayor. El timbre festivo y agitado que les era familiar me ha quedado como grabado en el oído, y le reconocería siempre en medio de cualquier otro campaneó.

Por el oriente se había levantado sólo una pequeña parte de la

gran arquería que formó después el portal Mac-Clure; aquello se llamaba entonces el portal Tagle.

A una cuadra de la plaza principal se encontraba la plazuela de la Compañía, otro recinto español y colonial. La antigua iglesia de los jesuitas la cerraba por el norte con su fachada alta y compartida en líneas rectas que la encerraban en sus cuadrados, algunos nichos de santos, pintados sobre tablonces recortados formando el perfil de la figura. En frente estaba el antiguo Congreso con su sala larga que servía alternativamente para las sesiones de una y otra cámara. Los Tribunales de Justicia ocupaban el mismo palacio en que han seguido, y por fin, se levantaba al poniente una casa particular insignificante, de pared blanqueda y tejado verdegueante de vetustez. En el ángulo entre el Congreso y la casa vieja, había una oficina pública fundada desde pocos años, la Caja Hipotecaria. Por la noche se instalaban en la plaza unos vendedores de zapatos que ofrecían su artículo acomodado simétricamente en canastos que asentaban sobre el suelo, alumbrados por farolitos con velas de sebo.

En la parte del río que defendían los pretiles o tajamares, estaba la Plaza de Abastos o Mercado, que consistía en un cuadro de edificios bajos construídos en la misma disposición sencilla que todo el resto de los edificios viejos de Santiago. Allí se vendía carne, legumbres, pescado y todos los artículos de alimentación. También se cocinaban y expendían, en medio del humo y del olor penetrante de la grasa derretida, los picarones, sopaipillas y empanadas fritas. Los puestos de mote y huesillos, de empanadas caldúas y de tortillas de rescoldo, alternaban con las ventas de pajaritos vivos, jilgueros, tordos, y de frutas frescas y secas, todo en grande, pintoresca y sabrosa variedad.

Por la mañana las mujeres de manto y los hombres de negocios del campo y de la ciudad, llenaban el recinto, comunicándole gran vida y actividad.

Era también humorada de la gente de la sociedad ir al amanecer al mercado a tomar una comida popular después del sarao en casa elegante.

De ahí cerca arrancaba el puente de Cal y Canto, que comuni-

caba con el barrio de ultra Mapocho, llamado también la Chimba. La construcción del puente era de arquerías sumamente sólidas y que tenían su hermosura. Sobre cada machón o estribo se levantaba una especie de glorieta de cal y ladrillo, ocupada también por alguna venta del mismo género que las de la Plaza de Abastos.

La Alameda comenzaba al oriente por lo que llamaban las Cajitas de Agua y que era algo como depósito de distribución, recubierto por unas pequeñas pirámides de albañilería. Luego venían, hacia abajo, las plantaciones de álamos altos, oscuros, rectos y robustos, que dieron su nombre a todo el sitio, y seguían hasta la estación de los ferrocarriles o más bien del ferrocarril del sur, que fué el primero que partió de Santiago. Una acequia de agua rápida corría entre los álamos, puestos en doble fila. Las raíces sedientas formaban una doble pared de filamentos rosados, sumidos en la corriente que parecía porfiar por arrancarlas.

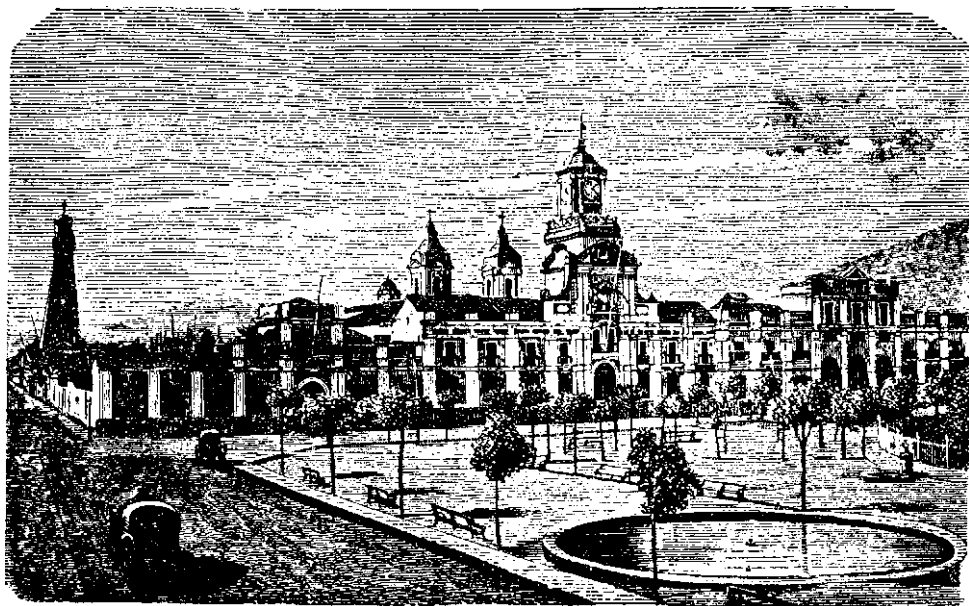
En las mañanas de noviembre, las hojitas tiernas y claras de los álamos despedían un olor finísimo, mejor que el de muchas flores. En pleno verano aquello tenía un aspecto en cierto modo solemne, era una perspectiva de muro elevadísimo, de color verde casi negro, formada por innumerables pirámides en fila. Antes del invierno, que dejaba sólo el armazón de troncos y ramas secas, el despojo se hacía en pocos días, sin agitaciones de vientos ni de grandes lluvias, como corresponde al poético y dulce otoño de Chile.

Vencidas por los primeros fríos de la mañana y por las brumas de la tarde, caían con languidez las más de las hojas, puestas ya amarillas; las otras, sin la fuerza de desprenderse, cansadas de antemano por el polvo y el calor del largo estío y como apegadas a su rama, quedaban secas y descoloridas en la altura, hasta los grandes aguaceros o hasta que la savia de septiembre les hacía ceder ante el nuevo retoño.

En el punto ocupado más tarde por la estatua ecuestre de O'Higgins, había un jardín llamado el óvalo, donde la fantasía del edil se complacía en operar cambios frecuentes. Primero había en el centro un Neptuno, tridente en mano, que presidía a un chorro de agua que, saltando sobre piedras, bajaba a perderse en un pequeño estanque; des-

pués arrasaron con todo y levantaron una colosal Libertad o Constitución de yeso, con diadema sobre la cabeza y con luces de gas por lo alto, en la terminación de una antorcha que alzaba en la mano; ardía la antorcha en las festividades de septiembre.

A lo largo de la Alameda, desde el frente de la Universidad, que estaba aún en construcción, corría un tranvía que llevaba pasajeros por



Palacio de la Intendencia

diez centavos, hasta la Estación, la cual parecía naturalmente quedar muy lejos.

La vista de toda la ciudad desde la altura del Santa Lucía era como la de un gran caserío, que sobresalía poco del suelo, del cual no quería desasirse, como si temiera otro terremoto que la sacudiera y volcara.

Los techos de tejas con sus aleros era lo que dominaba; su color gris rojizo era interrumpido por las líneas blancas de las paredes, prolongadas en la lejanía, y por los manchones de verdura del interior de las manzanas.

La blanca balaustrada de la Moneda y una que otra torre o edificio alto, daban esacasa variedad a ese paisaje aplastado. Las moles que sobresalían eran la del Teatro Municipal, de la Moneda y una que otra torre de las iglesias. En la parte más central había como un grupo de torres. Junto casi al campanario de la Catedral se veía alzarse la cúpula de la Compañía, la cual llevaba también una torre a un costado, sobre la fachada. La Merced tenía una sola torre puntiaguda de las que hoy adornan su frente. Algunas palmas enormes, inmutables, se erguían de aquí y de allá, asomando por sobre las cimas de los tejados.

De cualquier lado que se tomara la vista era sin embargo bien hermosa; al sur se extendían arbolados y llanuras dilatadas, cuyo piso verde era sólo interceptado por las filas de álamos, compactas y oscuras; pero al volverse uno hacia la cordillera se encontraba con un panorama verdaderamente grandioso. La claridad del aire dejaba ver las sinuosidades y quebraduras de los cerros, que de día eran de un color azul frío y acerado y por la tarde se teñían, en la altura, de un carmín encendido; las nieves quebrantadas de las crestas guardaban las claridades del reflejo hasta el mismo anochecer cuando la capa del polvo del tráfico, los humos blancos del fuego de leña y el vaho de la ciudad se levantaban y crecían en todo el contorno del cerro. Las montañas que limitan el valle se veían como si estuvieran situadas a unos pocos kilómetros, ilusión que se hacía como desde los cerros de Valparaíso por causa del gran alcance de los ojos de un niño.

Como me gustaba mucho caminar a pie, tenía vistas y revistas todas las calles de la ciudad, sin que me importara el piso de las veredas, que era, en las mejores partes del centro, hecho de malas baldosas, rasgadas o disparejas, y en lo demás de piedras redondas. Las calles que van de norte a sur y que se llamaban atravesadas, eran subidas y bajadas, pues la parte en que corría la acequia de los desagües interiores,

en la mitad de la cuadra, era de un nivel de más de un metro superior al nivel de la calle principal, que corría de oriente a poniente.

Se inició por entonces un gran trabajo, que se llamaba la nivelación de las acequias, terminado el cual quedaron las calles en la regularidad de plan horizontal que después no se ha vuelto a alterar.

Las acequias eran tenidas como una cosa muy benéfica; nadie pensaba en atribuirles la generación y el esparcimiento de las enfermedades y de la muerte.



Capilla de la Vera Cruz

Para beber en las casas se tomaba el agua de unos pozos profundos, labrados en el último patio, o se la recibía del aguador que los criados llamaban aguatero, el cual ganaba sus días haciendo viajes sobre un caballo viejo que tenía que soportar la carga de dos barriles llenos, y a él más encima. Algunas fuentes o pilas de la ciudad ofrecían al público esa agua escasa y preferida.

Había pequeños jardines en la mayor parte de las casas, pero se veían poco por estar generalmente encerrados dentro del segundo patio. Hacia el poniente, en el barrio Yungay, los jardines eran mayores porque eran escasas las habitaciones construídas; los había del tamaño de una manzana entera y eran fertilizados por las inmundas aguas que bajaban de la parte central.

Los primeros patios de la casa, casi siempre empedrados, solían llevar al centro un pino de Australia, y se cubrían en invierno y primavera de un pastito fino que encontraban su alimento en los intersticios de las piedrecitas redondas; había hombres que limpiaban los patios de esta pequeña vegetación arrancando las hebras verdes y sus raíces con un cuchillo viejo, y yo encontraba que no se veían mejor cuando los privaban, por temor de que aparecieran abandonados, de esa ligera mano de pintoresco. Crecían también las hierbas en los tejados donde se anunciaba la primavera con el florecimiento de los yuyos amarillos.

No existía la calle del Ejército Libertador, de suerte que el tráfico al cuartel de Artillería se hacía únicamente por la calle de Dieciocho. Yendo por esta vía hasta la Pampa había que notar las rancherías que comenzaban otra vez, como en la calle de San Diego, desde el canal que todavía se llama la Acequia Grande. Donde hoy está la Escuela Militar se veía sólo un gran terreno vago, de polvo en verano y lodo en invierno.

La Pampa era una llanura seca, cuadrada y cerrada por un foso a lo largo de sus cuatro costados. Desde agosto hasta noviembre el terreno verdeaba o se cubría de grandes manchas de flor amarilla despidiendo un olor suave y fresco de primavera en avance.

Don Luis Cousiño no pensaba todavía en regalar a la ciudad con el Parque al cual se diera su nombre.

(Memorias de 80 años).

EL INCENDIO DE LA COMPAÑIA

Abdón Cifuentes

El 8 de diciembre por la mañana más de tres mil personas habían recibido la Santa Comunión y el señor Ugarte invitó al concurso para que volviera a la noche, a la última distribución de la clausura del Mes de María. La iglesia estaba repleta desde temprano, en gran parte con la porción más escogida de nuestra sociedad femenina. Se comenzó a encender la extraordinaria y brillante iluminación que dejaba al templo como de día y parece que el incendio comenzó por unas colgaduras del presbiterio. La gente más próxima se alarmó y comenzó a remolinarse; unos decían incendio; los más lejanos creyeron que era temblor, pero pocos se dieron cuenta exacta del caso. Pronto era todo confusión y desorden. Muchos tocaban retirada, pero los más, creyendo que era un alboroto inmotivado se internaban más en la iglesia para tomar mejor lugar y allí fué Troya.

Eran cerca de las siete de la tarde; el día había sido nebuloso y la tarde se había puesto sombría como un crepúsculo de invierno. Las campanas de la Catedral doblaban con singular perseverancia y yo que estaba solo en mi casa, y triste como la tarde, escuchaba el pausado compás de ese tañido, creyendo que sería el llamado cotidiano de los fieles a la oración. No era tal, se doblaba a funeral.

Leyendo estaba en mi soledad, cuando llegó a mis oídos un lejano rumor y confuso vocerío que picó mi curiosidad y me llevó a la puerta de mi casa. Allí vi lo que luego pude ver en todas las calles. Un tinte de turbación y espanto se pintaba en todos los semblantes. Vi grupos numerosos de pueblo que llenando las calles corrían en tropel, dando

paso a algunas mujeres que, arrasadas en lágrimas y dando gritos despavoridos, más que caminaban, eran conducidas por brazos amigos en sentido contrario a la muchedumbre. Oí a algunos hombres que como desesperados corrían por aquella vía dolorosa gritando: ¡Mi madre! ¡Mis hijas...! ¡Mis hermanas! Sobrecogido con aquella medrosa sorpresa pregunté, cual era la causa de tanta turbación y me respondieron sin detenerse: ¡Incendio en la Compañía!... Se está quemando la gente.

Helóseme la sangre al oír aquello; dos de mis hermanos habían ido a la iglesia y sin más pensar eché también a correr como si oyese las voces de los míos que me pidiesen socorro. A poco comencé a ver las gruesas columnas de humo que se elevaban a la altura y al resplandor rojizo del incendio veíanse cruzar en todas direcciones como sombras errantes, a hombres y mujeres que llamaban por sus nombres a sus esposas e hijos y lloraban, porque nadie les respondía. De cuando en cuando, al caer las techumbres de la iglesia, la temible hoguera despedía más viva claridad, alumbrando al inmenso gentío que se apiñaba en la plazuela y en todas las avenidas que conducían al templo. Para llegar hasta él me fué preciso romper espesas murallas de gente y luchar con las oleadas de la muchedumbre que me empujaban de un lado para otro. Logré al fin salvar los obstáculos y llegar hasta la puerta principal de aquella inmensa pira.

¡Oh! ¡Cuántos horrores se ofrecieron a mis ojos! Allí era el gemir de las unas, el pavoroso gritar de las otras y la aterrante desesperación de todas. La gran puerta central de la fachada era una alta y gruesa muralla de seres humanos que a gritos unos y otros, embargaba la voz el estupor o la asfixia; con los brazos o los gestos pedían los sacasen de aquella boca del Infierno.

No existían entonces en Santiago Compañías de Bombas. Esta catástrofe las creó.

A falta de bombas, vi que algunas personas tiraban baldes de agua sobre aquella masa de cuerpos ardían; otras les tiraban cuerdas para que tomadas de ellas pudiesen ser arrastrados hacia afuera; otros quebraban los árboles de la plazuela e introducían sus ramas en la puer-

ta para que las infelices víctimas se tomasen de ellas y así pudiesen ser sacadas; tiraban del tronco los de afuera y se pescaban de las ramas los de adentro y así pudieron salvarse algunas bien lastimadas por el fuego.

En todas las puertas y en sus cercanías se divisaba el mismo cuadro aterrador. Las víctimas despavoridas se atropellaban y caían unas sobre otras. Reventaban en sangre las de abajo, tropezaban en ellas las de más atrás que caían de bruces, de espaldas o de lado, enredándose entre sí o formando una madeja indescriptible y una muralla de cuerpos humanos, sobre la cual se trepaban unas y otras, algunas medio quemadas, muchas ardiendo y todas con indecibles muestras de dolor y espanto. La fatal crinolina que usaban entonces las mujeres fué la causa principal del desastre. Aquella armazón de alambres o barbas de ballena fué un verdadero entrejado en que se enredaban unas con otras.

No encontrando por otra parte a mis hermanos corrí a la puerta del costado que daba al antiguo edificio del Instituto Nacional y me trepé sobre un montón de escombros, para ver si los divisaba en el horno, ya que no respondían a mis llamados. Desde allí pude dominar con la vista una parte del interior. De repente el humo oscurecía el recinto del templo; de repente alguna gran llamarada lo iluminaba con viva claridad y al nuevo resplandor dejábanse ver algunos fantasmas de figuras humanas que corrían del presbiterio a las puertas, de las puertas a las capillas, llevando en pos de sí una flotante cabellera de llamas, semejando apariciones infernales.

Por esa puerta vi salir con su ropa hecha girones a un discípulo mío que a fuerza de puñetazos y patadas para desprenderse de las mujeres que se asían a él y saltando por sobre ellas, logró salir al fin semiasfixiado. Allí también ví a una señorita Orella que luchando con otras en cuyas manos dejó todos sus vestidos, llegó al umbral de la puerta en camisa y al encontrar allí tantos hombres, el pudor la hizo retroceder en vez de salir al aire libre. Dos de los jóvenes que estaban más cerca se precipitaron sobre ella y tomándola de los brazos la arrastraron hacia fuera, cubriéndola con ropa de hom-

bre, a falta de otra cosa. En medio de esta escena oí la voz de mi hermano Absalón sano y salvo. Por él supe que mi otro hermano no había ido a la función. Mi hermano había escapado ileso por una de las sacristías en los comienzos del incendio.

Fuimos a ver lo que pasaba en el otro costado de la Iglesia que daba a la calle de la Bandera. Ya se había derrumbado con horrible estruendo la cúpula y la torre con su magnífico reloj y sus enormes campanas aplastando a centenares de víctimas. La puerta del costado oriental ofrecía el mismo horripilante espectáculo que las otras. Debajo de los arcos de la nave lateral que quedaban cerca de la puerta, se veían murallas como de metro y medio de altura, de cadáveres carbonizados. Uno de ellos parecía seminarista por su sotana y esclavina. Un poco más al norte algunos caballeros habían arrancado la reja de la ventana de la sacristía que estaba bastante alta y allí ayudaban a bajarse a algunas mujeres que se descolgaban por ese escape. Entre ellas conocí a una señorita Castillo que vivía en el colegio de las señoras Acosta y que había ido acompañando a la directora principal, doña Natividad Acosta. La señorita Castillo salvaba en camisa y sin otra prenda que el corsé; vestido, enaguas y crinolinas habían sucumbido en la lucha por la vida con su compañera de infortunio. Un caballero anciano la cubrió con su capa y con varios otros la acompañó al colegio a donde también fuimos nosotros.

Alí supe que la señorita, después de sacarse el corsé se había encontrado con toda la espalda media quemada; y que refería que la señora Natividad había dado pruebas de una serenidad y presencia de ánimos admirables; que gritaba sin cesar: ¡Calma! ¡No se atropellen! ¡Todas podemos salir si guardamos orden! ¡Con desórden pereceremos todas! ¡No se precipiten!"

Inútil; por querer salir todas las primeras no salía casi nadie y se formaba una pecha y una lucha desesperada. En uno de esos instantes en que el tumulto la llevó lejos de la señora Acosta, que pereció al fin, la señorita Castillo divisó casi vacía la nave lateral que conducía a una de las sacristías, hizo esfuerzos supremos para salir de la media, donde quedaron sus vestidos, y corrió a la sacristía donde

había una ventana muy alta que daba a la calle. Ayudada por otras fugitivas arrimaron a la pared una cómoda o escaparate que allí había y haciendo de él una escalera se treparon al hueco de la ventana y, ¡oh desesperación la ventana tenía una reja de fierro! Gritaron a los de afuera para que la arrancasen, como lo lograron entre muchos con barretas y otras herramientas y por ahí las salvaron.

Volvimos luego al lugar del sacrificio. En todas las aceras de la plazuela había cadáveres tendidos; lo mismo se veía en los corredores del Palacio de los Tribunales. Entre esos cadáveres reconocí el de la señorita Lecaros, célebre por su hermosura. Muchos caballeros con faroles andaban buscando a los suyos, deshechos en lágrimas. El aire estaba saturado de olor a carne asada. Al fin ya tarde nos retiramos a nuestra casa. ¡Qué noche de llanto y de dolor! ¡Qué angustias indecibles, qué agonías desesperadas habían presenciado mis ojos! Esos cuadros aterrantes quedaron grabados en mi memoria con caracteres indelebles, como una lúgubre fantasmagoría de un tiempo pasado, presente siempre.

(Memorias).

EL JUEGO DE LOS VOLANTINES

Javier Vial Solar

Una ligera brisilla comienza a soplar del lado de la cordillera y a refrescar el aire caldeado, anunciando que ya es buen momento para echar a vuelo los volantines y a correr los pájaros mayores, que ya no tienen para qué esperar, si de las cinco a las ocho van tres horas no más y después cada cual a su casa.

Un ruido sordo, como de mar brava, se extiende por toda la plaza y un movimiento que se desarrolla en ondas sucesivas deja sentir la ansiedad de la muchedumbre y la emoción de que está poseída. Una bola de choleta roja y adornada, cual emperejilada señora, se eleva y levanta espumas en el viento.

Luego, multitud de volantines de todos colores, algunos de ellos con navajillas de vidrio pegadas a los nudos del hilo que los sostiene, se lanza al espacio. Dos grandes estrellas enfiecadas se han levantado sobre el puente y avanzan lentamente, tomando posiciones en medio del inmenso escenario. Por todas partes, se ven en seguida chonchones, pandorgas, catitas, patos, que se levantan, bajan, giran, chocan entre sí y anuncian un maravilloso espectáculo. Todos los ojos miran hacia arriba y cuantos tienen un hilo en las manos esperan ansiosos lo que va a venir.

Una gritería inmensa surge de la multitud y en camino o en canal abierto en ella se ve a la numerosísima tropa de muchachos que corren el barrilete del zambo Martínez y va tomando y soltando soga y elevándolo en el aire, mientras estallan por todas partes cohetes, minas, voladores de ruido, que ensordecen el aire y celebran con

salvas al que asciende como un rey en el espacio. ¡Momento enorme, incomparable, glorioso!

José Martínez junto a la caja de agua donde gira el cáñamo y manejando con sus manos callosas y nervudas el manubrio, suelta, suelta el hilo, y el enorme barrilete da una cabezada y se va, se va, como ebrio y desmayado, abarcando distancia, recostándose sobre la sábana de aire... hasta el momento en que, obedeciendo al movimiento en sentido contrario de la máquina que lo dirige, se endereza y sube soberbio sobre cuanto le rodea, sin que ningún pájaro de la enorme bandada pueda seguirle ni aún acercársele.

Y no es él sólo... Otros y otros le alcanzan, como zancudos, que quisieran chuparle la sangre. Es un instante terrible. ¿Qué va a suceder?

El enorme barrilete ya tiene toda su cuerda; no puede subir más y si se recoge, se entrega a la turba inmensa que le rodea y que se le acerca a cada momento... Lo que se temía ya sucede... Si no son diez, ni veinte, ni cien los que muerden en su carne y rompen los hilos del cáñamo que le sostiene, si que son mil y tal vez más.

¿Quién apostaría una chirola al triunfo del desgraciado Martínez?

El pobre zambo, sudoroso, los ojos ardientes, los labios rígidos, es el centro de las miradas compasivas de algunos, burlonas de otros, descomedidas de muchos. Va a ser derrotado, más que derrotado, anadado... y precisamente el día en que, después de esa batalla, pensaba retirarse, porque se sentía enfermo y viejo. Se comprende la tempestad que el sentimiento desarrolla en su pecho ancho y abierto... Sería derrotado...

Pero, no, si no puede ser. Los que conocen al buen zambo, a pesar de la situación difícil en que se encuentra, no creen eso posible, no; tienen fe en él y esperan que vendrá lo que no puede dejar de venir, lo que va a suceder, seguramente, ciertamente. En lugar del momento de la derrota vendrá el del triunfo colosal, inmenso. ¿Por qué nó y por qué nó y por qué nó?

El, en ese trance terrible, parece como poseído por una inspiración que sacude con movimientos violentos todo su cuerpo. De impro-

viso, arráncase del cinturón de cuero pegado a sus riñones el cuchillo bravo, como si fuera a atacar y rebana el cáñamo que sostiene su barrilete; mira el rollo de repuesto que guarda consigo y lo anuda al cabo roto; suelta el hilo que se desenvuelve rápidamente por la misma fuerza que tira en el espacio... y un fenómeno inesperado se produce instantáneamente y que hace dar a la multitud un grito que llena el aire... el barrilete se va de espaldas y parece que hubiera sido cortado. La palabra fatídica está en todas las bocas y en todos los ojos.

Sin embargo, los que están cerca del zambo, le miran arrojarse jadeante sobre el manubrio y recoger, recoger, recoger con vertiginoso movimiento el hilo suelto y flojo.

Ya, ya... el monstruo se endereza y girando como en un espiral inmenso, dentro del cual todo lo devora y arrastra y despedaza con vertiginoso movimiento, sube, sube, sube y se detiene en el espacio, iluminado por los últimos rayos del sol, que parece ungrle en su frente de triunfador...

Esa tarde el zambo es llevado en triunfo por la calle de Las Monjitas hasta su modesta casita del otro extremo de la ciudad, donde invita a todos a beber un traguito, el último traguito con el pobre viejo que ya no volverá más a la plazuela de las Ramadas.

(Tapices Viejos).

ACEQUIAS, PLAZAS, TAJAMARES

(SANTIAGO EN 1889)

Santos Tornero

Estaba muy lejos Santiago, en los primeros años del segundo tercio del presente siglo, de ser algo parecido a lo que hoy es en punto de edificios y en el arreglo de sus calles y plazas. Por el centro de sus calles, empedradas con piedras de río, y algunas sin empedrar, corrían acequias descubiertas, a la manera de arroyos; ellas servían para refrescar la atmósfera y para el riego de las calles. Sus plazas, incluso la principal, llamada de Armas, se hallaban sin empedrado. En punto a paseos, era el principal y más concurrido el llamado del *Tajamar*, que se extendía del puente de la Purísima para arriba, sobre la orilla izquierda del Mapocho, sombreado por los álamos que aun hoy existen. La famosa *Cañada*, que en su tiempo fué lecho de un brazo del río, bautizada hoy impropia mente con el nombre de *calle de las Delicias*, por el prurito de cambiar nombres sin ton ni son, corta a Santiago en dos mitades casi iguales, extendiéndose desde el antiguo paseo del Tajamar hasta la estación central de los ferrocarriles. Por su longitud, su anchura, la frondosidad de sus múltiples hileras de árboles, sus bien alineadas y enripiadas calles que sirven de paseo, a cuyos dos lados se extienden anchas vías bien empedradas para el tráfico de carruajes y caballerías; y por último, por los magníficos edificios que allí se ostentan, constituyen uno de los paseos más bellos que existen.

En la época a que alcanzan mis recuerdos, o poco antes, aquel

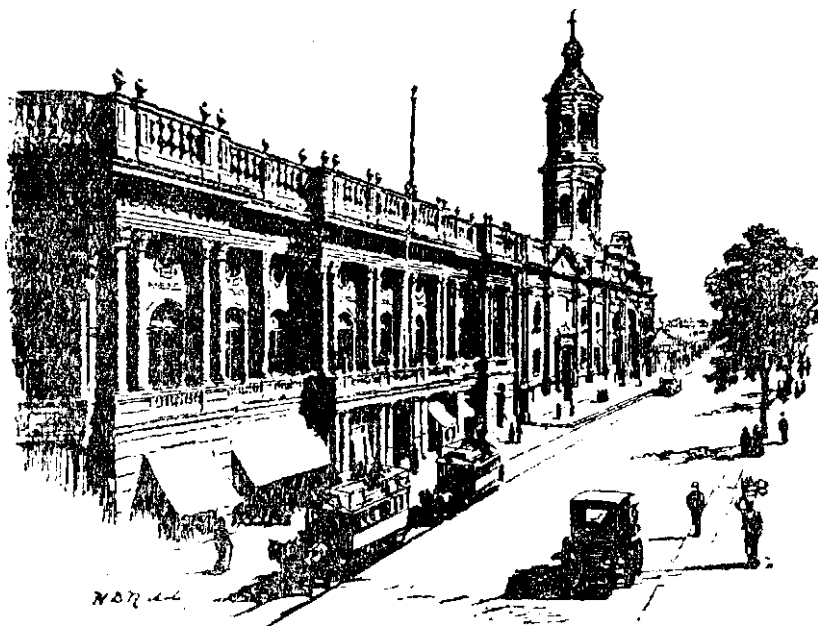
lugar, en gran parte, no era otra cosa que un basural. Los prisioneros españoles de la última época de la guerra de la independencia, trabajaron en el arreglo del terreno para el magnífico paseo que hoy vemos y la plantación de álamos.

La Aduana estaba antes en Santiago en el notable edificio transformado hoy en el *Palacio de los Tribunales de Justicia*; calle por medio se hallaba el *Tribunal del Consulado de Comercio* (hoy sustituido por un juez de comercio) en el edificio mejorado en que hoy se halla la Biblioteca Nacional, en el cual funcionó el Senado durante algún tiempo, mientras que la Cámara de Diputados funcionaba en un salón de la antigua *Universidad de San Felipe*, ubicada donde hoy se ostenta el gran Teatro Municipal.

Y vaya de reminiscencias: el palacio de gobierno era entonces el edificio llamado de las Cajas, en tiempo de la colonia, el mismo en que hoy está la Intendencia y varias oficinas. El edificio contiguo en que se ha construido recientemente la nueva casa de Correos y donde a su espalda existen varios cuarteles de bombas, era la casa habitación del capitán general español y lo sigue siendo de los Presidentes de la República, hasta que la *Casa de Moneda*, ese espléndido palacio, sin dejar de albergar los talleres y oficinas de amonedación, dió cabida a las habitaciones del presidente, a los ministerios, tesorería general, etc., etc., al paso que a su frente, plazuela por medio, están instalados los Granaderos de a caballo, en el mismo lugar que antiguamente estaban los cocheros y caballerizas de los señores empleados de la Moneda que debía ser gente de rango, cuando tan magníficamente estaban alojados.

En el costado oriente de las Cajas o sea Palacio de la Intendencia, se encuentra, como todos saben, la Casa Municipal, en el mismo local, aunque transformado, donde funcionaba la Municipalidad de la colonia. En la planta baja del mismo edificio, se hallaba la cárcel, trasladada hoy a otro lugar. En los altos, con entrada por el lado de la plaza, se ha construido un artístico y bonito salón en que tienen lugar las sesiones municipales, y en los mismos se encuentran diferentes oficinas del municipio, tales como secretaría, tesorería, etc.

En la parte central, en el lugar antes ocupado por la cárcel, se encuentra un patio con corredores, y los depósitos donde la Municipalidad guarda los materiales de la cañería de agua potable y otros artículos. A espaldas del edificio, con entrada por la calle de 21 de mayo, se halla el establecimiento de baños del señor Mazzei, y en el



Arzobispado y Catedral

costado y el frente a la plaza, se han arreglado locales para almacenes de negocio, que alquilados producen una buena entrada a la Municipalidad.

Todo eso está muy bien, pero no lo está la profanación ejecutada en el frente del edificio, convirtiendo su fachada monumental con grandes columnas que antes tenía, en una fachada *churrigueresca*

que sienta muy mal a un edificio público de la antigüedad que acusa la lápida aún existente en la esquina mirando a la plaza.

A espaldas del edificio municipal existía el antiguo establecimiento de *Baños de Santo Domingo*, con frente a la plazuela del mismo nombre, cuyo local se halla hoy convertido en un hermoso edificio, propiedad de los señores Matte, quienes, en punto a edificios, ocupan en Santiago el mismo rango que en Valparaíso ocupa la acaudalada familia del difunto banquero don Agustín Edwards.

En el costado poniente de la plaza se halla la Catedral, vasto y espléndido templo todo de piedra sillería, realizado por escalinatas, también de piedra, en sus frentes a la plaza y a la calle de la Bandera, y su costado de la calle de la Catedral. En su lado sur, se encuentra el Sagrario y el Palacio Arzobispal, haciendo esquina éste a la calle de la Compañía. Conocí la iglesia sin torre. La que hoy existe es de construcción moderna, como lo es el Palacio Arzobispal. Todos los demás edificios nombrados son construcciones del tiempo de la colonia, menos la casa de correos, recientemente levantada.

Donde hoy se encuentra el Palacio Arzobispal había una casa grande con patios en que estaba el famoso *Café de Hevia*, el más notable y casi único de esta clase que existía en Santiago. *La Plaza de Armas* que hoy ostenta en su centro un magnífico jardín rodeado de anchas vías adoquinadas, y hierve de coches y carritos urbanos, era entonces una especie de corralón sin empedrado alguno.

Los costados de la plaza, oriente y sur, que hoy se hallan ocupados por los magníficos edificios de Mac-Clure y Fernández Concha con sus respectivos portales ocupados por tiendas, este último conocido antes con el nombre de Portal Sierralta o Portal Viejo, han sido siempre célebres por sus baratillos en él establecidos, uno en cada pilastra. Eran antes edificios muy viejos.

En el centro de la manzana en que se halla el Portal Fernández Concha, lo constituye el magnífico Pasaje Bulnes construído por el ilustre general Presidente del mismo nombre, con cuatro entradas una por cada frente, formando un crucero. Hoy ese portal pertenece a la familia Matte, cuyo nombre ha tomado.

En el ángulo S.O. de la manzana, con entradas por las calles Huérfanos y Ahumada, existe el nuevo *Pasaje Toro*. Las principales tiendas de Santiago se hallan en esa privilegiada manzana, en la cual existen, además, los hoteles Oddó, Inglés, Milán y Donnay.

(Reminiscencias de un Viejo Editor).

EL TRAJE DE LAS SANTIAGUINAS EN LOS SIGLOS XVII Y XVIII

Vicente Grez

Siempre han sido las santiaguinas mujeres en extremo aficionadas al lujo.

Santiago tenía apenas el aspecto de una extensa aldea, y ya sus hijas vestían como las grandes damas de las cortes europeas. El aspecto exterior de la ciudad contrastaba con el traje de sus habitantes: parecía imposible que debajo de aquellos techos encorvados, de aquellos edificios aplastados, de esos mojinetes, obras clásicas de la arquitectura colonial, especie de urna feudal destinada a guardar el escudo de armas de la familia, y a falta de éste, el santo de la devoción de la casa, parecía imposible, repetimos, pudieran albergarse debajo de aquellos mezquinos techos, mujeres elegantes, que admiraban por la riqueza de sus trajes y por su buen gusto y distinción, a los pocos viajeros europeos que entonces nos visitaban.

Santiago no fué nunca respecto de la moda, como lo creen muchos, una sucursal de Lima; al contrario, los figurines de Madrid, de Cadiz y de Sevilla, que venían a bordo de las naves que doblaban el Cabo, llegaban naturalmente mucho antes a Santiago que a Lima. Las últimas modificaciones del figurín, que por fortuna no se repetían con la frecuencia de hoy día, se discutían, se rechazaban o aceptaban por las santiaguinas antes que por las limeñas. Era esa tal vez la única supremacía que obteníamos entonces de nuestra ventajosa situación geográfica.

Bajo la administración progresista de Cano de Aponte, en que la colonia comenzó a florecer, en que las minas de oro, produjeron abundantes tesoros y el trigo comenzó a exportarse, haciendo del Perú nuestro gran mercado, el lujo tomó en Santiago un desarrollo que excedía con mucho al aumento de la riqueza particular. Es cierto que Santiago llegó a sellar anualmente más de medio millón de pesos en monedas de oro, que llevaban en alto relieve el busto del Rey de las Españas; es decir, llegó a acuñar un valor veinte veces superior al de las pastas de oro que en igual período compra hoy nuestra casa de moneda; pero esa suma, portentosa para aquella época, y también para la presente, se empleaba casi en su totalidad en blondas de Flandes y en collares de perlas para adornar la garganta y los cabellos de nuestras orgullosas paisanas.

El oro se gastaba en dos cosas: en embellecer a las mujeres y en adornar las imágenes de los templos: por eso se veían ambas cubiertas de riquezas.

Mucho nos admiramos al presente del lujo de nuestras mujeres, ¡cómo si fuera una novedad!

Se asegura que algunos maridos tiemblan al pasar frente de ciertas vidrieras de la galería Matte, y que después de cada baile de invierno se habla durante una quincena de los encajes y piedras preciosas que han lucido algunas de nuestras señoras. Pues bien, en aquel baile fantástico de la Alhambra, en aquel otro no menos maravilloso de la calle de Huérfanos, en que vuestra esposa, o vuestra hija fué vestida con el traje de las grandes damas de la corte de Enrique IV, ¿sabéis a quienes imitaban sin recordarlo, sin saberlo quizás?

—¡A las elegantes santiaguinas del siglo XVIII!

Era ese, a juicio de los viajeros de la época, el traje diario de visita y de salón, que usaban las damas de Santiago. El faldellín de seda o de paño, de tisú, de oro o de plata, llegaba hasta mitad de la pantorrilla, y de su ruedo caía hasta poco más arriba del tobillo un vuelo de riquísimos encajes que cubría sin ocultar la hermosa y bien torneada pierna. Muchas veces se divisaban las ligas bordadas de oro y plata, "salpicadas de perlas". Las mangas de la rica camisa cu-

biertas de encajes y de cintas, tenían dos varas de largo y otro tanto de vuelo; las del jubón tenían una forma circular, formadas también de costosas blondas. Las mangas de ambos trajes se llevaban sujetas a la espalda con lazos de cintas que salían del seno de la dama y formaban cuatro pequeñas alas, dos más que las de Venus y Diana.

El calzado recortado y de altos tacones, era digno de este traje; y no podía menos de serlo en una época en que el pie era algo tan expresivo como los ojos. Podía disculparse a una mujer los ojos feos, pero no se le perdonaría jamás los pies grandes.

El peinado que acompañaba a este traje, era una obra exquisita de sencillez y de buen gusto. El cabello se dividía en seis trenzas que se recogían en la parte posterior de la cabeza, cayendo el doblez a la altura de los hombros. Un alfiler de oro, de forma curva, llamado *polizón*, sujetaba el cabello; del *polizón* pendían a veces dos grandes botones de diamantes. Ni un adorno más, ni una flor, ni una cinta; sólo de vez en cuando, y esto era un exceso de elegancia, se colocaban sobre la frente tembleques de diamantes que sostenían una serie de pequeñas ondas, formadas del mismo cabello, que cubrían la mitad de la frente. Esta moda era algo más graciosa que ese crespo que hoy cae sobre el rostro, en boga desde 1872, y que da a la fisonomía de algunas jóvenes una expresión verdaderamente cruel.

¿Qué objeto tiene ese rizo que se le abandona con tan aparente descuido y en realidad con tan exquisito cuidado? ¿Es para dar sombra a la mirada? ¿Es para ocultar el rubor?

Un cronista de la colonia, don Antonio de Ulloa, ha hecho del traje de las santiaguinas una verdadera autopsia; lo analiza pieza por pieza principiando desde la camisa, a la que da una importancia especial, como que entonces hubo novia cuya camisa nupcial costó mil pesos, y otras mucho más. A los que de esto se asombren les contaremos, por si acaso lo ignoran, que Madame Chessé, la antecesora de M. Pra, tenía en su espléndida tienda de la galería Matte, *baberos para guaguas*, cubiertos de encajes de Inglaterra y de Bruselas, de valor de ciento cincuenta pesos para arriba... y se vendían y venden siempre!

Pero no imitemos al cronista Ulloa en su peligrosa empresa de examinar cosas íntimas, pues si en aquella época pudo llevarse a cabo sin protesta la exhibición de una camisa de dormir, hoy sería de mal gusto. No es posible desnudar a las damas en presencia del público, aun cuando se persiga sólo el deseo de realizar una investigación histórica o social.

Si hay algo voluble e inconstante, es la moda femenina; los hombres vivimos hace ya más de medio siglo bajo el peso de este sombrero abrumador, trozo de una chimenea de fábrica, de estos pantalones y chaquet que a todos nos hacen igualmente ridículos, y que impide a la escultura masculina lucir sus formas; pero las mujeres! ellas modifican sus trajes, no ya para cada estación ¡eso sería demasiado! sino para cada luna nueva.

El hermoso traje que hemos descrito, moda estricta de fines del siglo XVII y principios del XVIII, sufrió sucesivamente numerosas variaciones, pero que no cambiaron de una manera notable el carácter general del vestido. Sólo a mediados del último de esos siglos las anchas y flotantes mangas de la camisa y del jubón fueron reemplazadas por otras ajustadas y tan cortas que apenas bajaban de los hombros; parecían más bien una cinta destinada a sostener el corpiño. La moda ha sido siempre partidaria de los extremos y las exageraciones. Esas mangas eran de trencillas o de encaje, de modo que el brazo iba casi completamente descubierto. El escote y abertura del pecho y su circunferencia se veía también adornado de finísimos encajes. El corsé se apretó más a la cintura. Las enaguas se adornaban de hermosas blondas para que bajando un poco más que el faldellín se viera una especie de nube de encajes; la enagua superior tenía una pretina adornada de bordados; sobre esta pretina se colocaba un cinturón de tela de plata u oro de modo que no ocultara los encajes. El faldellín llegaba hasta el empeine del pie. A medida que se aumentaba el escote para descubrir el seno se bajaba el vestido para ocultar la pierna. El rubor descendía. El nuevo faldellín que era de tisú o brocato de vivos colores estaba cubierto de angostos dobleces, hechos a lo largo, prendidos unos con otros para que no se deshicieran, y se

ataba a la cintura de modo que dejase descubierto el frente del vestido. Sobre los hombros, sin ocultar el escote, se ponía una especie de roquete sin mangas, a que se daba el nombre de *cotona*, abierta por los costados y que sólo caía hasta la mitad de la espalda, para lucir la cintura.

Pero la modificación más importante que la moda había introducido estaba en el calzado. El nuevo zapato de seda, bordado con lentejuelas de oro o plata, tenía la forma exacta de un número ocho, perfectamente cerrado, tan redondo por el talón como la punta, y en ésta, dice un contemporáneo "le abrían dos pequeños tajos para que salieran por ellos los dos primeros dedos, que desde la más tierna edad se tenía el cuidado de doblar para que sobresalieran". Este zapato que nos recuerda el de fierro de los chinos, iba asegurado con hebillas de oro o de piedras preciosas.

El antiguo peinado de seis trenzas había sido reemplazado por otro en que las trenzas eran innumerables y se agrupaban todas en las orejas figurando "el ala de un pichón". Las flores principiaron a usarse con este peinado; el jazmín, tan abundante entonces, servía para confeccionar una blanca y fragante diadema a la cual se daba el nombre de *piocha*. Otras veces se colocaba sobre la cabeza una cinta de oro y plata y por delante tembleques esmaltados cubiertos de perlas o de brillantes. Las orejas, la garganta y los dedos se veían también adornados con perlas y piedras preciosas.

Y aquí creemos necesario hacer una advertencia que juzgamos indispensable: ante esta riqueza casi fabulosa, ante esta deslumbrante cascada de diamantes y de perlas, ante estos vestidos dignos de favoritas de los sultanes, el lector se preguntará si todo aquello era verdadero o falso, y si esas alhajas no serían como las que usan las reinas de la comedia. Los severos cronistas de la época responderán por nosotros. "Todas esas piedras preciosas, dice Frazier, dice Ulloa, Cosme Bueno y Carvallo, son finas, que falsas no las aprecian las hijas de este país porque quieren que a lo lucido se agregue el ser todo de mucho costo".

Se ve, pues, que a este respecto las santiaguinas no han degene-

rado absolutamente; la joyería falsa no la usaba ni el pueblo; se empleaba sólo para la conquista de Arauco, para engalanar con ella a los indios, comprándoles sus ganados y sus hijos. Pero ¿no hemos visto hasta hace poco a viejas indias o negras, que se conservaban como reliquias de la colonia, ostentar en medio de su pobreza ricos aros de perlas y sortijas de oro con diamantes?

Parece que el pueblo se hubiera empobrecido con la libertad.

Este traje verdaderamente cortesano de la época colonial estaba en armonía con los hábitos sociales; con el espíritu aristocrático que dominaba, con la etiqueta rigurosa de los salones. El salón santiaguino era en los dos siglos anteriores algo como un templo. Se penetraba en él con la solemnidad del que penetra en un santuario y para salir si no se andaba para atrás, como en las mezquitas de oriente, se salía con cierto recogimiento religioso.

Aquellos salones espaciosos, amueblados con un método y un orden verdaderamente oficial, revelaban a primera vista el ceremonial de la época. Se sentía en ellos el mismo fresco que en las catedrales de piedra, se respiraba la misma atmósfera de solemne gravedad, se aspiraba el mismo olor a incienso que el sahumador de plata colocada sobre la mesa central exhalaba eternamente.

Un hecho digno de notarse en las modificaciones del traje es el predominio de la moda francesa aún en la época en que la España se imponía por la fuerza, no sólo como soberana de estos territorios sino como única árbitra del corte de los vestidos y aun de las telas que debían emplearse en su confección.

Así los reyes de España no solo permitían o prohibían por reales decretos el uso de la crinolina, que estuvo tan en boga en el siglo XVIII, como lo estuvo hace poco en pleno siglo XIX, sino que también señalaban las telas que debían comprarse con preferencia. Entre esos decretos hay algunos verdaderamente curiosos que merecen ser conocidos, especialmente, hoy que hay en Chile dos escuelas que se disputan la supremacía: la de los libre-cambistas y la de los proteccionistas. Felipe V prohibió a sus súbditos de América en 1723, que hicieran uso de las telas, de los muebles y hasta de los carruajes

de fábrica francesa. Ya entonces esa industriosa nación se llevaba anualmente de América muchos millones, en oro, en cambio de sus tejidos de seda, de sus encajes, de sus artículos de fantasía y de tocador, con grave detrimento de la industria española que consistía especialmente en tejidos de lana.

La crinolina había sido impuesta a la Europa y al mundo por Francia; así como la Dubarry y las grandes damas de la Corte de Luis XV la habían impuesto a París. Jamás se ha visto una moda que se haya generalizado y consolidado tanto y que a pesar de su noble origen tuviera una aceptación más democrática, por no decir más plebeya. Su reinado duró en Santiago más de veinte años la época de su primera boga, y muy poco menos en su segunda y reciente aparición. En el siglo XVIII la crinolina era también usada por los caballeros, que no tenían el menor escrúpulo de colgarla de su cintura juntamente con su espada.

Antes de la crinolina se usó en Santiago con no menos éxito el famoso *ahuecador*, introducido en Francia por María de Médicis, y que era un aparato destinado a anchar las caderas. Ha sido a nuestro humilde juicio la invención más ridícula que haya impuesto jamás la moda y el capricho de una mujer a esta pobre y condescendiente humanidad.

Entre el *ahuecador* y la crinolina hubo un largo paréntesis en que las santiaguinas usaban el vestido ceñido al cuerpo y caído hasta el suelo, casi como al presente. Entonces fué también cuando se introdujo el quitasol, que fué perfectamente recibido por el mundo elegante, y también muy criticado por los moralistas, que veían en este aparato un objeto de molicie y de lujo exagerado y corruptor.

Casi junto con el quitasol penetró también la moda de los lunares postizos...

El uso de los afeites se había hecho muy general, al punto que las hermosas dentaduras eran muy escasas; por eso el primer dentista que llegó a Santiago levantó una fortuna en pocos meses: y hoy mismo no hay negocio de banco ni bufete de abogado o de ministro que deje lo que el cloroformo y el gatillo.

Al principio las damas aceptaron la moda de los lunares con cierta repugnancia; se hacían sólo uno, cerca de la boca, al lado izquierdo o al derecho de la barba; pero poco después usaron dos y hasta tres y cuatro, semejándose el rostro de algunas al de verdaderas convalecientes de viruelas. ¡Ah si entonces hubieran existido entre nosotros los ferrocarriles con largos socavones, que sepultan al viajero en espesas tinieblas, como sucede al presente en la línea de Santiago a Valparaíso!, ¡qué de curiosas aventuras no hubieran tenido lugar! Se habrían repetido en mil variantes la cómica escena que se representó en uno de los carros de ese ferrocarril en que iba una respetable mamá con su joven hija y su futuro yerno. La bella niña llevaba al entrar al socavón de San Pedro un negro lunar hechizo en su mejilla derecha. Al salir del socavón, ¡oh sorpresa de los viajeros! el hermoso lunar, que fijaba la atención de todos, había desaparecido del rostro de la joven y se veía sobre el labio superior de su prometido... Esa encantadora transmigración había sido la obra de un beso furtivo dado en medio del peligro y de la obscuridad...!

Es probable que la introducción del abanico y de los guantes de Preville dieran lugar en su respectivo tiempo a críticas semejantes a las de que fué víctima el quitasol. Aquellos objetos se consideraban no sólo como elementos de molicie sino como licenciosos... y esto que no éramos muy espartanos, pues era la época en que los brazos iban desnudos y en que el corpiño del vestido subía apenas tres dedos sobre la cintura. Nuestras mujeres se asemejaban entonces a las Sirenas: medio cuerpo vestido, que era el del pescado y medio desnudo, que era el de la mujer. Pero ese traje extravagante no se consideraba una licencia. Verdad es también que esa moda venía de Francia, de la época del Directorio; ese afortunado período en que las mujeres no ocultaban nada, en que el pie descubierto como la mano, ostentaba ricos anillos, y la pierna desnuda, pulseras como los brazos!

La revolución francesa, que tampoco fué avara de escotes, ejerció también sobre nosotros su poderosa influencia. Las ideas de la revolución penetraron en Chile por el traje, esto era por lo menos lo que se veía exteriormente, sobre todo en los hombres. El frac o la

levita apretada, de largas mangas o faldones, de cuello fenomenal, en forma de gigantesca golilla; el peinado a lo Mirabeau o a lo Barnave. ¿Cómo no impedía la España esa escandalosa imitación de los más terribles figurines? Tal vez la revolución política y social se ocultaba en los faldones de las levitas francesas como artículo perseguido y de contrabando, pues así a lo menos lo revela el grito belicoso de 1810.

Desde entonces los trajes han cambiado de forma pero no de carácter, hasta hoy día en que puede decirse que las mujeres han vuelto a la edad primitiva o que visten *el desnudo*, pues sus trajes en vez de ocultar sus formas sirven admirablemente para diseñarlas mejor, presentándolas más seductoras, gracias al arreglo interior de los contornos. La verdad es que nuestra madre Eva, con sólo la hoja de higuera, no estaba menos desnuda que las mujeres del día, y si hoy se paseara en aquella *toilet* por la Alameda de Santiago quizás no escandalizaría a nadie.

(*La vida santiaguina*).

VIVIR EN LA RECOLETA

Daniel Riquelme

Muy bien que estábamos en la calle de Valdivia; pero a mi señora se le puso que había de vivir en la Recoleta, alegando que en esta ancha y hermosa avenida el aire era así y las aguas así y, como al fin soltó la palabra antojo, que en el primer año de matrimonio tiene toda su virtud cabalística, no hubo más que hablar; llegaron las golondrinas, cargaron con los trebejos, y aquí me tiene Ud. que no pierdo, como abonado, ceremonia de difuntos; pues mi casa está como quien dice al pie del arpa en estas pascuas y dieciochos de mi barrio.

Pascuas y dieciochos como Ud. lo oye.

Y si no me cree, haga la prueba de morirse y al pasar por la calle abra un ojo y verá Ud. los balcones atestados de gente que hasta del campo viene a disfrutar del espectáculo, guardando, eso sí, las conveniencias, como ser traje negro, sombrilla para el sol y cara de circunstancia.

—¿No ves?—me dice mi esposa después de cada entierro; y tú que no querías vivir en la Recoleta!

Sin embargo este año no ha sido bueno.

Buen año llamamos aquí cuando la flaca—nombre familiar que dan a la muerte—echa a su morral algún padre de la patria, genetal o senador, que obligue el carruaje de gobierno, la escolta, el cuerpo de bomberos ¡oh!, sobre todo, los bomberos.

Entonces se riega y barre la calle, y si no ponemos bandera es únicamente porque no se usan, ni en septiembre.

Resulta que, poco a poco, me he aficionado a estas fiestas, al punto de que si por algo maldigo al cólera, es por la tardanza que ha determinado en el entierro del almirante. Y a propósito, desde ahora prevengo al gobierno—si no quiere enajenarse las simpatías de este barrio populoso—que no vaya a caer en la distracción de llevar el cortejo por la Cañadilla, errando la embocadura en el puente.

Tal aconteció cuando el entierro del doctor y todavía le sacan versos a Carlos Rogers, comandante entonces, por tan descabellada disposición.

—¿A quién podía ocurrírsele llevar un entierro de lujo por una calle de cuartos y pililos? Bien está la Cañadilla para pobretes; pero para difuntos de pró, la Recoleta y nada más.

Difuntos de pró llamamos aquí de diputado para arriba o cosa equivalente. Un coronel no es del todo malo, un canónigo tampoco; pero quien baje de estos términos mejor que no se muera, y si no puede impedirlo deje siquiera ordenado que lo pasen a media noche o le encaminen por la otra vía.

—No era más que comandante, oí decir una vez y a pique estuve que le achacaran al finado el desastre de Rancagua.

He notado también que nadie conoce, si no es por lo que dice el diario, al sujeto de un entierro que lleva muchos carruajes con número. En cambio, son muy relacionados los de coches particulares, sean siquiera de los llamados americanos, que guardan todas las conveniencias.

A los primeros los llaman difuntos para la Cañadilla, y a los otros, difuntos para la Recoleta.

Por este lado, tengo yo asegurada mi categoría; pero mi deseo, desde que vivo en el barrio, es llegar a presidente de la República, únicamente para morirme con banda y dar en el gusto a muchas amigas a quienes debo gratitud las cuales sueñan con un entierro de Excelencia, lamentándose de que sólo las de Ovalle hayan renido esa atención.

Pero aparte de estas distracciones que nos ocupan y recrean la mañana, tenemos muchas otras.

Vea Ud., todas las noches acampan en la tornamesa de los tran-

vías las carretas que conducen al mercado la vitualla cotidiana; como a eso de las tres de la madrugada se ponen en marcha en forma de acompañamiento, y entonces despierta uno mediante un ruido como terremoto; pero antes de que Ud. grite ¡misericordia! ya se convence de que no se trata de catástrofe ninguna sino de la cosa más natural del mundo.

Así se lo dicen muy claro las ruedas que chillan y gimen como si estuvieran azotando chanchos, y los gritos de los carreteros; ¡Torcaza! ¡Clavel! que azotan el aire como latigazos de cochero de posta.

Gracias a este trajín, no perdemos canto de diuca, Hortensia y yo.

A mediodía, ya nos llaman al balcón los arreos de ganado que pasan buscando el camino de Cintura. Para nosotros, que ni podemos salir al campo, esto es un pasatiempo inapreciable; pues sin movernos de nuestra casa presenciamos las alegres peripecias de un rodeo en forma.

Y por cierto que no merece la pena de quejarse, si por ello nubes de polvo hacen noche el claro día y uno que otro animal se mete hasta el último patio de la casa, forrajea en el jardín o aplasta a cualquier chiquillo, porque no todo ha de ser completo.

Algunos se lamentan de que las aguas anden por las calles como Pedro por su casa; pero es que no son, como yo de familia náutica, ni saben gozar del canto de las ranas.

Hortensia me dice que se acuerda de las monjas, y con tal motivo se queda horas de horas oyendo al canto. Lo que es yo, me desquito viendo como lucen la torneada pantorrilla, las vecinas que tienen pantorrillas torneadas y no ochavadas, que es lo más que suelo ver.

Y con esas aguas tengo el proyecto de fundar un criadero de patos, público en beneficio de los pobres del barrio, de modo que éstos vengan a comer de ave justamente cuando se les anuncian ayunos y rugir de tripas.

Por todas estas razones, yo pediría a la ilustre Municipalidad que, si le es posible, suelte de una vez el Mapocho por la Recoleta. Así se lograría también tapan la boca a los que se quejan de polvo.

Verdad que este polvo, apenas lo miran, vuela, porque no hay una

piedra que lo aplaste, y verdad asimismo que si los vecinos no se quejan más es porque el que abre la boca se traga lo suficiente para un adobe; pero yo encuentro que la calle, tal como está, está muy bien.

¿De qué otro modo quieren que sea la que conduce a la mansión que nos enseña que todo es polvo, y que para allá vamos?

Es bueno acostumbrarse con tiempo.

Y en cambio de estas bagatelas, ¿cuántas diversiones hay que no tienen otros barrios?

¿Cuál otro puede honrarse con un templo como la Dominica, en que haya tantas y más espléndidas ceremonias que en él?

¿Dónde una comunidad más rumbosa?

Aquí, mi señora, ni se acuerda del teatro y no hay para qué.

En vez pasada, por ejemplo, los padres obsequiaron con una novena que duró treinta noches, más una corcova de otras nueve. La calle estaba como de día y el templo como la misma gloria. Con decir que en ninguna casa se podía encender un mechero de gas hasta pasado las diez, porque los padres lo empleaban todo.

Tendieron al efecto una cañería de seis cuabras y en velas solamente gastaron sus cuatro mil pesos.

Este año no han sido tan espléndidos, y aun murmuran algunos que los reverendos no han dado ni medio para los pobres, siendo millonarios sin familia conocida, ni las mundanas gabelas que aquejan al paisanaje; pero ¿qué culpa tienen los padres? ¿Por qué los pobres no ponen siquiera velerías por tiempo de novenas, o heredan alguna hacienda en épocas de cólera?

Nada digo de procesiones y otras verbenas religiosas.

Los dominicos no celebran fiestas de puerta afuera y aun les está prohibido salir a la calle; pero con sobra suplen estas faltas los franciscanos que trajinan a todas horas y en todas guisas y sacan unas procesiones que no dejan pasar mosca por todo lo ancho de la calle, en las dos o tres horas que duran, nunca pasan de tres horas.

El hecho, mi señor y mi don, es que no hay barrio como la Recoleta, siendo lo único que ahora me pesa, como mis pecados, es el no haber seguido antes los antojos de mi Hortensia.

Anoche tan sólo nos hemos reído a carcajadas.

Paseaba con ella por una de las veredas, cuando un roto que iba más adelante se dejó caer sobre la contrapuerta de una de las acequias que atraviesan la calle.

Se oyó como un redoble; mi mujer apuró el paso; pero un respetable anciano que, rodeado de su familia, tomaba el fresco en la puerta de la casa, inmediata a la compuerta, se levantó furioso, enarbolando su silla y diciendo a gritos: ¡Roto cochino! ¿Habrás visto desvergüenza?

Y ya iba a descargarle el silletazo, cuando el roto gritó como llorando:

—¡Si es el cólera patroncito!

Salvo, pues, pequeños detalles de tres al cuarto, sólo por ir a Jauja se puede dejar la Recoleta. Véngase Ud., a este barrio, y quedará como zorzal en el guindal de Mena.

Y le daré otro datito: los padres de la Recoleta, que ruegan a Dios sin soltar el mazo, tienen en el convento una venta de líquidos que no paga patente, porque Ud. sabe que robar al Fisco es como robar a Ladrón. Pues, mi amigo, gracias a ésto, los padres venden bajo los modestos nombres de chicha y chacolí, lo que en el centro anda con los rubros de jérez y de mosto asoleado.

Del vino tinto para qué le cuento... este predica como el padre Ireneo.

Me quedan los tranvías; pero de ello hablaremos en otra ocasión.

(Cuentos de la Guerra y otras páginas).

FIESTAS Y ETIQUETAS EN LA UNIVERSIDAD DE SAN FELIPE

Gaspar Toro

La llegada del Presidente Guill y Gonzaga en octubre de 1762, esperada con impaciencia por los novedosos vecinos de Santiago, que ya con anticipación se preparaban para las fiestas públicas del recibimiento, había hecho reunirse a las corporaciones para ir a palacio al *besamanos* y felicitar al nuevo gobernador por su venturosa arribada. No fué de las últimas el Ilustre claustro mayor de los doctores de la Real Universidad de San Felipe, que, vestidos de ceremonia, fueron también a cumplimentar al recién llegado, con sus capirotos (especies de esclavinas con capillo hacia atrás) sobre los hombros, espadín en el cinto, anillo en el dedo, y sobre sus cabezas, el bonete con sus pequeñas borlas de colores que de la parte superior caían por los lados, blancas en los doctores teólogos, verdes en los canonistas, encarnadas en los legistas, amarillas en los médicos, azules en los artistas o filósofos.

Pero tras del *besamanos*, tocaba al Presidente volver la visita, y aquí era cuando las corporaciones rivalizaban sobre cual había de recibirlo con más airoso aparato y lujosa ostentación. Reconocidas las cajas, la Universidad no encontró en la suya más que la miserable suma de 1.600 pesos, último resto del beneficio de grados destinado a la fábrica del *general* universitario, apenas iniciada, y temió que las fiestas del Cabildo dejaran deslucida la del claustro. Pensó, pues éste, en aumentar por cualquier camino el que creía para el objeto escaso caudal, y reconvinó nuevamente a los ministros del tesoro y aún llegó a iniciar contra ellos formal litigio, a fin de percibir los 5.000 pesos que en

reales cajas se habían asignado a la Universidad para su fábrica y futuro sostenimiento; pero, ni por eso consiguió más que antes y tuvo al fin que resignarse el claustro con harto dolor suyo a hacer el recibimiento y costear a la vez, con lo único que tenía, el tablado, refresco y dulces para los doctores en las fiestas de toros y alcancías que preparaba la ciudad en la plaza principal. Autorizado para los gastos el Rector don Alonso de Guzmán, no pudo menos que excederse, aunque en corta cantidad, invirtiendo mil seiscientos sesenta y un pesos que, según su cuenta posterior, apenas alcanzaron para lo más preciso.

Anuncióse al fin la visita del Presidente a la Real Universidad para el domingo 13 de noviembre.

Los doctores vestidos de gran parada, con sus ropas e insignias, fuéronse reuniendo como a las tres de la tarde de ese día en casa del Rector, a quien llevaron en reglado acompañamiento al palacio de gobierno, en que esperando estaba el Presidente, Real Audiencia, los señores del Cabildo y Corregimiento, las comunidades religiosas, y la caballería, nobleza y comercio de la ciudad. A poco salió de allí la numerosa comitiva, y tomando la calle del Rey (ahora del Estado), dirigióse lentamente hacia lo que es hoy Teatro Municipal, y entonces era Casa de la Universidad.

Abrieron la marcha músicos que tocaban cajas o tambores, timbales, clarines y trompas marinas (grandes y sonoros instrumentos de una cuerda), y en rigoroso ordenamiento, siguieron sucesivamente en sus coches y carrozas la caballería y nobleza, el Real Claustro con su Rector precedido de maceros, el Cabildo, la Audiencia y el Presidente, "disparándose a cortas distancias, dice el acta, truenos o voladores de fuego que, con la música de cajas y clarines, hacían muy plausible el paseo".

El sonoro estallido de los voladores o cohetes, marcaba el máximo de intensa satisfacción a que llegaban en tales casos los espíritus, poseídos de cierta embriaguez comparable sólo a la de los triunfadores romanos.

Llegada la comitiva a la casa de la Universidad, entraron las corporaciones a ocupar sus respectivos y señalados asientos en la capi-

lla universitaria, que ese día se ostentaba adornada con lujosos aderezos y colgaduras. Sentado Guill y Gonzaga en la silla doctoral, recibió del secretario la ampolleta y campanilla, con que hizo silencio mientras se dirigía a la cátedra, precedido de los bedeles con sus mazas, el doctor catedrático de *Decreto* don Santiago Ignacio Marín y Azúa. Habló éste en latín por espacio de una hora y, según expresa el acta, "dijo una oración panegírica en loor y alabanza de dicho señor Presidente, su anticuada nobleza, sus distinguidos méritos y servicios, propios y de sus antepasados".

El lisonjeado Presidente dió él primero desde su sillón la señal de los aplausos en que prorrumpió una y otra vez todo el concurso de religiones, colegios y nobles de la ciudad, mientras el orador, para quien fué aquella una espléndida ovación, cedía la tribuna o cátedra al estudiante manteísta don Manuel Alvarez, insigne poeta, rico en ingenio, si pobre en bienes de fortuna, que leyó con universal aplauso lucidas poesías en loor también del señor Presidente y de sus familiares. Repartiéronse en seguida las propinas, a aquél por el secretario, a los tribunales por los bedeles; con lo que se finalizó la función, volviendo la comitiva como había ido, hasta dejar al Presidente en su Palacio y los doctores al Rector en las puertas de su casa.

Aunque en esta fiesta, así como en las de toros y alcancías, que en la plaza siguieron, no pudo la Universidad gastar como hubiera deseado, no sufrió con ello el *lustre* de la corporación ni fué el recibimiento de Guill y Gonzaga menos lucido que el que en 10 de junio de 1756 había hecho por primera vez el claustro al Presidente Amat y Junient, cuanto tomó éste posesión de la casa en nombre de Su Majestad; antes bien, don Manuel Alvarez sobrepujó con mucho a don Francisco López, el poeta de Amat, dejando establecido que no era capaz de medirse con él en agudeza de ingenio y fecundidad de inventiva.

Como era de costumbre, diéronse grados de indulto por aquella ocasión al Presidente, al Doctor Marín de la oración panegírica para que lo cediese a su cuñado don Estanislao Recabarren, y al poeta Alvarez, con el cual el claustro usó de una liberalidad sin ejemplo:

no sólo le dispensó las propinas del grado de doctor en teología, a que aspiraba, sino hasta el refresco y dulces que a nadie dispensaba. Alvarez era bien digno de tan honrosa distinción: no sólo había leído las poesías en la función sino que había querido asombrar al concurso, haciendo para la misma y presentando en ella, según dice el acta de 21 del mismo noviembre, "una tarja en que ideó un laberinto artificioso con varias poesías en loor de dicho señor Presidente, iluminado y con marco dorado, en que gastaría no sólo mucho tiempo de trabajo para la formación del asumpto, sino también algunos pesos en la paga de pintor y materiales para su construcción".

El artificioso *asumpto* había llenado el gusto de las gentes, el Presidente había hecho sus elogios, y el poeta Alvarez futuro doctor en Sagrada Teología, para la cual manifestaba con su iluminado laberinto tan brillantes disposiciones, quedó ese día como el héroe de la jornada.

(Revista de Sud América, Página 725).

LA CAÑADA DE LA CHIMBA

Justo Abel Rosales

Con el tardío aumento de los pobladores, la *Cañada de la Chimba* vino lentamente tomando un nuevo y mejor aspecto, al mismo tiempo que cambiando su nombre oficial por otro con que la bautizó el pueblo hasta quedar convertida en *Cañadilla*, desde el principio del siglo XVIII. Esta alteración de nombre no influyó en nada respecto de la importancia de ese antiguo e histórico camino, cual la había tenido en los tiempos y durante las generaciones precedentes, y aun mucho más en la época de que trato y en las posteriores.

Fué esta vía, en efecto, hasta los comienzos del presente siglo, la más importante entrada y salida de Santiago, desde el siglo de la conquista; en especial desde que a mediados del siglo XVII, los jesuitas del Paraguay nos enviaron la yerba mate, que fué el te de los antiguos y el primer artículo de consumo que abrió la ruta comercial por las altas crestas de los Andes, por Mendoza y Aconcagua y, por consiguiente, por la Cañadilla. Frecuentado el camino de la cordillera desde esa época por los padres nombrados, no tardó en declararse una fácil vía de negocios y de todo género de tráfico, incluso el clandestino o contrabando, entre Santiago, Buenos Aires y Cádiz o Génova, y entre Santiago, Valparaíso y Lima, todo por el camino de Chile. Cañada y Cañadilla, que pasó a ser una vía de oro, por las riquezas que a lomo de mula pasaban por ella para todos rumbos, en largas y bien resguardadas tropas de mulas, que caminaban de flanco como un bien ordenado ejército, a cuya cabeza marchaba orgullosamente *la madrina*, ostentando sobre sus crines adornos multi-

colores y colgando sobre su pescuezo el sonoro *cencerro*, que fué el heraldo del primitivo comercio en nuestra tierra. La *Cañada de la Chimba* fué el único camino que los santiaguinos tenían para ir a España, al Perú y a Charcas (hoy Bolivia), las tres jornadas más largas de aquella lejana época, y, en consecuencia, por allí entraron también capitanes generales, obispos, oidores, monjas y frailes, clérigos y militares, venidos de todos los puntos de la tierra, a perfeccionar su vida ascética unos, a cumplir órdenes superiores otros, y a hacer bribonadas los más, llegados a la monótona Santiago por entre los tapias o cercas que fijaban el ancho de esa vía pública, envueltos en densas nubes de polvo, que a lo lejos marcaban el lento paso de los caminantes, montados sobre la viajera mula, o las recuas de negros bozales que venían acollarados desde Buenos Aires o Africa, para ser vendidos como animales en pública subasta los jóvenes, dando una vieja de llapa, o continuar viaje a los mercados humanos del Perú o más allá.

Este mismo camino fué el trajinado desde Valparaíso, por los extranjeros, navieros o simples marineros, que en escaso número solían venir a entablar sus gestiones sobre la carga o descarga de sus navíos cuando la Aduana estaba en Santiago con todas sus trabas y enredos, o a dar un corto paseo por la capital, formando caravanas de curiosos como los árabes y musulmanes para ir a la Meca, su ciudad santa; pero con la diferencia, que nuestros novedosos huéspedes de una o dos noches volvían repelándose a los camarotes de sus buques, pobres, borrachos y hechos una verdadera meca...

(*La Cañadilla de Santiago*).

LAS ANIMAS DEL PUENTE DE CAL Y CANTO

Justo Abel Rosales

En vida del obispo Alday empezó una vez a correr por la ciudad la noticia de que el ánima de Zañartu andaba *penando* por el puente, aunque otros decían que no era una sino muchas ánimas que allí se reunían como en familia.

Pasado un poco de tiempo, el miedo de muchos vecinos del puente fué aumentado con una estupenda noticia, cual era la de que Zañartu o algún otro personaje del otro mundo, o tal vez el mismo diablo, bajaba a caballo todas las noches la rampa sur y a trote largo seguía por la calle Puente camino de la ciudad. Los que se habían atrevido a asomarse para ver pasar la visión, aseguraban temblando que el tal trote lo causaba un animal de formas extravagantes, algún enorme dragón, cuyo cuerpo no alcanzaban a distinguir bien porque el miedo les ponía alas, y corrían a sus casas antes que el fantasma o el diablo les diera alcance. Varios formales vecinos consiguieron de la autoridad eclesiástica el que un sacerdote fuera al puente a poner en apretura a las molestas ánimas, por medio de conjuros y de asperges. Otrosí, que el eclesiástico debía mandar que el ánima de Zañartu, siendo efectivo que andaba haciendo de las suyas en el puente se fuese con su música a otra parte, con las penas del caso y el requerimiento correspondiente.

Como todo esto fué así concedido, una noche salió, en consecuencia, el sacerdote elegido, con estola y sobrepelliz, seguido de al-

gún acompañamiento y llevando calderete, matraca y otros aperos del caso para el gran combate que iba a librar en la cima del puente, lugar elegido para celebrar la ceremonia del conjuro. Iba también una hermandad o cofradía, que llevaba un estandarte blanco y velas encendidas.

Al llegar a la plazuela o subida del puente, los más miedosos de la procesión empezaron a quedarse atrás, y a medida que avanzaban, el partido de los de retaguardia iba engrosándose y a su vez debilitándose las filas delanteras. El miedo iba ganando terreno. Para dar más valor a los tímidos o por ser necesario así para la ceremonia, el conjurante mandó tocar la matraca, y este sonido seco, que parecía la música tocada en alguna danza de difuntos, como en los cuentos de otro tiempo y otros países, haciendo eco en las oscuras y desiertas orillas del río, infundió una especie de pavor entre los circunstantes.

Cuando el gran miedo hacía ya su obra, sintióse un ruido sordo que parecía venir del lado norte del puente hacia la ciudad, y esto hizo temblar de terror a los más. En un instante que dejó de tocar la matraca, todos creyeron percibir el estrépito que formaban algunos escuadrones de caballería que se acercaban. Era seguro que las ánimas alzadas, o algunos diez mil diablos de a caballo, venían a disputar el paso del puente a los asustadísimos mortales de la procesión, a los cuales se les iban quedando atrás las piernas, pues se negaban a continuar adelante, como declarándose en huelga. Aun faltaban algunos metros de distancia para alcanzar a los dos tercios de la jornada o subida, cuando el presbítero, que también llevaba un miedo atroz, y a instancias de sus más inmediatos feligreses, comenzó a rezar el *Magnificat anima mea*, que el pueblo llama la *Maunífica*, a la cual atribuye hasta ahora la virtud de espantar lejos a los espíritus malignos. Pero a este tiempo se oyó resonar en la cima del puente algo como instrumento diabólico, sonido estruendoso, horrible, como dicen será la trompeta del juicio final. Oír ésto y echar todos a correr, como movidos por un resorte, fué todo uno. Parecía aquello un ganado de tímidas ovejas que hubiera avistado a hambriento lobo.

La confusión que se siguió fué espantosa. Unos caían, rodando atropellados por los más ágiles, y otros eran empujados y empujaban a su vez. En breve la calle del Puente quedó desierta, pues cada uno corrió a encerrarse con doble tranca en la casa. Entonces cuatro hombres del pueblo, que no lejos bebían en la calle atravesada de Santo Domingo, quisieron ir a trabar pelea a puñal con el mismo diablo si se presentaba. El aguardiente y el puñal les había dado bríos de sobra, no menos que el deseo de hacer una hazaña. Nuestros rotitos son capaces de ganársela al mismo demonio... Cuando, al subir el puente, divisaron un bulto que bajaba y creyeron que fuese el fantasma o demonio, se animaron unos a otros y emprendieron una marcha de frente, casi al trote. Pero tropezaron con la caldereta de cobre que poco antes había quedado abandonada en la fuga, y el ruido metálico que produjo parece que asustó al diablo, porque echó a correr hacia atrás, puente arriba, en cuatro patas, dando unos como grandes bufidos.

—Por mi *vida* que esto parece ser el caballo de *don Peiro*, dijo uno de los cuatro hombres, y todos soltaron una estruendosa risotada al conocer el error caballuno de que eran víctimas.

Así era en efecto. El diablo no pasaba de ser un manso caballo de don Pedro del Villar, que desde la chacra de éste, en la Cañadilla, solía venirse de noche a la suculenta pesebrera de la casa del amo, en la calle de las Agustinas. Asustado el animal por las luces y la matraca, cuyo sonido nunca habían oído sus caballunas orejas, dió algunos sonoros bufidos, que la asustada gente tomó como cosa de la otra vida. El miedo, convertido en terror pánico, hizo todo lo demás. La trompeta del juicio final, que los tímidos devotos creyeron oír como el anuncio de una invasión de mucho miles de diablos sueltos o ánimas alzadas, no pasó del fuerte ventarrón que arrojó por las anchas vías nasales el asustado caballo de *don Peiro*. El miedo es cosa viva... dice nuestra gente del pueblo, y con sobrada razón, a juzgar por lo que dejamos contado.

Pero el vulgo siguió creyendo en las ánimas del puente, porque en lo del caballo sólo dieron crédito algunos pocos. Y luego, esto era un caso aislado, que no podía echar por tierra la creencia general que había en la aparición de espíritus en ese lugar.

(Historia y Tradiciones del Puente de Cal y Canto).



Calle del Puente

LA CALLE DE SANTO DOMINGO

J. Abel Rosales

La calle Santo Domingo comenzó a edificarse desde el oriente. Hasta principios del presente siglo, casas diseminadas se levantan cuatro cuadras hacia el oriente y el poniente de esa iglesia. Por si el lector encontrase oportuno tener noticias antiguas de estas ocho cuadras, vamos a contarle en pocas palabras lo principal de su historia.

Comenzaba la calle por la *casa de la palma*, hoy número 18, en cuyo patio se muestra aún, después de doscientos años, una elegante palmera. Esta casa tiene una historia larga que no nos es posible contar. Sólo referiremos que allí vivió una respetable familia a cuyo servicio estaba nada menos que un general de gran nombradía en la ciudad, *el general Patatí* del cual nos ocuparemos más adelante.

Más al poniente, acera norte y esquina noreste con la calle de las Claras hoy número 37, vivió y murió el célebre abogado don José Antonio Rodríguez Aldea, el chillanejo, y a su lado, calle de por medio en la otra esquina, la de don Pedro Fernández Recio, número 39, en la cual tuvieron lugar las primeras *filarmónicas* de Santiago, en 1827. Ambas y vecinas casas fueron de gran tono: aún conservan sus fachadas primitivas de principios del siglo.

En la esquina noreste con la calle de Miraflores, vivió el conocido don Francisco Marín, y en la acera sur, hoy número 28, fué de la sucesión de don Pedro Cadiz. Allí vivió el sabio don Andrés Bello y hoy un nieto de don Mariano Egaña, el respetable caballero don Francisco Ríos.

La casa sureste con la calle de las Claras, con su gran patio en el cual cabe cómodamente un regimiento, ha sido desde antigua fecha casa solariega de los Lucos. Allí han vivido en quietud patriarcal los Barros Luco, y allí se han formado numerosos planes de gobierno y hasta planes revolucionarios.

El senador don Ramón Barros Luco es su actual propietario.

Poco más al centro de esa cuadra y casa que antes tenía número 36, fué cuna del general don Ramón Freire.

En la misma acera, esquina con la de San Antonio, tuvo propiedad la familia del ingeniero español Santa María. Miembros de esta familia fué el Presidente don Domingo Santa María que allí vivió y murió.

Por la época de la independencia, esa casa fué mansión de la respetable familia Fontecilla, de que era jefe el coronel e Intendente de Santiago de aquel apellido.

Fué famosa doña Micaela Fontecilla, patriota muy perseguida por los realistas y una de las más astutas y enérgicas partidarias de Manuel Rodríguez, los Carrera, San Martín y demás libertadores de Chile.

Entre San Antonio y 21 de Mayo, por inmediaciones de la casa del senador don Vicente Sanfuentes, acera sur, el francés Bogardus en 1840 y 41 exhibió su elegante y el popular mono futre *Pinganilla*, desde cuya fecha han brotado como por encanto los *pinganillas* de Santiago.

En esta misma cuadra, número 55, estuvo establecida una gran casa comercial de fama, con su sucursal en Cádiz, y fué la de los Usariz. Hoy es propiedad de don José Manuel Encina. La vecina, pared por medio, fué la vivienda del Presidente don José Tomás Ovalle y allá ocurría diariamente, en su tiempo, el célebre Ministro Portales. Actualmente es casa-almacén de don José Besa en la esquina noreste con 21 de Mayo.

Al lado de la plazuela de la iglesia estuvo una gran casa con estudios de abogados. Desde hace más de veinte años se llama "Posada de Santo Domingo". Seguía a ésta el cuartel de los granaderos que

servían de escolta a los Presidentes, cuyo palacio de gobierno ocupaba todo el actual edificio del Correo, con frente a la plaza.

Algunas otras casas de importancia seguían al poniente. La número 65 era de un tico negociante en cobre, don Juan Lavigne, desde 1810. La casa de la Compañía de Gas, fué de los Palazuelos y allí vivió el "último rey de España", don Angel Palazuelos. Al lado estaba la casa de los Yorsin, comerciantes que quebraron en más de medio millón de pesos y que casi arruinó al país al peso de una catástrofe no conocida aún en Chile. Hoy día las quiebras como los quebrados, son cosa corriente.

En la esquina noroeste con la calle de la Bandera, que antes se llamaba "atravesada de la Compañía" está aún con su fachada de piedra (número 69) la casa que fué de don Juan Francisco León de la Barra, grande amigo de San Martín y de O'Higgins. Allí se reunía la célebre *Logía Lautarina* que gobernó a Chile y el Perú y contribuyó a la independencia americana con la implacable y terrible energía que conocemos. Allí también debe haberse decretado el asesinato de Manuel Rodríguez en Tiltil.

Aquel caballero fué el abuelo del señor Eduardo de la Barra, de fama americana, nacido en esa casa, y el cual, a pesar de pertenecer a una familia en que han figurado muchos logistas, incluso abuelo y sobrino, cuenta con una parentela de obispos que de seguro no los dejarán en penas eternas. El arzobispo Loayza del Perú, los obispos Goyenechea y Alday, los célebres frailes López y Guerrero, son de la familia.

La casa de don Celedonio Villota, rico señor de Teno, y famoso por sus sebos y sus charquis, está en la esquina de la calle de Morandé, ahora número 74.

Al frente vivió el ilustre patriota don José Gregorio Argomedo y allí murió el 5 de octubre de 1830.

La esquina suroeste, número 76, tuvo por nombre *La Bastilla*, porque fué edificada por el año de la revolución francesa (1789) y porque fué la primera casa de cal y ladrillo levantada en Santiago. Perteneció al jesuíta don Sebastián de Lecaros.

A su muerte en 1808, éste la dejó íntegra a su sobrino don Estanislao Portales, el cual la refaccionó y le puso altos en 1829.

La parte urbana de la calle de Santo Domingo, terminaba en el cruce con la de los Teatinos.

La esquina suroeste era de los Urizar desde el siglo pasado y ahí estuvo el correo primitivo y la Negra Rosalía. Para el poniente todo era campo, potreros y chacras, o sea el llamado hasta hace poco *Llano de Portales*.

* * *

A principios del presente siglo, la calle de Santo Domingo era ya un barrio aristocrático. Estaba en ella la iglesia de piedra rival de la Catedral, la administración de correos y las primeras casas comerciales del país.

Los Urmeneta, los Yorsin, los Lavigne, los Villota, los Saldívar, los Ustariz, los Lastra, los Cotapos y otros del alto comercio, tenían en esa calle sus almacenes o bodegas, diseminadas en las pocas cuadras que hemos venido recorriendo.

(La Negra Rosalía o el Club de los Picarones).

HOTELES Y CAFES DE 1884

Julio Vicuña Cifuentes

Y, si, relacionando cosas harto heterogéneas, pasamos de los tranvías a los hoteles y cafés, veremos que, en punto a instalaciones y servicios, no desdecían éstos de aquéllos. Nunca Santiago ha sido pródigo en buenos hoteles; con lo que dicho queda que tampoco lo era entonces. Entre los mejores se contaba el *Hotel Inglés*, que después se llamó *Francia* y hoy *Plaza Hotel*, situado en el Portal Fernández Concha, cuyo propietario era M. Therrier, y el administrador, M. Cheyre, que después fué dueño del establecimiento. M. Therrier, aparte de las simpatías o antipatías personales que, como a todo hijo de vecino, le inspiraban sus parroquianos, tenía ciertos prejuicios regionales. Prefería la gente del norte a la del sur, y recordamos haberle oído decir que la mitad de don Quijote estaba enterrada en la plaza de Talca, y la otra mitad en la de Concepción. Sin duda que estos eran prejuicios de M. Therrier, pero como la frase se nos antoja más ingeniosa que ofensiva, no creemos que se molestarán aquellos compatriotas nuestros si la recordamos en este lugar.

En el *Hotel Inglés* conocimos—de vista, por supuesto—al famoso don Domingo Faustino Sarmiento, en su postrer viaje a Chile, en 1884. Era el autor de *Facundo*, según nuestros recuerdos, de estatura más que mediana, cargado de espaldas y alto de hombros, entre los que se erguía la fuerte cabezota, que por lo rasa y maciza semejava una enorme rodilla. Se alimentaba casi exclusivamente de vegetales, en especial de lechuga, de las que hacía gran consumo.

Sarmiento en sus *Viajes*, había tratado despectivamente a Espa-

ña. Esto lo recordaba muy bien el distinguido propietario de la *Imprenta Cervantes*, don Rafael Jover, que a fuer de buen español, quiso aprovechar la estada de Sarmiento entre nosotros, para tomar desquite de los conceptos injustos del escritor argentino contra su patria.

El libro de *Viajes* de Sarmiento, luego que se publicó, había provocado, del cáustico Martínez Villergas, una contestación tan virulenta como ingeniosa, titulada *Sarmenticidio, o a mal sarmiento buena podadera*. Jover reimprimió este panfleto en copiosa edición, de la que distribuyó muchos ejemplares entre los pasajeros del hotel en que se hospedaba Sarmiento,—el *Inglés*, como ya hemos dicho,—la tarde misma en que ahí se le festejaba con un banquete. Esta fué la última contrariedad que padeció don Domingo Faustino, en aquel postrer viaje; la segunda, de trágicas consecuencia, ocurrió en la Cordillera, donde Sarmiento fué embestido por una vaca, accidente funesto que abrevió los días de este hombre por tantos títulos ilustre.

En aquel mismo *Hotel Inglés*, al que yo iba con frecuencia a visitar a personas de mi familia que ahí alojaban, conocí de vista también, al célebre político y agitador peruano don Nicolás de Piérola, cuando andaba en los trajines con que prolongó el movimiento revolucionario que por última vez le llevó al poder; ahí mismo traté al general don Ignacio de Veintimilla, que en el Ecuador, su patria, donde ejerció la dictadura, dejó fama de hombre atropellador y sanguinario, cosas ambas de que nunca logramos convencernos los que aquí le conocimos de cerca, pues era la persona más cortés, más afable y más mirada que es posible imaginar. La genre maleante que le rodeaba, abusó villanamente de él, y el general Veintimilla, en los últimos tiempos de su estada en Santiago, conoció las amarguras de una pobreza rayana en la miseria.

Era, pues, el *Hotel Inglés*, a pesar de su modestia, lo mejor que teníamos entonces, (antes que el *Oddó* se le adelantara); por lo que a él iban a parar los huéspedes ilustres que nos visitaban, sin que entre ellos faltara algún príncipe de sangre real, como el duque de Madrid, don Carlos de Borbón, pretendiente al trono de España.

Sólo con otros dos hoteles de "primera clase"—llamémoslos así—

contaba Santiago por aquellos días: el *Oddó*, cuya entrada principal estaba en el fondo del Pasaje Toro, y el *Dounay*, ubicado donde después estuvo el *Milán* y ahora el Club Militar, en la calle del Estado.

Tres años más tarde, poco más o menos,—tal vez en 1887—se instaló el que fué en su tiempo el más lujoso y bien tenido, el *Hotel Central*, de vida muy efímera que ocupaba entero el edificio, donde hoy está la droguería Daube, en la calle de la Merced, esquina de la de San Antonio. El dueño del establecimiento era M. León Brouc, que tenía en Valparaíso otro hotel del mismo nombre, ubicado en la calle de Serrano.

La instalación del de Santiago se hizo con relativa esplendidez, a lo menos para esa época, y la empresa habría prosperado, a no impedirlo el café o *restaurant* del piso bajo, abierto al público toda la noche. Las orgías y desórdenes que allí ocurrían, echaron a perder el negocio principal. El Hotel duró poco tiempo, y su propietario se trasladó al *Teatro-restaurant Politeama*, hoy *Santiago*, edificado por el mismo Brouc en terreno del señor Cruz Leyton. De la historia de este teatro hemos de hablar más tarde.

Para la gente de cortos medios—estudiantes, zurupetos, jubilados, gente modesta de provincia—había en la calle de Ahumada, más o menos donde ahora está el Teatro Principal, un hotelito llamado de *Los Hermanos*, con corredor a la calle, en el piso bajo. Allí se almorzaba a la chilena, con media botella de vino tinto, por la módica suma de sesenta centavos. La comida, también con vino, valía ochenta. El hotelito se quemó y fué reconstruído, instalándose en él don Fidel Sepúlveda, que era, en el Centro, lo que don Antonio Peñafiel en el barrio del Matadero. El edificio se quemó de nuevo, una noche, en 1891, durante la Revolución, y como estaba prohibido tocar la campana de alarma del Cuartel de Bomberos, ni ninguna otra, porque el Gobierno temía que se sirvieran de ellas para dar la señal de motín, el fuego tomó cuerpo y pasó a la acera de enfrente, al edificio de la Unión Católica. Fué éste uno de los más grandes incendios que ha presenciado Santiago.

En el barrio de la Estación de los Ferrocarriles, existían varias

posadas de mala muerte, presididas por otra mayor, el famoso *Hotel del Sur*, de pecadora y regocijada memoria.

Ocupaba un viejo caserón de un piso, encalado de azul, tal vez de media cuadra de frente, edificado en parte del terreno en que después se construyó el Portal Edwards. Cuando una muchacha se perdía, el primer paso de los que la buscaban era en la dirección del



La Estación Central

Hotel del Sur. Cuando un empleado infiel se fugaba de su pueblo, o algún muchacho provinciano abandonaba el hogar, si había la más remota sospecha de que se hubiesen venido a Santiago, en el *Hotel del Sur* se hacían las primeras pesquisas. El propietario, hombre en extremo obsequioso y locuaz, nunca oponía resistencia; antes por el contrario, acompañaba a los agentes policiales con amable solicitud, disculpándose anticipadamente con ellos en ésta o parecida forma:

—Como aquí viene mucha gente, bien pudiera ser que estuviese la persona que ustedes buscan. Uno hace lo que puede: pregunta, averigua, les pide el nombre; toma, en fin, todas las medidas para que no lo engañen; pero ellos no son tontos para decir los que no les conviene... Busquen no más, señores, que la casa es la más interesada en ayudar a la justicia.

Y cualquiera que fuese el resultado de la pesquisa, el dueño del hotel quedaba siempre bien, porque, eso sí, él podía ser todo lo complaciente que se quisiera con sus parroquianos, pero no hasta el punto de comprometerse por ellos, cuando ya el tufillo había llegado a las narices de la autoridad.

Como los hoteles, tampoco abundaban en Santiago los cafés decentes. El más elegante, aunque no el de más selecta clientela, era el de la Bolsa, de don Carlos Weise... Y aquí nos importa declarar un vez por todas, que no respondemos de la ortografía de los apellidos extranjeros que figuran en estos *Recuerdos*, los que estamos redactando sin más ayuda que la memoria.

Estaba situado este restaurant, en la calle de la Merced, en el extremo oriente del portal Mac-Clure, que entonces formaba ángulo con el edificio en cuyo terreno se construyó luego el teatro Politeama, hoy Santiago, con el cual quedó en la misma situación, pues el teatro, sólo después de varios años de estar edificado el Portal Alcalde modificó su frente en la forma que ahora tiene, para continuar y unir ambos portales.

El café de que hablamos, en el tiempo de su mayor auge, llegó con sus intalaciones-salones de billar y comedores reservados-hasta la calle de las Monjitas, abarcando parte de lo que más tarde fué el *Restaurante Valparaíso*, de Cristián Larson, y después el *San Carlos*, nombre que llevaba cuando se quemó, hace poco más de un año. La cantina del viejo *Café de la Bolsa*, estaba a cargo del simpático Juanito, (que en seguida fué propietario de *La Nueva Bolsa*, en calle del Estado, en una de las tiendas que ahora ocupa la casa inglesa de Reedel) y atendía las mesas ahí instaladas el popularísimo Granifo, que nuestros contemporáneos recordarán sin duda. En el invierno se servía, en copas de plaqué con bigoterías, que afectaban la forma de elegantes vasos griegos, un ponche muy estimulante, que no hemos vuelto a probar, conocido con el peregrino nombre de *Tom and Jerom* (Tomás y Jerónimo) que los clientes pronunciaban *Tomayeri*. Los comedores reservados del fondo, a los que se llegaba por un largo y

oscuro pasaje lateral, eran el ordinario refugio de las parejas de "vamos a comer juntos".

Otro de los más populares cafés, y sin duda el más antiguo de todos, fué el de Hinternof situado—próximamente, si no ahí mismo—donde después estuvo *La Nueva Bolsa*, de Juanito, a que antes hicimos referencia. En la testera de la sala del café, había un viejo cuadro de pintura al óleo, que representaba a varios caballeros alemanes, antiguos clientes de la casa, bebiendo cerveza, sentados a una mesilla. Entre éstos estaba—único que recordamos—el anciano y distinguido profesor de música don Tulio Hempel, padre de Eduardo, de quien hemos de hablar en otra ocasión. Servía la mesa representada en el cuadro, un muchacho robusto y simpático: era Manuel, el mozo que, cuarenta años más tarde, viejo pero fuerte siempre—nos servía a nosotros en el mismo *restaurant*.

Cuando le hablábamos de aquellos tiempos pasados, Manuel miraba el cuadro, en el que se veía joven y lleno de vida, y encogíase de hombros indiferentemente, como diciendo: —¡Esa es la vida!

En la acera poniente de la calle Ahumada, entre las de Moneda y Agustinas, más o menos en el sitio en que ahora ocupa la Mercearía Francesa, había un edificio antiguo que arrendaba en parte el popular *Salón de Ostras*, de M. Tirraud, que acabó por enajenarse el favor del público y tuvo que cerrar sus puertas, a causa de haberse dejado arrebatar por otros más progresistas—singularmente por el *restaurant* que en la calle del Estado tenía don Adolfo Dreckman—el cetro de su especialidad. Años después muerto don Adolfo, el *restaurant* Dreckman pasó a su hermano don Luis, y más tarde, a la señora viuda de éste, que es ahora la propietaria.

De intento he dejado para lo último, el más interesante de los cafés de Santiago: el Gage, el famoso de *Papá Gage*, que todos conocen hoy, aunque ya sin papá, pues murió hace buenos años. El primitivo establecimiento, el que nosotros frecuentamos y del que tenemos memorias de juventud imborrables, estaba situado en la calle de Huérfanos, en una casa antigua de propiedad de doña Enriqueta Fresno de Echeverría, donde ahora está el anexo A. del Hotel Oddó.

Vieja y destartalada y sucia era la casa aquella, en términos que parecían exagerados a la gente moza de hoy, acostumbrada a mayor decencia. Y el ajuar de ella no desdecía del edificio, por lo menos antes de que se transformara la cantina y que se habilitara lo que entonces se dió en llamar "el *gran comedor*".

Tal como primero conocimos nosotros aquel establecimiento, vamos a describirlo.

El edificio tenía tres patios. En el de la calle bastante espacioso, había, durante la buena estación pequeñas mesas de fierro, y otras, más grandes, de madera, en las que a algunos parroquianos les gustaba almorzar, comer y aun cenar, al arrullo del agua de una pila ubicada en el centro del patio. Un telón resguardaba a los clientes de los rayos directos del sol y del rocío, cuando la noche estaba húmeda. A la izquierda, entrando con puertas a la calle estaba la cantina, pero nosotros alcanzamos a conocerla en el pasadizo que comunicaba el primer patio con el segundo. A la derecha pasado el zaguán había tres comedores reservados, en los que todo era viejo y malo; alfombras, papeles, pinturas, mesas, sillas, sofás y espejos. En la testera de este patio primero, estaba el comedor grande que no ha de confundirse con el que pomposamente se llamó después "el *gran comedor*", situado en seguida de la cantina el que, dicho sea de paso nunca fué *gran* sino *grande*.

En el segundo patio, con corredores en tres de sus lados, había varios comedores pequeños, ordinariamente ocupados por pensionistas. A uno de ellos y en calidad de tales, concurríamos, allá por el año de 1877, Narciso Tondreau, Luis Navarrete, el que estos recuerdos escribe, y un caballero de edad provecta, llamado don Clodomiro Zañar-tu, perpetuamente aquejado, según él de hiperestesia sexual.

El tercer patio, irregular y casi ruinoso, en el que estaba la cocina y otras dependencias más o menos privadas, no es para descrito, por lo sórdido y mal oliente. La casa aquella tenía también un menguado segundo piso, que no abarcaba sino el frente del edificio: en él vivía el dueño del establecimiento.

He aquí delineado, en trazos tal vez burdos, pero muy exactos el

antiguo y famoso *Restaurant Gage*, tal como era antes de la Revolución de 1891.

El *menu* diario no se diferenciaba gran cosa del de los otros menderos, pero los extra eran numerosos, muy frescos y bien elegidos. La habilidad de *Papá Gage*, un viejecito regordete y simpático, consistió siempre en seguir la evolución del gusto del público, pero sin adelantarse a ella; en no resistir las reformas que se le pedían, aunque, tampoco, sin anticiparse a ofrecerlas. Tal vez el tiempo aquel así lo requería. Los progresos realizados más tarde, se debieron a los príncipes jóvenes, no al fundador de la dinastía.

Os dejo, pues presentado el antiguo *Restaurant Gage*, que ha de figurar muchas veces en estos recuerdos, porque no hay santiaguino viejo, ni provinciano acomodado ni viajero gozador que no hayan tenido que ver con él.

A algunos de mis contemporáneos parecerá extraño no encontrar en este capítulo el simpático nombre de don Santiago Melossi. No le he olvidado por cierto, y ya haré memoria suya cuando hable de la Quinta Normal.

(*Prosas de otros días*).

LA SEMANA EN SANTIAGO

Pedro Balmaceda

Después de Sarah, el cólera. ¿Y por qué no? ¿No decía Luis XV, en cierta ocasión: —Y después de mí el diluvio?

El cólera, la más desconocida y la más terrible de las enfermedades, hace sus víctimas en silencio. A toda hora del día se ven las carretelas conduciendo coléricos. Se nota en la ciudad un movimiento, un trabajo incesante. Las escenas se renuevan aún en las calles más centrales. En todas partes reina la abnegación.

Sin embargo, nunca falta una nota cómica.

En la cárcel, según dan cuenta los diarios, se produjo un caso sospechoso. En el acto vino una *golondrina* para llevar al individuo al lazareto. Se le subió en medio de las contorsiones más terribles.

A medio camino, viendo el preso que nadie lo observaba y que era más conveniente el aire de la libertad que los cuidados de un lazareto, corrió las cortinas y, con la tranquilidad del inocente, se bajó, tomando una de las calles extraviadas que lo ocultó a su guardián.

Es de presumir el asombro del cochero cuando se encontró con el carretón vacío...

Esta semana, aparte de las columnas de defunciones, ha sido pródiga en flores, en luces y en incienso.

La consagración del señor Casanova, arzobispo de Santiago, que tuvo lugar hace algunos días, es una de aquellas ceremonias imponentes, llenas de majestad y que se perpetúan en el recuerdo de las personas.

El domingo, el reverendo padre Lucero cambió el traje gris y sus sandalias, por el hábito morado del obispo.

Desde muy temprano, la iglesia de la Recoleta se vió invadida por una concurrencia numerosa.

El espectáculo era encantador y predisponía al recogimiento. El órgano con sus voces graves y sonoras, con sus entonaciones llenas de arrebató y de misterio, parecía derramar algo de la divinidad, por las bóvedas del templo.

Las columnas de mármol, las pinturas sagradas, la luz proyectándose a través de vidrios de colores, el murmullo de la gente, los cánticos aislados de sacerdote, el incienso que subía hasta la cúpula, alguna lágrima de piedad, algún recuerdo doloroso, todo parecía confundirse religiosamente en torno del nuevo obispo.

Estas sorpresas desconocidas del poder, sólo tienen lugar en el claustro.

La política prepara a los hombres para el ejercicio de los deberes cívicos, la religión esparce la humildad en los corazones, borra del convento la noción del marido, y en el capricho de la fortuna, hace surgir las grandes dignidades del sacerdocio.

El paseo organizado por las señoras de Santiago para socorrer las ambulancias, tuvo espléndidos resultados.

La *Kermesse del Santa Lucía* ha sido una fiesta original, llena de atractivos y de sorpresas.

El cerro estaba adornado con gusto, casi diríamos con elegancia, si elegancia cabe en transformar las rocas, verdaderas excentricidades de la naturaleza en alegres ventas, en pequeños sitios de reunión.

Desde la entrada había algo extraño y que preparaba el espíritu a la alegría.

Las luces que serpenteaban por las avenidas, las banderas, los grupos de árboles, los juegos de agua con su murmullo argentino, todas esas indiscreciones del buen gusto, tenían su palabra delicada para los paseantes.

Abajo mucha luz; arriba mucha ráfagas de aire embalsamado,

muchas cabecitas rubias, muchas palabras espirituales, muchos dichos intraducibles en el lenguaje, que encierran una historia. La plazoleta de Pedro de Valdivia era el punto de reunión de las niñas. Allí se veía *la creme* de nuestra sociedad; aquí también, se encontraba instalada la feria, servida por hermosas señoritas.

La suerte corrió ligera entre las cintas y los encajes. Muchos jóvenes cargados de juguetes; otros, con las manos vacías; y por último, un jardín de chicos y de chicas que paseaban ofreciendo ramos, dulces... y besos.

Todos sentían saciadas sus ambiciones. Algunos que llegaron tarde, se contentaban con admirar en silencio. Pero, todos, todos, sin excepción, estaban alegres.

Las tandas atraieron una concurrencia enorme; demasiada concurrencia tal vez, para el local, que presentaba un pintoresco golpe de vista.

Una observación; las tandas fueron tres y según anuncio del programa, la gente debía pagar un precio separado por cada una. Pues bien, al concluirse la primera, nadie se movió de su asiento y continuaron impasibles y, sin duda alguna, con heroicos deseos de asistir a la segunda.

Los directores se encontraban chasqueados. El método era sencillo, y todos reían de buen humor por la jugada.

Sin embargo, a la tercera petipieza, se apagó el gas y de este modo, se obligó a la ingeniosa concurrencia a abandonar el espectáculo.

En cuanto al baile, que comenzó a las once, dejará muchos recuerdos. Aquello era un cuadro de Alfonso Daudet.

A través de los cristales se veía a las parejas seguir los giros interminables del vals. El contacto de la seda producía *frou frou* deliciosos, el roce imperceptible de los encajes tenía algo de esas historias que principian y acaban en un segundo. ¡*La eternidad de un segundo!* como decía Heine.

La cabeza se poblaba de deseos ardientes; cada palabra era una esperanza; se jugaba con la vida, se apostaba a la felicidad en la carta insegura de una mirada, de una sonrisa.

Y así toda la noche, hasta muy tarde, entre *calembures* y alfilerazos, se agotaron las palabras; las niñas, con la malicia instintiva del sexo; los jóvenes, con la franqueza de la ambición.

(*Estudios y ensayos literarios*).

SANTIAGO EN 1886

Rubén Darío

Por aquel tiempo, a decir verdad, la vida literaria en Santiago estaba en una especie de estagnación poco consoladora. . . Santiago en la América Latina es la ciudad soberbia. Si Lima es la gracia, Santiago es la fuerza. El pueblo chileno es orgulloso y Santiago es aristócrata. Quiere aparecer vestida de democracia, pero en su guarda ropas conserva su traje heráldico y pomposo. Baila la cueca, pero también la pavana y el minué. Tiene condes y marqueses desde el tiempo de la colonia, que aparentan ver con poco aprecio sus pergaminos. Posee un barrio de San Germán diseminado en la calle del Ejército Libertador, en la Alameda, etc. El palacio de la Moneda es sencillo, pero fuerte y viejo. Santiago es rica, su lujo es cegador. Toda dama santiaguina tiene algo de princesa. Santiago juega a la Bolsa, come y bebe bien, monta a la alta escuela, y a veces hace versos en sus horas perdidas. Tiene un teatro de fama en el mundo, el Municipal, y una Catedral fea; no obstante, Santiago es religiosa. La alta sociedad es difícil conocerla a fondo; es seria y absolutamente aristocrática. Ha habido viajeros más o menos yankees o franceses, que para salir del paso en sus Memorias han inventado respecto a la sociedad chilena que no han conocido, unas cuantas paparruchas y mentiras. Santiago disgustó a Sarah Bernhardt y encantó a la Ristori. Es cierto que sobre esta última nada tiene que decir María Colombier. Santiago gusta de lo exótico, y en la novedad siente de cerca a París. Su mejor sastre es Pinaud y su Bon Marché la casa Pra. La dama santiaguina es garbosa, blanca y de mirada real. Cuando habla parece que concede una merced. A pie

anda poco. Va a misa vestida de negro envuelta en un manto que hace por el contraste más bello y atrayente el alabastro de los rostros, en que resalta, sangre viva, la rosa roja de los labios. Santiago es fría, y esto hace que en el invierno los hombres delicados se cubran de pieles finas. En el verano es un tanto ardiente, lo que produce las alegres y derrochadoras emigraciones a las ciudades balnearias. Santiago sabe de todo y anda al galope. Por esto el santiaguino de los santiaguinos fué Vicuña Mackenna, mago que hizo florecer las rocas del cerro Santa Lucía. Este es una eminencia deliciosa llena de verdores, estatuas, mármoles, renovaciones, pórticos, imitaciones de distintos estilos, jarras, grutas, kioskos, teatro, fuentes y rosas. Edimburgo es la única ciudad del mundo que en su centro tenga algo semejante, y por cierto muy inferior. Santiago posee una obra hecha por la naturaleza y por el arte. *Ars et natura*. Santiago hace libros y frases, *nouvelles a la main*. Su prensa es numerosa y sus periodistas son pujantes, firmes en la polémica, peligrosos en las luchas. Hay un diario de modelo yanquee, *El Ferrocarril*; los demás son más dados al "mecanismo" francés. El *croniqueur* por excelencia es Rafael Egaña. Las empresas periodísticas son ricas, pero algunas demasiado económicas. Raro es el diario que tenga permanentemente información directa del extranjero. En las redacciones se está, tijera en mano, esperando la correspondencia por correo transandino, para recortar lo mejor de los diarios del Plata; o si no, se hacen traducir los artículos de la prensa europea que llegan por el Estrecho. Santiago paga poco a sus escritores y mucho a sus palafreneros. Toma el té como Londres, y la cerveza como Berlín. Es artística, ama las gallardas estatuas y los cuadros valiosos. Cincela con Plaza, con Blanco, y pinta con Lira, con Valenzuela, con Jarpa. Para sus hombres grandes tiene bronce y mármol. Santiago ha sido heroica y vibrante en tiempo de conmociones. Es ciudad que nunca será tomada. El roto santiaguino es vivaz, malicioso, ocurrente, aguerrido y cruel. El *gamin* es hermano del suplementero. De noche, Santiago es triste y opaca exteriormente. En sus salones ríe el gas en la seda y chispea la charla. El 18 de septiembre, la ciudad se engalana, llénase el Campo de Marte de soldados,



La plaza de Roche

va el Presidente a la revista en coche, tirado por cuatro caballos, precedido de batidores, y en las calles se escucha el ruido de cascos y de ruedas, de gente que pasa, y estruendos de fanfarrias y clarines. En un día semejante fué cuando conocí al autor de este libro en la redacción de *La Epoca* (1).

(Obras desconocidas de Rubén Darío).

(1) El libro "Asonantes", de Narciso Tondreau.

EL MANTO

Rubén Darío

La bella va con el manto
con tal modo y gracia puesto,
que se diría que esto
es el colmo del encanto.
(Santiaguina, por supuesto).

Vela el cuerpo la hermosura
y va enseñando la cara;
tal parece una escultura
hecha en mármol de Carrara
y con negra vestidura.

Con esa faz placentera,
esa negrura enamora;
pues le parece a cualquiera
que la noche apareciera
con la cara de la aurora.

¡Qué par de ojos! Son luceros,
¡Qué luceros! Fuegos puros.
Con razón hay, caballeros,
compañías de bomberos
y pólizas de seguros.



En el portal

Y ahora entiendo el por qué
cierto joven que llegó
cuyos gustos yo me sé,
siente algo de qué sé yo
por causa de no sé qué.

Y siempre que mira un manto.
se fija en la faz un tanto,
lleno de dulces antojos;
que en la faz están los ojos,
y en los ojos el encanto.

De una garbosa doncella
con un rostro encantador,
se afirmará al conocella,
que sin el manto es muy bella,
pero con manto, mejor.

Tiene ello mucho de santo;
mas despierta cierto anhelo
cuyo velo no levanto;
si no fuera ese recelo,
andarían en el cielo
los querubines con manto.

Faz linda . . . forma hechicera
esa negrura enamora;
pues le parece a cualquiera
que la noche apareciera
con la cara de la aurora.

(La Epoca, Santiago, 5 de agosto de 1886).

SANTIAGO EN 1890.

Teodoro Child.

Tomando muy en cuenta las costumbres que prevalecían en tiempo de los filibusteros, la capital de Chile fué ubicada en el interior del país, al pie de la gran cordillera de los Andes, y en la actualidad a una distancia de cuatro horas en expreso de Valparaíso. Es una agradable y opulenta ciudad, altamente favorecida por el clima, y destinada a ser con el curso del tiempo una de las más importantes ciudades del hemisferio sur.

Al presente pasa por un período de transición.

El pavimento de sus calles es muy irregular; palacios y casuchas están pared por medio; el poco cuidado que se presta a los paseos y jardines le da un marcado sabor provinciano; los edificios públicos tienen en pocos casos un estilo arquitectónico propio; los hoteles son demasiado poca cosa para una capital como ésta, y sus casas de comercio carecen de las comodidades y del cachet que exigen las modernas ideas comerciales. Sin embargo, Santiago es el París de Chile, adonde se vuelven los ojos del provinciano y adonde van a gastarse tarde o temprano las grandes fortunas.

El clima es delicioso, visto que el invierno dura sólo cuatro meses y la temperatura no oscila más de los 70 grados Fahrenheit a los 52°, y que el sol luce varios días de la semana hasta en lo más avanzado del invierno.

La planta de la ciudad es el acostumbrado tablero colonial, con la plaza al centro de una serie de manzanas simétricas. Dos costados de la plaza tienen portales donde se vende géneros y flores. El Correo

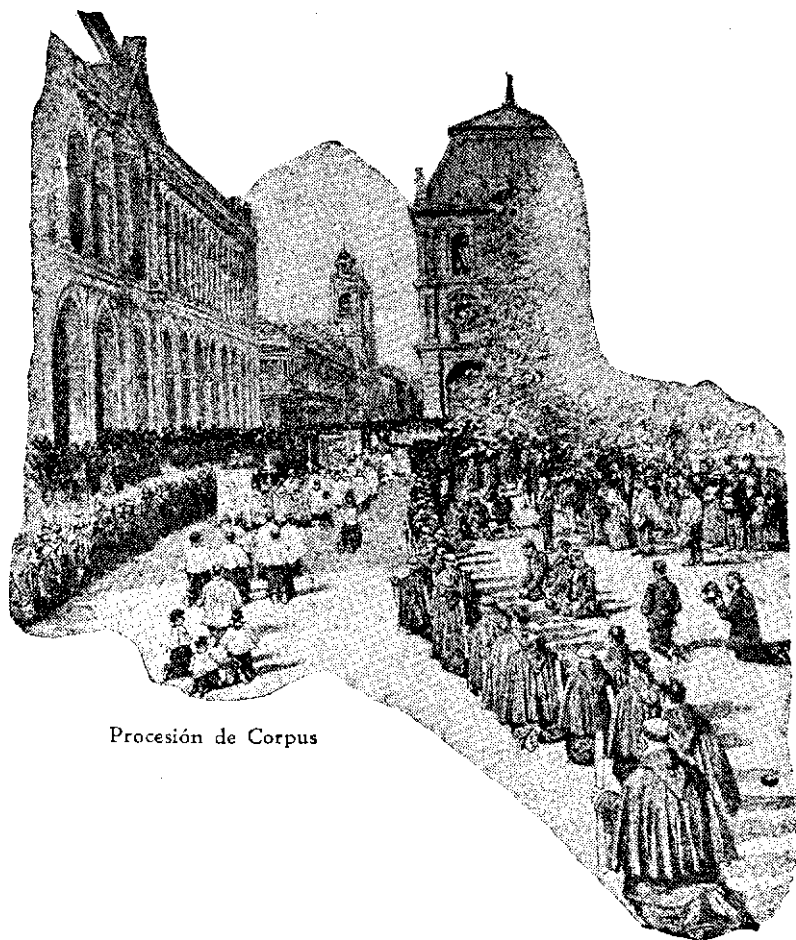
es un edificio distribuido al estilo norteamericano, servido por atentas señoritas y por empleados que aquí como en los demás países de Hispanoamérica se empecinan a disputar a la mujer puestos indicados para ella.

La plaza es el centro del movimiento santiaguino, el término de la carrera de los tranvías, la gran estación de coches, el paseo de lujo de la tarde, mientras toca en el kiosco una banda de músicos. ¡Qué aspecto tan alegre tiene una plaza latina! ¡Y qué papel tan importante desempeña en la vida de una ciudad! ¡Y cómo se compadece a nuestros pueblos sajones que no han sabido seguir este sabio precepto de los antiguos españoles que por primera medida dotaban a sus poblaciones de una ancha plaza, que viene a ser para ellos como el corazón de la ciudad donde repercuten sus placeres y sus negocios, a semejanza del antiguo Foro Romano.

La Plaza, la Catedral, la Municipalidad, la Intendencia, representan la invariable decoración del centro de una ciudad hispanoamericana, e invariablemente será el punto de la más entretenida concurrencia. La plaza está plantada de árboles y provista de escaños para ofrecer sombra y descanso a los ciudadanos, a las madres, a las nodrizas; a los grandes como a los chicos. La Plaza de Armas de Santiago es de holgada proporción y adornada con hermosas plantas que le dan bello aspecto y exquisito perfume. Los jardines están protegidos por guardianes, a los que se encarga de cerrar cada noche a las diez en punto las rejas de la plaza; porque, como me lo decía una señora irlandesa que vino a Chile hace muchos años a dirigir un asilo para huérfanas: "El vicio nacional es el robo. Las medidas de vigilancia son indispensables".

A la hora del paseo dan vueltas alrededor de la plaza lujosos coches y victorias, tiradas por lindos tronos, en contraste con los caballejos de miserable aspecto de los carruajes de alquiler, que maneja el menos recomendable y el más estúpido auriga, sentado bajo un miserable capote en el pescante del coche.

La chilena no entra nunca a la iglesia sin cubrirse con el manto, que las viste uniformemente de negro, ciñéndoles la cabeza en una



Procesión de Corpus

orla oscura que hace resaltar la blancura de su tez y el brillo de sus ojos. Este traje no excluye, sin embargo, la elegancia ni cierta coquetería, y del conjunto se escapa un encanto particular al menor movimiento del austero tocado.

La plaza está llena de baratillos en que se venden cigarros, flo-

res, artículos menudos y frutas. En las calles vecinas se exponen sin arte en los escaparates artículos de fabricación inglesa, francesa o alemana, para tentación del bello sexo. En las librerías, resaltan las obras francesas, entre las que están incluídas las más escandalosas del género.

Volviendo a los negocios, se hace notar como rasgo de la indolencia criolla, el poco tiempo que permanecen abiertos; se dedica el menor tiempo posible a los comercios y el mayor que es posible al fumar, a la charla, a la meditación devota. No es éste un reproche; es simplemente la comprobación de que el temperamento chileno es contrario al madrugar, al esfuerzo continuo, a la energía excesiva.

Se muestra en el criollo una tendencia, por fortuna en camino de corregirse, hacia la indolencia y el desaseo, a pesar de su afición a considerarse como los yanquis de Sudamérica y la República más progresista desde el Cabo de Hornos al Mar Caribe.

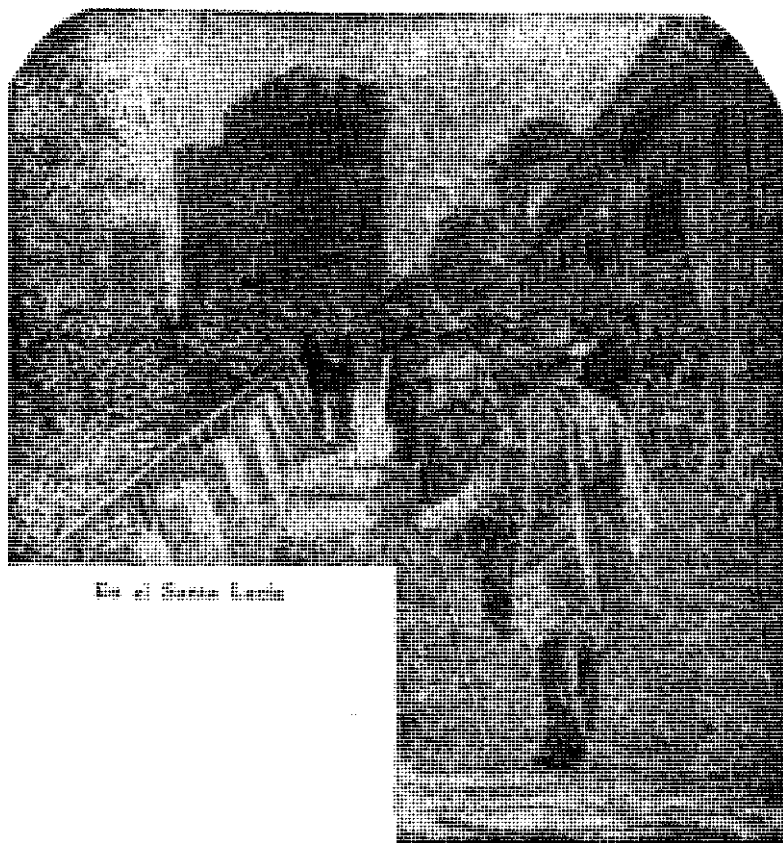
En la Biblioteca Nacional, con sus 70.000 volúmenes catalogados y sus 25.000 manuscritos de historia americana, encontré nueve lectores. Algo que me llamó la atención es que los empleados de un establecimiento donde se guardan manuscritos valiosos para la nación, no se despegaban el cigarro de la boca, y aquí, como en los tranvías y en los trenes, se ve absoluta libertad en el uso de este vicio. Si no se fuma en la iglesia creo que será porque van pocos hombres a ella.

Había visto ya la plaza y sus alrededores, y no dejé de encontrarle cierto carácter original. Las demás calles, interminables, y cruzadas a trechos irregulares por otras calles, me parecieron suficientemente monótonas. Cuando hube visto dos o tres calles, la plaza, la Alameda y el Cerro Santa Lucía, había visto ya toda la ciudad; el resto es la ciudad vulgar: extendida en un espacio de varias millas cuadradas, porque Santiago ocupa una irrazonable proporción de terreno comparativamente a su población.

Desde la guerra con el Perú, según parece, las mujeres son empleadas como cobradoras en los tranvías. Su uniforme consiste en un sombrero de hombre, un portamonedas y un delantal blanco; lo demás queda al gusto o a los recursos de cada cual. Este es el único

país del mundo en que he visto a las mujeres en semejante ocupación.

Los teléfonos son verdaderamente populares en Santiago, pues sus hilos innumerables atraviesan sobre sus principales arterias, sin aumentar en nada su belleza.



En el Santo Ladrón

La mayor parte de las casas son hechas de adobe, o sea ladrillos cocidos al sol, y el segundo piso, cuando lo hay, de caña de Guayaquil, ornamentadas sus paredes en mucho o en ningún grado. Generalmente se las construye de un piso, y en el mayor espacio posible,

por temor a los temblores. Muchas son de proporciones patriarcales, con habitaciones para tres generaciones de la familia, y un comedor para cincuenta o sesenta personas. Muchas de estas casas tienen considerable mérito arquitectónico, y ostentan, además, verdadero mármol. ¡Pero la mayoría!... ¡Ay! desde que don Pedro de Valdivia fundó a Santiago, hace trescientos cincuenta años, sus habitantes no han tenido tiempo de crearse una personalidad distintiva, y han preferido ir a buscar su inspiración en los templos griegos del siglo de Pericles y en los castillos medioevales de la época de las cruzadas, como se manifiesta en el edificio del Congreso, en la Catedral y en las torres del Santa Lucía. Una ausencia semejante, no sólo de originalidad, sino también de las más elementales ideas de adaptación a un fin útil, a la comodidad, etc., se manifiesta en muchas mansiones particulares que la riqueza o la vanidad han erigido. Un señor tiene una casa al estilo de Pompeya, otro se ha hecho construir un sombrío edificio de un falso estilo Tudor, y otro ha querido ser más original y ha pedido un palacete turco-siamés con cúpulas y minarettes. La más suntuosa mansión de Santiago, la de la señora Isidora de Cousiño, está más desprovista de originalidad que las otras. Es una valiosa construcción de dos pisos, con pilastras jónicas y capiteles y fayenza azul y amarilla a lo largo de la fachada. El jardín que rodea la casa también recuerda la horticultura europea.

Esta casa ha sido proyectada por un arquitecto francés, y decorada y amoblada por artistas y artesanos franceses. Y eso está aquí, a centenares de centenares de millas de Europa, en un país que tiene su flora y su fauna, incomparables riquezas minerales, un característico paisaje de montañas, valles y costas, una interesante raza aborigen, sus trajes populares, sus especiales métodos agrícolas. Seguramente que ello daría temas decorativos como fuente de inspiración.

La genuina casa chilena es la antigua casa española edificada en torno de un ancho patio, y separada de la calle por una reja de hierro y macizas puertas que se cierran al caer la noche, tal como las he visto en Córdoba o Sevilla con su frente oculto por los naranjos y las plantas del jardín que lucen en la clausura del *patio*; esta es

la semioriental morada de Andalucía, sagrado refugio de la familia no abierto a los extraños. De estas casas coloniales, de anchos aleros de labradas vigas, con las puertas claveteadas y gruesas rejas de hierro en las ventanas, quedan muchas en Santiago.



El Palacio Cousiño

Los pobres viven en antihigiénicos conventillos y casuchas, en que se manifiesta un abandono más miserable que el del campesino ruso. Para los peones la vida es realmente una prueba en que el sobreviviente ha debido pasar por las críticas penalidades de la infancia, y gracias a esto, la mortalidad entre las clases pobres es enorme. Convencidos de que el alma de los *angelitos* se ha ido directamente al cielo, el funeral da ocasión a manifestaciones de regocijo, en que se invita a los vecinos y amigos a beber y bailar.

Luego las madres irán en el tranvía, llevando el cadáver del pequeño en los brazos, a dejar un recuerdo a la fotografía. En el punto donde muere un angelito, habrá por lo menos una semana de jolgorio, y en una aldea que yo visité donde una epidemia de sarampión les había dado una media docena de angelitos, no se trabajó por cerca de tres semanas en varias millas a la redonda. Esta costumbre de velar a los *angelitos* también prevalece en el Perú, en Bolivia y la Argentina.

De la vida en las casas elegantes de Santiago, nada digo: una invitación a comer no es tan corriente como en los países anglosajones; el círculo de la familia es muy cerrado; la vida de hogar entre dos o tres generaciones les basta. La animación social se concentra en los teatros y demás sitios públicos. Aunque parezca extraño juzgando por la bondad del clima, los cafés no gozan del favor del público en Santiago, ni se ven esas mesitas a lo largo de la vereda donde se puede, como en París, tomar un refresco, siguiendo *le spectacle de la rue*.

La vista de que se goza desde el Santa Lucía en una noche de luna, es de un encanto insuperable. El juego de luz y sombra, el brillo plateado de las montañas y las combinaciones de luces de la capital, prestan una misteriosa seducción a la vasta ciudad.

La Alameda es otro de los paseos de Santiago, una magnífica avenida de árboles limitada por dos líneas de edificios suntuosos, que le dan el carácter de los Campos Elíseos de la capital de Chile. Es el barrio de las casas elegantes, el paseo favorito del santiaguino y el centro de los monumentos que le recuerdan las glorias pasadas y presentes de la nación. Pero el mármol y el bronce están descuidados, la avenida sólo tiene un buen aspecto en un estrecho espacio donde se pasea en carruajes ciertos días de la semana. El pueblo encuentra aquí pilas de sandías y sencillos refrescos bajo el toldo de lona.

La Alameda es un caso típico de la índole chilena: contando con los elementos para ser un excelente paseo, a costa de energía, de atención y de continuo esfuerzo, permanece en un descuido irritante.

(*The Harper's Magazine*).

EL NIÑO DIOS DE LAS CAPUCHINAS

Luis Francisco Prieto

Al tiempo de morir la Madre fundadora de este monasterio, con las palabras de Santo Simeón que cerraron sus labios, dejóle señalado lo que debían guardar a sus hijas presentes y venideras: un especial amor a Jesús hecho Niño pobrecito.

Conservan todavía una imagen del Divino Infante traída de Lima por las mismas fundadoras, que es la principal de las que voy a mencionar, y la cual, según la tradición, les fué obsequiada por el Virrey Marqués de Castelfuerte, don José de Armendáriz, cuando de allá vinieron, como al principio está referido.

Es una linda escultura en madera, muy bien conservada, que tendrá media vara y representa al Niño yacente en el pesebre, esto es, tendido y con la cabeza reclinada en el bracito derecho.

Ha sido tan religiosamente conservada esta imagen, que fuera del tiempo en que se le rinde culto se guarda aún en la misma caja oval, de madera delgada en que fué traída en 1726, con su primitiva pintura exterior, según lo revela el tono que los años le han dado.

Esa imagen conocida desde la primera hasta la última de las Capuchinas habidas en Chile, es la destinada al nacimiento que las monjas aderezan cada año en una sala de su claustro.

Después de los Maitines de la vigilia de Navidad, es decir, en la noche del 23 al 24 de diciembre, pasan a esa sala a orar ante la imagen veneranda del Niño Divino. Ocho días adelante, en la tarde del 1.º de enero, la del santo día de la Circuncisión, vuelven todas a re-

unirse allí para renovar una a una sus solemnes votos religiosos delante del mismo Niño y en manos de la Abadesa.

Para ello cada cual se descalza plenamente, como Moisés en el Monte Horeb, dejando las alpargatas que sólo les dan sobre qué pisar, conforme a aquella antigua muestra del interior respeto y reverencia. Todavía, al modo que si tornaran a la primera edad de la vida religiosa, al tiempo en que recibieron en la profesión el velo que las cubre, la Abadesa les quita éste para dejarlas, mientras la renuevan, como estuvieron antes de hacerla. También renovando, por decirlo así, su juventud en el espíritu, me recuerdan en ese acto al Santo Profeta que decía al mismo Señor que escogió a éstas: "no sé hablar, porque soy un niño". Y el mismo que puso la palabra en boca de Jeremías, puso en la de estas otras el plañir por los pecados del mundo.

De ellas, Monjas y Abadesas, todas se han ido con su tiempo, sólo queda la sagrada imagen que *ab initio* ha presidido estas reuniones anuales; queda sola por testigo del culto de cuantas generaciones por aquí han pasado, estimulando a la última con el desprendimiento y la devoción de las que la precedieron.

Las Capuchinas tienen en su regla estas tiernas palabras de Su Madre Santa Clara: "Y por amor del Santísimo y Amantísimo Niño Jesucristo, nuestro Señor, envuelto en pobres pañales y reclinado en el pesebre, y de su Santísima Madre, amonesto, ruego y pido a mis hermanas que siempre se vistan de paños viles". Vestidas así, teniendo de continuo delante de sus ojos la pobreza de su profesión, unida al recuerdo de la incomparable del pesebre de Belén que, amorosamente enternecida, les dejó por mira su primera Madre, no sólo rinden cariñoso culto al Señor en su adorable infancia sino que a este misterio de su vida mortal le han confiado de modo particular aquí el sustento cotidiano de sí mismas.

Singularmente pobres, su esperanza jamás se ha retraído de la promesa y del ejemplo del mismo Jesucristo. Su imitación indujo al Santo Patriarca que las ideara a desposarse místicamente con la pobreza, a fin de dejarles en ella perpetua madre que todas conocieron y en to-

das partes honrasen. Enseñóselas a amar Santa Clara con la práctica de su propia vida; con el solo pan de los pobres sustentó a sus primeras hijas, y ese pan, que es el de la caridad, ha sido el fundamento primordial de la reforma o de la observancia primitiva desde Santa Coleta hasta las Capuchinas de hoy.

Sabemos que cuando se establecieron en Santiago había considerado el Rey de España, en la cédula del caso, la necesidad que tienen de pedir limosna para mantenerse y que esta circunstancia no era impedimento de la fundación. Franqueábala la abundancia de los frutos de la tierra chilena acortando muchísimo los gastos de la vida.

Y en ese hilo del tiempo por donde tantas cosas corren, se transforman, acrecen, decaen y se disipan, las Capuchinas han perseverado en pedir limosna diaria que les entera para subvenir a todas sus necesidades la otra mayor de no tantas procedencias.

Solicitada ésta a las veces también, desde antaño traemos visto como les venía espontánea y aun en lugares distantes se las suscitaba la cuidadosísima providencia de Dios, haciéndosela venir hasta acá.

Esa limosna cotidiana la han confiado las Capuchinas al través del tiempo únicamente a la imagen del Niño Dios. En ella encuentra la fe toda la ternura que le inspira la memoria del que siendo espiritual y eterno a tal condición llegó humanado por amor y para enseñanza de nosotros.

Esta imagen dentro de una urnita, ha sido conducida todas las mañanas por un demandadero a la plaza de abasto, junto con una alcancía y un canasto, para recibir en éste las legumbres y hortalizas, como en aquélla las moneditas que allí quieran darse de limosna a las religiosas. Nadie sino ellas, las más pobres, mandan de esta suerte a la plaza a recibir de todo sin dar dinero para adquirir nada de eso. Y así la imagen de Aquél que pasó haciendo el bien, pasa por allí moviendo corazones a practicarlo. El suyo en que nos presentó el dechado supremo de mansedumbre y humildad, en la imagen aún enseña estas virtudes, siendo llevada a pedir muy a diferencia de las aspiraciones humanas y de cuanto sus vanidades halagan.

Así cada día obtienen las Capuchinas parte del alimento que en

un todo les proporciona la caridad. Fuera de las pequeñas monedas en valor o en tamaño que entre aquella muchedumbre algunos depositan en la alcancía, las manos siempre dadivosas de los vendedores forman en el canasto una mixtura que encierra el precio nunca mínimo de las ofrendas de los pobres. Despierta ternura que aquéllo en menor cantidad se echa a la cesta, porque hace semejanza con el óbolo de la viuda que se llevó la estima del Señor. Se han depositado en la cesta, al par con las verduras, las primicias de la tierra entre esa variedad de vendedores que pasan a ser donantes por un momento: tres papas o un zapallito nuevo, unos cuantos porotos verdes, y a poco otros cuantos duraznitos u otras de las frutas que reaparecen con su tiempo. Estas particularidades tan desproporcionadas en número respecto de la comunidad, han tenido en su seno la significación de regalitos para enfermas o convalecientes, gustillos que la regla de preferencia les destina y la bondad de Dios así les ha proporcionado para que ni en pequeñeces dejaran de bendecir su providencia unidas en caridad.

Sello de estas limosnas menudas y variadas del abasto ha sido la voluntad. Una voluntad, que notada la ausencia transitoria del demandadero por algún accidente, o sea del Niño de las Capuchinas, se ha ido de esa plaza al monasterio a saber a qué motivara la suspensión de la demanda cotidiana. Dar así es pedir que se reciba y colmar la pobreza voluntaria de consolación espiritual.

¡Qué de años que la demanda se repite día por día! Primero en la plaza principal, donde hasta la época republicana estuvo el abasto en su asiento primitivo. Allí vió en 1824 el secretario de la primera misión pontificia cómo el concurso que se formaba, junto con el primer toque de la campana al alza en la misa mayor de la Catedral, todo trato suspendía "sin moverse, al temor de lo que cuenta en obra ya citada, queda cada uno de rodillas, con la cabeza descubierta y con la vista puesta en tierra, en acto de profunda adoración, hasta el tercer toque de la campana". Cuando así, colectivamente, la fe se mostraba en público ¡cuánto mayor sería la caridad!

Como a la plaza de abasto y desde muy larga data, las Capuchi-

nas envían asimismo el Niño Dios a las casas particulares de la ciudad. Distinta imagen, aderezada en la urna correspondiente, que lleva ahora en su interior, como la otra, una tarjeta en que se lee: "Por el amor de Dios una limosna para el sustento de las Capuchinas", con dúcela, con la alcancía respectiva, el comisionado por los diversos barrios. Distribuye entre los días de la semana para coleccionar nuevas limosnas que, con las anteriores de la mañana, gota a gota, vienen a constituir el pan cotidiano de la comunidad.

Esta, de madrugada y antes de toda demanda, lo ha pedido al cielo en el rezo de Prima con el *Panem nostrum quotidianum*, enseñado a recitar por boca del Señor en su propia y divina oración. Esta suplica se la recalcó prácticamente San Francisco a sus hijas cuando, despojándose de los terrenos, miró tiernísimo al Padre Celestial para llamarlo así, Padre con más confianza que nunca.

La imagen a que acabo de referirme es la historia del caso, la conocida desde antiguo por voz tradicional y quizás la única que primero se destinase al fin de la limosna. Es la preferida de la piedad santiaguina y la que ésta ha echado de menos toda vez que otra imagen del Niño la substituyera a causa de estarla retocando.

(Crónica del Monasterio de Capuchinas).

LOS MODERNOS

PALACIOS SANTIAGUINOS DEL OTRO SIGLO

Carlos Silva Vildósola

No quedan muchas de las grandes casas que los ricos santiaguinos construyeron en el siglo XIX; y de las que sobreviven, muy pocas son las que continúan sirviendo de residencias aunque conservan sus fachadas de palacios. Entre los años de 1840 y de 70 hubo en Chile un bienestar parecido a la opulencia.

Las minas del norte enviaban a la capital fortunas rápidamente hechas, y la agricultura del valle central, las minas de carbón y el comercio producían mucho dinero mientras el costo de la vida era bajo y las costumbres sencillas.

Se toca la evolución económica y social en esta mutación de la casa santiaguina. Los enormes palacios extendidos sobre 1,800 y 2,000 metros cuadrados de superficie, con patios, jardines, parrones en el interior, cocheras y hasta a menudo una casa pequeña suplementaria para el hijo mayor casado, no corresponden ya ni a las fortunas disminuídas por la partición forzosa, ni a las exigencias crecientes, ni a la nueva concepción de la comodidad. Los que estaban situados en el barrio central a menos de seis u ocho cuadras de la Plaza de Armas, han sido convertidos en almacenes y oficinas. Las familias nuevas, retoños de aquellas grandes como tribus que vivieron en torno de los viejos patios, emigran hacia departamentos estrechos o buscan en los barrios del oriente, la casa concentrada, fácil de calentar, con un jardín alrededor, mejor aire y menos trabajo doméstico.

Todavía muestra sus líneas de palacio español, pariente de la Moneda, con sus balaustradas sobre la cornisa superior, sus balcones de

hierro y la forma de sus ventanas chatas, la casa de la familia Prieto y Cruz en la esquina de Monjitas y la Plaza de Armas, con ilustre abolengo de servicios públicos, eco de revoluciones y motines. Nada queda ya del patio principal ni de las escaleras de piedra. Una "galería de novedades" la ha horadado y hecho en ella una penetración pacífica.

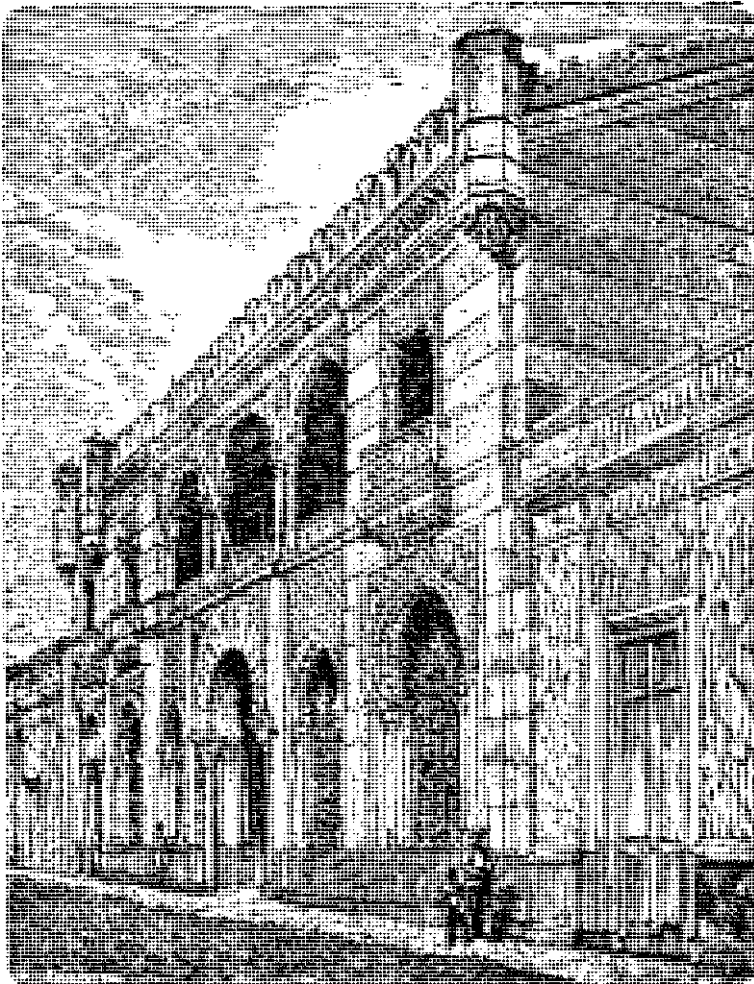
En la calle de Santo Domingo esquina de San Antonio, frente a las oficinas de la Compañía de Electricidad, está la casa de don Domingo Santa María, dividida en dos. Casa austera, sencilla, a la cual volvía el Presidente caminando a pie, a veces solo y hasta es posible que no tuviera coche o que, como era entonces costumbre, sólo usara el coche en ocasiones extraordinarias. Por ahí solíamos verlo en nuestra niñez, elegante, reposado en el andar, saludado por todos, quitándose el sombrero de copa para responder a los saludos.

Poco antes de llegar a la plazuela de la Merced, en la calle de este nombre está aún reconocible la casa del gran Presidente don Manuel Montt que la familia sólo abandonó a la muerte de doña Rosario su esposa. La ocupa ahora la Mutualidad de Carabineros.

Frente al Congreso en la calle de la Catedral, hay un edificio que parece hecho para armonizar con los pórticos corintios del palacio parlamentario, con columnas medio incrustadas, con mucho yeso y estucos en el gusto deplorable de aquellos años, cuando se empeñaban en hacer con materiales deleznales y de prematura y triste vejez lo que en Europa era de piedra. Fué casa de don Augusto Matte, gran político, financiero eminente, diplomático hábil, personalidad nobilísima, padre de Rebeca Matte la escultora. Más tarde la adquirió don Jorge Huneeus el comentarista de la Constitución del 33, parlamentario que ponía en los debates la templanza y atildamiento de sus exquisitas maneras junto con su ciencia de profesor de derecho constitucional.

En la calle de la Compañía esquina de Amunátegui hay un liceo en la casa que fué del General Bulnes, el vencedor de Yungay, soldado y estadista, uno de los grandes gobernantes de Chile cuya estatua se alzaré en breve frente a la Moneda. Su viuda, doña Enriqueta Pinto, hija y hermana de Presidentes, le sobrevivió muchos años en una

ancianidad inteligente. Ahí vivieron cuatro generales Bulnes: el fundador de la dinastía, Manuel Bulnes Pinto, Wenceslao Bulnes y Manuel Bulnes Calvo muerto en la juventud.



La Alhambra

La casa morisca de la misma calle de la Compañía entre Amunátegui y Teatinos fué construída para don Francisco Ignacio de Ossa por el arquitecto Aldunate, padre del Dr. Aldunate Bascuñán, y adquirida después por el político don Claudio Vicuña que en ella recibía con suntuosidad oriental. Aldunate había hecho estudios prolijos de la Alhambra de Granada y el primer patio es un pastiche bastante feliz del patio de los Leones. Ahí vimos en 1891, al derrumbamiento del gobierno de Balmaceda, el saqueo de la casa por la multitud que iba metódicamente sacando muebles, obras de arte y hasta la ropa de los habitantes. Recordamos a un caballero santiaguino que sacudía por encima de las cabezas de la turba enfurecida una banda presidencial obsequiada al señor Vicuña elegido ya Presidente para suceder a Balmaceda.

La casa que "El Mercurio" acaba de anexarse para sus oficinas llevó el nombre de Casa Azul mientras fué de don Juan Luis Sanfuentes, antes de ser elegido Presidente de la República, cuando era el centro de una actividad política febril y sus antecorredores estaban llenas de los aspirantes a empleos que iban a pedir apoyo al célebre jefe del partido liberal-democrático unido entonces con el conservador.

Otras dos grandes casas subsisten en esa cuadra de la calle Compañía, pero no tienen recuerdos políticos sino sólo aristocráticos: son la de los Larraín Zañartu, en la esquina de Morandé adquirida en 1900 por "El Mercurio", y la de los Ovalle Vicuña que fué Club de Señoras y que ahora será Club de la Juventud Conservadora. La que hoy ocupa el diario tenía entonces segundo piso sólo a la calle de la Compañía y allí tuvo su estudio de abogado muchos años el célebre político, el maravilloso orador, Ministro del Interior de la administración del primer Errázuriz, don Eulogio Altamirano.

Y de la casa de los Valdés Cuevas convertida en oficinas salieron para ir al gobierno en cargos ministeriales don Antonio, don Francisco de Borja, don José Florencio Valdés Cuevas, tipos de gentleman que daban al país sus servicios desinteresados un poco en el estilo de los nobles británicos, como éstos consagrados a sus tierras con espíritu de progreso y gran sentido de los deberes sociales.

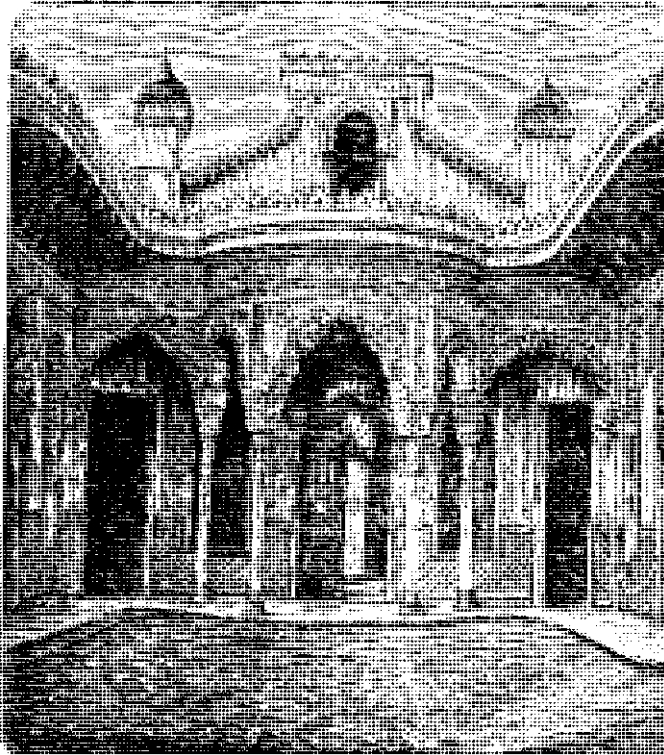
La calle de Huérfanos, entonces cerrada en la de Miraflores, fué por muchos años la que tuvo mayor número de residencias suntuosas. En la esquina noreste de la calle de San Antonio guarda aún su imponente pórtico como de palacio público la casa de Concha y Toro con su encantadora mujer doña Emiliana Subercaseaux, gran casa hospitalaria y alegre, de muchas fiestas brillantes, abierta a los extranjeros ilustres que pasaban por Chile, en un tiempo iluminada por la juventud de muchachas bellísimas y jóvenes de una simpatía extraordinaria. Triste casa donde la ilustre fundadora de la familia vió morir en la juventud a casi todos sus hijos y sus nietos, sobreviviendo a tantos de los suyos!

Poco más arriba hay gran almacén cooperativo en la casona de doña Emilia Herrera de Toro. La hospitalidad de esa casa de los Toro Herrera, presidida hasta su muerte y en una ancianidad maravillosamente activa, por la ilustre dama, sería incomprendible hoy. La mesa abierta a los amigos, la acogida a los extranjeros, la tertulia constante, las cenas después de la ópera, y con todo eso la noble conspiración de muchos años para crear la amistad chileno-argentina en los tiempos en que estos dos países vivían amenazándose con una guerra. Fué la casa amiga de Mitre y de Sarmiento, de los escritores y diplomáticos argentinos. En más de una ocasión salieron de allá cartas y telegramas de doña Emilia a sus amigos de la "otra banda" para inducirlos a una política de conciliación, mientras aquí movía sus influencias a favor de la paz.

En la esquina de Huérfanos y Teatinos está hoy ocupada por la Caja de Crédito Agrario la casa que fué de don Alvaro Covarrubias el célebre Ministro de las administraciones de Pérez, responsable de la dignidad del país durante la guerra con España, gran señor y patriota abnegado, uno de los últimos ejemplares de los patricios que hicieron lo que ahora llama con respeto Andrés Sigfried "el Chile del siglo XIX".

Una cuadra más abajo, la esquina noreste de la calle de Amunátegui conserva intacta la casa de aquel hombre de talento, ingenio florentino, escritor elegante, célebre fiscal de la Corte Suprema, don Am-

brosio Montt. Pero entonces la casa tenía apenas unos ocho o diez metros de fondo y los que querían vengarse de las sátiras finísimas de don Ambrosio decían que la casa se parecía a su dueño "con mucho frente. y poco fondo". La adquirió más tarde el Presidente don Germán Riesco, que la ensanchó para dar cabida a su familia numerosa.



Interior de la Alhambra

Cuando don Luis Pereira, senador, orador, parlamentario y Ministro de Estado construyó su bella casa de la calle de Huérfanos esquina de Ceniza, hoy San Martín, ocupada ahora por la Liga de Da-

mas y otras sociedades, se comentaba en la tertulia de su suegra la señora de Yñiguez, que vivía donde ahora está la Galería Alessandri, el absurdo de gastar dinero para hacer un palacio en un suburbio. Cuando los esposos Pereira volvían a su nueva casa, se ponía el coche para ir a dejarlos.

Es hoy del escritor y antiguo diplomático don Javier Vial Solar la casa esquina de Riquelme, antes del Sauce, que perteneció a don Vicente Reyes, ese estadista de talento, bien preparado, con muchísima autoridad, que no fué Presidente de Chile porque ignoraba los secretos del arte de hacerse popular.

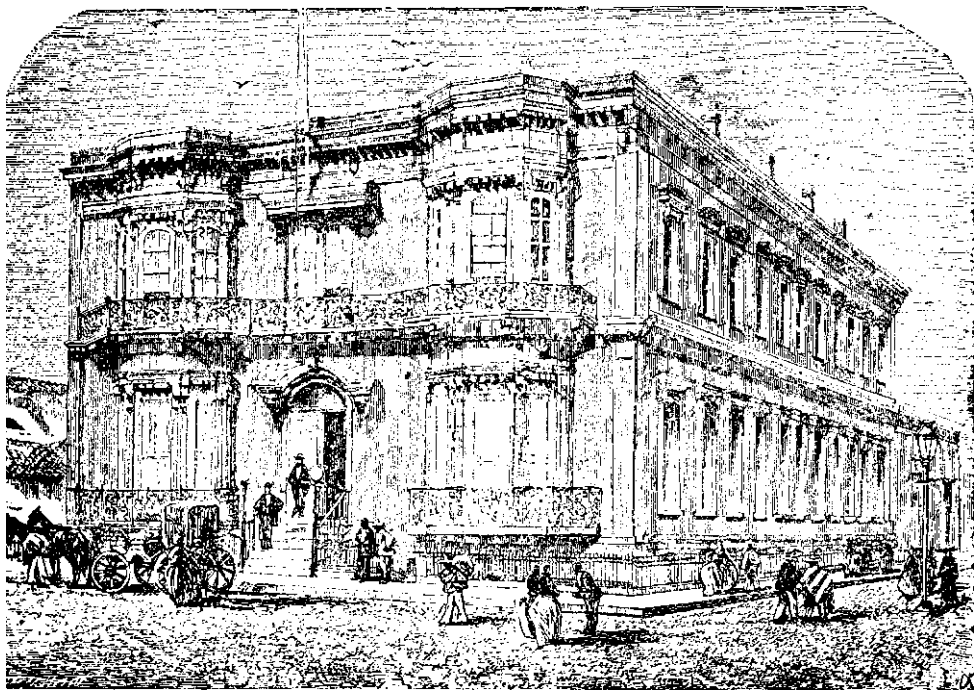
Apenas queda un fragmento frente al Banco Central, en la calle de Agustinas del hotel a la francesa que construyó el Almirante Blanco Encalada y donde vivió a su regreso a Chile después de su aparatosa y brillante misión diplomática en Francia bajo el Segundo Imperio.

Una de las pocas grandes casas que sigue ocupada por la familia que la construyó es la de los Amunátegui en la Alameda esquina de la calle que hoy lleva el nombre de esa familia en honor al escritor y político don Miguel Luis. Vivían en los bajos las familias de don Miguel Luis y don Gregorio Víctor, colaboradores en la obra histórica, profesor el primero y juez el otro. En la sala de la esquina, conservada intacta, se reunía la famosa tertulia literaria y política que en aquellos tiempos llamaban picarescamente "la picantería". De ahí salían por las mañanas los dos hermanos, casi todo el año envueltos en sus capas españolas y cubiertos por el alto sombrero de copa, el uno al tribunal, el otro a la Universidad, de que era Secretario General o a sus clases del Instituto.

Don Manuel José Irrarrázaval, el gran pensador político, el hombre que soñó para este país una organización democrática honrada y sincera con la base del municipio autónomo como en Suiza, construyó la soberbia casa de la esquina noreste de la Alameda y la calle de San Martín. En el ala del lado poniente tenía su biblioteca, una de las más notables de su tiempo, legada por él a la Universidad Católica.

Aquí se firmó por los congresales en enero de 1891, el acta de deposición de Balmaceda.

No ha sido muy alterada en su exterior la casa que en la misma Alameda y entre las calles de Dieciocho y Castro construyó don Maxi-



Casa de D. Enrique Meiggs

miano Errázuriz, el gran industrial coleccionador de obras de arte, espíritu emprendedor y enérgico que creó la industria viti-vinicola moderna en Panquehue, las grandes fundiciones de Guayacán y las minas de carbón de Lebu. La habitó poco. Residía casi siempre en Panquehue donde había construido una bella villa pompeyana y una especie de templo helénico para guardar su espléndida galería de cuadros y es-

culturas. La casa fué más tarde de don Ramón Cruz, luego de la señora González de Valdés y ahora de don Agustín Edwards.

Hacia el fondo de la calle del Dieciocho está el Palacio Cousiño, casi siempre cerrado en medio de su parque de árboles muy bellos. Doña Isidora Goyenechea, su dueña, vivió muchos años en Europa, su hijo Arturo, muerto en la juventud, lo ocupó pocos años. Ahora pertenece a una de sus nietas. Antes tenía al frente las grandes cocheras y caballerizas vastas como las de un palacio real.

Don Enrique Meiggs fué uno de los primeros grandes contratistas de trabajos públicos que vino de los Estados Unidos a Chile, después de haber ganado mucho dinero en el Perú en obras análogas. Construyó una casa en la Alameda esquina de Duarte, hoy Lord Cochrane. Existe sin alteraciones exteriores. Es el tipo perfecto de la casa bostoniana, derivación de la inglesa del tiempo de Victoria: ventanas salientes en forma de polígono, espacio abierto para alumbrar el semisótano donde están los servicios, ventanas de guillotina. Y también se defiende todavía la célebre quinta Meiggs en la Alameda entre las avenidas España y República, construcción elegante de puro carácter americano, hecha con un lujo de materiales desconocido en Chile. Antes tenía un parque que ocupaba toda la manzana. Ahora conserva un amplio jardín, pero está envuelta en edificios. Fué durante algunos años de don Emeterio Goyenechea, que ahí ofrecía sus banquetes de sibarita sin cuidarse mucho del espanto de la gazmoña sociedad santiaguina de entonces que lo consideraba algo así como orgías romanas de la decadencia.

Contaba don Ramón Angel Jara, entonces capellán de la Grati-tud Nacional, que cuando fué llamado para asistir en la hora de su muerte al señor Goyenechea, estaban sentados a la mesa numerosos amigos del dueño de casa moribundo que por orden suya asistían al último festín. El enfermo entregó su alma y el clérigo se creyó obligado a avisar a los comensales que había un muerto en la casa. El que presidía propuso que se bebiera a la memoria del noble y generoso amigo y se retiraron en silencio.

(*"El Mercurio"* de Santiago, Domingo 10 de junio de 1934).

VISPERA DE BODA

Iris

Todo estaba dispuesto en las tres espaciosas cuadras divididas por tabiques de vidrios con marcos de cedro, que daban en transparencia de cristalería su amplio conjunto, enriqueciéndose la perspectiva por compenetración.

Las "*Donas*" formaban colecciones magníficas de chales con bordados multicolores y franjas, ruedos de encajes de Inglaterra y de Venecia, platerías en forma de zahumadores, bandejas, manserinas y animales.

La *plata labrada* estaba colocada sobre cajuelas de tarascea y cofres incrustados de nácar, marfil y carey. Los bargueños ostentaban las joyas, aderezos de diamantes y esmeraldas, zarcillos, brazaletes, sortijas, dormilonas y collares.

Constituían las *donas* casi una dote para la niña.

En la sala del medio se verificaría la ceremonia sacramental, bajo el gran retrato de la abuela, hierática y tiesa, pintada de cuerpo entero, en la amplitud de su rígida crinolina, quebrada de cintura y turgentes los pechos.

El escote en línea circular, rendía el bien ajustado corpiño al esplendor de la carne tersa, formando el vestido bandeja de encajes a aquel busto hermoso, desnudo hasta bajo los hombros.

Allí frente a ese retrato, de la mujer raíz de la familia, se sacramentaría Conchita, tomándola por testigo del juramento en que la nieta continuaría la tradición de austero linaje, marcado por la abuela.

Colgaban del muro cornucopias y espejos guardando en sus muertas aguas glaucas, los ya irreveles secretos de antaño.

Las sillas se alineaban en batallones compactos, atracadas a las paredes. Escaños forrados en vaqueta, fraileros de nogal, tapizados en alcatifas turquescas, ofrecían asiento a los invitados.

Una mullida alfombra apagaba y hundía las pisadas en grave silencio.

Al centro de la vasta sala, pendía del artesonado techo, con lacunares pintados de añil, una voluminosa araña de bronce y cristales que elevaba un centenar de bujías. No obstante las candilejas de cristal cortado, goteaba la cera espesas lágrimas y las mil lingüistas y colgajos de vidrio, respondían con sutil vibración a la algarabía de alegres voces...

Regocijados chismecillos esparcía la araña, al coger en el aire ecos vibrantes de livianas charlas.

Las salas olían fuertemente a zahumerio, ardido en pebeteros de plata o arrojado en pastillas limeñas, sobre amplios braseros de cobre.

Los regios cortinajes de brocato carmesí, se quebraban en pliegues duros, por consistencia de la tela espesa. No padecía desmayo de tiempo, simbolizando en su recia tensión el orgullo de sus dueños.

En la tercera cuadra, se había dispuesto la gran mesa compuesta de manjares exquisitos. Una fila de camoncillos tapados por cojinetes moriscos y espaldares de zaraza, daban descanso a los huéspedes.

Sobre guardameciles de Córdoba, aves en actitudes de heroico sacrificio, yacían con sus picos dorados y colas aderezadas sobre mullido colchón de papel picado.

Entraban por la vista las viandas, antes de complacer el gusto.

Los conventos de monjas vaciaron sobre aquella mesa sus primores.

Se amontonaban en amplias bandejas pajaritos y frutas fabricados con pasta de almendra y mixtura de olor, en salvillas de plata.

Las transparentes gelatinas temblaban recelosas, exhibiendo en

su acuario congelado "*Pensamientos*" de terciopelo obscuro que se inmovilizaban en su agua de topacio estancada.

Las confiterías alzaban castillos de caramelo, altos como campaniles sobre magnífica peana de sólidas almendras, coronados por angelitos de azúcar.

Las frutas tropicales, piñas, plátanos, se amontonaban, junto con las suaves chirimoyas de Quillota, las untuosas lúcumas y las limas frívolas de insípida frescura.

Las jarras de cristal se teñían de ámbar con la rubia aloja de culén, enviada en calabazas.

La abundancia rivalizaba con la finura exquisita de las vituallas. Se acumulaban desde las carnes más gruesas y aliñadas, como las galantinas y los arrollados hasta las delicadezas más finas al paladar en perdices y pavos.

Se recomendaban las pastas de mazapán, los huevos chimbos y los dulces llamados monjiles, como de excelencia, exclusiva a la capital, Santiago del Nuevo Extremo.

(Cuando mi tierra nació).

LA CIUDAD DEL MIEDO

Joaquín Díaz Garcés

La capital de Chile fué durante dos siglos la ciudad del miedo. Miedo a los terremotos, miedo a las incursiones del pirata inglés, miedo al incesante incendio de la guerra de Arauco, miedo a las desoladoras epidemias, miedo a la soledad en que se encontraba el reino en medio del mundo.

Este pavor se traducía en un sentimiento religioso que no bastaba, sin embargo, a ahuyentar la superstición más absurda. Hasta hace poco tiempo hubo monjas visionarias que profetizaron tinieblas y el fin próximo del mundo.

La manera como han sido recibidos ciertos pronósticos de Cooper, en estos nuestros tiempos de luces, es un simple reflejo del miedo colonial.

Comenzaba en el año que recuerda este romántico episodio, a difundirse la noticia de una enfermedad violenta que venía del Perú y acababa con los hombres en pocas horas de agudos sufrimientos. El pueblo llamaba al desconocido flagelo, el *malcito*. Era probablemente la primera incursión de la fiebre amarilla en nuestro territorio.

El *malcito* venía rodando por los caminos trazados por el Inca y se acercaba a Santiago. Un nuevo motivo de congojas era éste para la atribulada población diseminada en una vasta superficie desierta. En esos momentos, como en todos los de angustias, se volvían las miradas hacia Dios y sus imágenes veneradas desde antiguo. De ahí que las más populares y de devoción general, que han podido llegar hasta nosotros, son estatuas terroríficas, ceñudas, casi airadas. Representaban la

psicología religiosa del pueblo que temblaba como la hoja en el árbol ante el azote de la naturaleza o del enemigo hábito amenazante de la fuerza misteriosa que pasaba. Este quería ver en sus imágenes favoritas la representación de la ira divina para contemplarla y palparla. El Señor de los Temblores, llamado el Señor de Mayo en nuestros tiempos y venerado en un altar de San Agustín habla con sobrada elocuencia de esta inclinación.

El año 78 la Semana Santa hizo estallar, como acontecía periódicamente, toda la religiosidad instintiva del pueblo. Nadie dejaba de sentirse arrastrado por la corriente fervorosa que brotaba a raudales. Junto con comenzar los días de las fiestas religiosas y, a medida que se acercaba el Jueves Santo, la ciudad iba envolviéndose en el duelo de la muerte de Cristo. Parecía que era en ella misma donde iban a rasgarse las cortinas del templo y a ensangrentarse el cielo con la Tragedia del Calvario. Parecía que aquí mismo, ante la cordillera que comenzaba a blanquear de nieve, sobre los montículos familiares que rodean a la capital, iban a destacarse las tres cruces del Gólgota. Coincidió ese año, para agregar intenso colorido a ese duelo, un rápido avance del invierno que invadió con las brisas cortantes de los Andes y las brumas grises, el cielo hasta poco antes claro de la ciudad.

No era tranquilizadora esta atmósfera para los proyectos de Ignacio cada vez menos fáciles ante los temores crecientes de Soledad. A pesar de su fortaleza, de la indomable energía de su raza, de que daba constante muestra, el sentimiento religioso superior a todas sus resoluciones, se sobreponían a veces con imperio. ¿No sería un gran sacrilegio escapar en Jueves Santo, cuando todo el mundo iba de luto por la muerte de Nuestro Señor causando la congoja de sus padres y el escándalo de la ciudad? Pero no era una fuga, objetaba Araos; se trataba de un sacramento. El amor, lejos de agregar motivo de pecado, rodeaba su resolución de una aureola y la bendición del sacerdote al pie del altar, ese mismo día se haría conocer a todo el mundo. En estas dudas y vacilaciones, la pobre niña buscaba en las lágrimas y en sus rezos la luz que parecía faltarle. Por su parte las Aliaga desfallecían también a su propósito de ayudar el plan; más supersticiosas aún, ase-

guraban haber oído repetidas veces cantar el chuncho, el ave agorera del país que no vaticinaba sino desgracias. Podía esperarse otra ocasión. ¿Pero cuando? No se veía sino la noche de Navidad en las visitas a los nacimientos; entonces Soledad sería monja, mujer de Iturgoyen o habría muerto quizá. El único que no vacilaba era el negro, impasible en sus ofertas de éxito.

Pero entre tanto había llegado a oídos de Alzérreca el rumor propalado por Brígida López y una mañana, cuando Ignacio salía de nuevo del cuarto redondo de la calle atravesada, un embozado corrió cerca de la esquina y desapareció como tragado por la tierra. Cesaron pues las citas y todo quedó entregado al azar. Ignacio iría, como estaba convenido al patio de la casa de Villota y si Soledad no tenía fuerzas en ese momento era dueña de hacer lo que le dictara la inspiración de su alma.

Llegó pues el mediodía nublado y húmedo del Jueves Santo. Toda la ciudad estaba en los templos o rodaba por las calles rezando en voz alta, mejor dicho, a grito herido. De todas partes venía el rumor de los rezos coreados que repetían con voz plañidera grupos de personas de diversa condición. A veces un gran piño, avanzaba casi de carrera, juntándose unos a otros como para auxiliarse, apresurándose los rezados a pasar delante, todos absortos en la plegaria, moviendo los labios con fiebre de oración y de clamor al cielo. Algunos grupos más numerosos ostentaban imágenes conducidas sobre parihuelas; eran cofradías. Unas de gente acomodada y pudiente; otras de desharrapados y descalzos; todas igualmente acongojadas y vestidas de oscuro. Muchas mujeres mostraban en la cara pálida y en los labios descoloridos la huella de un riguroso ayuno.

A medida que se acercaba la hora de la procesión, el gentío era mayor y más efusivas las muestras de piedad. Como había sobre toda la población un silencio de muerte, los pasos sobre el pavimento resaca, salían sin embargo, de tres o cuatro cuabras más lejos. Ruído de pasos y rumor de oraciones; esa era la única manifestación de vida de naban de lejos y los que parecían venir de la próxima calle atravesada Santiago entero. Todos de negro, todos absortos en el duelo, todos

alzando los ojos al cielo. El eco en las largas murallas y en los case-
rones casi vacíos duplicaba el pavor de este espectáculo único.

Un gran cortejo de indios y mestizos a pie desnudo o con grose-
ras ojotas, levantaba en peso la grotesca imágen de una Virgen de los
Dolores hecha en madera de luma. Era la Cofradía de la Virgen de
Copacabana, pobrísima, miserable cofradía que vivía de limosnas y
era la única a la cual tenía acceso esa plebe en formación. Parecía un
ganado de animales, con el pesado andar de las plantas desnudas so-
bre el piso. Iban murmurando torpemente sus rezos y acudían a las
puertas para verles pasar con gran edificación del vecindario. Tam-
bién desfilaban las congregaciones de la Esclavonía, de frailes descal-
zos de Terceros Franciscanos en que se enrolaba lo más granado de la
ciudad para tener como mortaja el hábito de nuestro padre San Fran-
cisco. Junto con ellos marchaban los miembros del Cabildo, con es-
clavinas de seda sobredoradas para tomar el palio en la solemne pro-
cesión de la tarde. Eran pocos momentos antes de ésta, cuando, des-
de hacía años pasaba el pueblo a visitar la imagen de casa de Villota
en cuyo patio se podía ver a todos los *penitentes* de la ciudad azotando
sus cuerpos con látigos que sacaban sangre y llevando una gran Cruz
cerca de la cual marchaban también un Cirineo y alguna Verónica.
En efecto, de muchas calles a la vez salían estos grupos de exaltados,
que gritaban en voz alta pidiendo perdón de sus pecados y llevando
los cuerpos desnudos hasta la cintura, ensangrentados en forma que
inspiraba horror.

(A la Sombra de la Horca).

EL RELOJ DE LOS JESUITAS

Joaquín Díaz Garcés

La pobre ciudad, aplastada doblemente por la pobreza y por el pasado terremoto del cual apenas se reponía, oscura, misteriosa, triste, conventual, velaba aquella noche, la última del año 1670, esperando un acontecimiento que venía a interrumpir la lúgubre monotonía de su existencia.

Don Alonso de Zúñiga, capitán y caballero de buena estirpe, corría por la calle principal a contar a su mujer, doña Blanca de Mendoza, la buena nueva.

El reloj de la Compañía, *la máquina*, como le llamaba con respeto supersticioso, iba a marchar por la primera vez y daría la última hora del año en medio del silencio supersticioso de la ciudad. Don Alonso había hablado con los dos *brujos*, los jesuitas alemanes que, en un rincón del convento, había martillado durante año y medio para ajustar piezas y armar el gran cuadrante que iba a señalar desde la torre sin ayuda de hombre, la hora lenta y perezosa del vecindario.

—¿Dará las campanadas? se preguntaba todo el mundo.

Y don Alonso se iba deteniendo a cada paso para contar que sí las daría y que él mismo había visto marchando la máquina, sin intervención de mano. Por esto llegaba tarde a la cena doméstica y repetía allí nerviosamente el espectáculo del enorme péndulo, que bajaba colgado de la cadena y apresuraba la marcha del año que moría.

—Que se marche; sí que se marche! decía el santiaguino como de costumbre, como lo dice hoy día, descontento siempre del tiempo pasado y lleno de esperanzas mal fundadas para el porvenir. Alguien

creía que el reloj estaba destinado a hacer andar el tiempo más de prisa; otro aseguraba que lo mediría mejor. Don Alonso rectificaba con aire de sabio y explicaba el simple funcionamiento mecánico de la maquinaria.

En el silencio más profundo, cada cual esperaba la hora. Las mujeres oraban y no faltaban almas timoratas que esperasen un temblor para castigar esta soberbia de los hombres. Se decía que los dominicos, envidiosos del triunfo de los jesuitas, tocarían las campanas de su iglesia antes de la hora para impedir que fuesen escuchadas las del reloj. A los niños se les había dicho que las campanas serían tañidas por el ángel de la guarda. Las religiosas, medio escandalizadas, se proponían taparse los oídos después del primer toque.

Y así fué pasando la noche hasta la aproximación del momento supremo.

Un golpe sonoro resonó en la alta torre, y después otro y otro, hasta completar doce que cada cual iba acompañando en voz alta.

Don Alonso escuchaba embelesado, cuando del fondo de la casa vinieron algunos alaridos. Era la mulata Candelaria que daba a luz una hija. Pequeña interrupción sin importancia a lo menos sin mayor importancia que la aparición de una yegua de trabajo en el establo de un rico hacendado.

—O será una santa o un demonio, vaticinó un viejo criado, “porque bien ha nacido con la campana de las doce, de esta máquina que ha inspirado Dios o el diablo, está predestinado”. Asintieron todos y sin esperar los comentarios pintorescos de la muchedumbre que volvía de la plaza, cansados ya de este enorme esfuerzo, los habitantes ricos se fueron a dormir mientras la mulata agonizaba sobre un saco de paja.

(Las lenguas de los santiaguinos. Pacífico Magazine, N.º 31).

LA PRIMERA MAMA OFICIAL DE LOS SANTIAGUINOS

Aurelio Díaz Meza

Mi respetado maestro don José Toribio Medina, a cuyos consejos, experiencia y oportunas indicaciones debo la nota feliz que a veces doy en estas crónicas añejas de la vida santiaguina, ha dicho en una de sus obras que la primera "partera" que ejerció el oficio en Chile se llamó Elena Rolón, y que falleció en Santiago el año 1635. La noticia tiene que ser exacta en cuanto a la existencia y el fallecimiento de esta utilísima profesional, ya que el eminente investigador, al afirmarlo, ha tenido que verlo escrito y comprobado.

Pero en cuanto a que Elena Rolón haya sido la primera "mama" oficial de los santiaguinos, esto es, la primera que haya "ejercido" con título profesional, yo he encontrado un documento fehaciente para establecer que cincuenta años antes, o sea, en 1568, vivió en Mapocho Isabel Bravo, mujer de Diego de Valdés, limeños, la que ejerció oficialmente de "comadre" en consonancia con todos los adelantos que el "arte de la melicina" había alcanzado en aquella época.

No se sabe la fecha precisa en que la nueva profesional llegó a Mapocho; pero se puede deducir que se incorporó a nuestro vecindario entre los años 1559 y 1568, pues en septiembre del primero se presentaba, en Lima, ante el "muy magnífico señor doctor Francisco Gutiérrez, protomédico, visitador general destos reinos con especial comisión y licencia del señor visorrey para examinar boticarios, zurujanos, barberos, arzibistraes y otras personas tocantes a los otros oficios de la melicina", con el objeto de rendir prueba de competencia en

el "oficio y arte de partera", y de obtener, en consecuencia, el permiso para ejercer libremente la profesión.

Según el acta de examen, que tengo a la vista, el "dotor" Gutiérrez interrogó a la dicha Isabel, "y le hizo muchas preguntas tocante al dicho arte, así como en el conocimiento que se ha de tener del parto natural, como en el modo de ayudar a que la criatura venga entera y viva", y sobre muchos otros detalles, cada cual más comprometido, y a todas esas preguntas "la dicha Isabel Bravo contestó bien, clara y abiertamente", de tal manera que el "dotor" declaró que la candidata era "hábil y suficiente" en el oficio, y le dió licencia y facultad para que "libremente pueda usar y ejercer el arte de partera, así en esta dicha ciudad de los Reyes de Lima, como en estos reinos del Pirú e provincias de Tierra Firme".

Desde la fecha de la recepción de su título, 1559, Isabel Bravo ejerció su arte en Lima, seguramente con éxito, a pesar de la competencia que debían hacerle sus colegas "de título" y las otras que no lo tenían, que eran las más; pero a pesar de que las señoras limeñas se portaban bien y la natalidad no disminuía, llegó una época en que hubo en Lima una "comadre" de más y ésta fué Isabel Bravo, la que echó, entonces, sus visuales hacia el sur, donde existía la ciudad de Santiago del Nuevo Extremo, que ya adoptaba los caracteres de metrópoli, y cuyo magnífico clima había conquistado fama de ser el mejor cooperante del crecimiento de la población.

Acompañada de su marido Diego de Valdés, "e casa", arribó, pues, a Valparaíso la "partera recibida"—a bordo de alguno de los pocos barcos que en esa época recorrían la costa chileno-peruana—y luego a Santiago, su tierra de promisión; dije antes que no se conocía la fecha precisa de este suceso trascendental para la natalidad mapochina, pero ella debió ser aproximada a la mitad del año 1568, pues con fecha de 22 de octubre se daba cuenta en la sesión que celebró ese día el Cabildo de la capital, de una petición "que metió Isabel Bravo para que no usase nadie del oficio de partera, sino ella, atento a que es examinada, como pareció por el título que exhibió".

Parece ser que cuando Isabel Bravo llegó a Santiago y puso en

práctica métodos y procedimientos nuevos, desconocidos, para aliviar los apuros de su interesante clientela, sus colegas y competidores se sintieron sumamente molestas, y todavía más molesto debió sentirse el "comadrón" del Hospital de Nuestra Señora del Socorro—actual de San Juan de Dios—que se consideraba un potentado en el oficio; la presentación que hizo Isabel ante el Cabildo deja entrever con bastante claridad que se le ponían obstáculos e inconvenientes, y se la "desmedraba" ante las señoras "para que no le avisasen" en tiempo oportuno.

Pero con su título en la mano, o sea, con el acta de "essamin" que acompañó a su presentación, Isabel no encontró dificultad alguna para que se le reconociera preeminencia en su arte, "y por los señores del Cabildo, visto el dicho título, dijeron que use su oficio de partera, como en su carta de essamin se contiene, y si alguna otra usa el oficio, que Isabel Bravo pida justicia ante el señor Justicia Mayor".

La verdad era que Isabel Bravo, el revés de sus colegas de Santiago, estaba adelantadísima en los menesteres y procedimientos inherentes a su oficio, puesto que venía desde el centro, donde entonces florecía el progreso en todos los órdenes y allí había recibido y perfeccionado sus conocimientos: si en Lima no existía aún la Universidad de San Marcos, de donde irradiaron, más tarde, las luces de la ciencias y de las artes sobre todas las Indias, por lo menos funcionaba allí un protomedicato que "essaminaba" a los que dedicaban sus afanes a aliviar a los enfermos con este "arte menor" de la medicina, y daba patente de impunidad a los "maeses" zurujanos para administrar pócimas, cortar por lo sano y despachar a los pacientes sin mayores escrúpulos.

Tengo en mis mamotretos un manuscrito que lleva por título "Libro de Medicina", llamado el "Tesoro de los Pobres", en que se hallarán remedios muy probados para "sanidad de toda clase de males", el que pongo a disposición de nuestra Facultad de Medicina, en general, y de cada uno de los médicos en particular, por si quieren utilizar el nutrido recetario que contiene. Estoy seguro de que muchas

de esas recetas eran de las que Isabel Bravo ponía en práctica con su clientela mapochina, y con las cuales conquistó crédito y fama.

Cuando una clienta se resistía a "mejorarse", por ejemplo, Isabel Bravo sabía administrar el correspondiente remedio, para sacar de penas a la enfermita en menos de un "rosario"; habiendo casos en que la mejoría se producía en un "Creo", en un "Padre Nuestro" y hasta en un "Jesús".

Para estos casos se usaban distintas recetas, y el éxito debía estar, digo yo, en "acertarle" con la que convenía a la enferma.

No se imagine el lector que el recetario de que estoy hablando es un escrito anónimo, o de "pipiripavo" ¡ca! no, señor; muy lejos de eso. Muy claro está escrito en la primera página, y a modo de ejecutoria, que el libro ha sido "compuesto por el maestro Julián, quien lo recopiló de diversos autores y ahora nuevamente corregido y enmendado por el Maestro Arnaldo de Villanueva", de quien, dicho sea en honor de la verdad, no he oído hablar nunca, pero que debió ser un monumento de medicina en su tiempo.

Además de todo ese certificado, agrégase en la citada primera página una lista de "cincuenta auctores alegados en esta obra", de cuyos son la mayoría de las recetas que se copian; en la lista figuran "hipócrates" tan acreditados, como los "maestros" Macedo, Diático, Avicena, el Comentador Avenroiz, Teodoriqui, Dioscórides, Platerio, Lucano y muchísimos más, cuyos nombres yo he visto escritos y citados en otras partes como grandes cultivadores de la medicina de aquellos tiempos y de los anteriores.

Figuran, también, en la lista: Platón, Julio, Justiniano, Catón, Octaviano, Esculapio, Galeno, etc., y un tal "Lapidario", cuyo nombre, en poder de un médico, es como para dar confianza.

Pero noto que del "arte y oficio" de Isabel Bravo me he pasado a la medicina general, tal vez por asociación de ideas, lo que no está del todo bien, aunque nuestra primera "mama" tenía secretos medicinales y de "naturaleza", que había aprendido en esta clase de libros, desconocidos hasta entonces en Santiago. Para apurar la mejoría, por ejemplo, y abreviar sufrimientos, nuestra "mama" echaba mano del

Maestro Julián, quien recomendaba “echar en un vaso de vino un puño de dátiles molidos y darlo de beber”, o de la receta de Avicena, que consistía en “hacer polvos de uñas de asnos, echar un emplasto y aplicarlo en la espalda”, o dar a beber a la paciente agua destemplada con hierba buena y miel.

Pero lo más rápido y eficaz para este caso, era la receta del Experimentador, que aconsejaba “majar una poca de pulpodio, echar una cataplasma y amarrarla con una camisa al pie derecho”, o si no hubiera pulpodio a la mano, “pon debajo de la almohada la piedra de jaspe, o dála a la enferma que la tenga consigo”, y de ahí a salir de paseo había solamente diferencia de minutos.

Sin embargo, cuando el capricho de la enfermedad no cedía a ninguno de estos medicamentos, Isabel Bravo tenía que resolverse a emplear la receta del Maestro Dioscórides, después de la cual no había ni podía haber nada mejor debajo de la esfera celeste: era un “secreto de naturaleza”, simple como todos estos secretos, pero que si no se ejecutaba bien, podía ocasionar trastornos inverosímiles. Aunque me asaltan dudas sobre si debo o no darlo a conocer—no sea que mi indiscreción vaya a causar algunos males—voy a copiarlo a la letra, en la confianza de que no se haga de él un uso inconsciente. “En casos muy apretados—dice el Maestro Dioscórides—tomarás el corazón de la gaviota, entrarás con él en el aposento, cuidando de poner primero el pie izquierdo; pero salta luego afuera con el derecho, porque el caso es de mucho cuidado”.

Isabel Bravo no daba tanta importancia a las enfermedades que podía traer el recién nacido o a las que podía adquirir al venir a este pícaro mundo, como a las que provenían del mal ojo... Sábese, y este es un hecho muy explicable, que toda una casa se trastorna con el acontecimiento de la llegada al hogar de un nuevo habitante, y que la expectativa de los padres, de los tíos, de los abuelos y de los amigos adquiere los caracteres de curiosidad frenética por echar encima, cuanto antes, al suspirado desconocido. Pues bien, en estas primeras “presentaciones” era cuando Isabel Bravo ponía en juego todos sus cuidados y precauciones: ella podía permitir que la “guagua” estu-

viera en los brazos de un individuo con el sarampión a la vista, con su lagrimeo y catarro, pero no que acariciara al niño una persona de "mal ojo" o "pesado de sangre".

Cuando llegaba una tía, sobre todo cuando era de "mala cara" y se acercaba a la cuna o a la "chigua" del roorro, para curiosarlo y llamarlo "angelito", achacándole parecido a su madre, a su padre, o a cualquiera de la familia, aunque hubiese dado un "salto atrás", Isabel Bravo se instalaba al lado o al frente de la curiosa y a cada una de sus "aññuyes" iba repitiendo por lo bajo: "Dios te guarde, Dios te guarde de todo mal, como al Niño Jesús en un fanal, Dios te guarde de todo mal".

Por cierto, que si la guagua enfermaba de cualquiera de los males que son inherentes a los recién nacidos, Isabel Bravo le echaba la culpa, sin titubear un segundo, al "ojeo" de la fulana o del zutano, a quienes, por ningún capítulo ya, se les permitía ni siquiera pasar por la calle donde vivía la reciente madre. Cuando se producía este accidente, la primera medida que tomaba la familia era llamar a un fraile amigo de la casa para que viniera a "rezarle el Evangelio" al chico, o llevarlo rápidamente al convento más cercano para que alguno de los religiosos "le echara" la bendición y el Evangelio de San Juan, inmediatamente, y allí mismo en la portería.

Ocurría generalmente que la "guagua" no sanaba con el Evangelio: en este caso Isabel recurría a sus "secretos de naturaleza", de los que estaba muy bien instruída, según lo comprobó en su "essamin", como ya sabemos. El remedio más "probado" para el mal de ojo, era el que recomendaba el Maestro llamado El Experimentador. "Tomarás tres hebras de cabello del que hubiere hecho el mal de ojo, echarlos has en una taza de plata, con una pizca de polvos de piedra viva, y los polvos de la sangre del dragón, y los polvos de los altramuces, mezclados con vinagre muy fuerte, y con este unguento harás tres cruces en la coronilla del pequeño, y las harás tres veces, y cada vez rezarás tres credos y uno en cruz, y que la creatura esté bien cubierta y respire mucho y le darás poco de mamar".

Muchos chiquillos debían sanar del mal de ojo con esta medici-

na, pues su uso era corrientísimo, hasta siglos más tarde, fecha en que el historiador Gómez de Vidaurre publicó su "Historia Geográfica y Natural de Chile", en la cual aparece, entre otras curiosidades de la vida colonial la relación casi idéntica de este remedio contra el "ojeo".

Nuestra primera "mama" Isabel Bravo murió de vieja, allá por los años 1609, después de haber "recibido" a una generación entera de la población aristocrática de Santiago. Su marido, Diego Valdés, falleció ocho años antes que ella, y por ser el cónyuge de la "comadre" oficial, las otras parteras le decían "el comadrón".

(Crónicas de la Conquista, Tomo Cuarto).

NOCHE BUENA EN LA ALAMEDA

Luis Orrego Luco

Alegre, como pocas veces, llena de animación y de bulla, se presentaba la fiesta de Pascua del año de gracia de 190... en la muy leal y pacífica ciudad de Santiago, un tanto sacudida de su apatía colonial en la noche clásica de regocijo de las viejas ciudades españolas. Corrían los coches haciendo saltar las piedras. Los tranvías completamente llenos, con gente de pie sobre las plataformas, parecían anillos luminosos de colosal serpiente, asomada a la calle del Estado. De todas las arterias de la ciudad afluían ríos de gente hacia la grande Avenida de las Delicias, cuyos árboles elevaban sus copas sobre el paseo, en el cual destacaban sus manchas blancas los mármoles de las estatuas. Y como en Chile coincide la Noche Buena con la primavera que concluye y el verano que comienza, se deslizaban bocanadas de aire tibio bajo el dosel de verdura exuberante de los árboles. La alegría de vivir sacude el alma con soplo radiante de sensaciones nuevas, de aspiraciones informes, abiertas como capullos en esos momentos en que la savia circula bajo la vieja corteza de los árboles.

El río de gente aumentaba hasta formar masa compacta en la Alameda, frente a San Francisco. A lo lejos se divisaba la copa de los olmos envueltas en nubes de polvo luminoso y se oía inmenso clamor de muchedumbre, cantos en las imperiales de los tranvías, gritos de vendedores ambulantes:

“—¡Horchata bien heláa!”

“—¡Claveles y albahaca pá la niña retaca!...”



La Alameda

Aumentaban el desconcertado clamoreo muchachos pregonando sus periódicos; un coro de estudiantes agarrados del brazo entonando "La Mascotta"; gritos de chicos en bandadas, como pájaros, o de niñeras que lo llamaban al orden; ese rumor de alegría eterna de los veinte años. Y por encima de todo, los bronces de una banda de música militar rasgaban el aire con los compases de "Tannhauser", dila-

tando sus notas graves entre chillidos agudos de vendedoras que pregonaban su mercadería en esa noche en que un costado entero de las Delicias parece inmensa feria de frutas, flores, ollitas de las monjas, tiendas de juguetes, salas de refrescos, tiendas de todo género. Cada tenducho adornado con banderolas, gallardetes, faroles chinescos, linternas, flecos de papeles de colores, ramas de árboles, manojos de albahacas, flores, tiene su sello especial de alegría sencilla y campestre, de improvisación rústica, como si la ciudad, de repente, se transformara en campo con los varios olores silvestres de las civilizaciones primitivas en medio de las cuales se destacara súbita la nota elegante y la silueta esbelta de alguna dama de gran tono confundida con estudiantillos, niñeras, sirvientes, hombres del pueblo, modestos empleados, en el regocijo universal de la Noche Buena.

“—Claveles y albahaca pa la niña retaca!...”

Y sigue su curso interrumpido el río desbordado de la muchedumbre bajo los altos olmos y las ramas cargadas de farolillos chinescos, entre la fila de tiendas rústicas, cubiertas, de pirámides de frutas olorosas, de brevas, de duraznos pelados, damascos, meloncillos de olor. Las tiendas de ollitas de las monjas, figurillas de barro cocido, braseros, caballitos, ovejas primorosamente pintadas con colores vivos y dorados tonos, atraen grupos de chicos. ¡Qué bien huelen esos ramos de claveles y de albahacas! Tal vez no piensa lo mismo el pobre estudiantillo que estruja su bolsa para comprarlo a su novia, a quien acaba de ofrecérselo una florista. La muchedumbre sigue anhelante, sudorosa, apretados unos con otros, avanzando lentamente, cambiando saludos, llamándose a voces los unos a los otros, en la confusión democrática de esta noche excepcional. Por encima de todo vibran los cobres de la fanfarra militar... ahora suenan tocando a reventa bombo el can-cán de la “Gran Duquesa”.

(Casa Grande).

LA POSADA DE PEDRO SAGREO

, *Manuel Guzmán Maturana*

La posada de Pedro Sagreo, en la calle de San Pablo, al otro lado de la línea del ferrocarril, era el punto de reunión de cuantos hacían el viaje entre Santiago y Casablanca. (Téngase presente que este relato corre allá por los años de 1880 y tantos). A ella iban a parar los coches que de vez en cuando hacían esta carrera, las recuas de mulas y las carretas que transportaban las cosechas de los campos vecinos, los arrieros que venían con piños de vacunos para el Cuadro, los vaqueros, capataces y mayordomos que los traían bajo su vigilancia y, con frecuencia, los patronos y dueños, que en la misma posada solían hacer sus transacciones.

Don Pancho Garuya llegaba allí como a su propia casa. Su amistad con el posadero—ahora su compadre—data desde la niñez, y no había quien no le conociera de cuantos a este albergue venían a cobijarse. Con muchos de ellos, que eran viejos sirvientes de la hacienda de Los Rulos o de las vecinas, había hecho esos viajes en carreta o tras de las recuas de mulares, cuando era todavía un niño y lo llevaban como arrequín. Su arribo a la posada ponía una nota alegre en aquellas gentes, que se reunían a charlar y a beber, mientras hacían entrega de las cosechas o cargaban los menesteres que llevarían de retorno.

Los días martes, jueves y sábados, a las nueve de la mañana, don Pancho Garuya llegaba a las puertas de la posada. Ya había muchas personas, especialmente mujeres, que venían a recibir los encarguitos, las cartas o los recados que les enviaban sus amigos y parientes. A to-

das las atendía con la sonrisa en los labios en tanto descargaba la mula o arreglaba la valija.

Eran inútiles las invitaciones a un trago o a un causeo que le hicieran a esta hora, Don Pancho agachaba la cabeza y les decía indefectiblemente:

—Espérenme hasta la vuelta. Primero está la obligación que la devoción.

Aderezaba un poco su indumentaria y poco antes de las once, ya estaba en el Correo, por la puerta de la calle del Puente, haciendo entrega del saco de correspondencia y recibiendo el que debía llevar. Lo arreglaba a las ancas y se volvía a la posada, precisamente a la hora de almuerzo. Entonces se formaba la gran tertulia, después de poner el caballo a la pesebrera y la valija sobre el respaldo de la silla en que había de sentarse.

Pedro Sagreo esperaba al compadre con lo más suculento de su cocina, se servían debajo de una pequeña ramada, los dos a la mesa, y luego se iban reuniendo a su alrededor los de más confianza primero y después toda la clientela de campesinos que se encontraba en la posada, y entre trago y trago se enhebraba la conversación. A los chascarrros se sucedían las anécdotas picantes, los sucesos de bandidos, los cuentos de brujos y fantasmas, los cantos a dos razones y hasta las tonadas y las cuecas, si la ocasión era propicia. Don Pancho Garuya dirigía el panderero y era el alma de aquellas reuniones.

(Don Pancho Garuya).

EL BARRIO DE YUNGAY

Augusto Thompson

El Domingo sí es alegre en Yungay con un sano regocijo de villorrio en descanso.

A la puerta de las casas se ve a los chiquitines, vestidos del concho del baúl; los grandes lazos de sus corbatas, tornasolan a la luz, semejando alas de picaflor, y sus bastoncitos golpean impacientes, apurando a las mamás que después de haberlos trajeado, se arrelingan y emperifollan de carrera.

Una procesión de mujeres, vestidas de luto, cubiertas por el "velo de monja" no tarda en invadir las calles. Parecen así, vistas por conjunto, órdenes de religiosas caminando a sus oficios; todas llevan grandes rosarios que golpean al andar, como las cadenillas ciliciarias.

En la parroquia, después que repicaron la tercera seña, empiezan a dejar.

San Saturnino con sus muros de ladrillo al descubierto y su gradería de mármol blanco, semeja un antiguo castillo; y la idea se completa ya que pudiera ser su parque esa plaza, tan naturaleza, tan fresca, tan verde, ¡tan encantadora... a pesar de su ridículo tabladillo, de su grotesco pedestal al "Roto", de su boj desparejo, de sus árboles a la buena de Dios... o tal vez por ello mismo!

La gente llena los sofás: hombres graves y muchachos festivos, revisando diarios con el cigarro en la boca, establecen allí su salón de lectura y su fumoir, en tanto que los vendedores de periódicos apuestan carreras. Cubriendo el acantilado de la iglesia están los santeros con sus imágenes y escapularios. Frente, en el medio de la calle, los ri-

fadores de barquillos y sus cambuchos cilíndricos pintados de rojo; los dulceros con sus delantales blancos, sus manteles blancos, y sus plumeritos papel-volantín: ahí a sus pocillos de loza, convertidos en cajas de fondos, van a parar los ahorros que reúne en una semana el colegial; y, con un fúnebre sonido de despedida, caen los quintos dados por el abuelito como un premio a la contracción en la escuela, a la buena conducta en la casa.

Pronto se entra al templo, claro y alegre en la esbelta elegancia de su estilo gótico; iluminado radiosamente por altas ventanas ojivales con vidrieras policromas que durante la noche, al fulgor taciturno de los lampadarios, tan pronto se incendian rojizamente sobre las calles oscuras, como apáganse en vaguedades de violeta cual si encerrasen el misterio de una leyenda medioeval. Allí sobre los cristales emplomados, se transparentan en pintura los apóstoles coloradotes y las vírgenes anémicas, sosteniendo enormes báculos o pequeñas palmas de martirio; sirve de pedestal a la desproporcionada figura un edificio de muñecas liliputienses, que, por su atrio y su media naranja debe ser, cuando menos, la basílica de San Pedro, complemento invariable de cualquier vitreaux eclesiástico.

Presidiendo la nave grande de San Saturnino brilla el altar con la hermosa torre plateada de su tabernáculo, y, a ambos costados, el del Señor de la Buena Esperanza y el del patrón del curato, desnudo hasta medio cuerpo, inhumano de moretones y cardenales con una inmensa aureola que simula el armazón de un paraguas. La misa empieza. Los fieles, de rodillas ante las hileras de bancas, ya oran... ya fingen orar. Apoyados en las columnas abigarradas, llenas de arabescos, domina uno que otro joven que mira un confesionario, o más allá aún, donde debe hincarse una penitente jovencita, quien por encima del "Manual", le atisbará amorosamente, atendiendo más al corte de su jaquet que a las ceremonias y latinazgos del sacerdote.

Afuera, cerca de la pila del agua bendita, están los tipos, los que hincan una rodilla en el pañuelo perfumado, los que cuidan de remangar el pantalón para que se luzca el calcetín de seda negra y filete rojo. Ellos cuchichean siempre, burlándose del huaso que con su pon-

cho tricolor, amén de su pañuelo de hierbas en la cabeza; se golpea el pecho a puñadas, grita sus oraciones. Sus:—¡maire de Dió!—les hace reír; como ríen del remedón que cumple aquello de: "En casa de herrero, cuchillo de palo", con mostrar la planta del pie por los ventiladores de la suela; pero ¡pueden bromear cuanto quieran! ambos no reparan en ello, pues que rezan sencillamente, con fervor ingenuo.

Mientras tanto, junto al baptisterio, las damas murmuran de un reclinatorio al otro su obligada pela a fulano o zutana, colando las vocesillas fingidas, como flechas ponzoñosas escapadas del divino arco de los labios: y en el silente misticismo del santuario bañado en inhalaciones de incienso—un perfume mareante que adormeciendo transporta a íngulares éxtasis—tienen extraño eco sus pequeñas carcajadas diabólicas, contenidas por el encaje del pañuelo. Sin embargo, como acaban de cambiar el misal al lado del evangelio, hombres y mujeres se ponen de pie para no incurrir en desgracia con el señor cura.

Resoplando a toda la orquestación de sus registros, en el harmonium se suceden variadas meditaciones religiosas que deben ser muy tristes, pero que acá cosquillean las piernas cogiendo un zandunguero tiempo de polka, para probar que nada guarda seriedad en la risueña atmósfera de esta parroquia. ¡Bien quisieran algunos reconcentrarse, mas allí todo bulle, desde el rayo de sol que traspasa las vidrieras, y donde valsan grimollones de microbios irreverentes, hasta el grito de los suplementeros que anuncian en la plaza *La Ley*, precisamente por estar excomulgada, y el ¡ti-rrri-rrin! de las monedas al caer en el platillo de cristal que pasea por las tres naves, el auriga del señor cura, convertido los Domingos en limosnero... ¡Pobre Eleodoro! relavado, con el pelo relumbroso de aceite, trasciende, no obstante, a heno y bandola, a guano y agua florida.

Aguarda la repartición del pan divino y no se separa del comulgatorio, la vieja fanática, besucona de suelos, enemiga de judíos que solo doblan una rodilla en los momentos de alzar. Mas allá sigue el viejecito meticuloso, preocupado de sacudir el pantalón después de hincarse; la costurera endomingada; el tosedor infatigable, el bobo cuyos ojos vagan de la cúpula tachonada de estrellitas negruzcas como ara-

ñas, al piso, del altar a la puerta, convertida al abrirse, en un boquete de claridad; la madre que entre oración y oración, da—para obligarla a atender—pellizcos subrepticios a su chica distraída;—la guagua, chupa y chupa alfeñiques, sentadira en una punta de la alfombra; el galopín mañoso, entreteniéndose en clavarle alfileres a las beatas y apabullar sombreros; luego, el soldado de guantes blancos; el ricachón, pródigo en protectores saludos a derecha e izquierda; el trasnochador que cabecea; el borracho, alegrado con la mona, fiel compañera hasta el martes... y desde allí hasta el sábado; el observador indiferente... ¡En fin, toda esa anónima y hererogénea multitud, reunida ahí por la fuerza de la tradición, para rezar piadosa por sus necesidades, o burlarse de la fe de los demás!

La misa ha concluído. Muchos se apresuran a salir porque el párroco sermonea de lo lindo a su grey. La gente arremolínase. Los niños compran dulces, las devotas ramos de flores para cualquier manda. Frente a los canarios agoreros, rodeando al español que grita: “¡A la suerte sacada por los pajaritos! ¡un cinco, sólo un cinco!”—los feligreses se codean, empujan, por ver el avecilla salir de la jaula y escarbar con el pico entre los boletos, para extraer uno que recibe con mano temblorosa quien consulta al oráculo.

Ahí está la mujer del pueblo asegurando que aquellas profecías se cumplen al pie de la letra. Vea no más: antes de casarme saqué la ventura seis veces, faltó una para el planeta; todas decían lo mismo: “Harás vida un año con tu marido, te dejará con familia, por una comadre traicionera, pero volverá al cabo de mucho tiempo”. Y me ha salido ciertito—concluye la infeliz, ingenuamente complacida.

¡Ah; nuestro pueblo! ¡Cómo palidece una muchacha silabeando la tarjetita azul que le escogió el canario!

“Tu amante te engaña. Te casarás... ¡para mayo!”.

(Juana Lucero).

LA ANTONINA TAPIA

Emilio Rodríguez Mendoza

Opté por dar muestras de una honradez a prueba de tentaciones infantiles y como inmediata recompensa, disfruté largamente, tanto del espectáculo del local como de la presencia, sentada tras del mostrador verde, de una de las predecesoras de la sabrosa y pintoresca industria del dulce criollo en que hoy descuellan damas muy distinguidas, dando el hermoso ejemplo de que basta un poco de ánimo y buen humor para hacerle cara a la vida.

La Antonina de cuya desinteresada contemplación estética pude disfrutar de mampuesto en esta ocasión, mientras el nuevo Presidente regresaba del Parque, era ancha y baja como una puerta de aldabón, clavos de cobre con herrumbe y golpeador en forma de botita... No le fué fácil la operación de fondear en el sillón de brazos y petate, sometido aquel día a tan dura prueba de resistencia, y si no parecía precisamente una figura de Goya, es lo cierto que bajo el techo de tocuyo y las vidrieras nevadas de dulces, era la viviente alegoría de una época muy... dulce que se va en medio de otra... muy amarga.

Era, eso sí, la finada una alegoría muy ancha, con chapas de cola de rata caídos a la espalda; cuello que queda mejor definido calificándolo, con perdón de sus congéneres, de cogote; chaqueta corta de percal sapicoteado con ramitas de rosado multiflor y un torso que pudo ser el de Diana cazadora; pero que ya no era el de ninguna de las Venus: se había aplastado como fuelle sin viento.

Tenía los ojos medio cerrados por su sudorosa gordura y la apacibilidad casera de su existencia, celebrada tarde y mañana por el gor-

goreo de las pailas que cantaban solas al revolverlas el afortunado cucharón de palo de naranjo.

Contaba, según lo supe por mi abuela materna, doña Carmen Valenzuela Silva, con hechos dignos de ser historiados en su larga y sabrosa existencia, que ha debido pasar a la leyenda—que es la mejor manera de entrar, con la aquiescencia de todos y no por fuerza, a la posteridad:—hizo ella misma la torta que el día del gran ágape patriótico se colocó en la mesa del triunfador de Yungay; le puso un mote que decía “al bensedor” y se cuenta—*si non é vero*...—que Prieto le dijo al General Bulnes, que tenía buen diente porque tenía buen sable:—Coma de esa torta, que no está nada mala, don Manuel...

—De partirla con la uña, habría respondido el vencedor, pasándola a cuchillo, es decir, dándole una carga.

No paran ahí las glorias criollas de esta Antonina, que nunca tuvo nada de Antonieta; llenó de almíbar la boca de muchas generaciones de gente aficionada a lo bueno, fuera en forma de tortas o de otra cosa.

Sus triunfos seguían acompañándola a través de los años y al entrar Baquedano, sable en mano, de vuelta de la ciudad de los Virreyes, también fabricó la Antonina y con gran alarde por cierto de pailas casi centenarias y cucharones tallados en palo de buen olor, otra tortita de vencedor, que hizo exclamar a este otro don Manuel, el de la guerra de 1879:

—¡De la Antonina!... Ponga usted.

Se le atribuyen, además, lo que quiere decir que no era extraña a cierta filosofía popular, dichos profundos que algo la emparentan con Sancho, que en nombre del buen sentido andaba dando a cada instante coscorriones de palurdo en la fantástica armadura de don Quijote: se quejaba de vejez, declarándose inofensivo, cierto cliente que había sido el león de su parroquia.

—Sólo el cucharón sabe lo que hay en el fondo de la olla—reflexionó la Antonina, guiñando un ojo.

(Como si fuera ayer!...)

UN SUBURBIO DE SANTIAGO

Pedro Prado

Solaguren, aprovechando el sesgo de sombra de paredones ruinosos, a la vera de un gran canal de aguas servidas, cruzado por puentes débiles y por angostas tablas combadas, que sólo permitían el paso a chiquillos impávidos y a viejas livianas y equilibristas, iba con paso lento, contemplándolo todo lleno de una nueva curiosidad.

Eran los habitantes de esas casas, en su mayoría sórdidas; eran los de esas piezas oscuras hechas y rebocadas con barro, como las celdas de las avispas, los que irían a estar bajo la administración de su justicia.

Por las puertas despintadas y renegridas, por las troneras y ventanas estrechas con vidrios sucios y rotos, contemplaba los interiores de esos hogares humildes. Sobre el suelo disparejo de tierra, apisonada, casi siempre barrido y limpio, había, hacia los rincones sombríos, uno al lado del otro, lechos miserables y dudosos. Mesillas cubiertas de albos lienzos soportaban floreros improvisados y viejas imágenes. En las paredes ocreas, tajeadas por las grietas, estampas de periódicos ilustrados impedían el paso del viento. Ancianas secas con el pescuezo de una flacura extrema, y el cabello canoso de un gris amarillento, sentadas en pisos bajos, contemplaban inmóviles el gatear de chiquillos mugrientos, el ir y venir de gallinas que picoteaban confiadas por todos los rincones, y el reposo adormilado de gatos y de perros. Perros innumerables, pequeñas bestias estrafalarias de gran comicidad por el cruzamiento insospechado de razas antagónicas que los constituían,

por su flacura endiablada, su pequeñez ridícula, y por la furia y tenacidad que gastaban en ladrar a los escasos transeúntes.

Tapiales medio derruidos, con anchas troneras hechas por el tra-jín de los chiquillos y los perros, dejaban ver el interior de los sitios, casi siempre con aguas detenidas, verdes y cenagosas; con algún cobertizo zurcido de sacos y latas, dormitorio de puercos gigantescos que no era raro encontrar por las calles, refocilándose en los charcos y aniegos perennes de acequias malolientes.

Más lejos, sobre una altura, un corralón, los cercos en ruina, con parches de tablas viejas, alambres entretejidos y recortes de latas herrumbrosas, acarreados de la próxima fábrica de conservas, mostrábase lleno de estiércol hirviendo de moscas. A la intemperie, artrumbados en desorden, había ruedas rotas y carruajes desvencijados.

En los días de fiesta, cuántas veces este recinto, ahora vacío, lo viera Solaguren poblado por los viejos, flacos y filosóficos caballos de los carretones fleteros. Era un espectáculo impresionante el que ofrecía el descanso dominical de las trabajadas bestias. Los pelajes sucios y semejantes después de una noche de pasar tendidos en el estiércol; los vientres hinchados y las costillas salientes; los cuellos cóncavos y caídos, débiles para soportar el peso de cabezotas enormes; los belfos colgantes flácidos; las orejas eternamente amusgadas, dando la apariencia de una gran ira contenida. Después de comer la escasa ración salían del patio, y allí con las lacras del lomo, del pecho y del vientre cubiertos de moscas, inmóviles pasaban horas de horas, apoyándose ya en unas ya en otras de las patas flacas y deformes, llenas de corvejones y sobrehuesos. Sin causa visible, un caballo daba de patadas a su vecino, y éste, a su vez, con gran furia, a los siguientes. Sonaban las coces sobre las costillas como en cajas huecas; y mientras algunos lanzaban bufidos y extraños relinchos, sobre la parte alta del corralón, recorran-do contra el cielo sus inmóviles, desgarradas y angulosas siluetas, otros caballos, ajenos al tumulto, dormitaban de pie.

Por todas las viviendas, en tarros viejos, ollas desportilladas y tientos indefinibles, malvas y claveles perfumaban deliciosos. Arbolillos con los troncos mordidos por los caballos, creciendo en dolorosas centorsio-

nes, a orillas de las aguas pútridas, ostentaban en lo alto alguna pequeña jaula de caña, donde un pajarillo invisible cantaba alegremente.

Un comercio pequeño y numeroso, más ilusorio que real, veíase por todas partes. Rara era la puerta de calle que no fuese a la vez la de un reducido almacén de provisiones; algunos tan poco surtidos e insignificantes que detrás del mesón sobajeado, en estanterías rústicas de dos o tres tablas, divisábanse escasas botellas polvorientas, tarros mohosos y frascos casi vacíos con comestibles inclasificables por lo sombrío de los recintos, casi siempre solitarios.

De la calle sucia, llena de un polvo gris, hondo y muelle, surgían de improviso a impulsos de vientos caprichosos, trombas cenicientas donde danzaban papeles y livianos desperdicios. Avanzando en veloces e imprevistos zigzags, muchas veces toda esa farándula colábase por algunas de las puertas de los tristes recintos para bailar en los oscuros interiores una desatada zarabanda.

Los niños dejaban sus juegos y seguían tras las columnas vertiginosas de polvo enloquecido; y sus gritos, risas y carreras iban en pos de ellas, entretejidos con el voltejar de las hojas.

Aun otras casas, un gran sitio baldío sombreado por enormes eucaliptus siempre con pájaros cantores y vasto rumor de viento, y el camino salía a pleno campo. A ambos lados abríanse potreros inútiles sembrados de piedras, cubiertos de hierbas pobres y malezas bravas.

Cinco cuerdas más adelante comenzaban otra vez habitaciones extrañas y dispersas. Era una población nueva. Y Solaguren, observando el aspecto provisorio de cierros, huertos y construcciones, sentía una verdadera angustia al palpar tan claramente los sueños y esperanzas de esos pobladores.

Grandes cimientos abandonados en espera de una casa amplia, que no fué posible hacer, estaban allí por varios años como únicos ocupantes de un sitio perdido. Las piedras que los formaban parecían trazar sobre la tierra enormes signos extraños; y en esa ruina de lo que no fué, hortigas y lagartijas crecían o anidaban entre la suelta argamasa.

La fantasía ingenua de un pobre hombre que había soñado alguna vez; y cuán profundamente! con un castillo rodeado de un parque,

con lagos, fuentes, graderías y terrazas, estaba más allá realizado en un terreno de diez varas de frente por treinta de fondo. Una gran puerta para carruajes, puerta de hierro forjado, que antes perteneciera a algún rico terrateniente, obra del más primoroso trabajo, agobiada entre dos enormes pilastrones de cal y piedra, se erguía solitaria en todo el frente de la propiedad. Hacia uno y otro lado de ella, un zócalo de ladrillos quedó a medio empezar; zócalo ahora roto y desencuadrado, zarcido con postes viejos, y flojos alambres de púa. El jardín minúsculo era rico en accidentes. De la gran puerta partía un sendero angosto, iba hacia una red de caminillos cubiertos de conchuelas, salvaba puentes rústicos, y seguía por la orilla de un lago de dos metros, hasta penetrar bajo emparrados de rosas y perderse en un laberinto de bambués. La casa, medio oculta por la entretejida maraña de árboles y arbustos, dejaba ver una escalita de mármol, tabiques desconchados, ventanas romboidales con tejadillos protectores, y, en lo alto, almenas de madera, y tres torrecillas todas diversas e impracticables. En el centro de ellas, a guisa de mirador o claraboya veíase algo enorme, confuso y redondo con rotos cristales multicolores, coronado por una gran veleta en desmayo. Entre los árboles, colgando de un cordel, había ropa tendida puesta a secar, y sobre una puertecilla, en un cartón abarquillado por el sol, leíase con dificultad: "Se venden flores y huevos frescos".

Y más lejos una sencilla casa inconclusa, los vanos de puertas y ventanas defendidos por adobes aperchados; y aquí un rancho miserable sobreviviente de antiguos tiempos; y más allá retazos de terreno ofrecidos en venta en grandes y viejos letreros descoloridos. Y dispersas por las amplias calles, cubiertas de cardos e hinojos, con zanjas profundas a manera de cunetas, nuevas construcciones tristes o absurdas, coronadas de humillos azules, formaban ese arrabal desolado, último límite de la ciudad.

Dos, tres, cinco argueneros a caballo, que venían de Renca o El Resbalón, sentados entre las grandes cestas llenas de olorosas frutillas, pasaron silbando a compás del vaivén somnoliento.

Ese disperso caserío, esos campos que se extendían hacia el poniente, hasta el alto y lejano cordón de cerros azules, formaban su jurisdicción.

Un Juez Rural

LAS RIBERAS DEL MAPOCHO

José Luis Fermandois

Subió por la descuidada y polvorosa ribera hasta llegar al antiguo Puente de los Pacos, el mismo que había sido testigo de sus proezas y miserias infantiles y que hoy contemplaba convertido en un amplio y sólido puente de hierro, que podía desafiar victoriosamente las furiosas acometidas invernales del raquíptico Mapocho, cuando, ensoberbecido con los caudales que le prestan los aguaceros, no cabe de orgullo en su líquido pellejo y pretende arrollar a su paso cuanto encuentra.

Por cierto que no saltó esta idea al magín de Diablofuerte, ni se acordó tampoco del infortunado Presidente Balmaceda, a quien se debe aquella obra; pero sí pensó en que, si aquel río fuera bien hondo... ¡quién sabe... tal vez valdría la pena de tirarse a él!... pero no... el gran bellaco no podía quedar impune. Primero su castigo, y después... sobraba tiempo para pensarlo.

Afirmado, echado casi, en la barandilla exterior del puente, paseaba su mirada distraída por el ancho panorama, que se desarrollaba ante él hacia el Poniente. Ora la detenía sobre los famélicos asnos que aquí y allá recogían el escaso pasto que brotaba entre las piedras del lecho del río, ora sobre los cerdos que huroneaban con su trompa en la fangosa orilla, ora sobre las harapientas mujeres y semidesnudos rapaces que hurgaban en los hediondos basurales.

Y eso, asnos, cerdos y mendigos, desperdicios vivos de la sociedad, era lo que allí rondaba alrededor de los desperdicios muertos de la higiénica (¡qué sarcasmo tan cruel!) ciudad de Santiago.

Más allá, la estrecha cinta gris del agua se perdía de repente, como avergonzada de su propia pequeñez, y se extendía en seguida la campiña, cortada a trechos por las altas alamedas y las angulosas carreteras que serpenteaban entre los verdes potreros. En el confín, la cordillera de la costa, pardeando ya con las sombras del crepúsculo, interceptaba el horizonte y confundía sus cumbres negras con el cielo arrebolado por los últimos rayos del sol poniente.

De pronto, como resolviendo una dificultad, se enderezó Diablofuerte y atravesó con paso rápido hacia el Norte, sin detenerse hasta la segunda esquina de la calle de Barnachea, a donde llegó junto con las sombras de la noche.

(Diablofuerte).

UN RINCON SANTIAGUINO

Eduardo Barrios

La mañana era tibia y grata; la calle, limpia y regada, estaba olorosa; y en el cielo, muy alto y muy azul, en la luz y en la sombra, temblaba cierto no sé qué de alborozo infantil. Al acodarse Luis en el balcón, el trinar de un canario recorrió como un fresco calofrío la atmósfera de la plazuela.

Ni tiendas ni tranvías; el habitual silencio de rincón olvidado. Por contraste con las mañanas de la Escuela, Lucho ansió saturarse de aquel ambiente de "paisano".

Habitaba el cadete, por aquellos días ausente de la Escuela Militar gracias a una prescripción médica, la casa de sus abuelos, única mansión moderna que exhibía su fachada gris, presuntuosa, burguesa, en la pequeña plazuela sin nombre que recorta una esquina de la calle Esmeralda, en ese rezago colonial y pintoresco, por milagro conservado en pleno centro de Santiago. El edificio formaba la esquina de la plazoleta con la calleja que sale a las avenidas del río, y sus balcones caían hacia el rectángulo empedrado y tranquilo, donde todo se concierta en doméstica sencillez.

A esa hora se abrían ya las casas modestas al aire puro. Aquí flameaba una cortina humilde, hablando de mujercitas limpias y hacendosas; allá una criada pulcra, el pelo protegido por una paño, los antebrazos desnudos, descolgaba medio cuerpo fuera del varandal vetusto para sacudir trozos de alfombra, y huía luego rápida, por una puerta oscura, de la nube de polvo que pronto la brisa iba desha-

ciendo; en un piano invisible, ascendían hasta las más agudas notas los ejercicios de alguna colegiala.

Con ternura, con sentidos maravillados de amante, recogía Luis todos esos detalles. A ellos sí entregábase pleno y rendido su espíritu; en aquel cuadro de vida casera sí entonaba su temperamento recogido y afectuoso, y no en el enorme patio yerto de la Escuela, en el que las voces de mando como estampidos, el pataleo de las marchas regulares y el seco retumbar de las culatas sobre la arena hacíanle cruzar los nervios en exasperante suplicio. Hasta el carácter provinciano de la placita le conmovía; era un ritornelo del viejo pueblo de su niñez... ¿Pensar ahora en cuitas? No; mirar, oír, oler, impregnarse de todo aquel ambiente amable, benéfico, acogedor como seno de madre y fresca de hermana. Ya sabía él que, meditando, los pensamientos buscarían un orden para proyectarse sobre el porvenir. Bien poseía ya su corazón la experiencia de que todo sondaje al futuro, aun cuando éste parece más prometedor de libertades, trae consigo la angustia de cuanto se abre a lo desconocido. Y lo desconocido, hasta hoy, sólo amargas sorpresas había guardado.

Siguieron, pues, sus nervios sutiles y minuciosos poseyendo la niña, la loca mañana de octubre.

A la derecha, desde el húmedo rincón de la plazuela hasta la calle Esmeralda, corría la fachada de un vetusto casón, en cuya esquina había un almacén de comestibles, con pilar de piedra en el vértice y piso un peldaño más hondo que la acera. Las ventanas de su planta baja, desiguales, asimétricas, de historiadas y salientes rejas, negreaban a la sombra de largo balcón volado con arquería chata y muy tendida, blanca y polvorienta, y con flacas columnas que agobiábanse al peso de un tejado inmenso y negruzco.

Por sobre su barandal sucio, caía la melena verde, impalpable y constelada de albas estrellitas de una mata de jazmín. Qué olorosa debía de ser.

Frente a Luis, otra casona, mucho más ancha, pero vulgar y desabrida en su traza, asoleaba su pared amarilla y sus puertas color

chocolate. También tenía salediza baranda, en uno de cuyos extremos una vieja crinosa zurcía.

Y por el flanco de la calleja cerraba la plazuela, sombreándola en buen trecho, una sucesión desigual de construcciones sin estilo, traseras de casas cuyos frentes lucían a la otra calle. Una de ellas empinábase muy alta y estrecha; el rojo tranquilo de sus ladrillos desnudos ardía en las ventanas con sangre de geranios. Desde allí el canario insistía en calofriar la quieta plazuela, y sus trinos tenían el saludable son de los surtidores de agua clara en las mañanas.

(Un Perdido).

LA CALLE AHUMADA

Fernando Santiván

La calle de Ahumada, con su piso de mosaico en las aceras y de asfalto en el arroyo, con sus edificios más elevados y más modernos, habitada por comerciantes franceses en su mayor parte; calle orgullosa de sus escaparates llenos de ricas telas expuestas con algo del *chic* parisiense, de sus vastos almacenes de novedades, de sus librerías que arrojan hasta la calle las últimas obras del Viejo Mundo, de sus emporios de provisiones repletos de succulentas especies que envían a través del Atlántico las bien provistas bodegas de Alemania e Inglaterra. En la atmósfera se creyera percibir el olor de la brea de los vapores, de mercaderías que han pasado meses en el fondo de algún coloso del mar... Hay menos ruido que en la calle de San Diego; el bullicio de allá se convierte aquí en discreto murmullo; la carcajada campechana en fina sonrisa, así como el manto de hilo de las paseantes se transforma en velo sutil que cubre a penas la cabeza y flamea con suavidad, agitado por el fresco vientecillo matinal; los movimientos de las damas son más desenvueltos y seguros de sí mismos, y hasta los carruajes del tráfico, parecen adoptar cierto continente más grave, cierto reposo digno y prudente.

Había observado Ricardo que en cada hora del "centro" no sólo tiene un carácter diverso, sino que lo transita una especie común de personas.

Desde la mañana, muy temprano, cuando aún todo el comercio duerme con sus puertas cerradas y los barrenderos levantan nubes de polvo, comienzan a desfilar tipos que se reúnen en grandes grupos, de cla-



La "conductora"

ses sociales diferentes. Primero pasan los obreros, de traje sucio y desgarrado, de barbas hirsutas y descuidadas. Hace frío; en el silencio no se oye más que el taconeo de los pasos y el pitazo estridente de las fábricas que llaman con insistencia, como si se irritaran por la tardanza de sus empleados, quienes se apresuran, encorvados por el frío, las manos en los bolsillos, oculto el rostro en el cuello del vestón. Suele pasar un tranvía repleto de hombres hasta el imperial, formado como un conjunto de guiñapo sucio y mal oliente. Su campanilla de bronce suena triste, lastimera, soñolienta.

Viene después la hora de las obreras y de los empleados de comercio. El centro cobra más vida. Principian a transitar los coches. Se levantan las puertas de hierro de los almacenes, con un ruido áspero, como si se hiciera pasar los dientes de una sierra sobre un objeto metálico.

Las obreritas caminan con pasos rápidos, muy cortos, la vista en el suelo. Algún empleado de tienda que las conoce a fuerza de verlas todos los días a la misma hora, las saluda. Ellas contestan y prosiguen su camino, estrujando en sus manos el portamonedas y su paquetito de costura; más allá, un muchacho les desliza al oído una desvergüenza; alguna se sonroja... otra sonrío y prosigue su camino, con su mismo paso corto y rápido, el cerebro atenaceado por la idea fija de la hora de llegada.

Mientras tanto, los empleados engalanan las vitrinas, sacuden sus mercaderías y las amontonan en las puertas para incitar al comprador. El "centro" se anima. Y comienzan a transitar entonces las extranjeras con sus blusas claras y sus sombreros de forma simple y sin gracia, y las beatitas madrugadoras que van a pasar una parte de la mañana en la atmósfera tibia y pesada de un templo, oliendo con fruición el perfume del incienso que enerva y excita. Es una hora hostil, falta de gracia y coquetería. La hora de las "misses" despreocupadas, de ojos metálicos, talles desgarrados y cutis rojo y áspero, la hora de las solteronas sin esperanza o de las jovencitas decepcionadas por feas o por que el destino les fué cruel, la vista puesta en lo alto en persecución de un ideal que no se pudo encontrar aquí abajo. Las buenas mamás, las dueñas de casa hacendosas, se aventuran también por las calles en bus-

ca de los artículos caseros, regateando interminablemente en las tiendas con el aire suficiente y altanero del que conoce muy bien su propia importancia y el valor del dinero... Y poco a poco, a medida que se acerca el mediodía, las calles se van llenando de rostros frescos, y juveniles, mejillas de rosa y jazmín, ojos audaces, talles esbeltos, trajes elegantes; es una marea de juventud que va llenando las aceras, es como la primavera del "centro" que llega triunfadora, despreocupada, insolente, graciosa... La atmósfera se puebla de olores incitantes, de velos y de echarpes, de rumores cristalinos, de risas sofocadas... En las esquinas se agrupan jóvenes dandys, que saludan a las damas con afectación, mientras ellas pasan y sonríen, mostrando sus dientes blancos, con el aplomo de las que saben que el aire luminoso no ha de descubrir una arruga en sus rostros, ni una mancha en sus trajes de corte Paquín, recién llegados de Europa por el último correo.

Después del cañonazo de las doce en el Santa Lucía, la alegre bandada de paseantes comienza a retirarse lentamente hasta que, una hora después, las calles quedan desiertas, transitadas a penas por alguno que otro empleadito retrasado. La vida detiene su curso un par de horas en el centro; los almacenes se cierran. Sólo queda reinando en las calles el sol que caldea el pavimento y la atmósfera, haciendo languidecer a los escuálidos caballejos de los coches de posta estacionados a lo largo de las aceras.

Cuando el movimiento se reanuda, después de almuerzo, nunca llega a tener el brillo que en las últimas horas de la mañana. La vida del centro se arrastra lánguidamente hasta el caer de la tarde, hora en que comienza a animarse de nuevo. Esta vez el público es más heterogéneo. Las costureritas que salen de los talleres se mezclan con las aristocráticas damas que gastan carruaje y lacayos de librea; la joven honesta de la clase media, de traje cortado por el molde de los que una amiga rica encarga a París, se codea con la cortesana de carnes endurecidas en el vicio y que luce dientes de oro; y la joven fresca, sin inquietudes ni sombras, se confunde con la mujer madura y bonita que ve con terror aparecer las primeras arrugas del rostro tantas veces manchado por labios impuros... Las sombras van cayendo lentamente; se encienden los

primeros faroles, las tiendas se inundan de luz artificial. Es la hora de la igualación de edades por la penumbra piadosa de un suave crepúsculo santiaguino, la hora de las mujeres anhelantes y apasionadas, que buscan con ojos inquietos un último amor, una tardía palabra cálida que les haga olvidar la tristeza de una vida desprovista de ese ideal, que se espera siempre y que llega tan rara vez!...

Y así concluye la tarde, con una nota de ansia y melancolía para ceder su paso a la noche y volver a empezar a la mañana siguiente una nueva jornada...

(Ansia).

EL RIO MAPOCHO

(FRAGMENTO)

Victor Domingo Silva

Vienes desde la montaña
y te hundes en el bochorno
de la ciudad. Hierve en torno
la ciudad como una araña
torva, cruel, inquieta, huraña...
Tú pasas. Recoges todas
sus pasiones, juegos, modas:
sus caprichos inauditos,
sus infames apetitos
y sus ternuras beodas!

Y sigues... Sigue tu cinta
rodando hacia las afueras:
ranchos, chacras, carreteras
los encantos de una quinta!
El cielo en ella se pinta,
la saluda un aldeano,
y ella sigue por el llano
y sigue, hasta que se pierde
en la magia azul y verde
del horizonte lejano.

Lejos queda, mientras corres,
la metrópoli opulenta;
lejos la eterna tormenta
que sopla sobre sus torres
tu marcha en la perspectiva,
miras la ciudad altiva,
de pompa y miseria albergue,
cómo sus cien torres yergue,
amenazando hacia arriba!

Pobre y ruín, también tu sueñas:
soñando estás, cuando lloras,
con más brillantes auroras
y con noches más risueñas.
Otros hombres y otras breñas
te abrirán mejor sendero...
Infatigable viajero,
lograrás ver de improviso
el crepúsculo indeciso
de tu último derrotero.

¡Alégrate, pues, ¡No llores...
Da paso a tus alegrías,
que ya vendrán nuevos días,
nuevos vientos, nuevas flores...
Este hervidero de horrores
en que la virtud encalla,
ya no será una batalla;
ni tu corriente rastrera
se irá llevando hacia afuera
la lepra de la canalla!

.....

Como un gran cuerno vacío
tu largo rezongo suena
en la alta noche serena...
¡Rueda, rueda, turbio río!
Estoy solo... Siento frío...
Lejos, el rodar de un coche...
Y al doloroso reproche
de tus roncadas letanías,
se unen las rapsodias mías
bajo el cielo de la noche.

(Sus mejores poemas).

LAS CASAS COLONIALES DE SANTIAGO

Mariano Latorre

Durante la Colonia, no hubo en Chile esa preocupación artística de adornar las viviendas, rica floración de la fortuna y de la cultura.

El peninsular o el criollo miraron más a la comodidad, algo desmedida, de las casas, que al adorno externo, reflejo de una cultura honda o de una tradición gloriosa. Soldados o comerciantes, su mismo aislamiento de la cultura de Europa, y aun de la brillante arquitectura del siglo de oro, herencia de los tiempos medios, no era un elocuente consejo que despertase el buen gusto artístico, la visión de las agujas góticas o de las cúpulas orientales, dormido en las generaciones peninsulares.

Puede decirse que la casa de la Colonia, burda y sombría en la mazacotuda simplicidad de su construcción, no era sino un vago recuerdo de las viviendas de Castilla y Andalucía, a través de la rudeza primitiva de los guerreros o del escaso rudimento artístico de los comerciantes.

Las viviendas coloniales, sobre todo las viviendas santiaguinas, no son sino las cuatro murallas del fuerte de los conquistadores, de cuatro pies de espesor, sobre las cuales ha caído, en una firme armazón de vigas, revocadas con barro, el ángulo diedro de la ruca araucana. Pero, a medida que la población crecía y que el bienestar de la tierra cultivada formaba la fortuna, despertóse la vanidad de los colonos, y la casa cuadrada con vagas reminiscencias de cuartel o de cárcel, fué transformándose lentamente; y en el ocio de la prosperidad, soldados enriquecidos o comerciantes hechos encomenderos, veían surgir los re-

cuerdos de su tierra, de la casa en que vieron la luz. Así nacieron los amplios patios moriscos que, en la calma de la siesta, al arrullo de la pila charladora que moja los lustrosos abanicos de las calas, hacían creer al viajero en un patio andaluz, evocando el voluptuoso recuerdo de aquella raza arábica, cuyo espíritu misterioso palpita aún, como hálito invisible, en los sugerentes arabescos de los intercolumnios, en los ajimeces bordados como encajes, en la esbeltez de las columnas de la Alhambra y del Generalife.

Después del terremoto de principios del Siglo XVII, y por influjo de Lima, las casas de Chile, amontonadas a la orilla de un río en una llanura guarecida de los vientos, ostentaron el balcón corrido, también de origen oriental, algo tosco en su construcción, pero dando a las nuevas viviendas un pintoresco matiz exótico. Sobre el alero de madera sin pintar, rojeaba a menudo el tejadillo criollo, donde anidan las golondrinas en los veranos. Esto, en lo que se refiere a la gente acomodada, pues los ricachones, los aristocráticos "chapetones", transformados en hacendados después de haber vendido la existencia de sus pulperías, trataron de resucitar en sus enormes viviendas las casonas de los hidalgos vascos donde habían nacido; y así, en aquellas murallas espesas, sobre la enorme puerta de macizo cerrojo y repujados clavos, se alzó el mojinete clásico, que dió a Santiago un pintoresco tinte medioeval, donde se dibujó, en piedra sillar, el escudo comprado con buenas onzas al Rey de España.

Igualmente, en la macidez desnuda de las murallas, el balcón saledizo, sin vidrios, y en el que grandes rejas de hierro de Vizcaya, de sobrio dibujo, parecían ocultar la vida aislada y monótona del resto del mundo.

Si en la parte trasera de la casa, en el solar que tenían todos los palacios, crecían floripondios, de aromáticas flores blancas, y la verdura salía ubérrima por encima de los murallones de toscos adobes, en aquella reja oscura, que a gran costo había sido traída de las fundiciones éscaras, reinaba eternamente la sombra; a veces, el puro perfil de una criolla solía asomar por entre las rejas para observar al alferez

de empenachado sombrero, recién llegado del Perú, o la pañosa capa de un petimetre de la Colonia.

Saliendo hacia las afueras, esta arquitectura tosca, primitiva como los alfareros de Talagante, donde duerme aún, en la tristeza sombría de sus murallas, el vago y lejano perfume oriental que formó el estilo mudéjar, en la austera trabazón cristiana, la arquitectura colonial tomó un tinte más criollo: desde luego, las chacras vecinas a Santiago, en el ángulo de la esquina ostentaban el cilíndrico trozo de granito, que denotaba un almacén donde el mismo dueño expendía los productos de su tierra. A ambos lados del granito veíanse los tinajones en que se guardaba el trigo o el vino.

En las viviendas rústicas cambiaba nuevamente el concepto arquitectónico.

Aún quedan desparramadas en los campos aquéllas enormes casas de toscos corredores, mirando hacia la cordillera para resguardarlas del norte.

Un enorme patio desnudo, especie de cuadra de cortijo, separa los dos pabellones en uno de los cuales se destaca la cruz mohosa de una capilla, y en el otro la pieza de los alojados, aislada del resto de la casa, para que el forastero, el hombre malvado que viajaba en aquellos tiempos y en aquéllas circunstancias, no tuviese contacto con las tímidas jóvenes de la familia, según reza la frase del ingenuo cronista. Por lo demás, en las irregulares calles estrechas atravesadas por una acequia, en las encrucijadas o plazas, la casa de balcón saledizo y la puerta con clavazón de cobre le daban a esos rincones de Santiago el aspecto de un pueblecillo de la estepa manchega, mayor aun cuando, a la llegada de un nuevo gobernador, se enjalbegaban, o a la época de la cosecha se llenaban de ruidosas carretas cargadas de granos y productos de las chacras.

En esta forma se desarrolló la capital y, a imitación de ella, todas las ciudades del reino de Chile, hasta que la llegada de Toesca, el hábil arquitecto romano al servicio de España, hizo pensar en nuevos estilos y en nuevos adornos.

Toesca dirigió los trabajos de la Moneda e hizo algunos edificios

más: grandes construcciones de estilo toscano, de maciza regularidad, pero de equilibrada armonía de líneas. El Santiago de principios del Siglo XIX, enorme y pesado como una carroza de la época, es la obra de este hombre activo y laborioso que transformó la aldea de los soldados y comerciantes vizcaínos, dándole un pintoresco tinte de ciudad medioeval, según la observación de Valle Inclán.

(*Pacífico Magazine*, Número 79).

LECHE DE BURRA

Mariano Latorre

En las frescas mañanas santiaguinas (mañanas doradas de arrabal), he visto pasar a la viejecilla que, de las afueras, trae sus burras a la ciudad.

Lleva un sombrerillo de paja sucia sobre sus ásperas crenchas. Una varilla es el signo de su autoridad en el manso rebaño que tranquea filosóficamente por la calle desempedrada. Gris el aire otoñal, gris el harapiento rebozo de la burrera, gris el corpachón panzudo de las borricas, grises los cuerpecillos de los burritos nuevos, lanudos como corderos que, con un bozal agujereado en el hocico, trotan detrás de las madres. Ese bozal oneroso que negrea en su hociquillo blanquecino, es su desgracia, la tragedia de su vida en comienzo.

En el barrio, ya sea con el niño raquíutico del conventillo cercano o con el bebé desmedrado del chalet o con la costurerita enferma del pecho que, segura de curarse, se bebe un pocillo de leche, deben los burritos compartir su alimento cotidiano.

No anuncia a la burrera ni un cuerno, como al heladero de los veranos, ni un silbido, como al repartidor de leche de los fundos. La leche de burra tiene su clientela y basta que asomen en el arroyo polvoriento las burras y su rústica arriadora, para que aparezca la mujeruca con un cazo desportillado o la sirvientita del chalet, con su lechero rameado de azules dibujos.

La viejecilla ordeña impasible sus borricas. Surgen de las ubres oscuras cuatro chorrillos de nieve pálida. Guarda luego, parsimoniosamente las monedas, lía su cigarrillo de hoja y con su varilla hace

bajar una burra que se ha subido a la acera. El rebaño avanza calle arriba, hacia el campo.

Durante años, desde la ventana de mi cuarto, vi pasar a la burreta con sus burras panzudas, en cuyas ubres iba, según la fe sencilla de las gentes, la vida y la salud; sin embargo, murió la costurerilla de pálido semblante y murieron el niño raquítico del conventillo y el bebé desmedrado del chalet de la esquina.

La viejecilla continúa aún vendiendo su leche; eso sí, ya no está la Perla, la gran burra blanquecina que se subía a la acera, ni la pequeñita, de oscuros flancos, de leche abundante.

Otras han venido a reemplazarlas, como a la costurerita y a los niños muertos.

La viejecilla, su varilla en la mano, arrea sus burritos por el arrabal. Gris el aire, gris el harapiento rebozo, gris el corpachón de las burras, grises los cuerpecillos de los burritos, lanudos como cordeiros, que, con un bozal agujereado en el hocico, trotan detrás de las madres.

EL HELADERO

Mariano Latorre

Siesta polvorosa del arrabal. Un sol de fuego inmoviliza el aire, pesado como una lápida. Ni un alma pasa por las aceras desniveladas, ni por la roja calle sin pavimento. Las viejas casonas coloniales, de desconchados muros, parecen dormir bajo el peso de sus viejos tejados moriscos. Un farol de gas, incrustado en la pared, semeja la vieja mano de un mendigo que pidiese inútilmente limosna a la calle soledosa.

A veces la carretela de un lechero atraviesa rápidamente la calle, en demanda del camino. Brillan los cuerpos sudorosos de los caballos. El carretelero se abanica con su sombrero furiosamente. Una nube de polvo queda en el aire, remolinea un segundo empapada de vibrante luminosidad y se disuelve poco a poco.

De pronto un áspero cornetazo resuena en este silencio de siesta. Parece una oleada de brisa en el bochorno que pesa sobre el arrabal.

—¡A tomar helaos, frutilla y bocaó!

Es el heladero. Viejecillo enteco, trae en un carrito pequeño, como un juguete, cuyos varales descansan en sus hombros, el gran bote de helados de canela, de los clásicos helados de canela de las ciudades chilenas.

Por las puertas de los conventillos asoman chicuelos desarrapados, hombres, mujeres, bañados de sudor que rodean el carrito ávidamente, como si del humedecer sus labios en el chorreante vasito dorado dependiese su vida misma.

El viejecillo guarda parsimoniosamente las monedas; y empujando su carrito continúa su peregrinación por la calle polvorienta. Media

cuadra más allá, su corneta, primitiva, como un cuerno mapuche, volverá a turbar la siesta del arrabal y a inquietar el curioso grupo de chiquillos, hombres y mujeres.

—¡A tomar helaos, frutilla y bocaol!

Hermano del tortillero trasnochador, el heladero no ama las calles centrales en las que se siente anacrónico. Busca los rincones antiguos de la ciudad, donde el conventillo y la vieja casona persisten aún como reliquias de un tiempo que, poco a poco, se sepulta en el pasado.

EL TORTILLERO

Martín Escobar

A media noche, cuando la lejana torre conventual ha desgranado sobre Santiago, una a una, las trémulas campanadas de la hora, que ondean en el aire fino, como otras tantas gotas que interrumpen al caer, el letargo del agua, dormida en la taza de piedra de un surtidor, rasga el tranquilo silencio la dulce melopea característica.

¡Tortillero, tortillas buenas!...

Y este pregón, vibra en el aire quieto y se agarra a los saledizos balcones acortinados de enredaderas y sube, sube, por la azul y aterciopelada oscuridad nocturna, donde las estrellas parecen repetirlo, como un eco mudo y palpirante.

¡Tortillero, tortillas buenas!...

En invierno, envuelto en su áspera manta de hilaza, aislado del mundo por la gasa rumorosa que teje la lluvia sobre la ciudad; en otoño, entre los grises copos de la niebla que va rodando silenciosa calle abajo; o en primavera, bajo el bláncor sereno y perfumado de la luna, va por los barrios bajos a la luz vacilante y ensangrentada de su farolillo, —dijérase el ojo irritado de un noctámbulo,— como un pobre Diógenes mercantilizado en busca del hombre...

¡Tortillero, tortillas buenas!...

Y es un filósofo el humilde tortillero. Si no pertenece a la escuela de los cínicos, a pesar de que lo parece por la musulmana impasibilidad con que va recogiendo las escenas de la tragicomedia humana en su andanza callejera, bien pudiera clasificársele entre los estoicos. En todo tiempo, con la indiferencia automática de una clepsidra

atraviesa las callejuelas tortuosas y sorprendidas, donde lo espera la locura de una mozueta garrida, fresca y olorosa, como manzana, o la resignada melancolía de una viejecita enteca con el rostro amarillento y arrugado, como fruto invernizo, para comprarle su calentita mercancía, compañera inseparable del mate y del brasero.

¡Tortillero, tortillas buenas! . . .

De pronto cruza con sonoro campanilleo por la tiniebla noche-riega un tranvía soberbiamente iluminado y el farolillo parpadeante se apaga, desaparece, ahogado por la violencia de las bombillas eléctricas. Y ese encuentro en medio de la noche, constituye todo un símbolo sentimental; porque el tortillero es el último vástago de la larga familia de tipos populares chilenos, que ponían una sabrosa pincelada de color en las calles céntricas de Santiago, y que ogaño ha sido desplazado por el progreso y el modernismo, hacia la tristeza pensativa de las viejas callejuelas coloniales, que cuentan al espíritu sensible sus últimas consejas antañonas. . .

¡Tortillero, tortillas buenas! . . .

Es un hermano espiritual del sereno, —que cantaba la hora,— y del motero,— cuyo ventrudo cántaro de barro ahito del líquido dorado y mieloso era para el rudo cargador metropolitano en las calurosas siestas estivales, lo que la clara vertiente de aguas vivas en la sombra verde del arbolado enhojecido, para el fatigado caminante campesino. . .

El tortillero es un personaje que parece escapado de una página verista del arcipreste Juan Ruiz o de un álbum de apuntes de don Francisco de Goya y Lucientes.

Es amigo de bohemios, de noctámbulos, de enamorados y de estudiantes.

¿Cuántas veces el bohemio, que ha fumado sus quimeras en la pipa de su ensueño, no espera al tortillero, como al Mesías, para pedirle crédito por dos de a chaucha que han de reconfortar su inanición? ¿Y el noctámbulo elegante, que corre una juerga, no le ha comprado todo el contenido del canasto para repartirlo pomposamente entre las pintarrajeadas falenas de una casa de amor? ¿Y cuántas veces este po-

bre tortillero con su manta y su farol no ampara amores contrariados, como un Crispín, pícaro y enredoso, por darse el supremo deleite de molestar a papás malhumorados e intransigentes que oponen voluntades férreas e insalvables al quebradizo puente amoroso, tendido por los amantes, de corazón a corazón? . . .

¡Tortillero, tortillas buenas! . . .

En el aislamiento nocturno de los parques aristocráticos, donde el misterio angustioso de la soledad se arrebujá en los bancos mojados; o en esas plazucas sin nombre y familiares como patios, que tienen una fuente y una iglesia arrodillada en la sombra, pestañea el farolillo del tortillero como el fanal de un barco perdido en la inmensidad del mar. Es este el tortillero de barrio que no pregona su mercancía y que permanece mudo en espera de la clientela fija, compuesta casi siempre de pequeños comerciantes y de sirvientas de casa grande, que salen después de sus quehaceres a echar un párrafo con regularidad pueblerina. Es a media noche, cuando el tortillero, echándose el canasto a la cadera, avizora un momento la obscuridad, como dudando del camino que debe seguir hasta el tugurio arrabalero, y se marcha, saludado aquí y allá por un bostezo apagado, o por un portazo que retumba sordamente en la quietud de la calle adormecida . . .

¡Tortillero, tortillas buenas! . . .

El oficio es áspero, rudo, porque a más de la lucha diaria contra los elementos implacables, —según la estación del año,— tiene sus altas y sus bajas.

En el Haber se asienta la propina principesca de algún tenorio por el préstamo del canasto, de la manta y del farol para escudarse bajo esa humilde apariencia y acercarse a la inexpugnable mansión de la amada, sin despertar sospechas ni soliviantar la rígida vigilancia paternal. Y en el Debe, —¡oh, en el Debe,— están el clavo del bohemio que lo ha enternecido con su miseria, el perro muerto del estudiante diablo y quizá, un mal día, la puñalada traidora de un ladrón que le espera a la vuelta de una esquina; puñalada, que, por una de esas trágicas ironías de la vida, recibe el asaltado en mitad del corazón, al grito de:

¡Tortillero, tortillas buenas! . . .

EL BARRIO ESTACION

Joaquín Edwards Bello

Detrás de la estación de los ferrocarriles, llamada también Alameda, por estar a la entrada de esa avenida espaciosa que es orgullo de los santiaguinos, ha surgido un barrio sórdido, sin apoyo municipal. Sus calles se ven polvorientas en verano, cenagosas en invierno; cubiertas constantemente de harapos, desperdicios de comida, chancletas y ratas podridas. Mujeres de vida airada rondan por las esquinas al caer la tarde; temerosas, completamente embozadas en sus mantos de color indeciso, evitando el encuentro con policías...

Son miserables busconas, desgraciadas del último grado, que se hacen acompañar por obreros astrosos al burdel chino de la calle Esperanza, al otro lado de la Alameda. La mole gris de la estación central, grande y férrea estructura, es el astro alrededor del cual ha crecido y se desarrolla esa rumorosa barriada.

Algún trabajo costó llevar el riel a la capital cerrada en sus murallas de granito, enemiga del mar. La influencia anglosajona, patente en la costa, no llega a Santiago, baluarte colonial, clerical y reaccionario, donde se conserva vivo el espíritu vanidoso y retrógrado de los mandarines que en 1810 hicieron acto de sumisión a Dios y al rey contra el gran Rosas. Un político santiaguino representativo, Irrarrázaval presidente del partido conservador, se opuso al ferrocarril: "Ese sistema de locomoción traerá la ruina de los propietarios de carretas", decía en memorables sesiones; al sapiente Bello llamó "miserable aventurero" porque defendía el riel. A pesar de la oposición parlamentaria y los inconvenientes materiales, llegó la locomotora a despertar la Ala-

meda apacible y franciscana, con sus acequias de pueblo. Los santiaguinos empezaron a transformarse; los primeros que fueron a ver el mar llevaron a la fonda colchones, frazadas y comestibles; en el tren iban comunicativos y desordenados como en los paseos en carreta.

El que fué extrarradio desierto, muerto en el día y peligroso en la noche, con cruces y velas al borde de los caminos marcando el sitio donde cayeron los asesinados, ha llegado a ser un barrio hirviente, lleno del ruido de las máquinas, los motores, la gritería de los pilluelos y vendedores ambulantes. Un poco de la vida de Europa, del ajetreo moderno ha llegado con el riel desde Valparaíso a la capital amodorrada, catedralisca y apática. Al presente la estación central es soberbia. Un gran reloj, colocado en el centro del triángulo que abarca todo el frente del edificio, marca las horas con la impasible constancia de las cosas mecánicas, en tanto pasan bajo él palpitantes locomotoras, transpirando vapor, sudando por todos sus poros de metal, enviando hacia el cielo en penachos esponjados el humo turbulento y espeso que parece ser el alma del barrio. Innumerables postes contrahechos, negruzcos, del telégrafo y del alumbrado, se destacan por todas partes sin simetría, cual si espontáneamente hubiesen brotado del asfalto ondulado. Los potentes pitazos y el estrépito que sacude las casas al rodar de los trenes arrancan un eco a la serenidad bucólica de los viñedos, potreros y arboledas, que empiezan en la Quinta Normal y más allá, por la Avenida de los Pajaritos. En la plaza y en todas las callejuelas vecinas hay multitud de hosterías o fondas sospechosas, a dos pesos el rato, o tres pesos la noche, con criadas jóvenes y complacientes que por las tardes se estacionan en las puertas sonriendo a los transeúntes de una manera extraña.

Se adivina que el barrio es muy nuevo, de esos que brotan como las callampas en las ciudades de América; improvisado en una comuna rural donde no hace más de tres años triunfaban las carreras a la chilena, con su alborotado colorido de chupayas y chamantos. Se siente el campo; se nota que el contacto con la parte verdadera de la capital es escaso; está marcado todo ese arrabal por el roce incesante con los campesinos que llevan al amanecer las hortalizas a un mercado lo-

cal, o las reses a una feria o Tattersall que está al otro lado de la plaza. La gente tiene un sello propio, característico; es recia y áspera como el ají verde y la cebolla cruda; con la piel tostada por ese sol que preside las fiestas del buen chacolí, del rico mote y la fruta sabrosa. Los mocetones, como de bronce, las fisonomías rotundas y beligeras, las extremidades cortas y rollizas, tienen más de Arauco que de España; las muchachas, de grandes ojos bovinos, pasivos y sensuales, con el cabello espeso y cabrilleante reduciendo la frente, completan ese cuadro vigoroso de la ciudad hispanoamericana pura, cerrada casi a la inmigración internacional. Pero, a pesar de la vitalidad excesiva, del rápido progreso material que salta a la vista, se nota en ese barrio un no sé qué de fatalismo o de fatiga, impreso en los semblantes y las cosas como si un velo de extenuación y de tristeza lo cubriese todo. Puede dividirse en dos partes esa barriada: la nueva y la vieja. La nueva, hecha con edificios de material ligero, construídos rápidamente a la sombra protectora de la gran estación: pura apariencia, como se construye en esta tierra de negociados, de especulaciones, donde las escrituras se hacen a la carrera en el mesón de un bar, donde la ley no se respeta y la justicia está en bancarrota. Dos veces se han derrumbado en la plaza misma edificios en construcción, por las especulaciones criminales de los contratistas, trayendo al suelo, en la red de andamios rotos, docenas de obreros cuya desgracia a nadie conmueve. Es como una cascarita de casas de tabique, una bambalina que continúa poco menos cínica por la Alameda, tapando la ignominia de los conventillos podridos y los prostíbulos abyectos que están detrás, a dos pasos, y que todos parecen ignorar.

La parte nueva y la vieja se diferencian entre sí de una manera cortante y simbólica, como el roto y el futre, la leva y el poncho: ese maridaje fenomenal que forma la sociedad chilena.

Al lado de la estación, pero casi invisible, como conviene en una ciudad que sólo tolera al roto en la fiesta patria, empiezan las sucias madrigueras; de las cocinerías y cantinas llegan a la calle acres emanaciones de humo y frituras y el rumor de voces roncadas. En el interior mismo de los edificios altos de la parte nueva, con letreros rimbomban-

res en la fachada, empieza la tragedia de la mugre, del desorden y la miseria tapada con cemento armado y estucos. Por todos esos bodegones y cantinas con pianola o fonógrafo hay un movimiento incesante de forasteros, mozos de cordel, soldados y obreros que acuden hambrientos de vicio, excitados sus sentidos a la vista de ese rincón de crápula, surgido ante los rieles y los férreos talleres como para dar descanso a sus músculos sudorosos y expansión a sus naturalezas fustigadas por el calor de las fraguas y calderas.

La llegada y la salida de trenes pide trago, como la boda, el baile, el velorio, las carreras de caballo y todo lo demás; antes de pasar al andén los viajeros visitan un mostrador inmenso en un bar que comunica con la estación. Los viajes se hacen casi siempre a media mona; los vagones comedores son más bien tabernas rodantes. *Biblias, tongos, ginsauer, martinis, gin-cocktail*, toda la fantástica variedad de tragos conocida en Chile, todas las raras combinaciones de bebidas extranjeras se sirven en los trenes de lujo y en las cantinas de los andenes; los ricos beben el champán y el whisky en la estación y en el tren como en el club. En Llay-Llay, los Andes y Rancagua, donde los expresos se detienen media hora, existen grandes cantinas donde se bebe *Moet Chandon* y *Veuve Cliquot* sin ceremonias.

En el barrio de la estación central no hay más que dos fondas de aspecto decente, pero abundan las casas de huéspedes para todo, con taberna en el piso bajo; el servicio lo hacen muchachas gordas, descaradas. Encima de las puertas o en los balcones vense anuncios sugestivos para llamar al cliente. Tan sólo de mirar las angostas escaleras, grasientas, llenas de polvo, se adivinan los camastros estrechos, sucios, las ropas plagadas de manchas sospechosas y los parásitos y bichos nocturnos espiando el sueño pesado de la carne proletaria.

Es un arrabal bravío y salvaje que se despereza en las mañanas al son de los pitazos de las locomotoras, las fábricas y la maestranza. Minutos después de llegar el expreso del puerto, al mediodía, se recoge y duerme un par de horas; la noche trae la remolienda que los hace vibrar entero con toques de vihuela, zapateo de cueca, tamboreo y grita destemplada. Desde el Sábado al atardecer y todo el día Domin-

go es osado aventurarse por esos contornos donde flota la influencia asesina del licor. Todos los obreros pagan tributo a Baco, obedeciendo a un salvaje atavismo que les llama con fuerza ciega y abrumadora. Por todos lados se percibe el rumor de la orgía degradante, que arranca hombres y mujeres de sus hogares sórdidos donde se revuelcan los críos harapientos en la cascarria y la roña, abandonados a su propia suerte.

Por las casas de préstamo de tercer orden, esas ferias piojosas de los barrios bajos santiaguinos, hay aglomeración de mujeres lamentables que empeñan zapatos, faldas, hasta colchones, para dar un mendrugo a la prole que chilla en la mugre de la covacha. Cuando las luces del alba clarean ese cuadro dantesco de barrio mísero, donde muere un rumor de orgía inmundada, los policías comienzan a descubrir, entre los montones de estiércol, hundidos en los baches, hombres destripados, caídos aquí y allá con un estertor de agonía aguardentosa, sin chaqueta ni zapatos, en el charco de sangre que se convierte en barro.

La chiquillería da la nota riente y curiosa de esas calles; de cinco a quince años se les ve todo el día, cínicos y traviosos, jugando, vendiendo periódicos o llevando maletas pequeñas hasta los coches; saltando todo el día sin sombrero ni zapatos, se ponen negros, los pies se les endurecen y alargan. La estación les llama, les atrae con fuerza; conocen los nombres de casi todas las locomotoras, se saben de memoria la hora de los trenes que llegan regularmente, envueltos en su calina, como a decir que son la razón misma de esa vida febril y enérgica que transformó la ciudad.

(El Roto).

EL HARINERO

Joaquín Edwards Bello

¡Harina! ¡Harina, el harinero! Es un grito alegre que suele despertarnos en las mañanas de Primavera y Verano. Nos asomamos a la ventana y vemos un hombre blanco y un caballo todo blanco, cubierto con una capa blanquísima como el manto de un árabe; parece que todo estuviese espolvoreado con harina. Todo blanco.

Hasta el grito del vendedor es blanco en la mañana blanca. ¡Harina! ¡Harina! Es una voz atiplada, pero varonil a la vez. El harinero es un buen mozo, rubio, con tipo de andaluz, pero chileno neto. Parece tener también un alma blanca.

Todo es blanco en la mañana blanca; y, súbitamente, nos invade la sensación de un día bueno. El harinero nos traerá suerte. ¡Harina! es un grito de buen augurio. Los sacos blancos que lleva el caballo albo a ambos lados, parece que nos trajesen plata en polvo, y hasta oro en la harina tostada para el ulpo. Es un caballo que viene de Tulé, el país azul.

Todos los caballos blancos de la historia nos vienen a la mente, el caballo blanco de Napoleón, y hasta el caballo blanco en que el Kaiser se preparaba en Aix la Chapelle para entrar en París. Si lo viésemos de noche este caballo, nos parecería trágico; sin jinete, como el caballo de la derrota, que arrancó dejando a su amo muerto. Podría ser el caballo del Emperador germano que trajo el manto imperial blanco pegado a la silla...

Pero no lo vemos sino por la mañana: es el caballo que trae la buena nueva; ¡Harina!

(Crónicas).

LA CALLE DE LAS RAMADAS

Sady Zañartu

Nació la callejuela como Dios o el Diablo, sin que nadie supiera cuándo ni cómo...

Se cree que las ráfagas del Mapocho trajeron de los carrizos riberaños las briznas de totora de las primeras ramadas en las que habría de anidarse el alma de la calle.

Cuando surgió al trajín, con sus casas de quincha, era lo más humilde que había en la ciudad. En las noches, sus chiribitiles ocultaban sombras siniestras de poncho y cuchillo. Pero su cercanía a la plaza del Basural (Mercado Central), la hizo la arteria del pobrero sosegado, que nada quería con la justicia. Llegaba hasta allí huraña y oblicua, continuando el antiguo límite de la capital que empezaba en la calle de los Tres Montes.

La callejuela, con sus barrizales en el invierno y sus nubes de polvo en el verano, parecía la prolongación del cascajal del río por su aspecto sucio y desamparado. A la vera del camino hombres del pueblo dormían su borrachera, con los velludos pechos al sol, y otros, en pequeños grupos, jugaban a los naipes y tabas, mientras los chiquillos disputaban las clavadas de los trompos, riñendo porque estaba "cebito" o porque estaba "cucarro".

Algunas mujeres, en las puertas de los ranchos, soltaban sus moños de trueno para asolear las matas negras de cabellos, como los ricos hacían con su plata en los pellones. La vida íntima salía a la calle en los tendidos de ropa blanca y en las cocinerías de los braseros. Las comadres terminaban sus grescas disparando pedruzcos a los chanchos

invasores. Más tarde, los vecinos aprovecharon su proximidad a la plazuela de Santo Domingo para adquirir el pescado de primera mano, y establecer ventorrillos de fritangas que fueron muy favorecidos por los abasteros y comerciantes del centro.

La Juana Carrión, a fin de atraer a su puesto mayor número de parroquianos, hizo a su hija cantar en la guitarra tiernas y maliciosas tonadas para "entretener el oído". La vecina, viendo el éxito, la imitó y lo mismo la del frente, la de más allá, hasta que, al poco tiempo, la calle entera se animó de cantos y rasgueos, y tuvo asiduos clientes en los viejos verdes y mozalbetes, quienes, al concertarse para ir a una zandunga, no decían "vamos a la chinganas", sino "vamos a las ramadas", de donde vino el origen del nombre.

Años después, ensanchóse la calle en su centro y formó una plazuela que se rodeó de pintorescas casas, y vino a servir de estación al puente de palo de La Recoleta. La principal de esas casas clavó su pilar de piedra en la esquina norponiente, y al abrir en las tardes sus caladas celosías de madera, dejó aire al perfume de sus flores y cielo al canto de sus pájaros. Frente a la plazuela, se levantó un barracón en el que se efectuaron, en el año 18, las primeras representaciones de comedia en Santiago, siendo empresario don Domingo Arteaga. Era éste un corral que tenía en el fondo un tablado cubierto de telas de saco y llamado por el público: "Espejo de la vida".

Estas funciones dieron mucha animación a la plazuela por el gentío que acudía a sus tendales y mesones, instalados para el expendio, en los entreactos, de bebidas y dulces.

Los vecinos copetudos llegaban al teatro precedidos de sus criados negros que cargaban en hombros las silletas y cojines, para colocarlos en "los cuartos", o sea, en los espacios desde donde seguirían el curso de la comedia.

El pueblo quedaba atrás, en la cazuela, y se disponía a recoger, con supersticiosa gravedad, en cada palabra del actor, la sentencia que haría luz en su entedimiento al señalar el castigo que habría de caer sobre el criado mentiroso, el amigo fingido y el despensero ladrón.

Tampoco faltaba entre los protagonistas un gobernador que se

descuidaba del buen gobierno de su República, ni un padre sin carácter para refrenar la libertad de sus hijos. Sin embargo de ser estas representaciones ejemplares, un libro que enseñaba a bien vivir, apenas la función terminaba, la gente se iba a las ramadas a empezar la noche de los danzantes, en la que caballeros y campesinos sacaban chispas al zapateo y punta y taco.

En los primeros días septembrinos de 1830 un vientecillo juguetero infla las alas azules de la capa de don Diego Portales, y el popular ministro inaugura en la misma esquina una Filarmónica en remedo al salón de baile, del mismo nombre, en el que se reunía la mejor sociedad de la capital. Don Diego gustaba tañer en el arpa la zamacueca, lo que hacía con primor, y muy rara vez. Sólo en medio de sus íntimos, azuzaba el genio con los recuerdos de un saturnal en Malambo, y se ponía a danzar el baile indígena, aprendido en Lima.

Los Domingos, que era el día preferido de don Diego, la "Filarmónica" de las Ramadas ostentaba en su frontis la luminaria de fiesta, y la calle se llenaba con los rumores del arpa y la vihuela. Las convidadas eran niñas alegres, pero no de mala vida, fervorosas del rosario y de la zamba a un mismo tiempo; los convidados, sus correligionarios de la tertulia política, y algunos jóvenes oficiales del Cuerpo de Vigilantes. Don Diego era el alma de esas reuniones nocturnas, donde hablaba con vehemencia de los sucesos políticos y con extrema veleidad pasaba de los impulsos de una violenta cólera a una alegría casi infantil.

En una de esas veladas un amigo le instó a que dejase "su incomprendible desinterés" y derrocara al General Prieto.

Portales se encogió de hombros ante la insinuación, y con sonrisa burlona, respondió:

—¡Qué! ¿Quiere usted que yo cambie la presidencia por una zamacueca?

La "Filarmónica" derramaba por su balcón volado torrentes de música y de palmoteos que se perdían en la callejuela oscura. La tonada salía de allí viva en asuntos de amor, y como la chispa del cuento infantil, antes de apagarse, suplicaba que le aplicasen de nuevo una pajita para encenderse más.

Así, al tañer de la guitarra, se repetía el aire con distinta letra y la melodía brotaba henchida de sollozos como un canto de desesperanzas o llena de estremecimientos voluptuosos, que luego la calle recogía para hacerla pulsación de su sentimiento.

Al amanecer se veía escotero de las murallas a un embozado, de rara belleza varonil, que dejaba entrever por el sombrero de castor una nariz que parecía huronear la media luz gozosa y virginal.

Don Diego Portales era el principal subscriptor de la "Filarmónica" y costeaba sus gastos con tres onzas mensuales. Las buenas mozas le apreciaban por ser el más vivo y chistoso mantenedor de los picholeos, aunque poco bebía y en rara ocasión bailaba.

La calle, cuidó la ascendencia ilustre en los años posteriores, y sus casas fueron alegres y misteriosas a la vez, españolas y moras, con balcones salientes y corridos como la del edil don Antonio Vidal, en el eriaz, frente a la plazuela donde estuvo el primer teatro de comedia. Había ojos que atisbaban por las celosías o el criollo "mucharabied". Había menestras y vinos dulces en las puertas de esquina. En los portales enroñados, jaulas de pájaros cantores y escaleras clandestinas. En la tertulia ponche "con malicia" y matecito dorado de las monjas.

Las continuas visitas que los cadetes de la Escuela Militar del año 1900 hacían a "las Copuchas", aquellas niñas buenas y condescendientes, cuyos redondos y frescos cachetes tanto celebraran, mantuvieron todavía por algún tiempo el aire galante de las plumas y entorchados. Portales había sido el primero en llevar allí a oír tonadas olorosas a campo y soledad, a los jóvenes oficiales cívicos de su gobierno dictatorial. Las parrandas de esos ranchos le hacían amar la guitarra del país, las buenas voces que vibraban el quejido amoroso con íntima ternura, durante noches enteras.

El nombre actual de la calle recuerda la gloriosa corbeta *Esmeralda*, en la que Arturo Prat se inmolará.

De su pasado colonial, sólo queda la casa esquina de la "Filarmónica", cuyo balcón volado avanza sobre la calle y se sostiene arrogante en el pilar de piedra. Hay una sombra misteriosa que la protege de las acechanzas de la barreta demoledora. Las rejas de sus ven-

tanás son de la antigua forja vizcaína, colocadas allí, como piezas de museo, para dar la sugestión del ambiente. Una de ellas pertenecía al típico balconete desde el cual el Corregidor Zañartu vigilaba la construcción del puente de Cal y Canto. En el frente, que da la plazuela, donde añora una auténtica pila el romance ido, está el escudo del linaje, labrado en piedra, de aquel hombre singular.

La Filarmónica de Portales es hoy la "Posada del Corregidor". Aunque ninguna relación tiene su nombre con el célebre justicia mayor de la ciudad, ese bautismo ha servido para recordarlo en la urbe arrolladora, vinculándolo a la plazuela, donde, más de una vez, hizo un alto con los celadores de su ronda. Bajo el rústico artesonado, cuando arden los velones de la cena, cobra la Posada al prestigio de los antiguos mesones castellanos. Es la "peña" de los poetas y pintores, que sonrían del pasado y deshumanizan el alma de las cosas. En el claro oscuro, lindas mujeres, de siluetas estilizadas, lloran sutilmente la ausencia del romance. Y cuando el arte menos se entiende en la noche tibia y fragante, la risa irónica de don Diego Portales estalla en el rasgueo de las guitarras criollas con la auténtica gracia del viejo Chile de "las ramadas".

(Santiago, Calles Viejas).

EL BARRIO ESTACION

A. Acevedo Hernández

La Punta de Diamante, un edificio de dos pisos donde hay, en los bajos, un almacén de provisiones, y en los altos un hotelucho de los vidrios rotos y de las puertas y ventanas misteriosas y atisbadoras como ojos de buscona, determina las dos grandes arterias, como dos grandes piernas del barrio de *Chuchunco*, la *Avenida Latorre* y *Ecuador* o *Los Pajaritos*. La Punta de Diamante sería la pubis de la barriada que tiene rincones y alaridos, que tiene novelas lamentables, y donde la pobreza se retuerce como una maldición.

Sería el barrio una mujer tendida que tendría la cabeza en la Estación Central y los miembros destendidos, en cruz, abarcando el barrio.

Frente a la Punta de Diamante hacia el sur está la calle *Borja*, hoy más o menos correcta; pero donde persisten los recuerdos de Pancho Salinas y los *Conejos Chicos*, las grandes bodegas, antes llenas de actividad, cubiertas de fuertes trabajadores y hoy muertas, inactivas; los charcales del invierno, las vendedoras de fritangas, la nata de vagabundos, y el friso de negocios asquerosos, oscuros y mal olientes. Se recuerdan las victorias negras como ataúdes que en los días de visitas sanitarias acarreaban hacia la calle Bartolomé Vivar a las vendedoras de amor que durante toda la tarde llenaban el barrio con el horror de su misión oscura y trágica.

Pasadas a ropa ordinaria, a perfumes baratos y a lágrimas sin redención.

En esa calle estaban las fondas de *La Gloria* y otras que Joaquín Edwards describe en *El Roto*. Está allí *El paso de la diuca*, donde hace

algunos años ocurrió un saqueo . . . Y cercanas, en las calles paralelas, *Jotabeche*, *Antonio Varas* y otras los reñideros de gallos, las carpetas de naipes, las canchas de rayuelas, los ranchos de las calles *San Javier*, *Dolores* y *5 de Abril*.

Hermoso es el panorama de la calle Dolores, que sale de 5 de Abril y tiene como fondo el gasómetro enorme, cilíndrico, que en los días de invierno es negro como una amenaza y se agranda y parece acercarse.

Marcado está el barrio con tragedias espantosas. En 5 de Abril frente a Dolores, frente al conocido almacén *La Estrella Polar* y al lado de la panadería *El Polo Sur* en uno de esos conventillos que como una cuña de obscuridad se introducen en la ciudad, vivía una viuda que tenía dos niñas, dos niñas que eran simpáticas y buenas. Una de ellas, la más bonita, estaba muy alegre, necesitaba parecer hermosa, seducir, pues debía casarse con un galán que era jinete del Club Hípico y quería parecerle bien. Buscaba, la pobrecita, buenos trajes comprándolos donde podía encontrarlos más baratos; se perfumaba, hablaba de cosas agradables y hasta cantaba.

Cerca de su casa—en la puerta de un conventillo—había una casa de amor, disimulada por unos billares. De allí partió la voz canalla; el jockey creyó que ella lo traicionaba y determinó vengarse. No hizo averiguaciones; le basró verla hermosa, alegre y dicharachera. Cada pa'abra que ella decía para agradecerlo parecía a él un insulto, un escarnio.

Un día la dijo: —Se te ve demasiado por el centro. En el Portal Edwards te vieron ayer y no estabas sola.

—Estaba con un chiquillo lindo. No creas que no tengo *repuesto*.

—¿Repuesto?

—Por si tú me dejas. ¿No sabes la letra que dice?:

La niña que quiere a dos,
no es tonta, que es advertida:
si se le apaga una vela
otra le queda encendida.

—¿De modo que buscas repuesto?

Viendo que el mozo se ponía tonto, protestó: —No busco repuesto; pero si tú te pones celoso y me sigues atormentando, buscaré a otro. Eso es lo que deben hacer las mujeres que se encuentran con hombres tontos!

El se alejó mascando veneno; ella se quedó mascando lágrimas.

Horas más tarde, cuando el agua negra de la noche se derramaba por el barrio, el mozo se llegó hasta la casita de la triste enamorada que salió a recibirlo y llenó del plomo de la muerte. Disparó también sobre la otra hermana, pero no le dió. Vino la policía y lo condujo a la cárcel. Fué derramando las más trágicas lágrimas: *la mató porque se moría por ella.*

A centenares pueden encontrarse en ese barrio, que es un mancha para la civilización, historias como ésta. El amor es allí terrible, sus ojos son alucinados, sus manos garfios de locura. No hay más que infierno y gloria, y hasta la gloria tiene allí garras.

No se comprende como puede desarrollarse en ese sitio tanto la natalidad.

En una sola cuadra pueden contarse por centenares los niños harapientos, transparentes de anemia, vestidos con pingajos de harapos y que se entretienen jugando con el barro de las cloacas que se desbordan sobre las calles. Niños que forman grandes algarabías, que se integran y desintegran en conjuntos aquelárricos, fantásticos. Si se considera que cada chico representa gesta de amor, se llega a la conclusión de que ese barrio, tremante de tragedia, es profundamente amoroso...

Cuando cae la tarde, una bruma azul oprime los edificios, una bruma que llena los pulmones; es un vaho acre, gusto a humo, a sangre... Los edificios nuevos—que los hay—parecen de tránsito, y los viejos que resumen miseria y tragedia, parecen apelonarse como los vagabundos para capear el frío y la lluvia.

La noche derrama desde los bares cuchilladas de luz que señalan la calle, carcajadas de mujeres y sonar de vasos; y las quimeras sin al-

ma de las radios, última invención, que permite que las noticias anulen las distancias y taladren todos los oídos.

La Estación Central, enorme y negra, queda en la Alameda rodeada de ráxis, de voces, de pasos, de inquietudes.

La Estación es un motivo de aguafuerte, negro, formado por infinitos planos colgados de innumerables líneas que vibran en el aire, que escapan en todas direcciones, simétricas, pero inextricables y que determinan cierto sentido de misterio que envuelve la Estación del ferrocarril, esa caverna de acero resonante destinada a recibir locomotoras crepitantes que derraman sobre Santiago inquietudes sin forma que a pesar de renovarse cada día, en cada llegada de tren, no dejan la más ligera huella.

Hay un ambiente de tragedia, en la avidez de las pupilas, en la tristeza humillada de los desocupados, en las miradas incisivas de los rateros, en el aspecto perseguido de los que llegan del lejano Chile. Son sombras que se compenetran, que se completan a sí mismas, sombras con pupilas en las que suelen brillar, a veces, trozos de pampa y chispazos ebrios de todos los hartazgos, de todas las venganzas y de todas las desesperaciones.

Automóviles, tranvías, muchedumbres que son rotas por las locomotoras empenachadas de humo, jadeantes, amenazadoras, dibujando incansablemente con sus bielas el alma del movimiento. Y allí mismo, en la plaza, por todas partes están el movimiento y el ruido persistente y agudo que fatiga los nervios, las mil formas fugaces que se fragmentan formando totales monstruosos que interpretan el alma de la confusión.

Vendedoras de empanadas, de mote con huesillos, de baratijas, de periódicos, lustradores de calzado y toda clase de tipos que interpretan lo contradictorio.

Y cuando el día marca el barrio con sus toques últimos de sangre, cuando las luces naufragan en la sombra densa de la noche, y nadie sabe ya de las estrellas, se derraman como siempre las busconas que saben los secretos más horribles y cuya vida entera está unida con hilvanes de horror.

A esa hora los rincones se llenan de la sordidez de todos los pecados; las tenebras miran por millones de ojos ávidos, y el barrio entero se arma de garras que se hunden en la carne lamentable del suburbio... Se forja el dinero manchado de deshonra y de vergüenza y se incuban carcajadas como torbellinos de sarcasmo.

Mujeres, mujeres más mujeres; no sé de donde brotan tantas. Parece que todas las madres sólo cultivaran mujeres para servidoras de la noche... Mujeres, alcohol, locura. Sombras traspasadas de lamentos que se quiebran en fragmentos al estrellarse contra las realidades de esa vida sin transiciones.

La Alameda se derrama por muchas calles manchadas por mendigos y rateros, por todo lo híbrido, por todo lo inconfesado. Son calles de amargura que no conducen a ningún calvario luminoso. Son calles que saben ocultar las sendas que llevan a los cubiles de las lobas humanas, las lobas del dolor sin redención. Calles donde el placer llora y donde como dice Pezoa Véliz "la blasfemia es plegaria".

(*Wikén*, Número 59).

EL BARRIO RECOLETA

Alberto Romero

Como ocurre frecuentemente en los barrios que se abastecen a sí mismos, Toyita Paredes vivió su niñez ingenua y despreocupada casi sin conexión alguna con las actividades del resto de la ciudad. Templos, escuelas, cines, confiterías, almacenes y pequeñas tiendas de moda, la anchurosa Avenida de la Recoleta, con sus árboles viejos y sus rechonchas casas acogedoras, era como un vasto emporio abarrotado de artículos de primera necesidad que satisfacían los gustos y las exigencias materiales y espirituales más apremiantes del vecindario, compuesto casi en su totalidad por esa clase media venida a menos, cuya juventud languidece tras el mesón de los Bancos y casas mayoristas del centro comercial de Santiago.

Durante años, las rachas de bonanza económica que transforman las células del organismo social y urbano, respetaron ese trozo de ciudad que parecía soldado a la tradición por sus apellidos, la pureza de sus costumbres, sus rincones apacibles y un no sé qué de sereno que evocaba un poco los días de la Patria Vieja, las novenas del Niño Dios y las estampas del caduco texto de lectura escolar.

Refugio de burócratas jubilados, de militares que tuvieron figuración en el pasado heroico, de estudiantes y maestros; página heráldica en la que podía leerse una serie de nombres que antaño dieron lustre y solidez al índice nobiliario de la familia chilena, la fresca y anchurosa Avenida resistió con pueril heroicidad la invasión de una época.

Mística y humilde, calle honesta y madrugadora por donde los cortejos fúnebres y los pequeños acontecimientos de la vida cotidiana

se escurrían sin pompa ni estrépito, ella realizaba su mensaje con tesón y fe.

Después de comer, las mujeres de vientre prolífico paseaban la calle lentamente, haciendo con el marido—honesto preceptor, funcionario escrupuloso—proyectos para el futuro, mientras las lindas muchachas traducían junto al piano su nostalgia de amor.

Un vecino de la Recoleta no era, como el resto de los ciudadanos, un señor cualquiera.

Henchidos de orgullo local, de importancia, entre esa muchachada existía una solidaridad recia, indestructible. Hombrecitos de ambiciones limitadas, quisquillosos desconfiados, alrededor de la esposa honrada, de la hermanita modesta, linda, apocada, tejían una espesa red de protección para impedir la intromisión de los galanes forasteros.

En el orden espiritual y político, el sencillo vecindario compartía su devoción entre Fray Andresito y la milagrosa Santa Filomena, agrupándose, el elemento masculino, en los clubs donde se practicaba un radicalismo académico o las enseñanzas, a base de pisco y pilsener, de la célebre Encíclica de León XIII.

(Un milagro, Toya...)

EL CONVENTILLO

González Vera

Vivo en un conventillo.

La casa tiene una apariencia exterior casi burguesa. Su fachada que no pertenece a ningún estilo es desaliñada y vulgar. La pared pintada de celeste ha servido de pizarrón a los chicos de la vecindad que la han decorado con frases groseras y mordaces; con líneas y rayas absurdas marcadas con carbón y mil caricaturas risibles y canallescas.

La puerta del medio permite ver hasta el fondo del patio. El pasadizo está casi interceptado con artesas, braseros, tarros con desperdicios y una cantidad de objetos arrumbados a lo largo de las paredes ennegrecidas por el humo.

En el patio se ve un hacinamiento de muebles deteriorados y utensilios fuera de uso que yacen ahí por negligencia o previsión de sus dueños. Sobre una mesa, aprisionadas en tarros y cajones, algunas matas de hiedra, claveles y rosas, elevan sus brazos multiformes en un impulso irresistible de ascensión. El verde tonalizado de las plantas se desprende del conjunto incoloro y sin fisonomía de las cosas.

Los pequeños harapientos del conventillo gritan y chillan mientras bromean con los quiltros gruñones y raquítricos.

Al lado de cada puerta, sobre braseros y cocinas, se calientan tarros con lavasas, tiestos con puchero y teteras con agua; pegado a las paredes asciende el humo manchándolas de hollín y por sobre los tejados forma una densa mancha que se pierde en el espacio.

El patio parece una colmena. Chillidos, gritos y exclamaciones se funden en un ruido pesado que ahuyenta el silencio. Las viejas toman mate junto a sus puertas; otras mujeres inclinadas sobre la acequia negra, gritando amenazas a sus chicuelos y hablando por los codos.

(Vidas mínimas).

LA CORRIDA DE CRISTO EN CUASIMODO

Carlos Sepúlveda Leyton

Los cuadrinos, hombres de dura entraña en su oficio sangriento (¡cómo martirizan a las pobres reses aquellos bárbaros!), se emperifollan para "correr a Cristo".

Montaban soberbios caballos facilitados por los abasteros ricos y rumbosos, y lucen aperos plateados hasta los estribos.

Emborrachados de petulancia en sus arreos de huasos enchapados en plata, hacen locas carreras temerarias: en las inmensas nubes de tierra en que pasan envueltos, se distinguen apenas y sólo se ve el llameo intenso del rojo pañuelo que amarran a su frente y cuyos largos extremos forman un ala roja, agitándose.

Rematan sus cabalgaduras en las esquinas donde hay ventas y, anhelantes, dando ventaja al coche en que va el Santísimo, se empinan "hasta los alamitos" grandes potrillos de chicha "crúa": en cada esquina, un boliche: ese es el barrio de don Miguelito.

Y don Miguelito, como un patriarca, acaso un poco más que un patriarca, como el cristo perseguido y *corrído* ya de este mundo por la traición de Judas, va repartiéndose en sangre y en carne: inspirado símbolo de entrega total y de posesión total, en hostia diáfana, anidada en el caliz de oro.

La carroza, con estrépito de fábrica, hace saltar las piedras sueltas de las calles arrabaleras, mientras el monaguillo luce la fachenda de la sobrepelliz albísima y suena afanoso el campanilleo que hace el milagro de arrodillar a las gentes al paso de la carroza ungida por la fe y el respeto de la plebe.

El coche, perseguido por los que corren a Cristo, se detiene en seco en cada banderolita blanca, y los jinetes se abren hacia la calle libre y corren locamente hacia la esquina cercana, en tanto la pirotecnia primitiva del arrabal hace retumbar la explosión de los tarros vacíos de duraznos, en una redoblada carga de pólvora negra que, al expandirse, eleva a los cielos la hojalata en saltos de cabro.

Don Miguelito pisa, desde el estribo de su coche hasta la puerta de la casa que visita, en blandujos de alfombras viejas o en cueros lanados de chivato.

El enfermo rodeado de sus familiares, es signado en su carne corporal, recibe la extremaunción... y recobra lozanía, indefectiblemente...

Es cosa sabida: agonizante en Cuasimodo... no tiene "pa qué" morirse...

Y es cosa sabida: Don Miguelito hace el milagro...

* * *

Pero la cosa se resuelve así: Cristo es corrido y sufre malas fortunas por culpa de la veleidad de Judas. Entonces, interviene la justicia de los hombres, la justicia de la tierra, que nada tiene que ver con los procedimientos de arriba, donde galopan las nubes: castiga inmediatamente. Y Judas es quemado vivo...

Apretuada la muchedumbre, es un revoltijo de mantos negros, de chaquetas azules de mezclilla, de niños descalzos y de perros "seguidores", se encamina hacia la Parroquia por el extremo sur de la calle de San Diego, dando frente al llano Subercaseaux que se abre en pampa alrededor de la Parroquia, y continúa, estrechándose, en un valle generoso que se pierde, verdeando, lejos...

Frente a la Parroquia, en la Plazuela, se levanta una horca: un alambre tendido entre dos postes semeja una barra de circo y, del alambre, colgando, como un títere, Judas... Judas, en su cuerpo de trapo está repleto de cohetes.

Dicha y oída la misa solemne, sale una procesión desde lo más adentro de la Iglesia: el incienso y los cánticos se elevan muy altos.

En la plazuela se apelotona el silencio, y los ojos se hacen crueles apuñalando a Judas, el triste pelele de todos los años.

De pronto, una llama en las manos del monaguillo: la llama lengüetea las patas lacias de Judas, y Judas, el triste pelele de todos los años, se retuerce, salta y, en estampidos de petardos, revienta...

Y mientras el monigote salta, y salta y salta, la muchedumbre, a pleno campo, hinca sus huesos en tierra, se golpea el pecho, y maldice a Judas y alaba al Señor.

Mi buena madre me sopla al oído, sin pizca de fe, un año y otro año:

—Hijuna... ese mono... ¡es un puto mono...!

Y, sin embargo, se hinca, y mi perro y yo nos arrodillamos también, juntitos...

(*Hijuna*).

UN MITIN OBRERO

Eugenio González

Desde la mañana, un silencio extraño, plúmbeo, gravitaba sobre la ciudad.

Por las solitarias calles circulaban escasos tranvías. Los almacenes del centro no exhibían sus escaparates llamativos. Uno que otro transeúnte iba, al azar, con el paso tardo de quien no tiene obligación que cumplir. En las esquinas refulgían las armas de los piquetes militares.

Flotaba una pereza dominical en la atmósfera afebrada por el sol de estío; sin embargo, algo que no era una emoción de calma, sino más bien la tensión de fuerzas terribles en quietud de angustiosa espera, se advertía en el silencio que bajaba pesadamente desde el hondo espacio azul.

Grupos abigarrados empezaron a juntarse en la Alameda. Venían de los barrios pobres, con un aire de encono, haraposos, indolentes y, bajo los árboles acicalados por la diligencia municipal se tendían a descansar. Otros se amontonaban alrededor de los bancos del paseo, para escuchar la prédica de hombres entusiastas, de brillantes ojos, que hablaban de hermosas y vagas esperanzas nunca realizadas.

Nadie hubiera podido precisar qué designio movía a las masas de los arrabales y las empujaba hacia la gran avenida, con sordo rumor oceánico. Nadie, en realidad, sabía nada, pero una voz de orden había circulado misteriosamente por las fábricas, talleres y suburbios, exaltando los corazones en un sombrío anhelo sin forma y sin nombre.

—¡Obreros, a luchar! ¡Exijamos pan y justicia! ¡Viva la huelga!
Y todos los que trabajaban desde la madrugada hasta el anoche-

cer—los hombres de rostros lívidos y curvadas espaldas, las mujeres deformadas por la sucia miseria, los muchachos andrajosos que nunca tuvieron la alegría matinal de ser niños—corrían a cobijarse bajo los estandartes de la huelga, con una especie de taciturno frenesí.

Los guiaba un indefinible aunque poderoso instinto. El áspero sol hería las pupilas y diluía la visión: un ensueño luminoso, vasto como el mundo, reemplazaba a la realidad de todos los días, la realidad ingrata de los muros desnudos entre los cuales el sueño renueva la gastada energía, para que a la mañana siguiente recomience la faena que sólo termina con la vida.

Ahora se sentían fuertes y libres, a pesar de los soldados que miraban soñolientos desde las esquinas, apoyados en sus fusiles. Los grupos iban aumentando uniéndose unos con otros, transformándose en una masa ondeante, rumorosa, sobre la cual flameaban las banderas rojas de los sindicatos. Hombres venidos de los arrabales, traían noticias:

—Los ferroviarios se han plegado al movimiento.

—En Avenida Matta, los carabineros atacaron a un grupo de manifestantes. Hubo un muerto. Heridos...

—¡Los regimientos están listos en sus cuarteles!

—¡La burguesía tiene miedo!

Sacudimientos nerviosos se propagaban, con las palabras inquietantes, de grupo en grupo. Improvisados tribunos se alzaban en los bancos. Oíanse gritos subversivos, que se apagaban a lo lejos, coreados por la multitud, cada vez más compacta y entusiasta. El hervor rebelde se acentuaba. Refulgía el sol en los blancos edificios, en los rieles de los tranvías, en el polvo gris de la avenida. Azul, sin una nube, el cielo parecía refractar también, como un inmenso espejo, la cruda luz del mediodía.

No había donde cobijarse para eludir el asedio del calor. Mezquina la sombra de los árboles, recortados, simétricos, que se alineaban a ambos lados de la avenida central. Pero había que amanecer ahí, esperar a los demás que ya se aprestaban en los suburbios, formando columnas detrás de los estandartes, para venir a sumarse a la muchedumbre que pedía justicia.

Nadie debía faltar.

—¡Nadie!

Todos, férreamente unidos, serían fuertes, irresistibles. La burguesía debía comprender alguna vez el poder del pueblo. Había que demostrárselo con la presencia tumultuosa de un desfile que se extendiera en el tiempo y en el espacio, avalancha amenazadora que ojos temerosos verían pasar desde las ventanas entreabiertas de los palacetes.

Desde los barrios apartados, llegaban a cada instante nuevos contingentes obreros: hombres de aspecto fatigado, sucios, de aviesas miradas que resbalaban por los muros de las casas elegantes, con siniestro rencor. Harapos grises como el destino. Cuerpos sudorosos. Bocas contraídas. Muecas. Gritos.

Todos se parecían como hermanos...

Amontonados en torno a la estatua de O'Higgins, esperaban la llegada del Comité Ejecutivo que presidiría el comicio. Por entre la muchedumbre circulaban vendedores de refrescos y empanadas, y algunos suplementeros improvisados, que voceaban los periódicos revolucionarios:

—Compre "El Socialista", compañero. Instrúyase.

—¡Horchata heladita!

—¡"Aurora Roja", el periódico libertario!

Aburridos con la espera, que se dilataba, los hombres compraban refrescos, comestibles y periódicos. "Aurora Roja", mensual anarquista, publicaba largos artículos, constelados de adjetivos, contra el Estado, origen y causa de toda iniquidad. "El Socialista", en cambio, hacía propaganda a la organización política de los trabajadores, a fin de conquistar puestos en el Parlamento.

Ambos se dedicaban feroces diatribas, acusándose mutuamente de "lacayos de la burguesía" y "ganchos del capitalismo".

La masa, ajena a las sutilezas doctrinarias, compraba indistintamente el periódico ácrata y el periódico socialista. Los dos le halagan el gusto con descripciones de la sociedad futura y le proporcionaban unas cuantas ideas simples, fáciles de comprender, reductibles a fórmulas eufónicas: "la emancipación de los trabajadores debe ser obra

de los trabajadores mismos". "La propiedad es un robo". "Hay que destruir la hidra del capitalismo".

Con estas frases tenía la multitud bastante para explicar su instinto obscuro.

Lo que le importaba era luchar, ir hacia adelante, amedrentar al enemigo poderoso y multánime. Destruir. Destruir. Las palabras eran sonidos vanos que flotaban y se perdían en el ambiente bochornoso, signos inertes que se confundían en la retina deslumbrada por el reflejo del sol sobre los muros blancos.

—¡Adelante, compañeros! ¡Viva la huelga!

Marchaban hacia adelante, sin saber a dónde, pero marchaban. Río turbio de gritos y hedores, que se diseminaba por las calles de la ciudad y venía a arremansarse en torno a la estatua del héroe que señalaba, en el arranque de un golpe fantástico, una ruta ilusoria. Hacia todas partes se extendía la mancha gris de la multitud como una marea, como un crepúsculo.

(Hombres).

LAS EXEQUIAS DE LA QUINTRALA

Magdalena Petit

De alto abajo, fúnebre paños negros cubren los muros del templo de San Agustín.

Los sacristanes empiezan a encender innumerables cirios blancos, y pronto el coro de mil hachones arderá en insistente rezo resplandecedor. A los pies del altar donde expira el Cristo de la Agonía, las piquetas han cavado la fosa destinada a recibir el ataúd de doña Catalina de los Ríos; las palas apartan la tierra y dejan libre el hueco que se abre con ávida boca de barro.

Cien frailes han sido convocados para la ceremonia funeral. Los dobles retumban y enlutan, lúgubres, el aire, llamando a las cofradías: la del Señor de Mayo, la de la Candelaria, la de Cinquipirá, la de los Reyes Magos, la de Copacabana, la de San Benito, la de Palermo, la del Niño Jesús y de Belén.

Dentro de unos instantes la iglesia será invadida por la muchedumbre. Fray Pedro, ansioso de recogimiento, ha venido a orar frente al Cristo de la Agonía. Su corazón rebosa de confianza en el Señor. ¡Qué milagros no han de esperarse de esta imagen, cuyo poder, una vez más, quedó evidenciado en la terrible noche del terremoto de Mayo! Todo se derrumbó en Santiago entonces; las mismas paredes del templo cayeron; pero, colgado a un pedazo de muro, el Cristo siguió en su cruz, iluminado por los dos cirios que la manda de doña Catalina mantiene ardiendo permanentemente.

—¡Fray Pedro—dice de pronto una voz apagada por la angustia junto al sacerdote, abstraído—, venga Ud., venga luego!

Mientras el sacerdote se pone de pie, el alférez enviado por el gobernador explica rápidamente que los indios y esclavos del servicio de doña Catalina de los Ríos no se pudieron hallar en la casa cuando se les buscó para formarlos en el séquito. El único rezagado confesó que se había dirigido al Mapocho para reunirse allí a la demás población doméstica de la ciudad, convocada por el negro Natucón-Jetón para sublevarse. Pensaban asaltar la casa de la difunta y el convento de San Agustín en manifestación de rebeldía.

—El gobernador cuenta con la prestigiosa presencia de Vuesa Merced para disolver el motín—dijo el ayudante. Los indios que lo tienen por desaparecido, muerto, quizás, al verlo comprenderán que un mandato del cielo les ordena deponer armas. Venga pronto, padre—agregó jadeante—, no hay tiempo que perder; yo lo acompañaré hasta el palacio de Gobierno donde debo juntarme a una patrulla.

Al salir de la iglesia divisaron la larga procesión de frailes y deudos que desde la Plaza Mayor venía hacia la casa mortuoria.

Frente a la caravana negra que se aprestaba a llevar a la tierra de olvido el viejo cuerpo inerte de doña Catalina, Fray Pedro vió perfilarse, en el sentido opuesto, como si ésta fuera sólo la sombra de aquélla, la otra caravana de antaño que, en larga fila de carretas, había arrebatado en plena juventud a la Catrala. Pobre alma desamparada, su verdadero entierro había ocurrido entonces y sólo para el cuerpo se repetía ahora como un eco sombrío en la lontananza de los años.

(La Quintrala).

ODA DE INVIERNO AL RÍO MAPOCHO

Pablo Neruda

Oh sí, nieve imprecisa,
oh sí, temblando en plena flor de nieve,
párpado boreal, pequeño rayo helado,
¿quién, quién te llamó hacia el ceniciento valle?
¿quién, quién te arrastró desde el pico del águila
hasta donde tus aguas puras tocan
los terribles harapos de mi patria?

Río, ¿por qué conduces
agua fría y secreta,
agua que el alba pura de la piedra
guardó en su catedral inaccesible
hasta los pies heridos de mi pueblo?

¡Vuelve, vuelve a tu boca de nieve, río amargo;
vuelve, vuelve a tu copa de espaciosas escarchas;
sumerge tu plateada raíz en tu secreto origen
o despéñate y rómpete en otro mar sin lágrimas!

Río Mapocho, cuando la noche llega
y como negra estatua echada
duerme bajo tus puentes con un racimo negro
de cabezas golpeadas por el frío y el hambre

como por dos inmensas águilas, oh río,
oh duro río parido por la nieve,
¿por qué no te levantas como inmenso fantasma
o como nueva cruz de estrellas para los olvidados?

No, tu brusca ceniza corre ahora
junto al sollozo echado al agua negra,
junto a la manga rota que el viento endurecido
hace temblar debajo de las hojas de hierro;
río Mapocho, adonde llevas
plumas de hielo para siempre heridas,
¿siempre junto a tu cárdena ribera
la flor salvaje nacerá mordida por los piojos
y tu lengua de frío raspará las mejillas
de mi patria desnuda?

¡Oh, que no sea;
oh, que no sea y que una gota de tu espuma negra
salte del légamo a la flor del fuego
y precipite la semilla del hombre!

RIÑAS DE GALLOS

Juan Godoy

Paradero 23. El kiosko del reñidero entre los cebollinos. Castaños de untoso rostro. Eucaliptus llenos de la luna de los tísicos. Agua rugosa de peñascos. Los pastales y el matorral, las viñas y las vegas, precipitan su verdor a esta agua mustia, peinada de totorales y cola de zorro, en los torrentes espumosos del sauce llorón. Banderolas de la estrella solitaria. Y de estrellas como espigas del granero del mundo.

Las riñas habían empezado.

—Nos tocó el lado del sol—pensaron nuestros galleros. Bajo las galerías yacían caponeras rebosando cacareos y gorjeos. Y las espadas llameantes de los cantos. El reñidero rojo hervía de gente en sus anillos abiertos hacia lo alto. Bocina al cielo de la hornaza. Caían las apuestas de grada en grada. En el ruedo, batíanse gallos menudos, dándose encontrones en el paño rojo del circo. Bebían los galleros, en grandes vasos, chicha cruda. Los yanquis no bebían; pero fumaban impasibles. Brotaba el sudor en el rostro de todos. Media hora de pelea y los gallos no se ganaban.

—Voy cincuenta pesos a que no se ganan!

—¡Cuarenta al colorado!

El juez, en su caseta, seguía la pelea calmamente. Relucía su calva socrática. En su faz, arada y cetrina, arremansábanse todos los vicios que su razón ha vencido. En su cara de viejo macho cabrío. Moriría de pie y conversando. Y sacrificaría un gallo a Esculapio. A su diestra, colgaba la balanza, y con la siniestra mano, cogía un reloj piramidal con péndulo de bronce. Nada le inquietaba. No bebía en su

puesto. Ni fumaba. Y no se crea: ni tenía los humores equilibrados.

Se detuvieron los gallos acezando con áspero ronquido de sangre, apuntalando sus cuerpos en el enemigo pecho. Se aprestaban a embestirse; pero el tic tac del péndulo de bronce los distrajo: uno, dos, tres, cuatro, diez segundos. A los treinta segundos sería tabla la pelea. Pero el mal herido buscó a su adversario y le dió un encontronazo precipitando su propia ruina. Cogiólo el colorado, hirviendo de rabia, y lo clavó en estertores de muerte.

Gruesos fajos de billetes pasaban de mano en mano. Lentamente los perdedores iban a los puestos de sus rivales a entregarles el dinero de las posturas. Nunca vale más la palabra de los hombres. Se hizo el silencio.

Cuchicheo de los galleros previno la llegada de Rojita, el Guatero, hombre gordo y moreno. De rapado bigote. Y ojos celestes, ribeteados del rojo de piure de los párpados. Ahora si que subirían las apuestas.

—¿Y el puro?

—Ha de ser grandazo ahora.

Rojita el Guatero miró a los hombres desde lo alto de su fama. Y quitaba sin prisa el papel de seda a un puro gigantesco.

—Tendremos pelea hasta las diez de la noche—dijo un gallero—Rojita trae un puro largo. Lo encendería con la primera postura. Por de pronto pidió un “ginger ale” con limón al mozo. “Estoy abutagado”—dijo.

—Tengo un gallito de cuatro-doce—gritó el sargento Ovalle, desafiando a los gringos, desde el medio de la rueda.—¿Tienen Uds., místeres, algo semejante?

—Yes, my dear, sure. Y dijeron otras cuantas palabras a arcadas como si fueran a vomitar.

—¡Quinientos pesos!

—¡Okey! Yes! Y la pelea quedó concertada.

Inscribieron los gallos en el Registro, después de pesados en la romana del juez.

“El Condorito. Gallo cenizo pinto. Cuatro-doce.

"El Kentucky. Gallo girorenegrado. Cuatro-doce.

"Apuesta: Quinientos pesos. Estampóse también el nombre de los dueños.

Entretanto, los galleros discutían la calidad de los gallos. Algunos habían visto batirse en el norte al gallo de los gringos. El Condorito del sargento, gallo corredor, había cantado su triunfo varias veces en este mismo refidero.

De igual peso y porte. El cotejo sería pues, rudo y sangriento. No había por cual decidirse. Habría que esperar los primeros palos.

Agudizóse la atención de los hombres cuando los gallos fueron puestos en guardia por los preparadores.

Sonó la campanilla.

El Condorito cayó bandeado, a pasitos cortos, libidinosos, prendida la pupila de cauterio en la cabeza verrugosa de su adversario.

Gladiador de raza, el girorenegrado lo esperaba, picoteando las arenas sangrientas.

Súbitamente erizaron la recortada golilla, y alargaron sus cuerpos, sacudidos de temblores.

Con vacilaciones de llama, aguzan su furor las cabezas temblequeantes. Subía y bajaba la guardia de los picos ávidos. Mirábanse fijamente. La pupila hostil, acerada de cortante brillo.

—Cien pesos secos al girorenegrado!

—¡Pago!

—Cincuenta pesos al gallo giro!

—¡Pago!

Rojita, el Guatero, pagaba todas esas posturas. Sin embargo, la plata siempre estaba al gallo de los yanquis.

En algunos tiros falsos, los gallos acortaron distancia. Trabáronse los picos en floreos cortos y rápidos, de cascoteo córneo. El primer tope sonó como patada de mula. En el aire tibio, unas plumas navegaban su trasvuelo.

Frescos aún los gallos. Sanos los muslos, la cabeza, el pescuezo.

En el buche del giro se extendía, como aceite, una mancha de sangre que advirtió Matías.

—¡Topo a ochenta con el japonés!

—¡Pago!—dijo un secuaz de los gringos.

El Condorito arremetió con denuedo a su adversario, infligiéndole varias heridas, y empezó a correr en torno del ruedo. Tal era su estilo de pelea. Hilillo de sangre resbalaba por un muslo del giro que lo seguía agostándose, la pierna tiesa y prendida. Pero el puntazo no era profundo. El giro golpeaba de atrás con torpeza.

Sintiéndose cogido, el Condorito zafábase, tirando hacia abajo, torciendo el pescuezo. Las puñaladas cortaban el aire sin tocarlo.

La plata estaba ahora al japonés. Los gringos seguían la contienda ensimismados. Sin gestos. Nada reflejaban sus rostros. Sus pupilas grises, eso sí, cogían los detalles como cámara de cineasta. Y apostaban grueso ahora que los galleros se cubrían.

Matías ocultaba entre sus manos una cara tenebrosa... Y el sargento Ovalle, con los brazos cruzados sobre el pecho, afirmado en la caseta del juez, manejaba, en su mente, los movimientos de su gallo. Habría que cansar al contrincante y contragolpearlo, aprovechando la caída de sus tiros sin fuerzas por la carrera. Y luego...

Los gallos peleaban de frente. Las cabezas carmíneas, teñidas sangre. El giro atacaba violento, metiendo los cachos hasta las mismas patas. Le deshacía el cuerpo a su adversario que le cruzaba el pescuezo. El Condorito se le escabullía habilidoso; su cabeza pelada como de buitre, la ocultaba debajo de las alas flojas del giro.

Rojita el Guatero fumaba su puro, fija la mirada en el jadeo de la riña.

Su bocanada azulosa precipitábase hacia un chorro de sol que inundaba de costado el kiosko, con hervores de plata, yedreciendo.

Los picos trabajaban pertinaces. Los movimientos eran ahora más pausados y exactos. La descarga nerviosa escurría libre por cauces perfectos. Lo trabajaba el giro al Condorito, empujándolo con su pecho audaz y duro. Se aferró a un desgarrón de pellejo y plumas sangrantes. Golpeó al Condorito sin largar. Le zurcía el cuerpo a puñaladas.

—¡Lo torció el giro!—gritó el futre Matías, enrojeciendo hasta sus cabellos.

El Condorito se fué de lado, torciéndose, la pierna rígida; en tanto, el giro buscaba rematarlo.

El sargento Ovalle dejó caer la cabezota sobre el pecho, su cara estragada y surcada de pliegues agrios. Sus pensamientos tensos sostenían al gallo en la caída. Con los revuelos, advirtiéndose una terrible puñalada en el muslo de Condorito. La sangre le encharcaba todo el costado, goteando por las plumas de las alas. Empezó a correr. Lo traicionaba su propio estilo de pelea.

—¡Cien pesos secos al giro!—gritó uno del ruedo, envalentonándose.

—¡Pago!—exclamó Abelardo, con desprecio. Algunos galleros lo envolvían en irónica sonrisa. Abelardo concentróse en la pelea. Tomó aquella postura como un gesto de rabia ante la impotencia, como si diera una bofetada en los morros a aquel canalla vendido. El Condorito estaba deshecho. Su respiración era penosa. Una degollada afiló el silbido de su respiración. Se ahogaba con su propia sangre.

El cansancio apuntalaba el cuerpo de los paladines. Augusto se bebió de un trago un vaso de chicha.

Después de cuarenta minutos de lucha, raleaban los tiros, asegurando botes de muerte. Rebotaban los picos en las rugosas cabezas.

El Condorito cogió una picada y metió las aceradas espuelas en el oído del giro que irguió el cuello, picoteando el aire como si cazara un mosquito invisible, el cráneo deforme como vaciado y acribillado de dolores. Batíase siempre. Moriría batiéndose. Cegado, buscaba con el tacto a su adversario. Batiríase en tanto quedara un gallo de pelea sobre la tierra y más allá de la muerte.

El Condorito mordió otra vez.

De pronto se rehizo el giro. Tomó una picada, y clavó sus puñales en un delirio de rabia.

Atravesado de los ojos, como una pelota hirviente de plumas, picos y garras, el Condorito cayó desde lo alto, azotando el cuello en la arena como un gusano loco. La cabeza triturada era un grifo de sangre.

El sargento Ovalle recogió una masa de plumas sanguinolentas, de patas rígidas. El cuello del gallo colgaba lacio, el pico entreabierto. Apretaba el sargento contra su pecho esa masa de plumas blanduchas, viscosas y salióse del ruedo, desencajado, los hombros caídos, fijos los ojos en su gallo destrozado y ensangrentado.

(Angurrientos).

EL BARRIO POBRE

Nicomedes Guzmán

Bajo, de una estatura que traicionaban apenas unos cuantos edificios de dos pisos, arrugado, polvoriento, el barrio era como un perro viejo abandonado por el amo. Si las lluvias y las nieves de aquellos años tuvieron para él azotes de inclemencia, el buen sol supo resarcirlo en su desamparo con las profundas caricias de sus manos afectuosamente calientes. Y hasta buscó a la llegada de los crepúsculos, en los ojos turnios y legañosos de las ventanas, el reflejo de sus largas barbas antes de despedirse del mundo y de los hombres.

Era la vida. Era su rudeza. Y eran sus compensaciones.

Y nosotros, los chiquillos de aquella época, éramos el tiempo en eterno juego, burlando esa vida que, de miserable, se hacía heroica.

Allá, la calle San Pablo. Acá, el depósito de tranvías y los grandes talleres de la Compañía Eléctrica. Y entremedio, nuestro dolor inconsciente, nuestros aros de fierro que conducíamos con un garfio de duro alambre, nuestros carretones de torcidas ruedas en que hacíamos los Ben Hur, nuestros ficticios arrestos de Jorquera, Castillo o Plaza; nuestros trompos desastillados o nuestros revólveres y caballos de palo con que nos disputábamos el derecho de ser un Eddie Polo. Acaso las calzadas y las aceras, con sus altos y bajos, con sus piedras sueltas o sus pozas se opusieran al libre curso de aquélla nuestra vida de animalillos libres. Pero, no importaba. Eramos niños. Y no había obstáculos para nosotros, pues, los que hubiera, los salvábamos a costa de empeños que, al cabo, nos resultaban una sucesión de esfuerzos.

Hoy pienso en lo que hubiera valido la vida para muchos de nosotros sí, de mayores, hubiéramos confiado a los brazos del esfuerzo la realización de nuestras aspiraciones. La existencia nos zamarreó a todos. Cual más, cual menos. Pero, si en la infancia salimos triunfantes, el juego de los años maduros se pudrió en la apatía y en el desaliento. ¿Falta de fe? Yo meditaré algún día sobre esto. Más para ello es necesaria primero, una ablución en el tibio recuerdo, en la clara añoranza y en la iluminosa realidad de aquellos años, en los que, si cabían miserias, rudezas y dolores, casi no los sentíamos, porque ahí estaban los mayores para sufrir y luchar por nosotros.

Era el tiempo, el recio tiempo del despertar de nuestros padres, del despertar de nuestros hermanos. Rodaban en ensordecedor bullicio los vigorosos días del año veinte. O del veintiuno. O del veintidós. ¡Pero, qué sabíamos nosotros de esto! Allí en los trompos desastillados, en vertiginoso baile, la vida era para nosotros un arco iris al cual pudieran faltarle uno, dos o todos los colores, detalle este que tampoco considerábamos, porque ¡maldito lo que sabíamos de colores! A no ser que se tratara de volantines, en los que sólo apreciábamos tres: el azul, el blanco y el rojo, ¡siempre que el primero llevara una estrella pegada a su fondo!

(La Sangre y la Esperanza).

INDICES

INDICE GENERAL

PROLOGO

	Págs.
El alma de la ciudad	IX
El apogeo de la Colonia	XVII
La Independencia y el siglo XIX	XXIX
Los tiempos modernos	XLII

EL SIGLO XVI

<i>Pedro de Valdivia.</i> —El Campamento de Paja y Barro	3
<i>Pedro de Valdivia.</i> —Los Trabajos del Fundador	5
<i>Alonso Góngora Marmolejo.</i> —Semblanza de Pedro de Valdivia	9
<i>Pedro Mariño de Lovera.</i> —Santiago en 1595	10

LOS SIGLOS XVII Y XVIII

<i>Alonso González de Nájera.</i> —La Ciudad de las Trescientas Casas	17
<i>Fray Gaspar de Villarroel.</i> —El Terremoto del 13 de mayo de 1647	20
<i>Fray Gaspar de Villarroel.</i> —El Sitial de los Obispos	23
<i>Fray Juan de Jesús María.</i> —La Confesión de Don Francisco de Me- neses	25
<i>Alonso de Ovalle.</i> —La Planta de Santiago	27
<i>Alonso de Ovalle.</i> —Procesiones y Cofradías	29
<i>Alonso de Ovalle.</i> —Las Fiestas de los Santiaguinos	33
<i>Diego de Rosales.</i> —La Ciudad de la mucha nobleza y calidad	35
<i>Santiago de Tesillo.</i> —Santiago en el siglo XVII	42
<i>Miguel de Olivares.</i> —El Santo Cristo de Mayo	44
<i>Pedro Pascual de Córdoba y Figueroa.</i> —La Ciudad deleitosa a la vista	46

	Págs.
<i>Manuel de Lacunza</i> .—Añoranzas de Santiago	51
<i>Felipe Gómez de Vidaurre</i> .—La Ciudad en forma de ajedrez	54
<i>Vicente Carvallo y Goyeneche</i> .—El prolijo tocado de las santiaguinas	57
<i>José Pérez García</i> .—Santiago Ciudad de Fiestas y Rogativas	61

LOS VIAJEROS DEL SIGLO XVIII Y DE LA INDEPENDENCIA

<i>Amadeo Francisco Frezier</i> .—Descripción de Santiago, capital de Chile	67
<i>John Byron</i> .—Fandangos, Toros y Penitentes	70
<i>Jorge Juan y Antonio de Ulloa</i> .—Santiago en 1743	75
<i>Jorge Vancouver</i> .—Los Hogares Santiaguinos en 1795	80
<i>Samuel B. Johnston</i> .—Descripción de Santiago	83
<i>Samuel Haigh</i> .—Los Santiaguinos	86
<i>Julián Mellet</i> .—Santiago rival de Lima	88
<i>Basilio Hall</i> .—Santiago en 1821	92
<i>María Graham</i> .—Santiago en 1822	95
<i>Gabriel Lafond de Lucy</i> .—Una casa santiaguina en 1822	99

LOS COSTUMBRISTAS, MEMORIALISTAS Y NOVELISTAS DEL SIGLO XIX

<i>Vicente Pérez Rosales</i> .—Las diversiones públicas de Santiago	105
<i>José Joaquín Vallejo (Jotabeche)</i> .—El Provinciano en Santiago	109
<i>José Victorino Lastarria</i> .—Situación Moral de Santiago en 1868	117
<i>Miguel Luis Amunátegui</i> .—El Viejo Santiago	125
<i>Alberto Blest Gana</i> .—El Paseo de los Elegantes	132
<i>Alberto Blest Gana</i> .—El Viejo Huerto	135
<i>Alberto Blest Gana</i> .—La celebración de Yungay en la Cañada	138
<i>Alberto Blest Gana</i> .—Una casa colonial	142
<i>Alberto Blest Gana</i> .—Viejo Patio Santiaguino	143
<i>José Zapiola</i> .—La Plaza de Armas	144
<i>José Zapiola</i> .—Las Chinganas	146
<i>Benjamín Vicuña Mackenna</i> .—La Calle de la Ollería	148
<i>Benjamín Vicuña Mackenna</i> .—El Mapocho	150
<i>Benjamín Vicuña Mackenna</i> .—La Alameda de Matucana y las Higueras de Zapata	151

	Págs.
<i>Benjamín Vicuña Mackenna.</i> —El baile improvisado de la Quinta Meiggs	152
<i>Benjamín Vicuña Mackenna.</i> —Las Corridas de Toros	158
<i>Crescente Errázuriz.</i> —Santiago a mediados del siglo XIX	160
<i>Daniel Barros Grez.</i> —Santiago por la mañana	164
<i>Daniel Barros Grez.</i> —La Plaza de Armas en 1829	166
<i>Daniel Barros Grez.</i> —Los frutillares de Renca	169
<i>Antonio Iñiguez Vicuña.</i> —Los Serenos y los Penitentes	173
<i>Antonio Iñiguez Vicuña.</i> —Santiago en 1850	176
<i>Vicente Reyes.</i> —El Buzón de la Virgen	181
<i>Vicente Reyes.</i> —La Pascua de 1856	185
<i>Moisés Vargas.</i> —La Noche Buena de 1858	191
<i>Ramón Subercaseaux.</i> —Santiago en 1860	194
<i>Abdón Cifuentes.</i> —El Incendio de la Compañía	203
<i>Javier Vial Solar.</i> —El juego de los volantines	208
<i>Santos Tornero.</i> —Acequias, Plazas, Tajamares	211
<i>Vicente Grez.</i> —El traje de las santiaguinas en los siglos XVII y XVIII	216
<i>Daniel Riquelme.</i> —Vivir en la Recoleta	225
<i>Gaspar Toro.</i> —Fiestas y Etiquetas en la Universidad de San Felipe	230
<i>Justo Abel Rosales.</i> —La Cañada de la Chimba	234
<i>Justo Abel Rosales.</i> —Las ánimas del Puente de Cal y Canto	235
<i>Justo Abel Rosales.</i> —La Calle de Santo Domingo	240
<i>Julio Vicuña Cifuentes.</i> —Hoteles y Cafés de 1884	244
<i>Pedro Balmaceda Toro.</i> —La Semana en Santiago	252
<i>Rubén Darío.</i> —Santiago en 1886	256
<i>Rubén Darío.</i> —El Manto	260
<i>Teodoro Childd.</i> —Santiago en 1890	263
<i>Luis Francisco Prieto del Río.</i> —El Niño Dios de las Capuchinas	271

LOS MODERNOS

<i>Carlos Silva Vildósola.</i> —Palacios santiaguinos de otro siglo	279
<i>Inés Echeverría de Larrain (Iris).</i> —Víspera de boda	288
<i>Joaquín Díaz Garcés.</i> —La Ciudad del miedo	291
<i>Joaquín Díaz Garcés.</i> —El Reloj de los Jesuítas	295
<i>Aurelio Díaz Meza.</i> —La primera mama oficial de los santiaguinos	297
<i>Luis Orrego Luco.</i> —Noche Buena en la Alameda	304

	Págs.
<i>Manuel Guzmán Maturana.</i> —La Posada de Pedro Sagreo	307
<i>Augusto Thompson.</i> —El Barrio de Yungay	309
<i>Emilio Rodríguez Mendoza.</i> —La Antonina Tapia	313
<i>Pedro Prado.</i> —Un suburbio de Santiago	315
<i>José Luis Fermandois.</i> —Las riberas del Mapocho	320
<i>Eduardo Barrios.</i> —Un rincón santiaguino	322
<i>Fernando Santiván.</i> —La Calle de Ahumada	325
<i>Víctor Domingo Silva.</i> —El Río Mapocho	330
<i>Mariano Latorre.</i> —Las Casas Coloniales de Santiago	333
<i>Mariano Latorre.</i> —Leche de Burra	337
<i>Mariano Latorre.</i> —El Heladero	339
<i>Martín Escobar.</i> —El Tortillero	341
<i>Joaquín Edwards Bello.</i> —El Barrio Estación	344
<i>Joaquín Edwards Bello.</i> —El Harinero	349
<i>Sady Zañartu.</i> —La Calle de las Ramadas	350
<i>Acevedo Hernández.</i> —El Barrio Estación	355
<i>Alberto Romero.</i> —El Barrio Recoleta	360
<i>González Vera.</i> —El Conventillo	362
<i>Carlos Sepúlveda Leyton.</i> —La Corrida de Cristo en Cuasimodo . . .	364
<i>Eugenio González.</i> —Un mitin obrero	367
<i>Magdalena Petit.</i> —Las exequias de la Quintrala	371
<i>Pablo Neruda.</i> —Oda de Invierno al Río Mapocho	373
<i>Juan Godoy.</i> —Riña de Gallos	375
<i>Nicomedes Guzmán.</i> —El Barrio Pobre	381
Indice de grabados	385

INDICE DE GRABADOS

	Págs.
Trajes chilenos, 1776	58
Devotos frente al confesor	62
Casa colonial	89
La Alameda, primeros años del siglo XIX	93
Santiago en 1868	120
El paseo de la Cañada hacia 1830	139
El viático	167
Niña del medio pelo	170
El cucurucho	174
El aguatero	177
El motero	178
Catedral y palacio arzobispal	182
La Noche Buena en la Cañada	186
Palacio de la Moneda	196
Palacio de la Intendencia	199
Capilla de la Vera Cruz	201
Arzobispado y Catedral	213
Calle del Puente	239
La Estación Central	247
La plaza de noche	258
En el portal	261
Procesión de Corpus	265
En el Santa Lucía	267
El Palacio Cousiño	269
La Alhambra	281
Interior de la Alhambra	284
Casa de don Enrique Meiggs	286
La Alameda	305
La "conductora"	326